


Tan épica como *Juego de Tronos*,
tan adictiva como *El nombre del viento*

- THE CRAFT **EL** SEQUENCE -

ASCENSO DE LAS DOS SERPIENTES



MAX GLADSTONE

 Planeta

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Primer libro. Carrera de acantilados

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

Interludio. Llamas

Segundo libro. El lago Seven Leaf

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

Interludio. Sueños

Tercer libro. Heartstone

29

30

31

32

33

34

35

Interludio. Té

Cuarto libro. El ascenso

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Una plaga de demonios han saboteado las reservas de agua de Dresediel Lex. Para averiguar quién está detrás y reparar el daño, el Rey de Rojo envía a Caleb Altemoc, hijo de Temoc, el último de los sacerdotes de los antiguos dioses y protagonista de La primera y última nieve, un joven especializado en gestión de daños, que también se saca algo de dinero apostando. Una vez allí, Caleb se encuentra con Mal, una saltadora de tejados de la que queda inmediatamente prendado. Desde el principio, Caleb y Mal están unidos por el deseo, la magia y el azar, atrapados en un juego peligroso donde dioses y humanos son meros peones. Ambos yacen en el agua y bailan sobre el fuego, mientras las dos serpientes que duermen bajo la tierra empiezan a despertarse... y están hambrientas.

EL ASCENSO DE LAS DOS SERPIENTES

Max Gladstone

Traducción de Alejandro Romero



PRIMER LIBRO

Carrera de acantilados

1

La diosa se inclinó sobre la mesa de las cartas y susurró: «Ve con todo».

Flotaba frente a Caleb, turbia y diáfana, y luego fría y clara como las estrellas del desierto. Su cuerpo crecía bajo prendas de niebla como un acantilado donde los barcos se rompían en pedazos.

Caleb se obligó a apartar la mirada, pero no podía ignorar su aroma ni los susurros de su aliento. Encontró su whisky a tuestas y bebió.

Las cartas que se hallaban sobre la mesa de fieltro verde eran damas nocturnas: traicioneras y dulces. Había dos majestades boca abajo en su mano: su reina de copas (rubia, voluptuosa, vertiendo sangre y agua de un cáliz) y su reina de espadas (una mujer quechal imponente con un rostro amplio de ojos grandes, que sostenía del pelo una cabeza cercenada). No tenía que mirar para reconocerlas. Eran sus viejas amigas y enemigas.

Sus oponentes lo observaban: un rollizo hombre quechal, cuyo cuello estaba tenso, apretado por su corbata de cordón; un hechicero de piel carcomida; una mujer vestida de negro con el rostro áspero; una criatura imponente de cuatro brazos, cubierta de espinas plateadas. ¿Cuánto tiempo habían esperado?

«Unos cuantos segundos —pensó él—, sólo algunos latidos. No dejes que te presionen.

»Pero tampoco pierdas el tiempo.»

La diosa acarició los recovecos internos de su mente. «Con todo», repitió sonriendo.

«Lo siento», pensó él, y deslizó tres fichas azules hasta el centro de la mesa.

La vida se desvaneció de su cuerpo, así como la dicha y la esperanza. Una parte de su alma fluía hacia el juego, hacia la diosa. Miraba el mundo a través de sus ojos, donde la energía y la forma florecían sólo para marchitarse de nuevo.

—Subo la apuesta —dijo.

La diosa se burló de él con una sonrisa y dirigió la atención al siguiente jugador.

Había cinco cartas boca arriba frente al crupier. Otra reina, la de bastos, saludaba al sol naciente en la silueta del cielo; una gran dama, más grande aún que sus reinas. A su derecha se encontraba el rey de espadas: un espectro sombrío, de pie, con un cuchillo en la mano, situado al lado de un niño que lloraba y forcejeaba atado a un altar. Las otras cartas mostraban figuras menos dramáticas: el ocho y el tres de bastos, y el cuatro de oros.

Tres reinas eran una buena mano, pero cualquiera con dos bastos podría tener color y ganarle.

—Igualo la apuesta —anunció el hombre con la corbata de bolo.

—Yo también —repuso el hechicero de piel putrefacta.

—Igualo tu apuesta —añadió la mujer— y pongo dos mil más. —Empujó veinte fichas azules al centro. La diosa dio varias vueltas, como un tornado, llamándolos a todos a la muerte.

—Paso —dijo la criatura de espinas.

La diosa se volvió de nuevo hacia Caleb.

¿Podría ser que la mujer de negro tuviera color o los estaba engañando? Un farol sería demasiado atrevido frente a otros tres jugadores que también podrían tener color entre las manos, pero la única apuesta de esta ronda había sido la de Caleb. ¿Se arriesgaría tanto sólo por la posibilidad de que los tres jugadores pasaran?

Si aceptaban su apuesta, perdería toda su reserva. Tendría que entregarse por completo al juego, sin contenerse.

La diosa abrió la boca. La oscuridad de su interior bostezó vorazmente, mostrando las puntas de sus dientes, que destellaban perfectos.

—Puedes ganar el mundo —dijo ella— si estás dispuesto a perder tu alma.

Él la miró a los ojos y soltó:

—Paso.

Ella se rio, y no paró hasta que la mujer ataviada de negro volvió sus cartas para mostrar un rey y un dos de diferentes palos.

Caleb inclinó la cabeza a modo de felicitación y se levantó de la mesa.

Se pidió otra copa y subió por la escalera de mármol hasta el techo de la pirámide. Había dandis, simples aficionados y cadáveres de la alta sociedad agrupados cerca del borde, disfrutando de las vistas nocturnas de Dresediel Lex: una reluciente ciudad cubierta de pirámides, rascacielos que flotaban como cimitarras de cristal y con el incesante movimiento del Pax contra la orilla occidental. Un techo de nubes bajas confrontaba la ciudad con su propia luz reflejada.

A Caleb no le interesaba el paisaje.

Un altar tallado en piedra negra se alzaba en el centro del tejado, lo suficientemente grande como para sostener a un hombre, a una mujer o a un niño reclinados. Había una cerca de acero alrededor del altar y de ella colgaba una placa de bronce grabada con los nombres de las víctimas y las fechas de su fallecimiento.

Él no leyó la placa. Ya sabía demasiado sobre su historia. Se apoyó en la baranda y observó el antiguo altar mientras la condensación se escurría por el vaso de whisky y le mojaba la mano.

Teo lo encontró veinte minutos después.

Oyó cómo se acercaba desde la escalera y reconoció sus pasos.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo ella— desde que te vi marcharte de una partida con tanta rapidez. Creo que fue cuando estábamos en la escuela.

—Estaba aburrido.

Con sus modestos tacones, Teo tenía la misma altura que Caleb, pero era más ancha, como construida a base de curvas y arcos. Sus labios eran gruesos y sus ojos oscuros. Unos rizos negros enmarcaban su cara redonda. Llevaba pantalones blancos con rayas grises, un chaleco blanco, una camisa de color rubí, una corbata gris y tenía una expresión preocupada en el rostro. A sus manos les faltaba una bebida.

Ella se acercó a la baranda.

—No estabas aburrido. —Le dio la espalda al altar y dirigió la mirada al este, hacia las deslumbrantes villas en la cima de la cresta de Drakspine—. No sé cómo puedes pasar tanto tiempo observando esa vieja piedra.

—No sé cómo tú puedes apartar la mirada.

—Es vulgar. Una imitación del arte de mediados de la séptima dinastía, ordinaria y sobrecargada. A su lado, Aquel y Achal se parecen más a orugas que a serpientes. Ni siquiera sacrificaban gente aquí tan a menudo. La mayoría de esos sacrificios ocurrían en nuestra oficina. —Ella señaló la pirámide más alta en el horizonte, el inmenso edificio de obsidiana en el número 667 de Sansilva. El padre de Caleb se hubiese referido al edificio como Quechaltan, el corazón del quechal. En la actualidad, no tenía nombre.

—En este lugar sacrificaban vacas y, de vez en cuando, alguna cabra. A personas sólo cuando había un eclipse.

Caleb echó un vistazo hacia atrás. Dresediel Lex se extendía ante ellos: kilómetros y kilómetros de calles iluminadas por una luz fantasmal y por lámparas de gas. Entre los bulevares se apiñaban casas, tiendas, bloques de apartamentos, bares, bancos, teatros, fábricas y restaurantes, donde diecisiete millones de personas bebían y amaban y bailaban y trabajaban... y también morían. Caleb apartó la mirada y añadió:

—Tenemos un eclipse cada año, ya sea parcial o lunar. Para un eclipse solar total, como el de este otoño, los sacerdotes solían recorrer las filas de prisioneros y cautivos, todos los que pudieran encontrar, incluyendo a unos cuantos inocentes por si acaso. Sangre y corazones para Aquel y Achal.

—¿Y aun así te preguntas por qué no me gusta mirar? Es vulgar, y prefiero no hablar de la historia, ésa es aún peor. No sé por qué Andrej, el dueño del bar, conserva esta cosa.

—No habrías pensado lo mismo hace setenta años.

—Me gustaría pensar que sí lo hubiera hecho.

—A mí también. Pero tus abuelos y mi padre no nacieron diferentes del resto de nosotros, y aun así pelearon con uñas y dientes para defender a sus dioses en los tiempos de las Guerras.

—Sí, y perdieron.

—Perdieron, nuestro jefe ganó, expulsó a los sacerdotes y a todo el panteón, y ahora nosotros fingimos que esos tres mil años de derramamiento de sangre

nunca ocurrieron. Rodeamos la historia con una cerca, colgamos una placa y asumimos que todo terminó. Tratamos de olvidar.

—¿Qué ha sido lo que te ha puesto de tan buen humor?

—Ha sido un día largo. Una semana larga. Un año largo.

—¿Por qué te has rendido en la mesa de juego?

—Tengo que aguantar a la diosa, ¿y ahora debo darte explicaciones a ti también?

—La diosa no te conoce como yo. Ella renace con cada partida. Te he observado jugar desde hace ocho años y nunca te he visto darte por vencido de esa manera.

—Las probabilidades estaban en mi contra.

—Al diablo las probabilidades. Estoy segura de que sabías que la mujer de negro no tenía buenas cartas.

Él se volvió y le dio la espalda al altar. El viento del sudoeste llevaba consigo la brisa del mar con un olor a sal y muerte.

—¿No puedes ir a acosar a alguna universitaria recién graduada y dejarme en paz?

—He cambiado. Ya no soy una vieja verde.

—¿De verdad? Lo disimulas muy bien.

—En serio, Caleb, ¿qué pasa?

—Nada —dijo él mientras palpaba sus bolsillos en busca de un cigarrillo. No había ningún paquete, desde luego. Había dejado de fumar años atrás porque, según los médicos, era malo para su salud—. Las probabilidades estaban en mi contra. Quería salir con mi alma intacta.

—No habrías hecho lo mismo hace cuatro años.

—Las cosas cambian mucho en cuatro años.

Cuatro años atrás era el novato administrador de riesgos en Rey de Rojo Consolidado, y estaba recuperándose de una carrera universitaria de cartas y matemáticas avanzadas. Cuatro años atrás salía con Leah. Cuatro años atrás, Teo aún creía estar interesada en los chicos. Cuatro años atrás, él pensaba que la ciudad tenía futuro.

—Sí. —Había una pequeña moneda de cobre a los pies de Teo, con un

pedacito del alma de alguien enrollado dentro. Ella pateó la moneda, que rodó por el tejado—. La pregunta es si el cambio ha sido para mejorar.

—Estoy cansado, Teo.

—Claro que estás cansado. Es medianoche y ya no tenemos veintidós años. Ahora baja, discúlpate con todos en la mesa y róbales sus almas.

Él sonrió y sacudió la cabeza; luego, soltando un grito, se desplomó.

Una serie de imágenes invadieron su cerebro: sangre embarrada sobre el hormigón, un camino sinuoso que llevaba a unas montañas profundas, el hedor de algún producto químico de un lago envenenado. Unos dientes destellaban bajo la luz de la luna y le arrancaban la carne del cuerpo.

Caleb despertó y se encontró tendido sobre el suelo de arenisca. Teo estaba inclinada a su lado, con el ceño fruncido y una mano fría sobre la frente.

—¿Estás bien?

—Llamada de la oficina. Dame un segundo.

Ella reconoció los síntomas. Si la nigromancia era un arte y la alquimia una ciencia, entonces la transferencia directa de memoria era como una cirugía con un instrumento contundente: dolorosa y carente de sutileza, tan peligrosa como efectiva.

—¿Por qué te busca tu jefa a medianoche?

—Tengo que irme.

—Al demonio con ella. Hasta las nueve de mañana el mundo es responsabilidad de otro.

Él aceptó su mano tendida y se puso en pie.

—Hay un problema en Espejo Brillante.

—¿Qué clase de problema?

—Un problema con dientes.

Teo cerró la boca, retrocedió y esperó.

Cuando Caleb pudo confiar de nuevo en sus pies, se tambaleó hasta la escalera. Teo lo alcanzó en el hueco de la escalera.

—Iré contigo.

—Quédate aquí. Diviértete. Al menos uno de los dos debería hacerlo.

—Necesitas a alguien que te cuide. Y, de todas formas, no me estaba

divirtiéndose.

Se sentía demasiado cansado para discutir mientras ella lo seguía por la escalera.

La luz de la luna brillaba en la mancha de sangre que había sobre la calle de hormigón junto a la presa Espejo Brillante.

Caleb observó la sangre y esperó.

Los primeros alcaides en llegar declararon que la muerte del guardia había sido un homicidio. Registraron la escena del crimen, buscaron huellas digitales, tomaron notas e hicieron preguntas respecto al motivo, la oportunidad, las armas y los enemigos: todas erróneas.

Cuando encontraron a los monstruos empezaron a hacer las preguntas correctas y fue entonces cuando pidieron ayuda.

En este caso, la ayuda se refería a Rey de Rojo Consolidado y, específicamente, a Caleb.

Dresediel Lex había sido construido entre el desierto y el mar por los pobladores que ni esperaban ni imaginaban que su tierra seca algún día sería el hogar de diecisiete millones de personas. Con el paso de los siglos, mientras la ciudad iba creciendo, sus dioses utilizaron las benditas lluvias para llenar los huecos existentes entre la demanda y la oferta de agua. Después de la victoria en las Guerras de los Dioses (o la derrota, dependiendo de a quién se le preguntara), RKC tomó el lugar del panteón caído. Algunos de sus empleados instalaban tuberías, otros construían presas, algunos trabajaban en la Estación Bay manteniendo a la tortuosa hechicería que le quitaba la sal al agua extraída del océano.

Algunos otros, como Caleb, resolvían problemas.

Él era el empleado de mayor rango en el lugar hasta el momento. Esperaba que la gerencia de rango superior se encargara de un caso así, ya que había un fallecido, daños a la propiedad y fallos en la seguridad del lugar de trabajo, pero sus superiores parecían estar empeñados en cederle la responsabilidad de Espejo

Brillante. Frente a la inevitable investigación, sería a él a quien llamarían para testificar ante los Reyes Inmortales y sus despiadados ministros.

Los mandamases de RKC le habían dado una maravillosa oportunidad para fracasar.

Quería un trago, pero no podía darse ese lujo.

Durante una frenética media hora, se dedicó a dar órdenes a analistas y a técnicos subalternos, guiándolos por las rutinas de respuesta a incidentes: aislar la presa del resto de la ciudad, sacar a algunos hechiceros de la cama para construir un escudo sobre el agua, encontrar inmediatamente algunas toneladas de madera de serbal, revisar las protecciones de la presa y acordonar el camino de acceso. Nadie entraría ni saldría del recinto.

Después de dar las órdenes, se quedó de pie, en silencio, junto a la sangre y el agua.

Los glifos rodeaban a la presa Espejo Brillante con una luz azul. El río embalsado fluía de costa a costa con un tono negro brillante. Caleb podía oler el cemento, el espacio, la amplia inmovilidad del agua y, sobre todo, un fuerte hedor a amoníaco.

Dos horas antes, un guardia de seguridad llamado Halhuatl había caminado a lo largo de la presa revisando con una linterna entre la oscuridad. Al oír una salpicadura, dio un paso hacia delante. No vio nada, ningún pájaro nocturno, ningún murciélago, ningún coyote ni ninguna serpiente nadando. Echó un vistazo en el agua con su linterna. Donde apuntaba la luz, dejaba un rastro ondulante.

«Qué extraño», debió de haber pensado Hal justo antes de morir.

Un viento helado sopló sobre el agua, aunque sin producir ninguna onda. Caleb metió las manos hasta el fondo de los bolsillos de su abrigo y oyó unos pasos que se acercaban.

—He cogido esto del congelador de la cabaña de mantenimiento —comentó Teo tras él—. El capataz echará de menos su almuerzo mañana.

Caleb se dio la vuelta y estiró la mano para agarrar el paquete que ella sostenía, envuelto en un papel encerado blanco y atado con un cordel.

—Gracias.

Ella no lo soltó.

—¿Por qué lo necesitas?

—Para mostrarte lo que está en juego.

—Qué gracioso. —Ella soltó el paquete.

Caleb deshizo el nudo con sus manos enguantadas y abrió el envoltorio. Había un trozo de carne cubierto de escarcha en el interior; su jugo era del mismo color que la sangre en el hormigón.

Calculó la distancia que había hasta el agua, levantó el trozo de carne y lo arrojó.

La carne voló hacia la presa formando un arco en el aire. Bajo la superficie, el agua se agitó; una columna temblorosa y viscosa ondeó bajo el reflejo de las estrellas.

El agua abrió la boca. Miles de colmillos largos y curvos, tan afilados como un estilete, se cerraron fuertemente alrededor del trozo de carne, perforando, cortando y moliendo mientras masticaban.

La serpiente de agua siseó, azotó el aire nocturno con una lengua helada y retrocedió de vuelta hacia la presa. No dejó rastro alguno, salvo un olor a amoníaco todavía más agudo y penetrante.

—Demonios —dijo Teo—. Cuchillos, huesos y todos los demonios. No bromeabas con lo de los dientes.

—No.

—¿Qué es esa cosa?

—Tzimet. —Pronunció la palabra como una maldición.

—He visto demonios y ése no es uno de ellos.

—No es un demonio. Pero es *como* un demonio.

—El cuerpo de Qet y la sangre de Ilana. —Teo no era una mujer religiosa; de hecho, poca gente seguía siéndolo desde las Guerras de los Dioses, pero las mejores maldiciones eran las antiguas—. Esa cosa vive en nuestra agua.

Su voz contenía dos niveles distintos de repulsión. Cualquiera podría haber distinguido el primero como algo derivado del terror común. Sólo alguien que supiese la seriedad con la que Teo se tomaba su trabajo en Rey de Rojo Consolidado podría haber detectado el énfasis que puso en la palabra *nuestra*.

—No. —Caleb se arrodilló y limpió contra el suelo el jugo de la carne de sus dedos enguantados—. No vive en nuestra agua. *Es nuestra agua.* —Las estrellas los observaban desde el cielo de terciopelo—. Hemos aislado Espejo Brillante, pero tenemos que revisar el resto de las presas. Los tzimets crecen lentamente y son muy astutos. Pueden permanecer ocultos justo hasta el momento de atacar. Es toda una suerte que hayamos descubierto a éste.

—¿Qué quieres decir con que *es* el agua?

—La hechicería mantiene nuestras presas limpias, con protecciones contra microbios, peces, larvas escorpión y cualquier cosa que pudiera contaminarla o corromperla, como los encantamientos para frenar la evaporación. La presa es profunda, con sombras oscuras en el fondo. Cuando el sol y las estrellas brillan, se forma una frontera entre la luz y la oscuridad, y la hechicería refuerza esta frontera presionándola. Si hay suficiente presión, puede hacer un pequeño agujero en el mundo. —Sostuvo el pulgar y el dedo índice a dos centímetros de distancia—. Nada físico puede filtrarse por ahí, sólo patrones, y eso son los tzimets. —Señaló la presa—. Como cristales de semillas. Un poco de la noche viviente se filtra hacia el agua y el agua se vuelve parte de la noche.

—Nunca he visto un cristal con dientes. —Hizo una pausa y se corrigió—. Fuera de una galería. Pero ése no se movía. —Señaló la sangre—. ¿Quién era?

—Un guardia de seguridad. El listado nocturno dice que se llamaba Halhuatl. Los alcaides creían que se trataba de un homicidio hasta que la presa ha tratado de devorarlos.

Se oyó el crujido de la grava en el camino detrás de ellos: los carros golem finalmente habían llegado. Caleb se dio la vuelta. El humo salía soplando de las articulaciones de las patas de los golems. Había trabajadores de RKC con el uniforme de chaqueta gris que caminaban de un carro a otro, revisando los troncos de serbal que estaban apilados dentro. Dos analistas de menor rango permanecían de pie junto al capataz, tomando notas. Mejor. Los trabajadores sabían lo que tenían que hacer. No hacía falta que su gente interviniera.

—Qué forma de morir tan horrible —dijo Teo.

—Rápida —respondió Caleb—, pero sí.

—Pobre bastardo.

—Sí.

—Ahora que sabemos que hay tzimets ahí, no podemos evitar que salgan, ¿verdad?

—No pueden entrar en el sistema de aguas, pero para mantenerlos encerrados necesitamos mejores hechiceros que los que hemos podido conseguir hasta ahora. Esos glifos brillantes ocultan la presa de animales que se acercan para beber. Los hemos invertido para ocultar el mundo exterior de los tzimets. No pueden oírnos ni olerlos, pero podrían matarnos sin problema si supieran que estamos aquí.

—Vaya, sabes cómo hacer que una chica se sienta segura.

—La división de hechicería ha despertado a Markoff, a Billsman y a Telec; cuando lleguen construirán un escudo sobre el agua. Entonces podrás sentirte segura.

—Es imposible que Telec esté lo bastante sobrio como para trabajar a estas horas de la noche. Y Markoff casi con toda seguridad estará tratando de impresionar a las chicas de la costa con sus modales de rico y siniestro.

—Ya los han localizado a todos y aseguran que están preparados. En fin, los tzimets no son un gran problema por ahora, siempre y cuando no entren en las tuberías.

—Me alegra oírlo. —Hizo una mueca—. Pero creo que me alejaré del agua del grifo.

—Que no se dé cuenta el jefe.

—He dicho que dejaría de beberla, no de venderla. ¿Este tipo de infección puede ocurrir en cualquier momento?

—¿Técnicamente? —Asintió—. Las probabilidades de una invasión de tzimet en un año determinado son de cien mil a uno, más o menos. No esperábamos nada así durante al menos otro siglo. Veneno, brotes de bacterias, escorpiones, sí. Pero esto, no.

—¿Así que crees que no ha sido por una causa natural?

—Es posible. O tal vez alguien le ha echado una mano a la naturaleza. Las probabilidades de esto último son altas.

—Vives en un universo sombrío.

—Ahí lo tienes, eso es gestión de riesgos. Cualquier cosa que pueda salir mal, saldrá mal, con una probabilidad específica dadas ciertas suposiciones. Nuestro trabajo es decirte cómo arreglarlo y qué deberías haber hecho desde un principio para evitar que ocurriera. En tiempos como éstos, me convierto en un profesional de la retrospectiva. —Señaló la sangre—. Hicimos las cuentas cuando construyeron Espejo Brillante, hace cuarenta y cuatro años, y determinamos que los riesgos eran aceptables. Me pregunto si el Rey de Rojo le dará la noticia a la familia de Hal. Si es que tenía familia.

—El jefe no es precisamente una presencia reconfortante.

—Supongo que no.

Una fila de carros golem pasó detrás de ellos.

—¿Te lo imaginas? Alguien llama a tu puerta, abres y en tu patio ves un esqueleto gigante con vestiduras rojas, junto con su lagartija voladora que se está comiendo a tu perro.

—Habría infartos. —Caleb no pudo resistirse a esbozar una pequeña sonrisa—. Gente muriendo con la puerta a medio abrir. Cada hechicero herido en la ciudad nos caería como tiburones que detectan sangre en el agua.

Teo le dio una palmada en el hombro.

—Mira quién ha recuperado el sentido del humor.

—Sólo me queda la risa. Tengo más o menos otras tres horas de trabajo por delante. —Hizo un gesto con la mano a los carros con su carga. Una borrosa brigada de apariciones en uniforme de mantenimiento se acercó, cargando troncos de serbal. Apestabán a sepulcro—. No podré marcharme hasta las tres, o tal vez las cuatro.

—¿Debería preocuparme por que hagan falta unos demonios para sacarte de tu depresión?

—A todos les gusta sentirse necesitados —dijo él—. Tal vez llegue tarde al trabajo mañana.

—Les diré a Tollan y a los chicos que te desvelaste salvando al mundo de la tiranía. —Sacó su reloj del bolsillo y frunció el ceño.

—¿Se te ha hecho tarde para algo?

—Un poco. —Cerró el reloj con un clic—. Nada importante.

—Estoy bien. Nos veremos mañana.

—¿Estás seguro? Puedo quedarme si me necesitas.

—El destino de la ciudad está en riesgo. Tengo muchas cosas que hacer y no hay lugar para la autocompasión. Ve a mirar a la chica.

—¿Cómo sabes que se trata de una chica?

—¿Quién más te estaría esperando a las dos de la madrugada? Ve. No te metas en problemas por mi culpa.

—Más te vale no estar mintiendo.

—Lo sabrías si así fuera.

Se rio y desapareció en la oscuridad de la noche.

El equipo de mantenimiento vertió diez toneladas de troncos de serbal en la presa. Las apariciones hacían la mayor parte del trabajo físico, ya que su olor era menos apetecible para los tzimets. Pronto, el agua quedó cubierta de una capa lisa de madera. Caleb le dio las gracias al capataz mientras su gente se escabullía de vuelta a sus camas.

El serbal bloquearía toda la luz de las estrellas, la luna y el sol. Esa madera envenenaba a los tzimets y, una vez privados de la luz que emitían sus sombras, las criaturas se marchitarían y morirían.

Por encima de ellos, los alcaides volaban en círculos, montados sobre sus couatls. Las pesadas alas emplumadas aleteaban llenando los cielos de miedo, y Caleb sentía los ojos de la serpiente sobre él.

Para cuando saliera el sol, todos los ejecutivos de Rey de Rojo Consolidado estarían llamando a la puerta de Caleb, exigiendo saber cómo se había violado la seguridad de Espejo Brillante. Los hechiceros podían controlar los relámpagos a voluntad, atravesar océanos sin ayuda, destruir dioses en un combate cuerpo a cuerpo, pero seguían siendo lo suficientemente humanos como para buscar a quien culpar durante una crisis. Sesenta años después de que los seguidores de los dioses fueran expulsados de Dresediel Lex, sus amos aún exigían venganza.

Así que Caleb se dispuso a buscar una causa. Espejo Brillante había sido construido con varios dispositivos de seguridad. Si se había cometido un error, ¿cuál había sido y quién lo había cometido? ¿O acaso había una fuerza más

siniestra que un simple accidente detrás de todo aquello? ¿El verdadero quechal o algún otro grupo de fanáticos terroristas? ¿Compañías rivales, tratando de quitarle a Rey de Rojo Consolidado el dominio como proveedor de agua de la ciudad? ¿Demonios? (No era muy probable, los señores de los demonios obtenían ganancias considerables comerciando con Dresediel Lex y no tenían motivos para dañar la ciudad.)

¿Quién sufriría por la muerte de Halhuatl?

Los troncos de serbal se balanceaban sobre la quieta presa. Los pasos de Caleb eran lo único que rompía la coraza del silencio nocturno. Las luces de la ciudad brillaban por encima del borde de la presa, como si el mundo más allá de ella estuviese en llamas.

Caminó por la orilla, buscando un sacrificio.

3

Para cuando Caleb llegó al otro lado de la presa estaba tan cansado que casi no vio a la mujer.

Aún no había encontrado su causa. Aparentemente, todo el equipo y las protecciones funcionaban bien. El alambre de púas no había sido cortado, no había agujeros en la cerca. No hallaron barriles de veneno vacíos junto a un cobertizo químico en descomposición. No lograba ver ningún saliente tallado en los acantilados que estaban sobre el agua.

Cuando cerró los ojos y examinó Espejo Brillante como lo haría un hechicero, vio una enorme red tejida en tres dimensiones por una araña ebria. Era incapaz de entender el tejido, y mucho menos distinguir si estaba roto.

Abrió los ojos otra vez. El extremo de la presa cortaba el mundo por la mitad: agua y serbal abajo y el cielo arriba. A su derecha había una cabaña de dormitorios; las ventanas estaban oscuras, y los habitantes dormían y soñaban con demonios. Caleb estaba solo.

Parpadeó. No estaba solo.

Había una mujer apoyada en la cabaña, con los brazos cruzados, una rodilla doblada y el talón contra la pared.

No parecía haberse percatado de la presencia de Caleb. Él la grabó en su memoria: delgada y tensa como una cuchilla doblada. Llamas de cabello negro corto emanaban de su cabeza. Sus labios eran delgados, con los bordes afilados. Llevaba unos pantalones de un color entre arena y roca que le llegaban hasta la pantorrilla, una camisa blanca sin mangas, sandalias de punta estrecha de color gris oscuro, con correas de cuero que envolvían sus tobillos y pantorrillas. Su actitud era la de alguien que no tuviera nada que hacer cerca de la presa Espejo Brillante.

Se frotaba los brazos desnudos y temblaba del frío.

O la mujer no lo había visto o pensaba que él no podía verla. Si era lo primero, lo sabría pronto; si se trataba de lo segundo, no tenía sentido demostrarle que estaba equivocada. Revisó el terreno, el cielo, el agua y la cabaña como si ella no estuviera allí. Un paso calmado tras otro, se fue acercando. Ella se volvió para mirarlo y sonrió, con una expresión de satisfacción. Ella no lo saludó, ni le habló, lo que resolvía la duda en favor de Caleb. Se sentía invisible. Estaba bien.

Cuando la tuvo a su alcance dio un salto sobre ella.

Le inmovilizó los brazos contra la pared. No maldijo ni forcejeó, sólo se le quedó mirando con ojos muy abiertos y sorprendidos, de un color negro más intenso de lo que él creía posible.

Se percató de su suerte cuando no trató de pelear contra él. Notó que sus brazos eran fuertes y la ingle de Caleb estaba expuesta a su rodilla.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

—Ésa era mi pregunta.

—No pareces un alcaide. ¿Éste es tu pasatiempo? ¿Abordar a mujeres desarmadas en mitad de la noche?

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Estoy tomando el aire —dijo ella con una sonrisa—. Esperando a algún buen hombre que me aborde. Es la única manera de conseguir una cita en esta ciudad.

—Dame una respuesta directa.

—He caído del cielo.

Era hermosa, pensó él, hermosa como un arma. «No. Concéntrate.»

—Trabajo para RKC. Han envenenado esta presa. El agua está infestada de tzimets. Uno de nuestros trabajadores ha muerto y no estoy aquí para bromear.

Su sonrisa desapareció.

—Lo siento.

—¿Quién eres?

—Tú primero.

—Soy Caleb Altemoc —dijo antes de que se le ocurriera no contestar.

—Puedes llamarme Mal —respondió ella—. Soy corredora de acantilados. —

Caleb alzó las cejas.

Las reglas de la carrera de acantilados eran tan simples como las reglas del asesinato: los corredores eligen una azotea para empezar y un destino, y al salir la luna se encuentran para correr, siguiendo cualquier camino que decidan, siempre y cuando sus pies nunca toquen el suelo.

—Entreno de noche en estas montañas. He estado viniendo cada noche desde hace un par de meses, pero generalmente nadie está despierto. Entre los alcaides, los zombis y los carros, he tenido que detenerme a observar.

—Meses. ¿Por qué no te habíamos descubierto hasta ahora?

Echó un vistazo hacia abajo. Llevaba un colgante de diente de tiburón en un cordón alrededor del cuello. El diente tenía grabado el glifo quechal de *ojo* y estaba coronado por un arco doble que significaba negación o falsedad. Tanto el ojo como el arco brillaban con una tenue luz verde. Era una guarda potente contra la detección. Costosa, pero la carrera de acantilados era un deporte para idiotas, locos y gente que podía pagar un buen doctor.

—¿Por qué debería creerte?

—Si hubiera envenenado el agua, ¿me quedaría aquí a esperar a que alguien me descubriera?

—Eso lo decidirán los alcaides.

—No he hecho nada malo.

—El allanamiento de una propiedad privada es algo malo. Además, querrán hablar contigo, aunque seas inocente. Si has estado aquí cada noche durante los últimos meses, puede que hayas visto algo que nos pueda ayudar.

—No iré con los alcaides. —Ella forcejeó un poco contra su agarre, para probarlo, pero él no la soltó, y se movió a un lado para dejar su ingle lejos de su alcance—. Sabes lo que piensan de los corredores de acantilados. Pregúntame lo que quieras, pero no los involucres a ellos.

—Lo siento.

—Yo también lo siento —dijo ella, y lo golpeó en la cara con la frente.

Caleb se tambaleó y se apoyó en el muro de ladrillo. Cegado, se dio la vuelta, para luego seguir el sonido de las pisadas de la corredora. Su visión se aclaró

justo a tiempo para verla saltar por encima de la presa. Le gritó para advertirla del peligro, pero ella pareció no oírle.

Garras de agua negra salieron de la presa con la intención de perforar, atrapar y desgarrar. La mujer cayó en medio de las garras, luego aterrizó en un grueso tronco de serbal y saltó al siguiente. Las garras cortaban el aire detrás de ella. Mal huyó hacia la presa, dejando a su paso una estela de bocas hambrientas.

Caleb no tenía tiempo de gritarle que regresara. Cuatro columnas cubiertas de espinas se alzaron del agua, se arquearon frente a él y descendieron. Las esquivó moviéndose hacia la derecha, golpeó con fuerza el suelo, se puso de pie rápidamente y corrió por la orilla del agua. Los tzimets no podían verlo, pero conocían a los humanos: donde había uno, habría más.

De reojo, vio a Mal corriendo y saltando, ahora un arco, ahora un vector.

No se detuvo a contemplarla, porque no tenía tiempo. Corrió a gran velocidad a causa del miedo.

Una escalera de hierro llevaba hasta unas plataformas que entrecruzaban el frente de la presa. Caleb llegó a la escalera segundos antes que los tzimets, corrió trastabillando por el primer tramo y se agachó al llegar al rellano. Desde ese punto, la presa estaba a noventa metros de distancia hasta un amplio valle de naranjos. A kilómetros de ahí, Dresediel Lex ardía como una ofrenda para un dios furioso y ausente. Eliminó de su mente todo pensamiento sobre la altura y sobre la posibilidad de caer. El rellano de hierro y la presa eran todo su mundo en ese momento.

Las protecciones que se encontraban en la cima de la presa detenían las inundaciones durante las lluvias de invierno. Deberían ser suficientes para soportar a los tzimets. El énfasis estaba en *deberían*.

Maldijo en voz alta. Mal (si es que ése era su verdadero nombre) era su mejor pista y pronto estaría muerta, si no lo estaba ya. Un paso en falso, un tronco que girara indebidamente bajo sus pies, y caería directo a la boca de un demonio.

Esperó para oír sus gritos.

Y, en efecto, hubo un grito; un grito de frustración, no de dolor, y no provenía de una garganta humana.

Mal saltó de la presa hacia el espacio vacío.

Dio una, dos volteretas en el aire, y cayó tres, cuatro metros. A Caleb se le cerró el estómago. Ella cayó, o voló, sin emitir sonido alguno.

A los seis metros, se detuvo con brusquedad en el aire y quedó suspendida a muy pocos centímetros del suelo de hormigón cubierto de guijarros de la presa. Tenía un arnés ceñido a la cadera, y un largo y delgado cordón iba desde ese arnés hasta la cima de la presa.

Una luz azul destellaba desde arriba mientras los tzimets luchaban contra las protecciones. El hierro crujía y se rasgaba. Una garra, con relámpagos que centelleaban en la punta de ésta, fracturó el borde de la presa.

Mal se impulsó en el hormigón y empezó a balancearse como un péndulo, tratando de alcanzar la plataforma más cercana, un nivel más abajo de donde estaba Caleb. Él corrió a la escalera. Otra garra procuró penetrar las protecciones de la presa, raspando, buscando.

En la cúspide del siguiente balanceo de Mal, él intentó alcanzarla. La corredora se le aferró a la muñeca con una mano callosa, se lanzó hacia él, envolvió una pierna alrededor de la baranda de la plataforma y desenganchó su ronzal.

—Gracias —dijo ella. Las chispas los bañaron a ambos. El fuego y la luz de la hechicería les lastimaban los ojos.

—Estás loca.

—Ya me lo habían dicho —respondió ella, y sonriendo soltó su brazo.

Él trató de volver a cogerla, pero fue demasiado lento. Ella cayó tres metros hacia abajo, para rodar y aterrizar en una plataforma más baja. Se puso en pie, corrió y saltó otra vez. Aceleró el paso y saltó de una plataforma a otra hasta que llegó a la que se encontraba a ciento ochenta metros del suelo del valle.

Caleb trepó sobre la baranda para seguirla, pero el enorme abismo le revolvió el estómago. Sus piernas temblaron y se apartó del borde.

Encima de él, los demonios arañaban el vacío que los ataba.

Los alcaides la atraparían en el valle, se dijo a sí mismo, aunque sabía que no era cierto. Ya se había ido.

Una hora y media después, un carruaje sin conductor dejó a Caleb en la esquina de la avenida de Sansilva con la calle Bloodletter, junto a una joyería y una cafetería cerradas. Estaba dolorido. La ola de adrenalina había desaparecido de su cuerpo dejando tras de sí marcas de fatiga, dolor y agitación. Les había dicho a los alcaides que se encontraba bien, que llegaría solo a casa y les agradeció que se preocuparan por él, pero todo era mentira. Mentía muy bien.

Las amplias y vacías calles se extendían a ambos lados y el carruaje repiqueteaba sobre ellas. El viento nocturno le rozaba el cabello, intentando envolverlo en un abrazo reconfortante, pero sin poder lograrlo.

Recordaba aquellos ojos iluminados por los relámpagos y un cuerpo bronceado que caía.

Le había dado una dirección equivocada al carruaje y tuvo que caminar tambaleándose durante una manzana y media más hasta su destino: una pirámide de metal de diez pisos que imitaba los diseños quechales y que había sido construida por un arquitecto iskari. Sobre la puerta había un letrero que ostentaba el nombre del edificio en una distorsión en *art déco* de la escritura en alto quechal: LA CASA DE SIETE ESTRELLAS.

Caleb exhaló. Era esto o ir a casa.

—Has subido de categoría —dijo una voz detrás de él, tan profunda como los cimientos de la tierra.

Caleb cerró los ojos, apretó los dientes y contó en su cabeza del uno al diez y después hacia atrás en bajo quechal, alto quechal y kathic común. Cuando terminó (cuatro, tres, dos, uno), la llama de la ira se había atenuado hasta alcanzar el nivel de una rabia hirviente y familiar. Se le clavaron las uñas en las palmas de las manos. El final perfecto para el día perfecto.

—Hola, papá —contestó.

—Eso, o bien has abandonado esa ratonera en el valle que llamas *casa* para vivir de tus amigos hasta que te echen a la calle.

—Mi casa queda muy lejos. Estoy trabajando.

—No deberías trabajar tan tarde.

—Sí —dijo Caleb—. No debería. Tampoco tendría que hacerlo si tú dejaras de tratar de asesinar a gente.

—No sé de qué me hablas.

Caleb se dio la vuelta.

Temoc se alzaba imponente en la oscuridad más allá de las farolas de la calle. Era un hombre hecho a una escala distinta de los demás: su torso tenía forma de pirámide invertida, con los brazos tan gruesos como sus piernas y un cuello que descendía en pendiente hasta mezclarse con sus hombros. Su piel parecía un recorte negro iluminado por brillantes cicatrices plateadas. Las mismas sombras que ensombrecían su cuerpo oscurecían sus facciones, pero Caleb lo habría reconocido en cualquier parte: el último Caballero Águila, sumo sacerdote del sol, elegido de los antiguos dioses. El azote de los hechiceros y la gente cuerda de Dresediel Lex. Fugitivo. Terrorista. Padre.

—Intentas decir que no sabes nada sobre Espejo Brillante.

—Conozco el lugar —dijo Temoc—. ¿Qué ha ocurrido?

—No te hagas el tonto conmigo, papá.

—No me hago nada.

—Los *tzimets* se infiltraron en la presa. Tenemos suerte de que hayan matado a un guardia de seguridad antes de que el agua corriera por las cañerías esta mañana. De otro modo, tendríamos miles de ellos sueltos, arrojándose a la boca de la gente, arponeándola desde el interior.

Temoc frunció el ceño.

—¿Crees que yo haría eso? ¿Aliarme con demonios? ¿Poner en peligro a toda la ciudad?

—Tal vez no. Pero tu gente sí lo haría.

—Nosotros defendemos nuestros derechos religiosos. Nos resistimos a la opresión. No asesinamos a inocentes.

—¡Tonterías!

Temoc agachó la cabeza.

—No me gusta tu tono.

—¿Qué me dices de la vez que emboscaste al Rey de Rojo hace cinco meses?

—Tu... jefe... destruyó a Qet, Señor de los Mares, en su propio altar. Ensartó a los dioses en un árbol de relámpagos y rio mientras ellos se retorcían de dolor. Merecemos vengarnos, con creces. Soy el último sacerdote de las antiguas costumbres. Si yo no cobro venganza, ¿quién lo hará?

—Lo atacaste a plena luz del día, con truenos y sombras, y granadas incendiarias. Muchos murieron, pero él sobrevivió. Sabías que sobreviviría. Nadie con la facultad de matar dioses caería tan fácilmente. Lo único que hiciste fue dañar a inocentes.

—Nadie que trabaje para Rey de Rojo Consolidado puede ser del todo inocente.

—Yo trabajo para RKC, papá.

Un autobús aéreo pasó por encima de ellos. La luz de sus ventanas arrojaba líneas alternantes de luz y sombra sobre el pavimento. Los haces revelaron partes del rostro de Temoc: su mandíbula como un promontorio, la frente amplia, los ojos oscuros y profundos, una nariz ancha como la de Caleb. Un ligero polvillo blanco en sus sienes y algunas líneas firmes cinceladas en pómulos y frente eran los únicos signos de edad en él. Ningún hombre en Dresediel Lex podría adivinar la edad de Temoc, ni siquiera su propio hijo. Durante la caída de los dioses ya era un fornido y joven caballero, lo cual significaba que debía de tener al menos ochenta años. Se dedicaba a nutrir a los dioses que habían sobrevivido, y ellos lo mantenían joven y fuerte. Era lo único que les quedaba, y durante veinte años, ellos habían sido su única compañía.

Caleb apartó la mirada. Le ardían los ojos y tenía la boca seca. Se masajeó la frente.

—Oye, lo siento. Ha sido una noche larga. No es mi mejor momento; en realidad, no es un buen momento para ninguno de los dos. ¿Dices que no tuviste nada que ver con lo que ocurrió en Espejo Brillante?

—Así es.

—Si estás mintiendo, lo averiguaremos.

—No miento.

«Dile eso a mamá», podría haberle respondido, pero no lo hizo.

—¿Por qué estás aquí?

El padre de Caleb bien podría haber sido una estatua por lo poco que se movía, como un bajorrelieve en uno de los templos donde él había orado antes de las Guerras de los Dioses, donde había rezado y hecho cortes en sus brazos y piernas, y donde había soñado que algún día le arrancaría el corazón del pecho a algún hombre y se lo daría a las serpientes para saciar su hambre.

—Me preocupo por ti —dijo él—. Has estado llegando muy tarde a casa. No duermes lo suficiente. Apuestas.

Caleb se quedó mirando a Temoc.

Quería reír, o llorar, pero ninguno de los dos impulsos logró vencerlo, así que no hizo nada.

—Deberías cuidarte más.

—Gracias, papá —le contestó Caleb.

—Me preocupo por ti.

«Sí —pensó Caleb—, te preocupas por mí en las últimas horas antes de que caiga la noche, antes de que trates de destruir todo aquello que nosotros, los que trabajamos en la ciudad, hemos construido durante el día. Te preocupas por mí porque ya no existe el sacerdocio; ¿y qué se supone que deben hacer los chicos hoy en día que ya no hay profesiones confiables que impliquen cuchillos, altares y víctimas sangrantes?»

—Pues ya somos dos —dijo él, y agregó—: Oye, tengo que irme. Debo empezar a trabajar dentro de cuatro horas. ¿Podemos hablar de esto después?

No hubo respuesta.

Se volvió hacia su padre, para disculparse o maldecir, pero Temoc se había ido. La brisa del océano soplaba por la calle Bloodletter y hacía volar un pequeño grupo de periódicos desechados en mitad de la noche: bestias grises que se volvían viejas desde el momento de su creación.

—Odio cuando hace eso —dijo Caleb a nadie en particular, y cruzó la calle cojeando hacia la Casa de Siete Estrellas.

Teo tenía un apartamento en el séptimo piso, una habitación en la esquina que había comprado con parte de su propia alma. El día que firmó el contrato había bebido dos litros de ginebra con Caleb, para celebrarlo.

—Mío. No de mi padre, no de mi madre, no de mi familia. Mi dinero, mi casa.

Cuando él hizo la observación de que técnicamente ella era parte de su familia, Teo le lanzó una servilleta y lo llamó «bastardo».

—Sabes a qué me refiero. Todos mis primos siguen dependiendo a nivel económico de su familia. Ninguno de ellos tiene una carrera o algo remotamente parecido. Viven en esas malditas casas de la playa en la costa, o dan la vuelta al mundo con el dinero de papá; tres semanas esnifando cocaína de la espalda desnuda de un chico de dieciocho años en alguno de esos puertos sin nombre al sur del Imperio Brillante; un mes devorando con los ojos estatuas de hielo vivientes en el reino de Koschei. Almuerzo en Iskar, cena en Camlaan, una juerga en los cuartos de placer de Alt Coulumb, y nada de eso se lo han ganado. Este lugar sí es mío. —Pronunció esa última palabra con un intenso énfasis.

—Y lo que es tuyo —respondió Caleb, con voz alcoholizada— es mío.

—Colgaré los cuadros más absurdos en la pared y tendré una repisa de whiskies puros de malta. También puliré las superficies para que se reflejen cien millones de veces. Nunca habrá un libro fuera de su lugar o un solo cuadro torcido.

Ella también estaba borracha.

—¿Puedo ir a visitarte?

—Puedes visitarme para alguna bacanal y parranda ocasional. —Ella lo miró con la nariz en alto, como una emperatriz desde su trono—. A cambio, si tengo que salir de la ciudad por trabajo, debes alimentar a *Compton*. —Se refería a su gato, un calicó traicionero.

—Está bien —dijo él, y aceptó la llave que le ofreció.

Se apoyó contra la pared del ascensor y se concentró en el suave sonido que marcaba la llegada a cada planta, en su caso, a la séptima. Su mente estaba llena de fantasmas: Temoc, padre, rebelde, asesino, santo. La diosa murmuraba en su

oído. Las estrellas se reflejaban en el agua negra. Todo se desvaneció en una noche vacía y extensa; la noche antes de la muerte del mundo.

La noche de su mente estaba cubierta de negrura y Mal se arqueaba frente a él como una espada.

El timbre del ascensor llevó a Caleb de vuelta del océano de sus ojos a un pasillo con alfombras blancas y aburridas pinturas al óleo en las paredes. Había jarrones con flores de seda sobre mesas de teca con pesados ornamentos de bronce. Arrastró los pies por el pasillo y buscó en los bolsillos de su chaqueta la llave de la casa de Teo.

Sus pensamientos eran una mezcla de caos, sangre y fuego mientras metía la llave en la cerradura. Caos, sangre y fuego; inundación, veneno, revuelta y ruina. Mal no parecía el tipo de persona que envenenaría a alguien, pero ¿cómo sería en realidad ese tipo de persona? ¿Por qué quedarse en Espejo Brillante si no estaba involucrada? Debía de haberse escabullido en cuanto vio a los alcaides. Tal vez confiaba en que su diente de tiburón la mantendría a salvo. Una defensa endeble, ya que Caleb había logrado verla. Aunque, claro, los alcaides no tenían las cicatrices de Caleb.

Necesitaba una cama o un sillón cómodo. Tendría que aguantar la reprimenda de Teo por la mañana por llegar sin avisar, pero la casa de ésta estaba más cerca de la oficina que la suya, y Caleb había guardado ropa en su armario, ropa para salir de fiesta, sí, pero podía rescatar alguno de esos atuendos para ir a la oficina.

Introdujo la llave en la cerradura y giró el pomo.

La luz le lastimó los ojos, y durante un momento de confusión pensó: «Qué bien, Teo sigue despierta», y entró en la sala.

Treinta segundos y un chillido después, fue tambaleándose, con los ojos cerrados, hacia el pasillo. La puerta se cerró de golpe detrás de él. Le ardían las mejillas. Desde el interior oyó la voz de dos mujeres que discutían. Esperó, con los ojos aún cerrados, hasta que las palabras de Teo marcaron el fin de la discusión y la otra mujer se fue de la habitación, lanzando improperios.

El pestillo giró y la puerta se abrió.

—Ya puedes mirar —dijo Teo.

Estaba envuelta en una bata blanca afelpada y su cabello era una maraña

enredada sobre su frente. *Compton* se enroscaba sinuoso alrededor de sus pies descalzos y le lamía el sudor de los tobillos. Sobre el hombro izquierdo de Teo, Caleb vio que una mujer rubia, que no llevaba puestas más que unas bragas de algodón, se fue trastabillando hacia la única habitación del apartamento y cerró de un portazo.

—Parece una chica agradable —dijo él con desgana. Teo no respondió. Lo intentó otra vez—: Lo siento. Me iré.

Ella lo examinó con una mirada rápida: ropa desaliñada, pelos hacia arriba, corbata torcida y floja.

—¿Qué ha pasado?

—La situación en Espejo Brillante se ha complicado. Había una chica ahí y ha despertado a los tzimets. Tengo que llegar temprano a la oficina, pero necesito dormir. Esperaba poder descansar en tu sofá. —«No sabía que lo estabas usando», pensó, pero no lo dijo—. Lo siento. Ha sido una idea bastante mala. —No quería irse a casa—. Espero no haberte arruinado el plan.

Ella suspiró.

—No has arruinado nada. Al contrario, de hecho.

—Lo siento.

—No te preocupes. Sam es muy impulsiva. Es una artista. Estará bien por la mañana. El sofá es tuyo si lo quieres.

—No debería quedarme.

—No puedo dejar que andes por ahí, rondando de noche como un cachorrito medio estrangulado. Le diré que eres uno de mis primos tontos o algo así. No hagas que me arrepienta.

—Demasiado tarde —dijo él, pero ella ya le había dado la espalda.

Con las luces ya apagadas, se acostó en el sofá de Teo en medio de la oscuridad y contempló desde abajo los aterradores paisajes cubistas que adornaban su sala. Una panorámica de la batalla de Dresediel Lex colgaba sobre el sofá, pirámides ardientes y un cielo roto, lanzas de fuego y hielo, cuerpos ensartados en hoces de luz de luna, dioses y hechiceros en guerra, representados en coloridos lienzos de pintura. Una esquina de la pintura mostraba a Temoc librando un solitario combate contra el Rey de Rojo, justo antes de caer.

Los ojos de Caleb empezaron a cerrarse. Veía que unos tzimets se alzaban imponentemente frente a él, tratando de alcanzar las frías estrellas. *Compton* le clavó las garras en la pierna y él se volvió hacia un lado. El cuero crujió.

Se quedó dormido mientras se hundía en un mar negro.

Sueños con cuchillos, sangre y piedra negra despertaron a Caleb a la dura realidad de la mañana, a la luz más allá de las ventanas de la casa de Teo y al dolor en su cuello. Se levantó con dificultad del sofá de cuero blanco como un hombre que sale del mismísimo infierno y fue tambaleándose hasta el baño, frotando con una mano las cicatrices que le cubrían el torso como una red.

Después de una larga ducha, se fue secando por la alfombra de la sala de Teo hasta el armario del pasillo. Su atuendo de club nocturno le serviría: un elegante traje gris planchado y una camisa blanca, siempre y cuando dejara guardados el chaleco bermellón y el fular de seda. Los zapatos del día anterior estaban rayados, pero le servirían. Iría a que se los limpiaran de camino al trabajo y también conseguiría un cepillo de dientes.

Gorroneó un plato de polenta de la escasa despensa de Teo, además de dos huevos, que se preparó revueltos. Al sentarse a comer a la mesa, encontró una nota escrita con la letra angulosa de Teo:

Te diría que te sirvieras el desayuno, pero estoy segura de que ya lo has hecho. Nos vemos en el trabajo. La puerta se cerrará cuando salgas. Por cierto, Sam está enfadada. Qué sorpresa. Me las arreglaré para que vuelva a estar a buenas conmigo, pero me debes un café por lo menos.

La firma era una T mayúscula con los trazos de la pluma tan marcados que casi rasgaban el grueso pergamino.

El reloj de la pared marcaba las 9.47 de la mañana. Caleb desayunó con prisa bajo las siniestras miradas de las pinturas sanguinarias, lavó su plato y la sartén, y se marchó apresuradamente. Justo cuando salió y la puerta de la casa de Teo se cerró, se dio cuenta de que había olvidado su sombrero sobre la mesa de centro.

Dresediel Lex lo envolvió en un abrazo cacofónico. Carros, carruajes y carretas

se aglomeraban en la calle, fuera del edificio de Teo. Los conductores gritaban a los peatones, a los caballos y a otros conductores, como si con su lenguaje inventivo y sus amenazas de violencia pudieran deshacer los embotellamientos. Couatls, opteras que zumbaban, autobuses aéreos y globos sencillos formaban una maraña en el cielo azul sin nubes.

El calor predominaba en toda la ciudad; un calor seco e imperioso, como la mirada de un dios o el aliento de una forja. Todos se inclinaban ante el calor; los edificios se postraban, y la gente, casi desnuda, se encorvaba bajo el agobiante sol. A esa hora, los hechiceros, banqueros, corredores de bolsa y todas las demás personas que se vestían para ir al trabajo ya estaban a salvo y cómodos en sus oficinas con aire acondicionado. Los actores, estudiantes y trabajadores del turno de noche iban por las calles con pantalones cortos, camisas ligeras, minifaldas, túnicas y ponchos sin mangas. Caleb se descubrió a sí mismo siguiendo con la mirada las piernas largas y descubiertas de tres mujeres jóvenes que caminaban por la acera, y cerró los ojos. Una sonrisa aguda emergió de la confusión que había en su memoria: esa mujer, Mal.

Compró un periódico en un quiosco de la esquina por dos thaums, lo cual resultaba bastante barato, pero la cabeza le dolía con el simple hecho de gastar un poco de alma. Tenía que ser la resaca. Había ganado un buen pedazo de alma la noche anterior, no tendría que ir al banco hasta dentro de una semana. El periódico no incluía noticia alguna sobre lo que había ocurrido en la presa Espejo Brillante y eso era una buena señal. El Rey de Rojo no controlaba la prensa directamente, pero se tenían que gestionar las noticias como las de la crisis de Espejo Brillante.

Caleb caminó dos manzanas hasta la estación de autobuses aéreos y tomó el siguiente dirigible que iba al centro de la ciudad. El autobús se movía al oeste y al norte, zigzagueando alrededor de los rascacielos y por debajo de ellos, hacia la manzana número 700 de Sansilva, donde se alzaban pirámides de ochenta pisos que veneraban al sol. A pesar de que no había habido veneraciones desde la Liberación, las pirámides eran impresionantes.

El aire perdió su neblina y el cielo se alejó de la tierra. Los hechiceros extraían su poder de la luz de las estrellas y de la luna, aunque también podían

beberlo del sol, o de velas, fogatas y seres vivos. El humo y los gases de escape de las carretas, fábricas y estufas de la ciudad no serían suficientes para perturbar la hechicería simple y cotidiana, pero las compañías de la manzana 700 no toleraban interferencia alguna con su oscuro y delicado trabajo. Se aseguraban de mantener su cielo limpio.

En las profundidades del invierno, cuando la lluvia limpiaba el sudor de la frente de la ciudad y los ríos inundados fluían por los callejones, el sol seguía brillando sobre la manzana 700. Durante la noche, las nubes hechizadas cubrían los distritos más pobres, el Skittersill y Stonewood, Monicola, Central y Fisherman's Vale, reflejando la luz de vuelta a la tierra, de modo que, en el oscuro Sansilva, incluso las estrellas más libres podían quedar expuestas para los hambrientos hechiceros.

Caleb se bajó del autobús a media manzana de la sede de RKC, la pirámide de obsidiana en el número 667 de Sansilva. Afuera había manifestantes del grupo radical de verdaderos quechales, coreando y agitando carteles: NO A LOS DEMONIOS EN NUESTRA AGUA. LOS DIOS DEFENDEN. NO HAY AGUA SIN SANGRE.

La mitad de ellos portaba ropa moderna, pantalones, camisas y faldas, y la otra mitad llevaba vestimentas que le habrían parecido ridículamente tradicionales hasta al padre de Caleb: vestidos blancos con cordón plateado en el dobladillo para las mujeres, y toneletes de algodón para los hombres, con el torso descubierto y sin cicatrices, pintado con glifos quechales hechos con pintura roja. Había cuatro alcaldes de uniforme negro que, con los brazos cruzados, observaban a la multitud. El sol se reflejaba en sus placas y en sus rostros, dándoles un tono plateado.

Mientras Caleb se acercaba, un predicador de la tarima lo señaló con un dedo torcido y exclamó:

—¡Huye de este lugar! Aquí habitan los traidores, ¡traidores a la sangre y a la raza, traidores a los dioses y a los suyos!

Caleb ignoró al hombre y rodeó a la multitud para avanzar. No le extrañaba que los verdaderos quechales se hubiesen enterado de la situación en Espejo Brillante. Tenían mejor olfato que los buitres para detectar carne podrida.

—¡Si no piensas huir —gritó el viejo—, entonces únete a nosotros! No es

demasiado tarde. ¡Enfréntate a los traidores de la sangre, aquellos que son peores que la muerte! ¡Únete a nuestra causa!

—¡Lárgate! —le gritó Caleb en alto quechal al pasar.

El rostro del viejo se frunció con confusión. Probablemente no sabía alto quechal, salvo unas cuantas palabras medio olvidadas de algún servicio religioso clandestino. En aquellos tiempos había pocos que hablaran la lengua de los sacerdotes. Caleb sólo la conocía porque su padre se la había enseñado.

Se abrió paso entre la manifestación. Detrás de él, los coros y eslóganes rugían de nuevo.

Caleb se bajó del ascensor de la pirámide en el piso veintitrés, en medio del silencio de los hombres y las mujeres que trabajaban.

Caminó entre los cubículos hacia el despacho de la directora en una esquina. Tollan querría verlo antes de ahogarse en el mar de papeleo que sin duda ya cubría su escritorio. Por mucho que a la jefa de Caleb le doliese admitirlo, algunas verdades no podían expresarse en los espacios en blanco de los formularios oficiales.

Vio la puerta de su oficina y aminoró el paso.

La puerta del despacho de Tollan era un panel de vidrio esmerilado que resultaba ser una especie de consuelo para todo el departamento, ya que uno podía adivinar el humor de Tollan en función de su postura dentro de su oficina. Si permanecía detrás de su escritorio, el mundo estaba en paz; si estaba caminando de un lado a otro, en guerra; si estaba ocupándose de su lirio de la paz, lo mejor era ocultarse y esperar a que el hacha cayera.

Caleb no podía ver ni a Tollan, ni su escritorio, ni a su lirio de la paz. Una hoja negra aislaba su oficina del resto del universo. Cosas terribles se movían en la oscuridad y pocas de ellas eran humanas.

La puerta se abrió despacio.

Caleb se agachó y se ocultó en el cubículo más cercano, y su ocupante, un hombre corpulento de mediana edad que estaba trabajando, se sobresaltó.

—Lo siento, Mick.

—¿Caleb? ¿Dónde has estado? El jefe te está buscando.

—Hablaré con Tollan en cuanto ella termine con...

—No, no la jefa —murmuró Mikatec—. El *jefe*.

Caleb se arrodilló detrás de la pared del cubículo. Mick había tapizado su espacio de trabajo con fotos de cuando él era más joven y pulcro, jugando al ullamal, sosteniendo trofeos deportivos, gritando triunfante. Caleb se agachó detrás de los recuerdos de su colega y escuchó.

Las plumas rayaban el papel. Las ruedas de las sillas rechinaban. Algunos dedos tamborileaban sobre un escritorio. Un actuario en la fila de atrás tosió.

Desde la oscuridad que había más allá de la puerta de Tollan, se oyó una voz que sonaba como el fin del mundo:

—Espero que nuestra confianza en ustedes no sea errada.

El color se desvaneció de las fotografías que mostraban la gloria de Mick. Las luces fantasmales sobre ellos parpadearon y se apagaron. Alguien, un recién contratado sin duda, maldijo, y alguien más le indicó que se callara. El sonido de las plumas y las sillas y los dedos se detuvo. El departamento de gestión de riesgos quedó en absoluta quietud.

La puerta del despacho de Tollan se cerró.

Hubo tres golpes nítidos y perceptibles que quebrantaron el silencio, luego tres más, después el golpe seco de un báculo de bronce sobre la piedra. Los ruidos se repitieron. Una pesada túnica se arrastraba sobre el suelo de piedra.

Caleb contuvo la respiración.

El Rey de Rojo se movió entre los cubículos, emanando poder. El golpeteo que se oía era el de sus pasos triples: los huesos de su talón, el tercio anterior de su pie y los dedos como ramas que golpeaban ordenadamente.

—Vuelvan a su trabajo —dijo él.

Nadie se movió. Sesenta años atrás, el Rey de Rojo había destrozado el cielo sobre Dresediel Lex y había atravesado a los dioses con espinas de luz de estrella. Lo que quedaba de su piel se había derretido décadas atrás, dejando huesos lisos y una sonrisa constante.

Era un buen jefe. Pero ¿quién podía olvidar lo que había sido y lo que quedaba?

Las pisadas disminuyeron y la luz volvió de forma gradual al mundo. Se oyó

el timbre de un ascensor. Cuando las puertas se cerraron, Caleb exhaló y oyó cómo los demás hacían lo mismo. Había una delgada capa de sudor sobre su frente.

Le dio una palmada a Mick en el hombro, se aflojó el cuello de la camisa y entró en el despacho de Tollan.

Tollan caminaba de un lado a otro detrás de su escritorio, con una copa de mezcal entre las manos. Tomó un sorbo y se sacudió. Su largo cabello negro estaba recogido en una perfecta trenza enroscada, lo cual le daba a su rostro un aspecto severo y delgado.

—¿Dónde estabas? —le preguntó al cerrar la puerta.

—Durmiendo.

—Durmiendo. —Ella se rio, sin pizca de humor en la voz, y bajó la mirada como si le sorprendiera sostener una copa—. De vez en cuando, trato de convencerme de que estoy acostumbrada a su carácter, de que puedo manejarlo. Y, luego, lo veo enojado. —Apretó la copa como si fuera a romperla pero lo hubiera reconsiderado antes de dejarla en su escritorio.

No había necesidad de que indicara a quién se refería.

Caleb esperó un poco y al final dijo:

—Estuve en Espejo Brillante hasta las cuatro y media. Si hubiera llegado más temprano, estaría demasiado cansado para ayudarte a ti o a cualquiera.

Tollan no dejaba de caminar. Esperaba que le gritara, pero su silencio era peor.

—Espejo Brillante está bajo control —continuó Caleb—. Nadie resultó herido. Hemos dominado a los tzimets. Morirán poco a poco, pero morirán. Podemos dejar que el agua siga fluyendo. Él no debería culparte por esto.

—¿Ésa es tu opinión profesional? —Sus zapatos rasparon el suelo al darse la vuelta.

—¿No opinas lo mismo?

—Tomamos todas las precauciones posibles —contestó ella en un tono desdeñoso al hablar de precauciones.

—Usamos hechicería de alto poder en esas aguas. Era de esperar que algo se

filtrara tarde o temprano.

—Sé que no crees eso más de lo que lo creo yo. O más de lo que él lo cree. — Señaló el techo con un pulgar, hacia la oficina del Rey de Rojo, en el ático, sesenta pisos más arriba—. Alguien nos ha jodido.

—Es posible.

—Posible. —Prácticamente escupió la palabra—. Lo peor de todo es que el jefe no está enfadado por lo que hicimos o no hicimos. Está molesto porque esto pone en riesgo el trato con Heartstone.

Heartstone era una compañía de radiestesia, desarrollo de agua y energía.

—¿Qué tiene que ver eso con Espejo Brillante? Tenemos planeado comprar Heartstone.

—Sólo si Alaxic, su viejo y loco director ejecutivo, decide vender. La situación en Espejo Brillante lo tiene preocupado. El Rey de Rojo dice que Alaxic no seguirá adelante con el trato a menos que alguien lo convenza de que no fue nuestra culpa y que se lo diga en persona.

Caleb se encogió de hombros.

—Entonces alguien debería hacerlo.

—El jefe quiere que lo hagas tú.

—¿Yo? Yo no soy bueno para esas cosas. Enviad a Teo. Ella es la Señorita Gestión de Contratos. Le dieron una plaza de aparcamiento y todo.

—El jefe no quiere enviarte porque seas un buen negociador. Quiere enviarte por quien es tu padre.

Caleb no dijo nada. Le vinieron muchas respuestas a la mente y ninguna de ellas era educada.

—El viejo Alaxic era sacerdote. Estudió hechicería después de las Guerras de los Dioses y fundó su propia compañía, pero, desde su punto de vista, el Rey de Rojo sigue siendo el tipo que mató a sus dioses. —Los ojos de Tollan eran negros, feroces y tan estrechos como su boca—. ¿Lo harás? ¿Irás a Heartstone y explicarás lo que ha ocurrido?

—Lo haré —dijo Caleb—. Pero preferiría que el Rey de Rojo me usara porque cree que soy bueno en mi trabajo y no por quien era o es mi padre.

—Díselo tú mismo la próxima vez que lo veas. Y si sigues con vida después

de eso, me cuentas cómo te fue. —Empezó a hojear su agenda—. Me pondré de acuerdo con Heartstone para conseguir una cita. ¿Qué le dirás a Alaxic?

—Que hemos resuelto el problema. Que se trató de un extraño fallo o que la presa fue envenenada. Que vamos a monitorear el sistema, incrementar la seguridad y mantenerlo informado sobre todo lo que descubramos.

Tollan frunció el ceño.

—No es suficiente.

—Es la verdad.

—Me gustaría que tuviéramos algo más contundente. Los alcaides dicen que detectaste a un intruso que huyó. ¿Puedes darme más detalles?

Ojos negros y una sonrisa como un cuchillo expuesto. Músculos largos y tensos, piel oscura. Risueña, provocativa.

—Tengo algunas pistas que seguir, eso es todo.

—¿Nada en concreto? ¿Nada que podamos darle a Alaxic o al Rey de Rojo?

En su mente, vio a Mal girando en el espacio mientras varias garras demoníacas trataban de atraparla.

—No.

6

—¿No?! —El grito de Teo resonó por todo el Café de la Muerte. La chica de detrás de la caja registradora cerró de golpe y con indiferencia la novela que estaba leyendo y paseó la vista alrededor de las mesas con una mirada llena de confusión.

—Baja la voz —susurró Caleb.

La cafetería estaba casi vacía, pero era pequeña. Cualquiera los podría estar oyendo: el hombre del traje de rayas que fingía no estar leyendo el artículo sobre los trajes de baños de un tabloide, la mujer que jugueteaba con una pluma entre los dedos, la chica de la caja registradora. Parecía que los únicos que lo observaban eran los llamativos esqueletos de color amarillo estridente que adornaban las paredes, pero uno nunca podía estar seguro.

—¿Estás loco?

—Los alcaides ya saben que fue un corredor, no es como si lo estuviera ocultando.

—Pero no les dijiste que se trataba de una mujer, ni que hablaste con ella. O que sabes su nombre.

—Parte de su nombre. Ni siquiera sé qué parte. Tal vez estaba mintiendo.

—Eso no puedes decidirlo tú.

Él se encogió de hombros.

—Me guardé la información porque pensé que Tollan debería ser la primera en saberlo; el crimen afectó más a RKC que a la ciudad.

—Pero tampoco se lo has dicho a Tollan.

—No.

—Ocultarle algo así a ella, a los alcaides, al Rey de Rojo... Alguno de ellos te matará. O tal vez no. Harán que les supliques que te maten, pero se contendrán.

—Sé que estoy jugando con fuego.

—Ni te imaginas lo peligroso que es.

—¿Qué crees que le pasará a esta mujer si les cuento algo sobre ella? Un grupo de alcaides la rastrearán, la encerrarán en una celda y le destrozarán la mente.

—¿Acaso no es ése el objetivo? Es una envenenadora.

—No lo creo.

—Bueno, eso es muy reconfortante, supongo, ya que tienes tanta experiencia en el tema.

—Se movía como una corredora de acantilados. Así que estaba diciendo la verdad.

Teo le echó dos cucharadas de azúcar a su café y lo mezcló.

—Entonces, se trata de una suicida temeraria que es capaz de burlar nuestra seguridad. Suena como toda una ciudadana modelo.

—Tal vez no sea una ciudadana modelo, pero no creo que sea una terrorista.

Teo, desesperada, puso los ojos en blanco.

—Crees que es guapa.

—Creo que se topó con algo que es demasiado grande para ella. Puedo empatizar con eso.

—Y también crees que es guapa.

La campana sobre la puerta del Café de la Muerte sonó seis veces para anunciar la llegada de un pequeño grupo de banqueros: señores de hombros anchos cuyos brazos extremadamente musculosos casi rompían las mangas de sus abrigos. Tenían el cabello levantado, como púas saliendo de su cabeza, y todas sus vocales terminaban en un tono monótono. Mientras los banqueros pedían expresos triples, Caleb cambió de tema.

—Cuéntame lo de Sam.

Teo frunció el ceño. Era consciente de los riesgos de discutir asuntos de trabajo en una sala llena de gente.

—Es algo nuevo. —Removió su café otra vez, aunque el azúcar ya se había disuelto—. Es impulsiva, inteligente y torpe. Justo mi tipo.

—Actriz.

—Pintora.

—Eso es nuevo.

—No todas las rubias son actrices —dijo Teo.

—La mayoría lo son, al menos aquí.

—Los teatros las consideran atractivas. Yo no estoy a cargo del gusto del público, aunque coincida con él.

—Siempre con los demonios extranjeros. ¿Qué me dices de buscar una buena mujer quechal para sentar la cabeza?

—Suenas como mi abuela: «Teotihual, si tienes que ser una doncella de altar, ¡al menos quédate con las de tu tipo!».

Caleb ahogó una risa.

—¿Sigue diciendo «doncella de altar» para referirse a las mujeres a las que les gustan otras mujeres?

—¿Qué esperabas de alguien de la vieja generación? ¿Que hubiera mejorado su sensibilidad?

—De cualquier modo, es bastante ofensivo.

—Ineficaz. Nadie anda en búsqueda de sacrificios estos días.

—Tampoco entiendo muy bien a lo que se refiere con «las de tu tipo», suena a...

—Dale una oportunidad. El bajo quechal es su lengua materna; sólo habla kathic conmigo y mis hermanos porque nuestro quechal es muy malo.

La campana de la puerta volvió a sonar y una ola de calor escoltó a los banqueros al exterior. A través de la ventana, Caleb los vio entrar en la pirámide de al lado. El aire sobre la calle producía ondulaciones. Estaba sediento.

—¿No le contarás a Tollan lo de esta chica...? —preguntó Teo después de que la puerta se cerrara.

—Mal.

—Lo de Mal.

—Correcto.

—Entonces ¿qué harás?

—Te lo he contado a ti.

—Quiero decir que qué harás ahora.

Él bebió un sorbo de su café y los ojos de Teo se entrecerraron.

—Me lo has contado porque estás a punto de hacer alguna estupidez, pero aún no sabes qué exactamente. Confías en que te detenga antes de que llegues demasiado lejos.

El café sabía a tierra densa y oscura, y le quemaba la garganta al bajar.

—No soy tu conciencia, Caleb.

—No te estoy pidiendo que lo seas. Sólo necesito hablar de esto con un amigo. Y quiero que alguien esté al tanto de lo que planeo, por si sale mal.

—Tienes un plan.

—Así es.

—Cuéntame.

—Quiero encontrarla. Es la única manera de confirmar que estoy en lo cierto. Encontrarla y averiguar quién es y qué es lo que vio.

—No me parece una buena idea.

—No es una idea tan mala.

—Ni siquiera es posible, imagínate lo mala que es. La has visto una vez y la única pista que tienes es una parte de su primer nombre. ¿Sabes cuántas personas viven en el área metropolitana de DL?

—Diecisiete millones, cientos más, cientos menos.

—¿Y cuántos de ellos tienen nombres que contengan la sílaba «Mal»?

—Es probable que se trate del diminutivo de Malina.

—No me parece haberlo oído antes.

—Es una especie de flor del cactus. Un nombre muy tradicional. A tu abuela le encantaría.

—Entonces, tienes un nombre que posiblemente sea falso. ¿Qué más?

—Es corredora de acantilados. Es buena y lo bastante rica como para pagar algunos glifos en alto quechal. Eso reduce el rango de posibilidades. Podría conseguir que otros corredores me guiaran hasta ella.

—Eso si asumimos que te dijo la verdad sobre su nombre y sobre el hecho de ser una corredora. —Teo frunció el ceño—. Te interesa esta chica, ¿eh?

—Mujer.

—Te interesa esta mujer.

Podría haber mentido si hubiera habido alguna posibilidad de engañar a Teo.

—Estoy interesado, sí. Estoy interesado en ella y no quiero echarle encima a los alcaides. He visto lo que le hacen a la gente cuando buscan respuestas. Anoche me di cuenta de que estaba asustada.

—¿Por qué estaría asustada? Quizá era culpable de algo.

—Ni siquiera mereces que te responda. —Se quedó observando la ventana que daba a la calurosa calle—. No quiero que otra persona pague por algo que hizo mi padre, o sus compinches. Y si los alcaides la atrapan, no tendrá escapatoria. Le partirán el cráneo, le extraerán todo recuerdo y, al final, le suturarán la cabeza. Mientras tanto, mi padre saldrá indemne, como siempre.

—Te dije que no tenía nada que ver con esto. ¿Por qué crees que miente?

—¿Por qué crees que dice la verdad?

—Ésa no es una respuesta.

—No —admitió—. ¿Recuerdas la universidad?

—¿Qué piensas que he olvidado?

—¿Recuerdas la vez que me contaste que habías terminado con Ivan? ¿Y que habías conocido a una chica? Me dijiste que tenías que hacerlo, que era parte de ti. Te pregunté por qué habías acudido a mí. Y me dijiste que era porque tenías que saber si estabas siendo sincera contigo misma y que la única manera de saberlo era contárselo a alguien en quien confiaras y que pudiera darse cuenta de si estabas mintiendo.

Ella inclinó la cabeza.

—¿Crees que esto es lo mismo?

—¿Lo mismo que salir del armario? —Hizo un gesto de disculpa—. No. Claro que no. Mierda. Perdóname.

—Estás perdonado.

—Pero esto podría matarme. No estoy hablando en sentido figurado. Los alcaides querrán mi cabeza por haberles mentado. Tal vez esté obstruyendo a la justicia, siendo cómplice y no sé qué más. Encima, tampoco se puede decir que esté libre de toda sospecha. Tollan ha sido buena conmigo, pero dudo que se olvide de quién es mi padre. Así que quiero averiguar ciertas cosas: ¿estoy diciendo la verdad? ¿Esto es algo que tengo que hacer? ¿O cometeré un suicidio si me acuesto con esta mujer?

—Te he dicho que no voy a ser tu conciencia.

Caleb bebió su último sorbo de café y se puso de pie. Se estaba asfixiando en ese lugar tan pequeño. Los esqueletos de la pared se burlaban de él, agitando los brazos en una obscena danza. Comenzaba a sentir que un fuego ardía en su interior, avivado por palabras que no recordaba cómo pronunciar.

Teo se mordió el labio inferior, y el blanco de sus dientes resaltó contra su piel oscura. En sus ojos podía ver que ponderaba las posibilidades.

—Hazlo —dijo ella, finalmente, como si dictara sentencia—. Encuéntrala. Pero si no lo logras en dos semanas, yo misma iré a contárselo a Tollan. Ella te matará por ocultarle esto y yo nunca volveré a trabajar en esta ciudad por haber esperado para decírselo. Tendré que depender de la tierna misericordia de mi familia y sufrir la maldición de llevar vestidos bonitos y estrechar la mano de hechiceras en las fiestas, o acompañar a mis primos en su tango de hedonismo. Entonces, contrataré a un hechicero para que te traiga de vuelta, una vez que Tollan te haya matado, sólo para poder matarte otra vez. Y lo haré cada vez que esté aburrida. Y créeme, la vida con mi familia siempre es aburrida. Muy pero que muy aburrida. —Enfatizó cada palabra con un golpe del dedo índice sobre la mesa.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—¿Por qué me permites buscarla? ¿Por qué no vas a contárselo a Tollan de inmediato o me obligas a que yo se lo explique?

—Porque hace cuatro años si hubieras tenido dos reinas en tu mano y una tercera sobre la mesa te habrías arriesgado en vez de ceder ante una mentira y retirarte del juego. Porque solías ser apasionado y ahora vives asustado. Te estás volviendo un gerente de riesgos, no sólo por el título, sino también en la realidad, y es duro para mí tener que verlo. Es una idea descabellada, pero no me interpondré en tu camino. De hecho, te apuesto un alma y media a que no podrás encontrarla y descubrir lo que sabe antes de mi fecha límite, que son dos semanas.

—Tres mil thaums. —El pago de dos meses de alquiler de su casa. La entrada para un juego de riesgos de otro mundo—. ¿Cuáles son las probabilidades?

—Dos a uno en contra. No quiero que te arruines.

—¿Estás segura de que puedes cubrirlo? No quiero que te veas forzada a salir corriendo con tu mami cuando venga a cobrarte. Sé lo cómoda que te sientes con tu familia.

—Mira quién habla.

—Acepto.

Se estrecharon la mano y los esqueletos amarillos sonrieron.

Caleb les devolvió la sonrisa.

El amanecer del día siguiente le arañó los ojos a Caleb. Bajó el ala de su sombrero todo lo que pudo y subió por el camino de grava que rodeaba la colina arenosa hasta la sede de Heartstone. El carruaje sin conductor que lo había transportado se alejó hacia el calor y la bruma.

Los sentimientos de Caleb por el amanecer eran muy similares a sus sentimientos por el departamento de contabilidad de RKC: necesario y cuanto más lejos, mejor. Pero Alaxic, el director ejecutivo de Heartstone, era un hombre ocupado, y cuando convocó la junta tan temprano, Caleb no discutió, ya que necesitaba que aquella charla terminara bien. Si Alaxic dejaba de presionar al Rey de Rojo, éste dejaría de presionar a Tollan y a los alcaides, y de esa manera Caleb tendría el camino libre para buscar a Mal. De otro modo, la probabilidad de encontrarla se reducía casi a cero. En especial si los alcaides decidían asomarse dentro de su cabeza para buscar detalles sobre la corredora que no había visto bien. Al lado del camino había unos pinos enanos secos que se mecían con el viento. Caleb se dio la vuelta para mirar, y una delgada y afilada garra le pinchó la garganta. Se quedó quieto y sintió que unas puntas afiladas le presionaban la espalda. Una aguja se detuvo a pocos centímetros de su párpado izquierdo. Escuchó el silencio de algo grande, parado junto a él.

—¿Nombre y asunto? —preguntó una voz que chirriaba como una tiza sobre una pizarra.

—Caleb Altemoc. —Tragó saliva. Su garganta seguía presionada por la garra del demonio de seguridad—. Vengo de RKC para ver a Alaxic. —Poco a poco, metió la mano en su bolsillo y sacó su placa de la cartera—. Tengo una cita.

La garra no le cortó la garganta y las espinas del pecho del demonio tampoco lo ensartaron. Probablemente era una buena señal.

Caleb esperó.

Comparados con un demonio hecho y derecho, los tzimets de la presa Espejo Brillante eran una especie parecida pero menos desarrollada, es decir, de forma similar, a veces hasta más fuertes, pero malas imitaciones en cuanto a intelecto y crueldad.

Los minutos pasaron despacio mientras esperaba en la ladera a escasos milímetros de la muerte.

Oyó pasos y trató de girar la cabeza, pero las espinas junto a su mejilla se lo impidieron.

Una mujer entró en su campo de visión: su piel era de un tono más oscuro que la de Teo, tenía la cara redonda y el pelo teñido de rojo y recogido en un moño. Llevaba un traje de color caqui con una falda hasta la rodilla y cargaba una tabla sujetapapeles. Alzó la mirada de su pizarra y extendió la mano.

—Debes de ser Caleb. Mi nombre es Allesandre Olim. El señor Alaxic ansía conocerte.

Las garras, espadas y espinas lo soltaron. Un momento antes, un simple estornudo le habría clavado diez espinas en el cráneo; ahora se encontraba libre, de pie sobre el camino. Caleb aceptó la mano de Allesandre y la estrechó. La mujer le devolvió el saludo con firmeza y no sonrió.

—Te pido disculpas por la extrema seguridad. Nuestro trabajo aquí es delicado y peligroso. Por aquí, por favor.

—Sus guardias son eficientes —dijo Caleb y casi se volvió para mirar detrás de él, pero Allesandre sacudió la cabeza y él se detuvo—. El demonio sigue ahí, ¿verdad?

—¿Me acompañas, por favor? —respondió ella y dejó el camino atrás.

Caleb la siguió. La ladera por donde caminaban era rocosa e irregular, cubierta de artemisa y maleza, pero al andar notó un sendero de piedra liso bajo sus pies.

Allesandre lo llevó a un círculo de piedras erguidas. Con un movimiento de su pizarra, deslizó un altar de más de doscientos kilos, que se apartó a un lado y reveló así un túnel toscamente tallado en la tierra, con escalones de roca que descendían.

Bajaron por esos escalones durante mucho rato.

Al principio, el túnel estaba tan cálido como la tarde en el desierto y después tan caliente como el horno de un panadero. Una tenue luz roja iluminaba unas tallas en la pared que representaban a las Hermanas Heroicas, a dioses con cabeza de águila y, desde luego, serpientes: el antiguo quechal que excavó ese pasaje había trazado una barra doble de estilizadas escamas bajo cada figura tallada.

—Éste es un lugar extraño para trabajar —dijo Caleb.

Los labrados quechales le recordaban a su infancia, a esas noches en las que oía cómo su padre realizaba cánticos sagrados de sangre y asesinatos. Recordaba haber visto algunos de estos diseños en las paredes del templo de su padre en el Skittersill, antes de que se quemara.

—Ya no se ven esculturas así.

—El bajorrelieve es auténtico —dijo Allesandre—. Quinientos años de antigüedad, siglo más, siglo menos.

Caleb apartó la mano de la pared.

—¿Tratan de ahorrar en bienes raíces?

—Para nada —respondió ella—. Sitios como éste son esenciales para nuestro trabajo.

Cuando Caleb oyó las voces por primera vez, supuso que se trataba del viento que se filtraba por las fisuras de la roca. Tras seguir a Allesandre y adentrarse en la profundidad, el susurro empezó a transformarse en palabras pronunciadas en alguna forma oscura de alto quechal, una mezcla de sustantivos, adjetivos y verbos de los cuales sólo lograba entender algunas palabras: *serpiente, flama, perder, quemar, hacer, moldear, aplastar*.

Un ardiente sudor le caía por las mejillas y la línea de su mandíbula. Su sombra y la de Allesandre se mezclaban y se extendían detrás de ellos, largas y delgadas, como un camino que los guiara de vuelta a la oscuridad de donde procedían.

El pasaje se abría para revelar una amplia cornisa de piedra negra en el borde de una caverna. Las luces provenientes de las profundidades teñían todo este mundo de carmesí. Del techo colgaban estalactitas dentadas que se

entrecruzaban con tuberías de metal. Los cánticos se mezclaban con el ritmo de las máquinas.

Hombres y mujeres abarrotaban la cornisa. Portaban ropa blanca holgada y cinturones de herramientas. Trabajaban en altares de piedra y zócalos, ajustando botones con tallas en forma de abeja y accionando palancas con cabezas de serpiente. Motas ardientes danzaban en el aire frente a sus rostros. Los técnicos cantaban mientras trabajaban y asentían con la cabeza al ritmo de su cántico.

Las palabras y las esculturas estaban en alto quechal, pero a este lugar le hacían falta los adornos ceremoniales: no había ningún sacerdote ni sacerdotisa con una flauta de hueso, no había un guardatapete con un cuchillo levantado. En cada superficie brillaban glifos modernos y angulosos de hechiceros.

En la baranda, al borde de la plataforma, había un hombre viejo vestido de negro. Tenía las manos detrás de la espalda y observaba fijamente la caverna. Algunos mechones de pelo blanco se aferraban a su cuero cabelludo. Su cuerpo estaba encorvado, como si ya no fuera capaz de soportar su peso.

La multitud de gente en túnicas blancas se apartó para darle paso a Allesandre. Caleb la siguió hasta que se detuvo detrás del anciano.

—Señor, vengo con Caleb Altemoc, de RKC. Caleb, éste es el señor Alaxic.

Caleb tragó saliva y no precisamente por el calor.

—Altemoc —dijo el viejo, masticando las sílabas de su nombre. Su voz era aguda y sobria—. ¿No serás por casualidad el hijo de Temoc? —No había duda de a qué Temoc se refería.

—Sí, señor. Mi padre y yo no estamos unidos.

—Es difícil estar unido a un prófugo.

—No apruebo sus decisiones y él no aprueba las mías. Tenemos un acuerdo equitativo.

Alaxic no se dio la vuelta.

—Es extraño que el más devoto de los verdaderos quechales le haya dado un nombre extranjero a su hijo.

—Cuando yo nací, él creía que había una oportunidad de alcanzar la paz. Él y mi madre eligieron mi nombre como símbolo de paz.

—Naciste antes del Levantamiento del Skittersill.

—Sí —dijo Caleb.

—Un asunto muy turbio. —Aunque las manos de Alaxic seguían juntas detrás de su espalda, los dedos se movían y se retorcían como si tocase un instrumento invisible—. Hombres que trataban de defender sus derechos fueron asesinados por los alcaides que tendrían que haberlos protegido.

—Ésa es una manera de plantearlo.

—¿Y la otra?

—Sería menos generoso.

—Explícate. Habla libremente.

—Yo diría que los rebeldes eran fanáticos que querían sacrificar a sus vecinos a dioses sanguinarios.

—No compartes la fe de tu padre.

—Como regla general, no tengo respeto por los asesinos. Sin importar cómo intenten justificar sus actos.

—Ah. —Alaxic se dio la vuelta. No tenía arrugas, pero parecía desgastado, con la piel delgada y estirada como un tambor. Uno de sus ojos tenía una mirada blanca y vacía, y una cicatriz fruncida y retorcida al lado derecho de su boca forzaba una sonrisa a medias. Su otro ojo era brillante, frío, negro y agudo—. Un modernista.

—Supongo.

«Debes terminar esta conversación —se dijo a sí mismo—. No te dejes arrastrar.»

—Pero imagino que no me ha llamado para hablar de política.

—Política y seguridad —dijo Alaxic— son dos lados del mismo pergamino. —Levantó las manos y trató de extenderlas. Sus dedos se torcían como garras y temblaban—. Una escritura que es confusa de un lado puede leerse del otro. Durante algún tiempo sacrificamos hombres y mujeres en Quechaltan para implorarles a los dioses que lloviera. Hacemos lo mismo hoy en día, sólo que extendemos la muerte a millones. Ya no sentimos empatía por la víctima, no yacemos a su lado en la losa. Olvidamos y creemos que el olvido es humano. Nos engañamos. Y esos engaños son el fundamento de su organización.

«No muerdas el anzuelo.»

—Señor, el allanamiento de Espejo Brillante es un incidente aislado. Estamos estudiando la situación para identificar qué salió mal y así para poder protegernos en el futuro.

Alaxic sacudió la cabeza.

—No entiendes por qué te hemos llamado. Crees que tu propósito es calmarme para que pueda dormir. Convencerme de que venda el trabajo de toda mi vida a tu jefe.

Las señales de alerta de Caleb se activaron. Sintió como si un cuidadoso jugador hubiera mirado sus propias cartas y luego hubiera aumentado la apuesta.

—¿Por qué estoy aquí?

—Ayer, Rey de Rojo Consolidado me envió más documentos sobre la presa Espejo Brillante de los que podría leer en mil años. Pero los papeles pueden mentir. Quiero a alguien que me mire a la cara y me diga que puedo confiar en tu jefe.

El aire era muy denso y pesado por los cánticos y el calor.

—¿Qué quiere decir?

Alaxic le hizo una seña para que se acercara a la baranda.

—Mira hacia abajo, hijo de Temoc.

Caleb casi se niega por una cuestión de principios, pero debía dejar aparte los principios en horas de trabajo. Se acercó al borde de la plataforma, se apoyó y miró hacia abajo.

Un fuego líquido llenaba la cantera, ondeando, ardiendo, hirviendo, rojo y amarillo, anaranjado, blanco y azul. Un estremecimiento recorrió el fuego de extremo a extremo, como un tirón en el flanco de un caballo.

Al seguir con la mirada ese estremecimiento, Caleb vio un ojo.

Lo que había confundido con una isla en medio de la roca fundida era en realidad un enorme ojo rodeado por escamas de lava; un ojo con párpado de burbuja, como el de una serpiente si ésta fuera lo suficientemente grande como para tragarse mundos enteros.

Una serpiente yacía enroscada debajo de ellos, un animal más grande que la cueva, más grande que las pirámides de Sansilva. Su inmensidad descartaba todo

concepto de tamaño. Desenroscada y en posición de ataque, la sombra de esta criatura podría cubrir todo Dresediel Lex.

El sudor en el cuello de Caleb se enfrió.

Esa serpiente tenía una hermana y Caleb conocía los nombres de ambas.

—Ésa es Achal —dijo Alaxic—. Aquel se encuentra en las profundidades ahora mismo. Se mueven inquietamente en sus sueños, como lo hacemos nosotros. Aunque, claro, son más grandes que nosotros.

—Nos protegen y nos resguardan del fuego —susurró Caleb en alto quechal. Las palabras llegaron de forma espontánea a sus labios.

—Vaya. —Alaxic sonrió—. Veo que tienes algo de espíritu religioso después de todo.

—Eso... —Trató de hablar otra vez—. ¿Tiene alguna idea de lo que es eso?

—Sabemos exactamente quién es ella. Mejor que cualquiera en la historia. —Alaxic se quedó observando el foso—. Al principio de los tiempos, la tierra tembló y se partió, y muchos hombres y dioses murieron. Las hermanas gemelas del sol descendieron hacia las profundidades, en busca de la causa de los temblores, y encontraron dos serpientes gigantes, más grandes que las montañas, más viejas que la tierra. Alguna vez solían deslizarse entre las estrellas.

»Los demonios danzaban alrededor de las serpientes, incitándolas a temblar o a amotinarse. La primera hija del sol se arrancó el corazón del pecho y lo arrojó a la boca de la primera serpiente, la cual obtuvo su sabiduría y su nombre: Aquel. Los demonios trataron de impedir que la segunda hija del sol hiciera lo mismo, pero ella arrojó su corazón por encima de ellos hacia la boca de la segunda serpiente y así ésta obtuvo su sabiduría y su nombre: Achal. Aquel y Achal se compadecieron de los dioses y de los hombres, y ahuyentaron a los demonios de sus ardientes dominios hacia el frío del espacio. Entonces durmieron, pero al dormir olvidan. Cuando el sol muere, los demonios vuelven y las serpientes regresan, y nosotros les entregamos corazones y almas para recordarles que somos sus hijos.

—No, ya no lo hacemos.

—Lo que tú digas.

—Y no estaba hablando de mitos.

—Yo tampoco —dijo Alaxic.

—Alimentamos a esas cosas con nuestra carne durante tres mil años. No son dioses, en todo caso son animales. Son poder congelado. Alguna vez los usamos como armas y partimos este continente por la mitad. Destruimos una docena de ciudades. Millones murieron.

—Millones murieron porque, en la oscuridad de nuestra ignorancia, nos atrevimos a tratar de controlar a las serpientes. Hemos aprendido a través de los siglos que han pasado desde el cataclismo. Durante miles de años, las serpientes se alimentaron de nosotros. Ahora es nuestro turno de alimentarnos de ellas.

Los técnicos cantaban. Había tallas en quechal marcadas con hechicería. Tubos de vapor en el calor.

—Está extrayendo su poder.

—Cuanto más hambrientas están las hermanas, con más calor arden. Usamos sus almas para darle potencia a nuestra hechicería, y así ellas arden con más intensidad. Recolectamos el calor para accionar los motores thaumatúrgicos. En este momento, sólo podemos extraer unos cuantos cientos de miles de thaums al día antes de que empiecen a agitarse en su sueño. Sus sueños son las semillas de los terremotos.

—El Rey de Rojo no quiere comprarle su planta depuradora de agua —dijo Caleb—. Quiere a las serpientes.

—RKC necesita nuestra agua, pero los lagos y ríos que hemos aprovechado no podrán sustentar a Dresediel Lex por mucho tiempo. Tu jefe cree que podemos usar el calor de las serpientes para purificar el océano, como su sistema en la Estación Bay. Extraer el agua salada hacia las cavernas, dejar que se evapore, recolectar y enfriar el vapor. Claro, la perspectiva de un poder casi ilimitado también lo intriga.

—Dioses.

—No. —Alaxic sonrió ligeramente—. Pero más o menos. Y tu jefe las quiere. Él no me gusta. Cuando conquistó nuestra ciudad, peleé contra él por tierra y por aire. Aprendí sus artes oscuras después de la guerra, con la esperanza de vencerlo con su propio poder. Pero ya estoy cansado y me niego a dejar que la hechicería me lleve hasta la inmortalidad esquelética. ¿Entiendes?

Caleb no lo había entendido, pero no se le ocurría nada que decir.

—Los hechiceros evitan los riesgos, se protegen en caso de las peores situaciones imaginables. Pero la peor situación en este caso supera por mucho cualquier protección que uno pueda asegurar. Si tu jefe hace mal uso de Aquel y Achal, no habrá otra oportunidad, no habrá seguro, no habrá recuperación. Si las hermanas despiertan, la ciudad arderá. Si el Rey de Rojo quiere mi empresa, debe garantizarme que RKC protegerá el sueño de las hermanas antes que cualquier otra prioridad, incluso su propia vida. Quiero un contrato escrito y firmado con sangre, o no hay trato.

—No podemos darle una garantía general.

—Sí pueden. Y lo harán. Tu jefe necesita mi empresa más de lo que yo necesito venderla.

Caleb recordó a Tollan caminando por su oficina y la ira oscura del Rey de Rojo. Se asomó por el borde de la plataforma y se imaginó a las serpientes como dos torres encima de Dresediel Lex, mostrando sus colmillos de diamante.

—No tengo la autoridad para aceptar esas condiciones.

—Entonces, comunícaselas al responsable. O no lo hagas y deja que el trato se cancele. Dejo esto en tus manos. ¿Confías en que tu jefe sea capaz de poner la seguridad de nuestra gente por encima de la suya?

La serpiente dormida se retorció. Un gruñido de roca atormentada se alzó desde el centro del mundo.

—Sí —dijo Caleb después de que los ecos se desvanecieran.

Alaxic asintió una vez y Caleb no pudo determinar si estaba satisfecho o no.

—Allesandre te mostrará la salida.

8

Cuando Caleb le entregó el mensaje a Tollan, ella soltó improperios durante tres minutos seguidos. Aplicar revisiones a un contrato cuando el trato estaba tan avanzado era muy costoso y precario. Durante dos días, un trío de hechiceros de rango superior acorraló a Caleb en su oficina, haciéndole una pregunta repetitiva tras otra sobre su conversación con Alaxic. Lo obligaron a rellenar formularios por triplicado, en escritura cuneiforme y con sangre.

Salió de esa experiencia envuelto en una niebla de confusión. Bebió para calmarse y poder dormir, pero en sus sueños sufría el tormento de garras de hielo negro. Las visiones se escabullían de entre la oscuridad al llegar el día. Una vez, mientras revisaba unos papeles, alzó la mirada y creyó ver a Mal pasando frente a la puerta de su oficina.

Al tercer día de la apuesta, Caleb salió de la oficina antes de las ocho por primera vez desde el incidente de Espejo Brillante. En vez de coger un autobús aéreo que lo llevara a casa volando por encima de las montañas, tomó una cena rápida en un costoso restaurante de Sansilva y se dirigió al centro, a las brillantes franjas de neón del Skittersill.

Mientras viajaba al este desde las pirámides, las calles se iban haciendo más angostas y los edificios se encorvaban hacia la tierra. Las luces de la calle parpadeaban en las bocas de demonios pintados en los escaparates. Un par de ojos esculpidos con tubos brillantes y transparentes lo observaban desde el anuncio de un oculista. Un humo agrio se filtraba desde la puerta abierta de un club nocturno, y un ciego tocaba con mediocridad una melodía quechal en un violín de tres cuerdas. Muy por encima de la ciudad, los alcaides volaban en círculos. El agitar de las alas de sus vehículos repiqueteaba en el pecho de Caleb.

Los borrachos infestaban las aceras. Un autobús aéreo aterrizó en una plataforma cercana y dejó salir a una multitud de estudiantes: hombres jóvenes y

bien vestidos, con el cabello impecable, mujeres ansiosas con camisetas sin mangas y minifaldas de cuero; todas sus sonrisas parecían impresas por máquinas.

Dresediel Lex había sido una de las primeras ciudades liberadas en las Guerras de los Dioses, pero no todos los gobernantes de la localidad habían perecido junto con sus dioses; si bien era verdad que los sacerdotes derramaron su sangre en los campos de batalla, algunas familias quechales nobles depusieron las armas. No obstante, no recibieron recompensa ni castigo por haberse rendido. Se hundieron en la tierra, dentro del Skittersill, donde prosperaron alimentándose del pecado de la ciudad.

La familia de Teo provenía de ese linaje. Actualmente, eran dueños de empresas de manufactura y transporte; pero su abuelo había sido el dueño de un tugurio y de peores negocios. Y cuando sus hijos enderezaron su vida, otros ocuparon su lugar.

Caleb iba allí a jugar a las cartas cuando quería dinero fácil y no le importaba el riesgo adicional. Un ganador descuidado en el Skittersill tenía tantas probabilidades de salir muerto como de salir rico.

Aquella noche, Caleb tenía un propósito. Mal había asegurado que era una corredora de acantilados, y sus habilidades la respaldaban. Correr era un pasatiempo exclusivo, e incluso en una ciudad del tamaño de Dresediel Lex era probable que la mayoría de los corredores se conocieran entre sí, de modo que tenía que encontrar a algún corredor.

Caleb no sabía mucho sobre la comunidad de corredores de acantilados, pero estaba seguro de que eran adictos a los riesgos, y esa adicción debía de llevarlos a otros ruedos.

Sus mesas habituales eran demasiado costosas para jugadores que saltaban por los tejados en su tiempo libre. Los corredores de acantilados necesitaban cada thaum que pudieran conseguir para comprar encantamientos de velocidad, fuerza y equilibrio, los cuales adquirían en callejones con hechiceros alcoholizados; pero también los necesitaban para pagar a los doctores cuando dichos encantamientos fallaban. Un corredor de acantilados apostador buscaría alguna acción que resultara barata y potente.

Probó suerte en seis bares distintos antes de encontrar la partida correcta: cuatro molestos niños vestidos de cuero y púas, y una mujer con una larga cicatriz blanca que iba desde la coronilla hasta la parte posterior de su oreja. La superficie alrededor de la cicatriz tenía el aspecto liso de la piel recién curada. Jugaba con desprecio hacia sus compañeros; no sonreía, ni se reía, ni siquiera hablaba. Prefería estar en cualquier otro lugar que no fuera ése.

No era la única. La diosa sobre su mesa se movía de un jugador a otro, una bruja agotada y bamboleante.

Caleb compró su entrada a la partida. Al principio, los jugadores sospecharon de él; manejaba bien las cartas, pero bebía más que ellos y jugaba con cuidado. Parte de su alma fluía libremente, y los otros se relajaron.

Al cabo de una hora, retó a sus compañeros de partida a correr mayores riesgos y la diosa se apresuró al centro de la mesa. Ella tocó a cada jugador con un escalofrío, como agua fría en la piel, exigiendo alabanza, y ellos cedieron.

Las flamas se avivaron en la mirada de la mujer de la cicatriz.

Caleb perdió muchas manos insignificantes, pero dobló la apuesta y se recuperó gracias a uno de los miembros de la tropa de cuero y, al final de la partida, terminó un poco más rico de lo que era al sentarse. Cuando se despidió de todos y se dirigió al bar, la mujer de la cicatriz lo acompañó. Ella pidió una bebida y eludió las protestas de Caleb con un gesto de la mano.

—Soy Shannon —dijo.

Caleb se presentó.

—Juegas bien para ser una recién llegada. —Levantó su whisky hacia la luz y observó la habitación a través de su lente de color ámbar.

—¿Cómo sabes que soy una recién llegada? —Ella se bebió la copa de un trago y pidió otra.

—En general te sientes cómoda arriesgándote, pero no estás acostumbrada a jugar al póquer. Tenías un diez y un siete, pero has intimidado a tres que tenían mejores manos que la tuya.

—Una mujer tiene que buscar emociones de algún modo —respondió ella con una sonrisa torcida.

—¿Dónde buscabas emociones antes de empezar a jugar a las cartas?

—Solía ser una corredora de acantilados —dijo mientras se apoyaba contra la barra—. Era una buena corredora. La habilidad es importante hasta cierto punto, pero luego se trata de cuánto estés dispuesto a sangrar. Hace tres meses sangré demasiado. —Agitó la mano trazando un arco descendente y giró la cabeza para mostrarle la cicatriz.

—Parece grave.

—Lo fue —dijo ella—. Estuve inconsciente durante casi un mes y cuando desperté había perdido el sentido del equilibrio. Entreno cuando puedo. Durante la semana vengo aquí, con la esperanza de que el juego evite que empiece a tener miedo.

—¿No te aburre después de lo que has hecho?

—A veces. Otras veces me sorprende. —Se estremeció un poco mientras se tomaba un segundo trago—. ¿Qué buscas en una corredora venida a menos?

—¿Perdón?

—Éste no es mi juego, pero sí el tuyo. Me he dado cuenta. Incluso en este bar de mala muerte hay dos mesas que juegan por mucho más dinero. Cuando corría nunca tomaba rutas que no fueran un desafío para mí. Te has unido a nuestra mesa por un motivo y no creo que tenga nada que ver con esos chicos.

—No eres una persona humilde.

—La humildad es un vicio del que no me pueden acusar.

—Estoy buscando a una corredora —admitió Caleb—. Su nombre es Mal. Malina, tal vez. Una mujer quechal, con el cabello corto, de mi estatura. Esperaba que pudieras ayudarme.

Shannon inhaló aire entre los dientes.

—Mal, la loca.

—Es posible.

—Es buena. No sabrás qué hacer con ella cuando la encuentres.

—Me preocuparé de eso después de encontrarla.

Ella se rio con un sonido franco envuelto en alcohol.

—No puedo ayudarte mucho. Mal se mantiene alejada del resto de nosotros, y hace demasiado tiempo que no practico como para saber dónde corre ahora;

además, las rutas cambian. —La mujer se terminó la bebida—. Acompáñame a casa —le dijo, y cojeó entre la multitud hasta la puerta.

Caleb la acompañó por largas calles rectas bajo letreros de luz fantasmal en colores que no habían sido creados por ningún dios. Dieron la vuelta en la autopista Corsair hacia una calle angosta con pequeñas casas de tablillas, apoyadas a los pies de Drakspine. Los palacios de los hechiceros destellaban en la cima de las montañas, y las nubes y los rascacielos brillaban con las luces de la ciudad, pero la casa de Shannon estaba a oscuras. Al llegar al primer escalón de la entrada, Caleb oyó el sonido de risas y conversaciones amortiguadas.

—Mis compañeros de piso —señaló ella, y le colocó una mano sobre el brazo. Sus ojos reflejaban la ciudad como estanques oscuros y calmados—. ¿Quieres entrar?

—Sí —respondió él sin moverse.

Ella se sentó sobre el escalón y lo miró.

—Pero...

—Estoy en medio de una búsqueda, creo —dijo él; no se había dado cuenta de ello hasta ese momento—. O algo parecido.

—Las búsquedas pasaron de moda hace mucho tiempo.

—Tal vez. A lo mejor ése es el problema. Lo siento.

Ella dobló las piernas, cruzó los brazos sobre sus rodillas y dejó escapar un profundo suspiro.

—Es mejor así. Estoy borracha.

—Eres fuerte —afirmó él—. Pronto estarás corriendo otra vez.

Ella le sonrió.

—¿Dónde y cuándo puedo encontrarla?

—Solía correr los fines de semana en la frontera entre el Skittersill y Stonewood. Si ha dejado algún rastro, lo encontrarás ahí. Busca el fuego. Balam puede ayudarte, es un hombre gordo de rostro sonriente. —Shannon se frotó la nuca—. Habla con él. Entrena a corredores y sabrá más que yo.

Se estiró mientras se reclinaba contra los escalones y meditó un momento levantando la vista hacia él. Un carruaje pasó por una calle paralela. El tintineo de los aparejos se desvaneció, así como las risas en el interior de la casa.

—Vete entonces —dijo ella— si no piensas quedarte.

Se despidió y la dejó ahí, cuestionándose durante el camino de regreso a casa.

Dresediel Lex tenía vecindarios peores que los del Skittersill. Algunos lugares eran demasiado peligrosos incluso para los delincuentes peligrosos, y uno de ellos era Stonewood.

Antes de que los hechiceros llegaran, el bosque petrificado al sudeste de la ciudad permanecía árido, deshabitado y era poco hospitalario. Después de la Liberación, los refugiados lo invadieron con la esperanza de conseguir una nueva vida, un empleo y una familia... sin dioses. Algunos encontraron lo que buscaban y otros, borrachos, locos o simplemente pobres, instalaron sus tiendas de campaña en Stonewood y se agruparon en clanes inestables para protegerse de las arañas gigantes que tejían telarañas de acero entre los muertos y los antiguos árboles.

La gente de Stonewood estaba menos organizada que la muchedumbre del Skittersill, pero eran celosos de su territorio. Cada cierto número de años, algunos rufianes emprendedores se aventuraban al sur del Skittersill para reclamar sus derechos sobre los pobres y abandonados. Nunca encontraban sus cuerpos. Los cadáveres de hombres y mujeres de Stonewood que huían al norte para trabajar o mendigar o prostituirse aparecían muy a menudo.

Cuatro hectáreas de edificios destruidos y tierra infértil separaban los dos distritos y los resguardaban de matanzas constantes. Durante la Liberación, un dios había muerto en esa zona, extrayendo la vida de la tierra y el aire en su desesperado intento de sobrevivir. Después de sesenta años, los seres vivientes seguían recorriendo esas calles con incertidumbre. Los mendigos que dormían en sus calles destruidas no despertaban, o bien despertaban transformados por imágenes de pesadilla. Nadie visitaba la frontera, excepto los corredores de acantilados que iban allí a beber y a bailar en las ruinas.

Caleb esperó a que llegara el fin de semana, ya que era cuando, según

Shannon, Mal iba a correr. Sospechaba que ella practicaba alguna actividad que la sometía a mucha presión, tal vez era una hechicera. La carrera de acantilados era su pasión y su escape, motivo por el cual hacía esos viajes nocturnos a las montañas, con las precauciones necesarias para que nadie la viera.

Al caer la noche se puso unos pantalones vaqueros y tomó un carruaje sin conductor que lo llevaría a través del Skittersill. Cuando el taxi se negó a llevarlo más al sur, pagó el viaje y siguió el camino a pie.

El Skittersill terminaba en una fila irregular de edificios abandonados, donde empezaba la frontera: cascajo, piedras en ruinas, acero oxidado, los restos de las tiendas, templos y torres, todos destruidos por la muerte del dios.

Después de avanzar dos manzanas vio cómo la luz del fuego se alzaba desde las ruinas sin techo de una bodega. Caleb se acercó a las ruinas e ignoró las sombras que se despegaban de las rocas y de los muros caídos para seguirlo.

No se encontró con ningún centinela, sólo hombres y mujeres que yacían borrachos cerca de estatuas caídas, fumando marihuana mientras se reclinaban sobre las frentes de los reyes muertos. Toda superficie a la vista estaba cubierta con marcas y advertencias pintadas con caligrafía arcana. Los corredores saltaban de prisa entre lo alto de las torres destruidas o escalaban muros, como en una competición entre arañas.

Uno de los muros de los restos de la bodega estaba colapsado, derribado por el tiempo o la caída de una extremidad divina. Los corredores de acantilados se reunían dentro, musculosos, cubiertos de cicatrices y tatuajes en los brazos, el pecho y el cuello.

Una colección de pilares en la parte trasera de la bodega había soportado en otro tiempo una oficina que había desaparecido hacía mucho. Los corredores se ponían a prueba ahí, saltando entre los pilares. Algunos aterrizaban y saltaban otra vez con facilidad, mientras que otros caían encima de sacos de tierra. Un hombre robusto de mediana edad con una chaqueta de cuero les gritaba palabras de apoyo e insultos desde abajo. En la parte posterior de su cabeza rasurada llevaba un tatuaje de una cara amarilla sonriente. Ése debía de ser Balam. Tenía al menos diez años más que cualquiera de los otros corredores que Caleb había visto: un superviviente, de cuarenta y tantos, ya anciano para una labor de

jóvenes; sin duda, sus compañeros ya se habían retirado o habían muerto hacía tiempo.

Caleb se acercó, esperó a que hubiera una pausa en la diatriba de Balam y le dijo:

—Disculpe.

El hombre se dio la vuelta con un aire de sorpresa y desprecio que se reflejaba a la vez en sus labios apretados. Caleb había tenido que vestirse de manera adecuada para poder pasar desapercibido entre los demás, pero sus pantalones tejanos y su chaqueta de cuero no eran suficientes; le hacían falta varios litros de tinta y un montón de perforaciones para aparentar que pertenecía a ese grupo. Consideró vestirse de modo que sus cicatrices fueran visibles, pero decidió no hacerlo; con las cicatrices se ganaría un respeto, pero también la clase equivocada de atención. Imposible saber todos los lugares en que los alcaides tenían informantes. Así que soportó el desdén e insistió:

—Shannon me dijo que podría ayudarme a encontrar a Mal.

—Tal vez. —Balam hablaba despacio, como si sus palabras fueran una carne dura que había que masticar mucho para sacarle sabor—. Pero ¿por qué debería hacerlo?

Un grupo de corredores se reunió a su alrededor formando un semicírculo. Sus vestimentas de cuero y de púas eran una especie de uniforme, pensó Caleb, así como las antiguas pinturas y las perforaciones quechales.

—Mal me desafió a encontrarla y la he rastreado hasta aquí. —Habla con más confianza de la que se sentía.

A Balam le sobresalía el vientre de la chaqueta, con músculos hinchados debajo de una delgada piel que brillaba redonda a la luz del fuego.

—No puedes atraparla. —Miró a Caleb mientras examinaba los brazos flacos bajo su chaqueta, las delgadas piernas dentro de sus pantalones—. Hasta podrías morir intentándolo.

—Ella me desafió.

El entrenador apoyó sus gruesos dedos sobre el montículo de su estómago.

—Mal corre como si un demonio con dientes la persiguiera y como si algo más brillante que el oro estuviera delante de ella. Si vas en contra de Mal, caerás

y te destruirás. ¿Entiendes?

—Sí —dijo Caleb. «Sólo quiero hablar con ella», aseguró defendiéndose una pequeña parte dentro de él, que ignoró.

—Te gusta demasiado el suelo. Huye de él y te destruirá.

Balam se volvió para mirar los pilares de nuevo. Los corredores que estaban ahí y que se habían detenido para observar la conversación se pusieron súbitamente en movimiento otra vez. El público que estaba en el suelo se quedó, porque Caleb se había quedado. Balam los ignoró. Sus dedos golpeteaban su estómago como un tambor. Olía a cuero, humo y sudor de animal.

—Encontraré a Mal.

«No parpadees más de lo normal —se dijo Caleb—. Cuenta tus latidos. Esto es lo mismo que fanfarronear con cualquier jugador en cualquier mesa del mundo.»

—O destrozaré la ciudad entera buscándola. —«O los alcaides lo harán.»

—Entonces, lo mejor será que empieces cuanto antes.

Balam se dio la vuelta.

Caleb hizo un amago de irse, pero entonces se dio cuenta de que los corredores que estaban a su lado levantaban la cabeza para mirar el cielo hacia el sur. Más allá de los pilares se alzaba la pared de la bodega y en su cima había una mujer de pie cuya silueta contrastaba en la noche gris. Caleb la reconoció incluso antes de que el viento avivara las llamas detrás de él y lanzara una parpadeante luz roja sobre su rostro. Era un destello de atardecer envuelto en piel: las manos en las caderas, los codos extendidos, la cabeza reclinada hacia atrás. Vestía pantalones marrones, botas de suela delgada, una camisa sin mangas y unos guantes de color marrón, todo raído y roto.

Caleb la reconoció y empezó a correr. No había ninguna escalera que llevara a esa pared, sólo unos cuantos pilares que se alzaban cerca de él. Desde ellos podría saltar y alcanzar la pared, sostenerse en el borde e impulsarse. Ella podría huir antes de que él la alcanzara, pero si pensaba escapar, ¿por qué estaba parada y a la vista de todos?

En el pilar más cercano, los asideros estaban desgastados a causa del uso. Él escaló mientras ella lo observaba. Los corredores en los otros pilares se

detuvieron.

Caleb llegó a la cima del pilar. Un miedo primordial se apoderó de sus entrañas mientras buscaba el siguiente, que estaba a metro y medio.

«Es fácil —se dijo a sí mismo—. Solías saltar de roca en roca en el patio trasero todo el tiempo y medía metro y medio, más o menos. Nada de que preocuparse, sólo ponte firme y hazlo.»

Aterrizó antes de darse cuenta de que había saltado, y el impacto recorrió todo su cuerpo; cada célula en él le gritaba que nunca volviera a hacerlo. Podría haber escuchado, pero su equilibrio había ido demasiado lejos. Parar no era una opción.

Saltó al siguiente pilar. En lugar de sangre, el miedo palpitaba en sus venas. Tres pilares más, dos, uno, y después sólo el espacio entre el pilar y la pared. Se movía demasiado rápido como para detenerse, y además estaba en el aire por encima de piedras hechas pedazos.

Golpeó la pared de frente con el pecho. El mundo se puso del revés, y él tosió polvo, rocas secas y sangre cobriza. Pero no cayó.

Sus brazos se desplegaron en la cima de la pared arruinada y el resto de su cuerpo quedó colgando sobre el vacío. Sus piernas se agitaban en busca de un lugar donde apoyar los pies en el ladrillo enyesado. Sus dedos resbalaron sin encontrar ningún agarre.

Trató de echar el cuerpo sobre la pared, pero sus brazos eran una barra sólida de dolor, un universo en explosión contenido en la articulación de su hombro. ¿Roto? No, eso dolería más. Dislocado, tal vez. Demonios.

Oyó pasos sobre los ladrillos y vio un par de suelas marrones y delgadas que se aproximaban al espacio libre entre sus brazos. Ella se arrodilló. Vio la curvatura de su pantorrilla y la recordó saltando, retorciéndose, cayendo de la presa de Espejo Brillante hacia la noche. Un colgante en forma de ojo cerrado se balanceaba alrededor de su cuello, pero no brillaba. Inclino la cabeza a un lado como un pájaro que siente curiosidad o que está a punto de atacar. Sus ojos se ensancharon y alzó las cejas.

—Mira a quién tenemos aquí: el policía —dijo ella.

—No soy alcaide. No trato de arrestarte.

—Entonces ¿qué haces aquí? Te has tomado muchas molestias para encontrarme.

—Necesito hablar contigo. Por tu propia seguridad.

—No sabes cómo lograr que una mujer se sienta segura —indicó ella y agregó—: Dentro de una semana, en la cima del Centro Rakesblight, a las diez. Ven y corre. Si me atrapas, hablaremos.

—Te atraparé.

—Ya lo veremos.

Tocó la parte posterior de su mano derecha con la punta del dedo, frío, suave y casi pulido de tanto sostenerse en las rocas. Caleb cerró los ojos; empezaba a perder el conocimiento. Cuando los abrió otra vez, ella ya no estaba.

Cayó al vacío. Su brazo derecho giraba y el izquierdo sobresalía del hombro en un ángulo extraño: como un ángel con un ala rota. Golpeó algo pesado, redondo y humano, y unos brazos lo colocaron gentilmente en el suelo. Caleb alzó la mirada y vio el rostro cortante de Balam. Otros corredores se volvieron para mirarlo, sorprendidos y confundidos. Se amontonaron a su alrededor, brindándole calor.

—¿Aún quieres atraparla? —le preguntó Balam a Caleb, que luchaba en contra de su propio peso para levantarse.

—Sí.

El entrenador no respondió.

Caleb cerró los ojos y pensó en Mal y en este hombre enorme y extraño, ya viejo en su mediana edad; y también pensó en Shannon y en su cicatriz. ¿Quién era Mal para tener un pasatiempo así?

Logró impulsarse lo suficiente como para sentarse, pero el dolor de su brazo casi lo hizo vomitar.

—Amas demasiado el suelo —le dijo Balam—. O él te ama a ti.

—¿Dónde queda el hospital más cercano?

Una vez que escapó de ese páramo destruido por los dioses, una vez que llegó tambaleándose hasta la sala de espera del hospital, una vez que la doctora lo examinó por encima del armazón dorado de sus lentes y metió la mano entre su

piel para recolocarle el hombro, una vez que despertó de su desmayo causado por el dolor y la pérdida de alma determinó que la velada había sido un éxito.

Tenía siete días, que eran más que suficientes, para recuperarse y prepararse.

Cuando Teo fue a buscarlo al hospital, la vio tan preocupada que dudó si debía contarle lo que había sucedido.

—Supongo que ahora cancelarás todo este asunto —dijo mientras medía la fuerza de su hombro dañado— y la entregarás a las autoridades.

—No puedo renunciar ahora. —Cogió sus pantalones—. Ya casi he ganado nuestra apuesta.

Dos días después, con las heridas sanadas y la mente inquieta, Caleb acechaba la oficina de Teo.

—¿Qué es lo que tengo que hacer para que te vayas de aquí y me dejes trabajar? —le dijo ella mientras alzaba la mirada de una pila de documentos.

—Gracias por tu apoyo. Estoy en apuros.

—¿Qué ha pasado con esa actitud engreída? ¿Será porque casi te gano?

—El que casi gana soy yo.

—Estás caminando como un león enjaulado.

—Estoy muy cerca. El problema es esta última e insignificante parte.

—¿Te refieres a la parte en la cual tienes que vencer a esta corredora en su propia carrera?

—Esa misma.

—Sabes lo que deberías hacer. Cuéntaselo a Tollan. Tira la toalla y —señaló la puerta con la punta de su pluma— aléjate.

—¿Tú te darías por vencida si estuvieses en mi lugar?

—Claro.

—Creo que es inocente.

—Estás obsesionado.

—No es cierto. Quiero ayudarla.

—Porque es bonita.

—Porque es lo correcto —dijo él—. Y *bonita* ni siquiera es la palabra correcta. Está tremenda. Necesitaría un nuevo término.

—Eres un idiota.

—Tú te enamoras todo el tiempo.

—*Enamoramiento* es sin duda la palabra clave en este caso. —Teo puso la pluma de nuevo en su soporte de cobre con un clic exasperado de la pluma sobre

el metal—. Nunca he salido con la sospechosa principal de una investigación en curso. Si mal no recuerdo, y te invito a que me corrijas, nunca he regresado de una cita con algo peor que una resaca. ¿Cuántos huesos te rompiste la semana pasada?

—Ése no es el tema —contestó él, aunque sí lo era. Analizó una de las pinturas de la pared de su oficina: un lienzo inundado de naranja, marrón y salpicaduras en azul. En medio de las furiosas pinceladas, una ciudad se alzaba, o caía; una ciudad suspendida entre dos infiernos—. ¿Preferirías que me rindiera?

Ella se cruzó de brazos y se reclinó en su silla. El cuero crujió para acunarla.

—Eso no es justo.

—No te estoy culpando. Tienes razón. Nunca habría dejado pasar esa mano hace cuatro años. Me asusté, me he vuelto precavido. Temo perder mi trabajo, mi casa, los pedazos de alma que he reunido a lo largo de los años. Pero esta mujer no merece que la entregue a los alcaides sólo porque no escucha cuando el mundo le dice adónde puede ir y adónde no.

—Es peligrosa.

—Es increíble —dijo él.

—Creo que no entiendes mi postura.

—Creo que no me importa.

Teo se inclinó hacia delante. Caleb se puso firme contra cualquier cosa que estuviera a punto de decirle.

Una campana sonó y los interrumpió. Teo hizo una mueca y presionó un botón en su escritorio. Una pequeña puerta se abrió en el zócalo detrás de su papelería, desde donde dos ojos rojos e inseguros se asomaron de entre las sombras.

La rata blanca entró con cautela en la habitación, con las fosas nasales dilatadas. Satisfecha de su seguridad inmediata, la rata corrió hasta el escritorio de Teo y se sentó encima de sus papeles. Llevaba una armadura de terciopelo negro blasonada con una telaraña plateada; alrededor de su cuello colgaba un estuche de cuero del tamaño de un cigarrillo. Teo abrió el estuche con un

chasquido de su dedo índice y, con un golpecito, sacó un pergamino que le cayó sobre la palma de la mano.

La rata aceptó unos cuantos thaums de su alma como pago por la entrega, hizo una leve reverencia y salió corriendo por su puerta oculta, la cual se cerró con un chasquido. Teo desenrolló el pergamino, leyó el mensaje y maldijo en voz alta.

—¿Heartstone?

—Heartstone —confirmó ella—. Este trato va a matarme, o si no, lograré que termine matando a todos los involucrados.

—Por favor, no lo hagas. Eso me incluiría a mí.

—Tal vez te mate de todos modos —dijo ella—. Quieren todas las quejas que recibimos de los clientes el año pasado, para probar alguna tontería u otra sobre el servicio. Como si no tuviera suficiente trabajo...

—Tengo cinco días para determinar cómo puedo correr más rápido que la mejor corredora de acantilados de la ciudad.

—Con práctica. —Teo cogió una pluma y escribió una lista en los espacios de un palimpsesto.

—Su entrenamiento casi me mata.

—Entonces, haz trampa.

Él alzó un dedo y abrió la boca. Pasaron diez segundos, veinte, y no le salió ninguna palabra. Pero se le ocurrió una gran idea.

—Teo, eres un genio —dijo él y se marchó.

Caleb no podía vencer a Mal si seguía las reglas. No era ni hechicero ni atleta, sus habilidades estaban en la mesa de cartas.

Pero Mal lo había desafiado a atraparla, no a jugar. Si hacía trampa, tal vez ella no hablaría, pero ya que no podía ganar jugando limpio, no perdería nada con modificar un poco las reglas. Balam no lo aprobaría, pero Caleb no necesitaba su aprobación.

Hacer trampa en una carrera a pie era difícil. No había cartas que pudiera ocultar en su manga, no había trucos o movimientos de manos que pudiera ejecutar. Aunque, por fortuna, Caleb tenía otras alternativas.

Bajó por una escalera de caracol hasta la biblioteca de RKC, que se encontraba en el sótano. Se topó con una maraña de caminos entrelazados contruidos siglos atrás como un laberinto de rituales para los sacerdotes de Aquel y Achal. Después de las Guerras de los Dioses, el Rey de Rojo usaba sus caminos y cámaras sin salida para almacenar los millones de contratos por medio de los cuales la ciudad se mantenía en pie en ausencia de la gracia divina.

La biblioteca no contenía novelas iskari, ni historias sobre el Imperio Atavasin o tratados sobre la jardinería y el cultivo de la hierba de sueños. Las repisas apenas soportaban el peso de los libros de contabilidad, pactos, pergaminos y códices de almas recolectadas y pagadas. Estos documentos y la hechicería que contenían eran la columna vertebral de RKC.

No había ventanas que dieran a la biblioteca, ni velas que ardieran para iluminar. Las lámparas de luz fantasmal proporcionaban la única fuente de luz. Los asistentes al sitio vagaban por caminos encontrados entre altas paredes repletas de tomos prohibidos.

Después de buscar durante media hora, Caleb encontró el Subsótano de Honorable Confusión y Locura, el cual contenía los contratos industriales. De la tercera repisa exageradamente grande en la cuarta estantería sacó un conjunto de documentos encuadernados a mano. El lomo del tomo tenía una inscripción que decía «Rakesblight» y estaba decorada con pan de oro. Caleb reconoció el libro, su encuadernación dura y estirada, y la cubierta de mármol verde: él había escrito la mayoría de los informes que contenía. Rakesblight había sido uno de sus primeros proyectos.

Hojeó las páginas de los contratos, las gráficas y los emblemas hasta que llegó a las imágenes brillantes en el corazón del libro: planos del Centro Rakesblight con líneas de hechicería en color azul. Dibujó una copia del diagrama en un pequeño cuaderno que siempre llevaba consigo y se quedó observándolo como si pretendiera absorber las líneas de la página e imprimirlas en su mente. Hizo una pequeña corrección y en otra de las enormes repisas buscó un libro más grande que tenía las palabras «Estación del Norte» en letras grandes.

La Estación del Norte rodeaba Rakesblight y sus propiedades vecinas en tres

lugares. La gente de Dresediel Lex les pagaba con pedazos de alma a RKC y a otras empresas por su luz, agua y comida. En la Estación del Norte, los motores de hechicería fundían esa alma para crear energía sin memoria, afecto o contenido moral. A cambio, la energía encendía las lámparas de la ciudad e impulsaba el agua por miles de kilómetros de tuberías.

Caleb colocó el libro abierto sobre una mesa de madera que crujió a causa del peso. El esquema físico de la Estación del Norte era casi ilegible bajo las líneas azules dibujadas sobre el diseño y alrededor de él. Cerca de la Estación del Norte, la hechicería se retorció en cuerdas gruesas de obligación e interés y tormento. Estas cuerdas se movían como las bandas transportadoras de una máquina.

Perfecto.

Después de cerrar el libro, Caleb se quedó de pie y solo en el subsótano. Era la hora del almuerzo, así que los arquitectos, los estudiantes o los hechiceros de menor rango que solían trabajar allí no regresarían hasta dentro de al menos una hora.

La biblioteca estaba repleta de hechicería. Los encuadernados y filamentos místicos atascaban los estrechos espacios que había entre las librerías. Las líneas de hechicería se enredaban y se anudaban tanto que sólo un académico experimentado podría diferenciar una orden de envío de un contrato de servicio, una declaración de trabajo de un registro de cuentas por cobrar.

No era muy distinto del aire de alrededor de la Estación del Norte.

Caleb empujó su silla hasta el centro de la habitación y se sentó. Le temblaban las piernas, pero no cedió. Sacó un pañuelo de su bolsillo, lo desdobló y lo estiró frente a él a la altura de su brazo. La tela colgó floja en medio del aire seco del sótano. Extendió los dedos de su mano libre junto al pañuelo, pero no sintió nada. Alzó tanto el pañuelo como la mano sobre su cabeza. Ningún cambio. Con cuidado y despacio, buscó el aire. Por último, encontró el punto adecuado: el pañuelo no se movió, pero una brisa fría sopló en su mano. No. No era una brisa. Era más como un chorro de agua si el agua fuese invisible, pero no precisamente húmeda.

Caleb rastreó el flujo invisible durante unos cuantos metros en todas las

direcciones. Cerró los ojos y, al principio, sólo vio la oscuridad detrás de sus párpados. De pronto, un mundo surgió frente a él: la biblioteca estaba delineada en relámpagos y flamas azules. Su cuerpo era un enredo de cables, su mano era la de un esqueleto. Una línea plateada pasó por su palma y la luz fluyó por toda su longitud. Las cicatrices que cubrían su antebrazo como una telaraña cosquillearon y despertaron. La línea de hechicería se volvió sólida cuando la acarició.

Abrió los ojos. Adoptó una actitud que nunca habría reconocido como un rezo y saltó.

El sol murió devorado por el océano en movimiento. Dresediel Lex renació como una flor que crece sobre una tumba. Las pirámides y los rascacielos emitían luz en medio de la oscuridad, y las avenidas comerciales relucían. En una oficina, en la cima de una pirámide de obsidiana, en donde una vez destruyó a los mismísimos dioses, el Rey de Rojo sorbía su café y observaba la ciudad cuya existencia era posible gracias a su poder: la ciudad iluminada por su fulgor.

Los señores de la tierra y los vagabundos con la ropa hecha jirones se ocultaban de esa luz bajo rasgadas mantas o en las cuevas perfumadas de los clubes nocturnos y los salones de baile. Al otro lado de la ciudad, cerca de la costa, cinco estudiantes se despojaban de su ropa y corrían desnudos hacia las oscuras y frías aguas. De noche, Dresediel Lex era una brillante casa de fieras, y los animales atrapados en su interior arañaban los barrotes de sus jaulas.

Caleb llegó temprano al Centro Rakesblight, una caja cuadrada y negra de miles de metros de longitud y cuatro plantas de altura. Allí llevaban a los animales para sacrificarlos y venderlos: cerdos ignorantes de su destino, arreados a centenares hacia habitaciones que no olían a muerte en absoluto, ya que la hechicería del centro se encargaba de eliminar el hedor y limpiar la mácula espiritual derivada de la matanza. Los cadáveres de los cerdos se trasladaban fuera de esas habitaciones hacia ruedas, dientes metálicos y cintas transportadoras. Cuando la carne llegaba a la sala de ventas ya no era más que un montón de carne fría empaquetada en una pequeña caja, sin nada que sugiriera que alguna vez esa carne había chillado o rodado en el fango.

Dos años atrás, el Rey de Rojo le había comprado el recinto a Illyana Rakesblight, la Reina Inmortal que diseñó el centro para reemplazar a la vencida Diosa de la Abundancia. Después de la compra, Illyana regresó a una isla que ella misma había alzado en un océano distante y el Rey de Rojo asumió su papel.

Cada cuchillo y matadero se convirtió en una extensión de su poder. El trabajo de Caleb consistía en revisar la planta y asegurarse de que RKC pudiera obtener ganancias suficientes como para compensar los costos de operación. El centro era una buena inversión. Caleb llegó a esa conclusión después de pasar varias semanas despertándose temblando por pesadillas donde no había nada malo, o de sonreír mientras sentía como si un alambre afilado y giratorio lo desollara vivo. Y el Rey de Rojo estuvo de acuerdo con él. Caleb se ganó un aumento a cambio de todas sus pesadillas, nunca volvió a entrar en el Centro Rakesblight y dejó de comer carne durante siete meses después de cerrar el trato.

Rodeó los bordes del estacionamiento del centro. La noche nunca caía del todo en Dresediel Lex, pero había suficientes sombras como para ocultarse. Pronto, llegó al callejón que había entre el centro y la bodega de al lado, la cual pertenecía a una compañía dedicada a la invocación de demonios. Encontró una escalera de incendios en una de las paredes del centro y empezó a subir.

Sobre él, los corredores de acantilados revoloteaban en los espacios que había entre los edificios, tan silenciosos como el ataque de un halcón, tan rápidos que podría haberlos perdido de vista al parpadear.

Empezó a ascender más rápido y trató de calmar el latido de su corazón. Al llegar a la cima de la escalera, subió a la azotea y se detuvo asombrado.

Los corredores esperaban, listos para pelear.

Algunos se levantaron y otros se agacharon sobre el tejado plano y negro, igualados en su falta de similitud. Cabello corto y largo, fornidos y delgados, tatuados o sin marca alguna, o con perforaciones, con ropa negra y sencilla o llevando prendas multicolor, armados con cadenas o ataviados en cuero suave. Caleb sintió que iba mal vestido con sus pantalones vaqueros y su camiseta de algodón.

Los corredores no hablaban con él ni entre ellos. El ruido podría atraer a los alcaldes y a otros indeseables. Se comunicaban con gestos y miradas.

Cincuenta miradas curiosas se centraron en él, pero él las ignoró todas, menos una.

Alguien había trazado con tiza una línea blanca en la azotea que iba de norte a sur. Más allá de esa línea, la ciudad se extendía sobre los edificios y bajo los

rascacielos hasta el oscuro océano y la fría arena.

Mal estaba de pie sobre la línea, con los brazos cruzados, esperando.

Mientras se acercaba a ella, el aire se tornó más cálido. Ella se recogió el cabello y se lo ató con una goma de cuero.

—Me alegro de que hayas venido —dijo ella.

Caleb sintió el movimiento de la grava del suelo de la azotea mientras se aproximaba a ella.

—¿Por qué me persigues?

—Trato de proteger la ciudad —respondió él mientras daba otro paso—. Y a ti.

Los corredores de acantilados los observaron.

Tres metros. Uno y medio.

—Tú eres el que necesita protección —dijo ella.

Tres. Dos. Uno. Caleb olía el sudor, el sándalo y el cuero.

—Me arriesgaré. —Trató de agarrarla, pero había parpadeado.

Cuando abrió los ojos, Mal ya había recorrido la mitad del tejado y ganaba velocidad. Caleb no tenía tiempo de agacharse para salir, así que saltó hacia delante, se enredó con su propia pierna y, al impulsarse sobre el suelo, volvió a caer pero recuperó el equilibrio. Empezó a correr o, mejor dicho, a tambalearse detrás de ella.

Mal llegó primero al borde de la azotea y saltó a un edificio anexo, un piso más abajo que el almacén. Aterrizó haciendo una voltereta mientras Caleb se arrojaba al abismo.

El mundo se abrió debajo de Caleb en una caída de seis pisos hacia el asfalto sólido y gris. El vacío y el viento le desgarraban la mente, pero aun así aterrizó en el tejado vecino y pudo rodar. Una rodilla le palpitaba, pero la adrenalina adormecía el dolor. Tambaleándose, se puso de pie y echó a correr otra vez.

Mal ya había llegado al borde del edificio anexo y había saltado, esta vez un abismo de tres metros y medio hacia un almacén que le proporcionaba víctimas al Centro Rakesblight. Caleb abrió la boca con incredulidad. La distancia era demasiado grande. Ni siquiera Mal podría dar un salto así..., y no lo hizo.

Golpeó la pared con los pies, se sostuvo del margen con la punta de los dedos y se impulsó hacia arriba para llegar a la azotea. ¿Cómo había aprendido a hacer eso? Si su primer intento no hubiese sido perfecto, no habría sobrevivido ni por un segundo.

No había tiempo para especulaciones, así que Caleb saltó y cerró los ojos.

Dresediel Lex estaba construido a base de piedras, cristal y contratos, promesas más fuertes que el acero que ataban a la ciudad con compromisos y pagos. Las ataduras de los contratos eran invisibles, a menos que uno pudiera ver el mundo a través de la mirada de un hechicero, con los ojos cerrados y la mente abierta.

La oscuridad en el fondo de los ojos de Caleb cobró vida con telarañas de brillo azulado, hilos de varios metros de grosor, como si hubieran sido tejidos por arañas del tamaño de una pirámide. Las tensas líneas se extendían hacia el horizonte atando edificio con edificio, así como los rascacielos a la tierra, encendiendo las farolas, bombeando agua por las tuberías subterráneas, enfriando pasillos y haciendo que la ciudad desértica fuera habitable. Delante, estas líneas convergían en el palacio nova de la Estación del Norte.

Mientras caía, Caleb se agarró a un hilo plateado.

Las cicatrices que cubrían su cuerpo ardían como si hubieran despertado mientras extraía la energía del hilo plateado. Se lanzó hacia delante, arrastrado por una línea de relámpagos. Unos colmillos fríos se le hundieron en el brazo. Sus ojos se abrieron de golpe por la velocidad y el mundo visible volvió a girar a su alrededor con un leve tono azulado. El tenso hilo lo había ayudado a avanzar unos treinta metros y voló sobre el tejado del almacén. Con un grito triunfante, soltó el hilo y cayó en la grava, aterrizando con las rodillas dobladas. El hedor químico de cerdos encerrados lo envolvió; las protecciones eliminaban la mayor parte de la peste, pero no por completo.

Mal saltó delante de él hacia la Estación del Norte. Con los ojos abiertos, Caleb ya no podía ver el arma ardiente de la estación, el fulgor de los hilos, sólo su colosal forma física, un extenso complejo de torres de refrigeración y tuberías gruesas iluminado por una luz fantasmal y llamas de gas, y rodeado por una cerca de alambre de púas.

Una vez que Mal atravesara la cerca, las alarmas se activarían y los alcaides llegarían de inmediato. La atraparían, y todo el trabajo que le había costado encontrarla para descubrir lo que sabía y librarla de las manos de los alcaides habría sido en vano.

No podía permitir que eso pasara.

Delantales, sábanas y trapos manchados de sangre se agitaban en los tendederos del otro lado del tejado. Mal dejó una estela en las telas ensangrentadas. Él la siguió, llegó al margen de la azotea, unos pasos por detrás de ella, y saltó.

Sus venas estaban inundadas de lava que le derretía los músculos. Cada exhalación iba acompañada de un respiro apresurado y agitado. Sostuvo las riendas de Dresediel Lex y éstas lo quemaron con su frialdad. Ya sentía que se le había congelado la mano. Como todo en esta vida, su vuelo tenía un precio, y estos hilos tomaban partes de su alma al transportarlo. Pronto lo drenarían por completo y caería.

Mal aterrizó en la cerca y trepó, sin preocupación aparente, por el alambre de púas. Tal vez se trataba de otro truco de los corredores de acantilados, o tal vez usaba guantes encantados. Después cayó sobre un cobertizo que estaba al otro

lado. Al aterrizar en la Estación del Norte, el cielo se cubrió de una luz roja. Una llorona gritó y otras que se encontraban en el perímetro de la estación gritaron en respuesta a modo de alarma. Mal se detuvo en la cima del cobertizo como un saltamontes en una brizna de césped. A continuación, saltó sobre un grueso conducto y corrió hacia la enorme torre de refrigeración que se encontraba en el corazón de la estación.

Caleb aterrizó en el conducto detrás de ella. El sonido del impacto provocó que Mal mirara hacia atrás, con los ojos desorbitados, y que saliera huyendo. Él la siguió y mientras corrían por el bosque de respiraderos, conductos y tuberías, él le gritó jadeante:

—Tenemos que hablar.

—Eres persistente, ¿eh? —Su voz sonaba calmada, como si sostuviera una conversación casual.

—Es una virtud.

—¿Cómo es que puedes volar?

—Hice una apuesta.

—Espero que no hayas arriesgado nada valioso. —Mal se agachó bajo un conducto que le llegaba a la altura del pecho; Caleb saltó sobre él y se golpeó en la espinilla con una barra de metal que sobresalía. Se le rompieron los pantalones.

—Sólo mi alma. —Caleb trató de alcanzarla, pero ella saltó hacia delante, llegó a la torre de refrigeración y empezó a escalar.

Desde la tubería saltó al peldaño más bajo de una escalera de acceso, subió y saltó de nuevo, esta vez hacia un conducto que rodeaba la torre. Se movió de asidero en asidero con la misma facilidad con la que un guitarrista mueve los dedos sobre las cuerdas.

A tuestas y a ciegas, Caleb encontró una línea de hechicería que formaba una espiral alrededor de la torre y la cogió con ambas manos. Los dedos helados se le enterraban en la piel mientras subía. Su corazón latía con tal fuerza que golpeaba su caja torácica y derramaba sangre sobre la ciudad.

Se oyeron más gritos de lloronas que resonaron por toda la Estación del Norte mientras otros corredores de acantilados cruzaban la cerca. Los alcaides llegarían

pronto, montados sobre sus couatls, que sembraban el terror en el cielo nocturno con cada aleteo. Un couatl podría superar fácilmente la velocidad de Caleb en el aire, leer un periódico a más de cuatro kilómetros en la oscuridad, rastrear una rata en su nido o a un hombre en medio de una multitud. Incluso si Mal lograba evitarlos, él no lo conseguiría.

Las bengalas rojas de advertencia emitían un patrón infernal en el globo de un autobús aéreo que se acercaba a la torre, más bajo y más cerca de la Estación del Norte de lo que un autobús aéreo debería volar. Aunque eso era irrelevante. El mundo era un laberinto incandescente. Con el pecho agitado y la sangre bombeando en su cerebro, Caleb se acercó a la cima de la torre de refrigeración.

Soltó la línea y, por un instante, voló.

La fuerza del impulso lo lanzó hacia el cielo. Fue tambaleando hacia las estrellas y los rascacielos. En el ápice de su vuelo, dejó escapar un grito de triunfo que se transformó en terror mientras empezaba a caer.

No había tiempo para pensar. La torre de piedra se aproximaba a él, como la punta de una espada con el peso del mundo entero detrás de ella.

La roca lo golpeó con fuerza en el pecho, en las piernas y en todo el cuerpo. Después de unos cuantos segundos, se dio cuenta de que seguía vivo, boca abajo en la cima de la torre, con vapor hirviendo a su izquierda y el vacío a su derecha. Lo envolvió una vaharada de aire caliente y humo sulfuroso. Con los brazos extendidos, abrazó la piedra.

Estaba solo.

Se sentó, vaciló y casi cae en el humo hirviente.

Una mano enguantada coronaba la torre, seguida del resto del cuerpo de Mal. Su cabello era un halo negro, su rostro y sus brazos brillaban por el sudor, y su mirada feroz lo observaba a través del humo.

—Hola —dijo él.

—¿No podías pensar en alguna frase mejor mientras subías? —Mal jadeó buscando aire.

Caleb no podía pensar en algo que decir; además, le costaba hablar por el movimiento agitado de sus pulmones. Se acercó a ella rodeando el precipicio.

—Entonces ¿qué pasa ahora? —preguntó él cuando se aproximó.

—Ahora... —Se puso de pie y lo miró con una sonrisa como de cristales rotos —. Veamos lo lejos que estás dispuesto a llegar.

Él se abalanzó, pero era demasiado tarde. Mal se lanzó del extremo de la torre.

La fuerza de su salto lo elevó lejos de conductos, escaleras y plataformas. Cayó, giró, osciló y finalmente aterrizó en el globo del autobús aéreo que pasaba debajo de ellos. La seda gris se rizó alrededor de su cuerpo.

Las sirenas empezaron a sonar y una brisa fresca acarició la frente de Caleb. Él saltó detrás de ella.

Un fuerte viento le golpeó el rostro. Mientras caía, trató de alcanzar con los dedos, los brazos y sus torturados hombros alguno de los tensos hilos que guiaban al autobús. Unas garras frías le apretaron el corazón.

Trató de agarrarse a la nada, y un fuego azul le recorrió los brazos y el pecho.

Caleb se detuvo a menos de un metro del globo gris. El dolor hizo que sus ojos se abrieran de golpe. Mal yacía debajo de él, como si se encontrara en un colchón mullido.

—Lo has conseguido —dijo ella con un tono de sorpresa en su voz.

—¿No podías pensar en alguna frase mejor mientras bajabas?

—Eres un hombre interesante.

Caleb estaba a punto de decir algo insustancial acerca de vivir en tiempos interesantes cuando cien soles explotaron sobre Dresediel Lex.

Su sombra cayó sobre Mal y la luz bramó a través de su cuerpo.

Una mujer de trescientos metros de altura, con cuatro brazos y seis alas, salió de la Estación del Norte como una nadadora emergiendo de una piscina profunda. Abrió muchas bocas a la vez y rugió.

Tanto las flamas como la figura se desvanecieron en un santiamén. Los millones de luces de la ciudad se oscurecieron y la noche envolvió a Caleb como un puño oscuro.

El lienzo lo golpeó deprisa. Con cientos de galaxias parpadeando en sus ojos, trató de ponerse de pie con dificultad sobre la tela resbaladiza, pero no encontró agarre y empezó a resbalar.

Cuanto más luchaba, más resbalaba. Oyó a Mal gritándole; trató de alcanzarla

y resbaló de nuevo. Sus dedos rozaron la mano que ella le había tendido y, de pronto, ella y el globo desaparecieron. Cayó por el cielo. Dresediel Lex giraba por debajo y por encima de él, y vio las torres de la Estación del Norte caídas. El fuego se aferraba a las rocas destruidas.

Cayó durante horas, o segundos, hasta que algo lo golpeó fuertemente en el pecho. La oscuridad se precipitó sobre él, retorciéndose con terribles pesadillas.

Cuando Caleb despertó, avanzaba tambaleándose por un infierno conocido. Ixaqualtil Águila Séptima dominaba en un reino de oscuridad donde el fuego no daba luz y ninguna estrella brillaba: un vasto y vacío universo que resonaba con el llanto de los moribundos y los malditos, con cánticos demoníacos, con el crujir de las llamas y el siseo de cuchillas invisibles sobre piedras de afilar también invisibles. Dentro de esa cacofonía, Ixaqualtil se agachaba frente al trono vacío del Sol, alimentándose de todo aquel que se atreviera a acercarse al peligroso asiento de su amo.

El dios Sol estaba muerto, había sido asesinado por el Rey de Rojo durante la Liberación, pero su sirviente seguía esperando incauto, con sus doscientos cincuenta y seis dientes afilados como navajas, desplegados en una hambrienta sonrisa.

En el infierno de Ixaqualtil, uno no podía moverse sin temor a caer en un foso oculto, un fuego negro o la boca de alguna bestia; sin embargo, Caleb se movía. Caminaba. Cada paso le asestaba un fuerte dolor en el costado. Trató de detenerse, pero no pudo. Su brazo izquierdo estaba colocado sobre el hombro de una mujer, y el brazo de ella le sostenía la espalda. Cuando sus piernas fallaban, ella lo empujaba para seguir adelante.

Caleb sólo veía atisbos de formas dentro de la oscuridad aterciopelada, pero sabía que Mal caminaba a su lado.

—No deberías estar en el infierno —dijo él.

Ella se sobresaltó por el sonido de esa voz y él también: sonaba resquebrajada y ronca.

—No me conoces lo suficiente como para decir eso. Además, no estoy ahí todavía.

—¿Qué ha pasado? —Intentó con dificultad poner un pie frente al otro.

Nubes de ruido y llamas le oscurecían la mente.

—Te has caído y yo te he atrapado.

—¿Cómo me has atrapado? Estabas —recordó— sobre el autobús aéreo.

—Habría sido de mala educación dejarte caer. —En la distancia, oyó los ruidos subsónicos de los couatls. Los alcaldes andaban de cacería. En ese caso, seguía vivo. Probablemente, porque sin duda habría alcaldes en el infierno. Los couatls rugieron otra vez; Mal se encogió de miedo a su lado y habló, como si tratara de aislarse de ellos.

—No sé por qué te he salvado. Si lo hubiera pensado mejor, tal vez no lo habría hecho. He rodado por el globo, he sostenido el timón del autobús aéreo y te he agarrado con un poco de hechicería.

—¿Eres una hechicera?

—Un poco.

Caleb recordó una ráfaga de viento y una mujer alada y brillante como el sol. Al cerrar los ojos, la vio en negativo.

—Recuerdo una mujer que resplandecía.

—Tú has recibido la explosión —dijo ella—. Yo he visto su reflejo y la oscuridad que le seguía. Al principio pensaba que la luz me había cegado, pero luego me he dado cuenta de que la energía se había apagado.

Caleb parpadeó y vio su infierno con claridad. La oscuridad se llenó de textura y profundidad; toques de negro, rojo y violeta se adhirieron a los ladrillos, al cristal y al pavimento con baches, tuberías, adoquines y palmeras. Avanzaban lentamente por una avenida rodeada de tiendas y restaurantes pequeños: Salamander's Deli, Cusko e Hijos, una franquicia del Café de la Muerte. Pedazos de aparadores rotos cubrían el pavimento y la calle; en circunstancias normales, deberían haber captado la luz de las farolas como diamantes en la tienda de un joyero, pero no había farolas encendidas. Tampoco había luz en las tiendas ni en los apartamentos de arriba. Tampoco estrellas ni luz de luna que aliviaran esa oscuridad.

Caleb sólo podía ver por la luz del fuego reflejada en la parte inferior de las nubes. La ciudad ardía.

—Estamos en Vale —dijo él—. Mi casa no está muy lejos.

—Lo sé. He encontrado tu dirección en tu cartera.

—Ya no tengo secretos para ti.

—Yo no diría eso.

—Me has salvado la vida.

—Eso parece.

Trató de reír, pero le dolían las costillas.

—Los otros corredores, los que corrían hacia la estación detrás de nosotros...

—No lo sé. —Al principio, Caleb pensó que ella no diría nada más, pero continuó—: No averiguaremos nada esta noche.

—Espero que hayan escapado. —Caleb imaginó la reacción de Balam a la muerte de sus estudiantes. «La tierra te destruirá», le había dicho.

—Yo también.

El terror pasó sobre ellos en forma de alas en movimiento y un rugido por debajo de la frecuencia a la que oye el oído humano lo hizo estremecerse. El alcaide descendió en picado hacia el fuego y Caleb pudo moverse de nuevo.

—Dioses.

—Cuidado con lo que dices —le advirtió ella.

—¿Qué otra cosa podría ser? Una explosión tan poderosa, con apagones y revueltas justo después: los dioses —repitió, no tanto como una manera de maldecir, sino como una expresión de asombro— y sus fieles. Han atacado la Estación del Norte. Alguno de los verdaderos quechales se las debe de haber ingeniado para meter de contrabando a un dios.

Caleb resbaló sobre una piedra y apretó con más fuerza la cintura de Mal, despertando el dolor en sus costillas. Recuperó el equilibrio y siguieron caminando.

—Vivo aquí —dijo él al llegar a la calle Tres Caña, y dieron la vuelta juntos.

Caleb apenas notaba la ligera inclinación del camino cuando se iba al trabajo por la mañana, pero esa noche le pareció un camino montañoso.

La pintura negra y fresca desfiguraba las casas. Alguna pandilla de devotos fervientes había garabateado escenas de escrituras y sacrificios en las pálidas paredes de adobe. Aquel y Achal devorando a las Gemelas Heroicas; Qet, el Señor de los Mares, entregando su cuerpo a las profundidades.

Después de diez minutos de una subida agonizante, llegaron al edificio de dos pisos de Caleb. Había una pequeña pandilla reunida en el césped; tres hombres y una mujer con pinturas, brochas y cuchillos. El más alto de ellos había pintarrajeado el muro frontal de su casa con una caricatura explícita y violenta de Aquel expulsando a los demonios de la tierra.

—¡Eh!

Los pintores se dieron la vuelta. En la oscuridad, Caleb no lograba ver sus rostros y bien podría haberse tratado de uno de sus vecinos. La pintura brillaba como sangre sobre la pared.

—Largaos de mi casa —dijo Caleb.

El hombre alto dejó la brocha. Sus hombros eran anchos y sus pasos pesados. Caleb se retorció para soltarse del agarre de Mal y avanzó hacia el hombre.

—Tenemos derecho a estar aquí —declaró el hombre en alto quechal; sus vocales eran redondeadas y amplias, mientras que sus consonantes eran afiladas como cuchillos. Hablaba como si cada palabra fuese una roca que tenía que levantar y dejar caer. Había aprendido la lengua en los libros—. La oscuridad es sagrada. Glorificamos a los dioses.

—Los dioses —dijo Caleb, y el hombre alto retrocedió, ya que Caleb también hablaba en alto quechal, de prisa y sin acento—. Los dioses escupen en sus ofrendas. No son conscientes de regalos tan pequeños. Consideraos afortunados porque si os vieran frente a frente, vuestros corazones explotarían y vuestros cerebros hervirían. —Los pintores estaban tensos y alerta, como ratas sorprendidas. ¿Entenderían lo que les decía?—. Alejaos de mi casa —añadió en katholic—. Volved a vuestros agujeros. —Tembló ligeramente y esperó que ellos lo entendieran como un estremecimiento de ira y no causado por la fatiga y sus heridas.

—¿Quién eres tú? —preguntó el hombre alto.

—Mi nombre es Caleb Altemoc. —Por primera vez en años, puso el acento en el nombre de su padre—. Dejadme en paz.

Uno de los hombres, el de más baja estatura, dio despacio un paso hacia atrás y los otros lo siguieron. Después de ese primer paso, el segundo fue más rápido, y el tercero más rápido aún. Retrocedieron hacia Vale.

Caleb siguió observando hasta que ya no había personas, ni siquiera ratas, sólo insectos y hormigas que desaparecían en la profunda oscuridad. La noche finalmente lo venció y se desplomó apoyado en el muro lateral de su casa. La pintura sangrienta quedó embarrada en su mejilla.

A través del mundo que le daba vueltas, vio que Mal envainaba un cuchillo.

Con su ayuda, caminó apoyándose sobre la pared hasta la puerta de entrada. Revisó sus bolsillos y, después de varios intentos, encontró las llaves.

—Durante el último apagón, unos chicos, tal vez estos mismos, pintaron la mitad de las casas de la otra manzana. La pintura se filtra en el adobe. Hay que volver a hacer toda la pared para quitarla. Son una molestia pública.

Mal vio cómo Caleb buscaba a tientas la cerradura y fallaba dos veces al tratar de introducir la llave en el cerrojo.

—¿Necesitas ayuda?

—Estoy bien.

—¿Y si no hubieran huido? ¿Y si hubieran querido pelear?

—Ellos creen en los antiguos dioses, o al menos eso aseguran. Cualquiera que haya creído en los antiguos dioses y le gustara pelear murió hace mucho tiempo.

El pestillo se abrió con un clic y Caleb entró tambaleándose en su casa. Mal lo siguió y él cerró la puerta detrás de ella.

Caleb vivía solo en Vale, sin una novia a quien impresionar y sin mascotas, salvo la iguana de un metro y medio que tenía para que cazara arañas. ¿Qué se necesitaba para disfrutar de esta vida? En la sala había un sofá, dos sillas de segunda mano, un brasero sin encender, una repisa llena de libros sobre póquer y bridge, y alguna que otra novela iskari barata sobre duelos de espada y hechicería oscura, y hombres que intentaban salvar al mundo de la perdición. En una mesa pequeña junto al sofá, había un castillo de naipes de cinco pisos de altura. Caleb casi se alegró por el apagón: la oscuridad hacía que la habitación diera la impresión de ser la caótica morada de una mente peligrosa, en vez de parecer una habitación repleta de la basura de un joven.

Mal esperó en la puerta. Caleb buscó una cerilla en la mesa y encendió las velas que estaban dispersas por las repisas y la mesa.

—Lo siento. —Señaló el desastre con la mano—. No esperaba tener

invitados.

Mal se paseó lentamente por la alfombra. El fuego teñía la habitación, y también a ella, de un tono anaranjado y negro.

—¿Por qué pones tantas velas?

—Me gustan más las velas que la luz fantasmal. Me parecen más auténticas. Además, las luces no son fiables en esta parte de la ciudad, sobre todo en verano.

—¿En serio?

—Me imagino que vives en el lado oeste —dijo él, lo que en realidad quería decir: «Eres más rica de lo que pensaba».

Ella no respondió, aunque Caleb no esperaba una respuesta.

—¿Acaso se te va la luz tan a menudo que necesitas dejar las velas a mano?

—No. —Él apartó la mirada y miró la sombra de la chica sobre la pared—. Mi padre viene a visitarme a veces. La hechicería casi siempre se descompone cuando él está cerca.

Ella se apoyó en el sofá.

—Tu padre. —Con la cabeza reclinada hacia atrás y la boca abierta, Mal le recordaba a los sacrificios en los antiguos grabados, crispada alrededor de la cuchilla enterrada en su estómago, exclamando de dolor o ira o éxtasis. Ella murmuró su nombre, acentuando el apellido de su padre—: Caleb Altemoc.

—Te lo dije cuando nos conocimos.

—Hay nombres más importantes que otros. De todos los Temoc en Dresediel Lex, no pensé que te refirieras a *ese* Temoc.

—Temoc de los Dioses del Cielo. Temoc el Último en Pie. Temoc el que ataca como un águila de las alturas. Sacerdote de Todos los Dioses. Tormento de Dresediel Lex. Sí. Ese Temoc.

—¿De verdad es tu padre?

Caleb asintió.

Sus ojos eran tan oscuros como el interior de su boca.

—¿Por qué me perseguías?

—Ésa no es la pregunta que deberías hacerme.

—Entonces ¿cuál es?

—Pregunta por qué no le dije a los alcaides que estabas en Espejo Brillante.

Ella parpadeó.

—¿Por qué?

—Porque si se lo hubiera dicho, habrían pensado que tú envenenaste la presa. Si les digo lo que has hecho esta noche, te acusarán de hacer explotar la Estación del Norte.

—No lo he hecho.

—Te creo. Pero ellos no lo harían. Si hubieras ido conmigo hace dos semanas, te habrían interrogado y soltado. Ahora están ansiosos y desesperados. Te atarán a un potro, te sacarán los recuerdos por los ojos y los cortarán con cuchillos plateados hasta averiguar la verdad.

—Y descubrirán que soy inocente. ¿Qué tengo que temer?

—El dolor.

—El dolor no me afecta.

—Éste sí. Cambia a las personas. Lo que pasó en Espejo Brillante no fue culpa tuya, fue culpa de mi padre o de aquellos que lo siguen. Mi padre les hace daño a muchos hombres y mujeres, ya sea por su propia mano o mediante su poder. No quiero que te haga daño a ti también.

La luz de las velas hacía que sus manos parecieran empapadas de sangre.

—¿Qué quieres de mí?

—Dime lo que viste en Espejo Brillante. Dame algo para continuar con la investigación, alguna pista que seguir.

—Nada. Luz de luna sobre la presa. Tus guardias. Los tzimets.

—¿Ninguna señal del envenenador? ¿Nada incriminatorio?

—No.

—Necesito algo más.

—No tengo nada más que contarte.

Caleb caminó alrededor del sofá, hacia ella, mirando las llamas que danzaban en sus ojos. El amuleto de diente de tiburón colgaba de su cuello. Caleb tocó el colgante y lo levantó entre el pulgar y el índice. Su mano le rozó el pecho, y ella se retorció como si la hubiese electrocutado.

—¿Cómo has conseguido esto? —preguntó él con suavidad.

—Lo compré.

—Mano de obra de antiguos quechales. No lo encontraste en una tienda de hechicería.

—Tengo mis fuentes.

—En el Skittersill.

—Sí.

—Imagino que pagaste una pequeña fortuna. —Le dio la vuelta al diente. Unas tallas muy intrincadas cubrían la parte de atrás.

—Una dama nunca habla de esas cosas.

—Puedo ayudarte —dijo él—. Si me das el amuleto.

—¿Por qué?

—Lo usas para escabullirte a lugares donde no deberías estar. Eso te trajo a Espejo Brillante hace dos semanas y a la Estación del Norte esta noche. Alguien te está usando como chivo expiatorio. Con esto en mi poder, tal vez pueda averiguar quién es.

Ella no respondió. Lentamente, Caleb le quitó el amuleto, lo levantó sobre la cabeza de Mal y lo deslizó al interior de su bolsillo.

Cuando alzó la mirada, ella lo observaba.

—Has corrido detrás de mí —dijo ella—, aunque podrías haber muerto, porque querías ayudarme. Y has ganado la carrera.

—No he ganado. He hecho trampa. He caído.

Las curvas y planos de su rostro eran rojos, amarillos y negros.

—Si no hubieras ganado, no te habría atrapado.

Como agua, ella se deslizó hacia él. Su pequeña nariz chata acarició la de él, y sus pantalones de cuero le rozaron el interior de los muslos. Su sudor seco olía a sal, a mar y a carne. Ella lo besó. Sus labios eran fríos, pero el resto de su cuerpo era cálido.

Él se lanzó dentro del beso como una astilla que flota en una inundación. Demasiado pronto y demasiado fuerte. Un beso que golpeaba como la marea en la costa, un beso que ocultaba la muerte en el fondo. Pensó en su oscura habitación, en el piso de arriba, donde no había velas que iluminaran sus cuerpos mientras éstos se movían entre finas sábanas de algodón. Ahogándose, respiró el

aroma de Mal; y, en lugar de aire, se le llenaron los pulmones de la esencia de ella.

Sus labios se separaron y él se vio reflejado en los ojos de Mal.

—¿Entonces...? —dijo ella después de un momento.

—No —respondió Caleb. Un cuchillo se apartó de su garganta. Las puertas del cielo se cerraron de golpe.

Mal alzó la ceja derecha e inclinó la cabeza hacia el lado, confundida, no decepcionada.

—¿Por qué no? ¿Es porque te he besado antes de que tú me besaras? ¿O porque no quieres esto?

Caleb tenía la boca seca. Las palabras se volvían lentas, pesadas y llenas de arrepentimiento.

—Porque sí quiero. Pero si subimos ahora, todo terminará esta noche. Nos acostaremos y tú desaparecerás.

Él vivía en su aroma. Luchó por controlarse y, por último, retrocedió.

Él reconoció la expresión en su rostro, lo había visto en incontables mesas de cartas, en el rostro de hechiceros, seres serpiente, demonios y seres humanos mientras juzgaban sus cartas y lo juzgaban a él.

—¿Quieres que me vaya? —le preguntó ella finalmente.

—Es peligroso salir antes de que amanezca. Puedes dormir en mi cama y yo me quedaré aquí, en el sofá. —Caleb se fue hacia la escalera, pero sin quitarle la mirada de encima, por lo que tropezó con la mesita y derribó el castillo de naipes—. Primero tengo que subir a por unas cosas.

Al llegar al final de la escalera se dio cuenta de que la puerta de su habitación estaba cerrada. Entró y cerró la puerta detrás de él, bloqueando así la luz de las velas que llegaba desde abajo. La habitación no estaba del todo a oscuras: dentro había un tenue brillo azulado del mismo color que el cielo nocturno de Sansilva.

—Papá —dijo en alto quechal—, tienes que irte.

—Sabías que estaba aquí. —La voz de su padre retumbaba como una avalancha —. ¿Cómo?

—Yo no hago castillos de naipes, papá. Me tiemblan las manos.

Temoc estaba acostado en la cama de Caleb, leyendo un libro sobre bridge.

La cama estaba hecha, con las esquinas de las sábanas metidas al estilo militar, a pesar de que Caleb las había dejado hechas un desastre esa mañana. Temoc debía de haberla hecho antes de acostarse.

El padre de Caleb estaba ceñido para la batalla y su piel era negra como el espacio vacío. Patrones dentados de luz de luna destellaban en su frente, sus mejillas, su pecho, sus brazos y su estómago.

—¿Es que nunca usas camisa? —preguntó Caleb mientras se acercaba a la cama.

Temoc dobló la página del libro para marcar dónde se había quedado, lo cerró y se sentó en la cama.

—Te estaba esperando.

—Sea lo que sea lo que vayas a decir, no quiero oírlo.

—Veo que estás enfadado.

—No estoy enfadado —respondió rápidamente. Su padre se encogió de hombros—. No lo estoy. ¿Tienes idea de a cuántas personas has matado esta noche? Casi he sido una de ellas.

Temoc se puso de pie. Las sombras se derritieron en su piel. Los laberintos de luz plateada se atenuaron y desaparecieron, dejando en su lugar una red de cicatrices en su cuerpo y en su rostro.

El padre de Caleb había peleado durante sesenta años. Ni las piedras ni los relámpagos ni el tiempo podían derrotarlo. Pero estaba perdiendo una guerra contra el conocimiento, la verdad y las hordas inmortales, aunque se negaba a

morir o a rendirse. Se entonaban canciones de sus proezas en las Guerras de los Dioses y, durante las décadas que habían pasado desde entonces, los rufianes borrachos del Skittersill entonaban odas violentas y sanguinarias.

—Yo no lo he hecho —dijo Temoc.

—Alguien ha tratado de causar un caos en la ciudad esta noche usando a un dios como arma. ¿Quién crees que puede estar detrás de esto? ¿Mamá? ¿Los alcaides? ¿El maldito Rey de Rojo?

—Piensa lo que quieras. Háblame en cualquier tono que creas tener el derecho de usar conmigo. Yo no he causado este apagón. Podría jurártelo por los dioses si creyeras en ellos.

Caleb sacudió la cabeza.

—No miento.

—¿Quién más podría haber convencido a un dios de que hiciera algo así?

—Una diosa —señaló Temoc. Se detuvo y cerró los ojos. Caleb esperó y pronto su padre encontró de nuevo las palabras que buscaba—. La figura que ardía en el cielo era Ili de White Sails. Y ya no existe.

Caleb quería poner una mano sobre el hombro de su padre y arrojarlo por la ventana.

—Está bien. Siéntete mal por una diosa, no por todas las personas que han muerto esta noche durante el apagón, en los hospitales, en las revueltas. Cada estúpido verdadero quechal que le arroje una botella de cerveza a un alcaide esta noche y al que le rompan los brazos por ese privilegio quedará en tu conciencia, lo admitas o no. De cualquier modo, busca otro lugar donde ocultarte. Necesito esta habitación.

Un cristal se rompió dos calles atrás e hizo añicos el silencio de la habitación.

—Yo no he hecho nada —dijo Temoc—. Mi gente no ha hecho nada. Los alcaides han atacado el lugar donde me ocultaba poco después del apagón. He logrado pelear y escapar, he despistado a mis perseguidores y he venido aquí. Llámame *asesino*, *terrorista*, o como sea que te hayan enseñado a llamar a aquellos que aún conservamos la fe, pero yo no he formado parte de este ataque. Soy inocente de este ataque y de la muerte de Ili de White Sails.

—¿Por qué debería creerte?

—Soy tu padre.

—Ésa no es una respuesta.

—Tengo que irme. Los alcaides llegarán pronto.

Caleb echó un vistazo al cielo afuera de su ventana en búsqueda de couatls, tratando de oír el movimiento de sus alas. No vio nada y lo único que oyó fue la revuelta a lo lejos.

—Es cuestión de minutos que encuentren mi rastro.

¿Ese parche de oscuridad sería una nube o un alcaide sobre su couatl?

—El apagón no durará mucho.

—Claro que no. Se ha destruido una sola estación de energía, un único enlace en las cadenas que atan a nuestra ciudad. La luz regresará dentro de una hora. Romper el yugo de tu jefe requeriría más que una explosión.

—Y desde luego tú lo sabes bien porque llevas veinte años planeando este tipo de ataques.

Temoc no respondió.

—¿Aseguras que eres inocente?

—Así es.

—¿Por qué has venido?

—Quería verte.

Caleb cerró las cortinas, pero no se dio la vuelta.

—Mentiroso.

—Me estarán cazando ahora, con más voracidad de lo que lo han hecho en años. No podré visitarte tan a menudo, y tal vez vengan a por ti.

—No les diré que estuviste aquí.

—No. Cuéntaselo. Si no, se darán cuenta de que mientes y tendrás más problemas de los que ya te he causado.

—Si tú lo dices...

—¿Quién es la chica?

—Es..., ya sabes. —Caleb rio amargamente—. No te he dicho nada de una chica.

—Os he oído abajo.

—Está... un poco loca.

—Me alegra oírlo. Necesitas más emoción en tu vida.

Mientras observaba las cortinas, la mente de Caleb viajó diecisiete años al pasado, al Levantamiento del Skittersill. Los pobres hombres y mujeres se habían aferrado a sus dioses como pordioseros envolviéndose en mantas harapientas. Temoc era el líder de la protesta. Él era el sol del movimiento, su centro brillante. A los diez años, Caleb miraba a su padre con asombro: el último de los verdaderos sacerdotes, el paladín de los templos caídos.

Temoc se alimentaba de la necesidad de la gente, y su familia se derrumbaba a su alrededor.

Finalmente, el gran hombre tomó una decisión. Caleb despertó con gritos y sangre. Su madre lo acunaba entre sus brazos y lloraba lágrimas calientes y feroces. Su padre se había ido.

—Gracias, papá —dijo Caleb.

Una ráfaga de viento fue su respuesta.

Cuando Caleb se dio la vuelta, vio la habitación vacía. La segunda ventana de su cuarto estaba entreabierta y la brisa nocturna movía las cortinas.

Temoc podría haber cerrado la ventana al salir y desvanecerse sin dejar rastro alguno. Esto era una especie de cortesía para él, lo mejor que pudo hacer para despedirse.

Caleb colocó el libro de bridge en su mesa de noche y dejó marcada la página que su padre había doblado. Enderezó el edredón, le dio unas palmadas al colchón para quitar todo rastro de Temoc y bajó para acompañar a Mal a la cama.

Al despertar, Caleb encontró su casa vacía. La cama de su habitación, en la que Mal había pasado la noche, estaba cuidadosamente hecha. Había un tazón y una taza secándose junto al fregadero de la cocina. Cuando regresó a la sala, vio un sobre de color crema encima de una pila de libros y de cartas en la mesita de centro. El sobre tenía su nombre en una escritura clara y angular, y dentro encontró una nota:

Caleb:

Gracias por la carrera. Eres un hombre intrigante. Nos seguiremos viendo.

M.

Caleb se duchó con rapidez, procurando no mojarse el costado izquierdo, ya que seguía algo lastimado. Se vistió con unos pantalones holgados e hizo una mueca de dolor al levantar los brazos para ponerse una camisa gruesa de algodón. Iría al médico por la tarde. Las clínicas estarían saturadas toda la mañana con todos los tipos hipocondríacos que se habían golpeado la cabeza durante el apagón.

Por ahora, tenía que comer algo y tomar unas veinte tazas de café.

Moviendo los hombros, se puso una chaqueta de pana de color canela, bajó la escalera a tumbos, abrió la puerta de entrada y chocó con una escultura plateada que llevaba un uniforme negro.

—Caleb Altemoc —dijo el alcaide en una voz con sus números de serie archivados.

Como todos los alcaides, el hombre que se encontraba frente a Caleb no tenía literalmente expresión alguna en el rostro. Una cubierta de mercurio ocultaba su cabeza y su cuello. Unas manchas oscuras en el metal sugerían una frente, dos ojos, una nariz y una boca: rasgos que se volvían borrosos cuando Caleb trataba

de enfocarlos. Una placa de esmalte destellaba en la solapa izquierda de la chaqueta del alcaide: una calavera de color ébano con el número 5723 en color carmesí sobre la frente.

—¿Qué?

—Eres Caleb Altemoc —repitió el alcaide.

Caleb memorizó el número. Era el único nombre que podría darle a este alcaide. Al unirse a las fuerzas especiales, a todos los reclutas se les trazaba un número en los huesos y se les quemaba en el alma. Nadie podía llevar una máscara de alcaide sin una placa, y cada una de ellas informaba sobre el número de su portador; si un alcaide abusaba de su poder, podría ser identificado por ese número. Y lo expulsarían. Al menos en teoría.

—Ése soy yo —respondió.

Una sombra ondulada pasó por encima de los dos. Caleb alzó la mirada y vio una bestia, que era mitad serpiente y mitad ave, posada en su tejado, con las alas abiertas. El couatl tenía cara de serpiente, una cresta roja y amarilla, y plumas verdes, y los ojos negros de un buitre que puede abarcarlo todo con la mirada. Otro alcaide iba sentado en una silla en el sinuoso cuello de la criatura.

Había otro couatl, que sin duda pertenecía al alcaide que estaba en su puerta, enroscado y acicalándose en el césped de Caleb.

—Por favor, acompáñenos —dijo el alcaide—. Tenemos algunas preguntas.

—¿Me están arrestando?

La tersa máscara plateada se oscureció en el lugar donde debería haber estado la frente del alcaide.

—No le estamos arrestando, señor. Sólo debe responder a nuestras preguntas y después podrá irse.

—Tengo derecho a saber por qué se me están llevando —afirmó Caleb, aunque ya sabía, o al menos sospechaba, la respuesta— y adónde. —Lo cual no sabía y prefería no adivinar.

—No puedo decirlo. —Tal vez el alcaide tampoco lo sabía aún. Esa máscara de mercurio era un medio de comunicación y un disfraz a la vez. Las órdenes pasaban por ella—. ¿Nos acompaña?

Caleb no tenía muchas alternativas: la hechicería volvía a los alcaides más

veloces y más fuertes, y las bestias que los transportaban eran ágiles y voraces. Incluso si lograra escapar, no tendría adónde huir.

Cerró la puerta con llave detrás de él y se acomodó las solapas de la chaqueta.

—Bueno. ¿Al menos podríamos viajar en carruaje? Me lesioné las costillas en el apagón de anoche.

—Iré conmigo —dijo el alcaide—. Mi montura es segura y vuela de manera estable.

Caleb no se sentía reconfortado, pero lo siguió de todos modos.

No era su primer interrogatorio con los alcaides. Lo buscaron después del ataque de Temoc, la emboscada en la manzana 700, el intento de sabotaje en la Estación Bay unos años atrás, y todo lo demás. Los alcaides estaban tan acostumbrados a interrogar a Caleb que incluso lo hicieron después de la revuelta de zombis dos años antes, a pesar de que Temoc no tuvo nada que ver con eso.

No fueron a buscarlo hasta que la acción hubo terminado. Temoc debió de haber eludido a sus perseguidores.

¿Cuánto tiempo llevaba este alcaide esperando fuera de la puerta de Caleb? ¿Cuánto tiempo llevaba la montura de su compañero enroscada en el techo? ¿Estaban allí cuando Mal se fue? ¿La habían dejado irse?

No debía preocuparse. Ella podía cuidarse sola. No tenía nada de incriminatorio, solo una mujer que pasaba la noche en la casa de un hombre soltero. Al menos eso esperaba él.

El cuello esmeralda de la serpiente era tan alto como la cintura de Caleb. El alcaide subió a su silla de montar y le hizo una seña a Caleb para que subiera detrás de él.

Mientras se acomodaba sobre las cálidas escamas, unas cuerdas invisibles le ataron los brazos uno a cada costado y las piernas a la espalda de la bestia. Se relajó entre los lazos espectrales. Cuanto más forcejeara, más lo apretarían.

—Creí que no estaba bajo arresto.

—No es un arresto —aseguró el alcaide—. Es por protección.

—Es muy parecido.

Los músculos del couatl se tensaron y, en un instante agitado y horrible, la

criatura se elevó por los aires. El movimiento de dos gigantescas alas los elevó por encima de los tejados. El alcaide que se encontraba en el techo de Caleb incitó a su propia montura a que despegara y juntos se dirigieron hacia el sur, hacia el bullicioso centro de Dresediel Lex.

Al llegar a la cúspide de las montañas, Caleb vio los desperfectos desde arriba. El Skittersill había sufrido el impacto de las revueltas. Ventanas destruidas, tiendas quemadas y ladrillos rotos inundaban las calles, como si unos niños gigantes hubiesen estado jugando ahí, sin importarles las vidas que aplastaban.

Al lado del Skittersill, las cicatrices de los distritos más acaudalados parecían meras afectaciones. Los reparadores pululaban en Sansilva y reemplazaban las ventanas de las *boutiques* y las joyerías. Incluso las gemas robadas podrían recuperarse pronto: las tiendas de Sansilva maldecían su mercancía antes de venderla. Durante el transcurso de los próximos días, los ladrones y los traficantes de mercancía robada en Dresediel Lex sufrirían demencia, depresión, catatonia y violentas desfiguraciones hasta que la mercancía regresara con sus dueños. Las tiendas de comestibles habían perdido más por las revueltas y los saqueos que las casas de moda: pocos vendedores podían darse el lujo de comprar maldiciones o seguros, y su mercancía era perecedera.

Los couatls volaban en círculos sobre el cráter donde solía estar ubicada la Estación del Norte, vigilando como guardias fúnebres sobre el cadáver de una diosa. Los couatls solían ser aves sagradas antes de que los hechiceros los capturaran y cambiaran. Caleb se preguntaba si las monturas de los alcaides recordaban a sus antiguos amos.

El couatl que llevaba a Caleb en su lomo giró al llegar al cráter y se dirigió al oeste, a la pirámide negra del 667 de Sansilva.

Caleb tragó saliva. Grandes poderes acechaban en esa pirámide, poderes que eran capaces de sacarle a un hombre las entrañas o atrapar a una mujer en agonía, hasta que el sol ardiera, se volviera cenizas y los planetas se pulverizaran. Eran poderes antiguos e implacables, y él los conocía porque eran los que pagaban su sueldo.

El couatl descendió hacia la cima de la pirámide, una losa de cristal negro

tallada en espirales concéntricas: versiones en quechal antiguo de los círculos utilizados por los hechiceros modernos. En tiempos pasados, en ese mismo lugar, los altos sacerdotes habían hecho milagros. Los sacerdotes se habían ido, pero sus enseñanzas y sus herramientas permanecían ahí.

En el centro de dichas espirales, a unos doce metros de distancia, se alzaba una cúpula de cristal. El alcaide aterrizó junto a ella; Caleb oyó el sonido de las garras del couatl al aterrizar sobre la obsidiana.

La bestia agachó la cabeza. Las ataduras de Caleb desaparecieron, pero él no se movió.

—Vamos —dijo el alcaide.

Caleb desmontó y estuvo a punto de caerse. Cuando el mundo dejó de oscilar y dar vueltas, caminó hacia la cúpula y la atravesó.

El cristal le picaba la piel como un millón de agujas. El mundo estaba al revés, invertido en los ojos y la mente. Con una bocanada de aire, respiró el infinito. El pánico se apoderó de él, pero al inhalar, un aire frío le llenó los pulmones. Tosió, tembló, maldijo y cayó de bruces sobre el suelo de cristal.

La cúpula era transparente desde el interior. La luz de la mañana entraba desde el cielo azul carente de nubes y brillaba sobre una alfombra iskari roja. Bajo el cristal, había una habitación desocupada y bien amueblada: dos lujosos sillones de cuero, seis sillas vacías, tres librerías sin apoyos repletas de tomos arcanos, y un alto escritorio del mismo cristal negro del que estaba hecha la pirámide, pero manchado con un tenue tono carmesí.

—¡Hola...! —gritó sin obtener respuesta.

Con cautela, Caleb se acercó al escritorio. Medía más de dos metros de largo y uno de ancho, y estaba repleto de papeles, plumas, pequeños juguetes mecánicos, densos volúmenes de hechicería y pergaminos que murmuraban en lenguas muertas o que aún no habían sido inventadas. En una esquina del escritorio había una pintura en tonos sepia, del tamaño de un naipe y en un pesado marco plateado, junto a una hendidura del tamaño de un puño en el cristal.

Cada esquina del escritorio tenía un hundimiento similar y de ellos fluían profundos canales que desembocaban en desagües del tamaño de la boca de una

gárgola, a cada lado. Para matar, los sacerdotes quechales quitaban el corazón, pero drenaban la sangre antes de cada sacrificio: la pérdida de sangre inducía una sensación de euforia y acercaba a las víctimas a la divinidad.

—Habría sido un desperdicio tirarlo.

Caleb se dio la vuelta.

Un esqueleto con una bata carmesí estaba de pie detrás de él. Sostenía una taza humeante de café en una mano y un periódico doblado en la otra. Una diadema de oro rojizo adornaba su cráneo, y dos destellos de color rubí brillaban en los huecos donde deberían haber estado sus ojos.

Caleb se puso en alerta, con las manos en los costados y el mentón levantado.

—Señor.

Kopil, el Rey de Rojo, el Rey Inmortal de Dresediel Lex y director ejecutivo de Rey de Rojo Consolidado no reconoció el saludo de Caleb.

—La obsidiana no es porosa, ¿sabes? No es físicamente posible que la sangre de los sacrificios haya teñido el altar. Sus dioses, o supongo que debería decir «nuestros dioses», o más bien «los dioses quechales», lo hicieron posible: su hambre atrajo la sangre al cristal y lo manchó como el café mancha los dientes.

Con su huesudo dedo índice se señaló sus propios colmillos teñidos de amarillo pálido.

—No eran mis dioses —dijo Caleb.

—Entonces, los dioses de tu padre —aceptó Kopil. Soltó su periódico, el cual flotó a través de la habitación hasta el atiborrado escritorio—. Dos o tres gotas entraron en la piedra con cada sacrificio. Piensa en los milenios de lunas llenas, días de verano y eclipses que esta piedra representa; miles de muertes ofrecidas a las Serpientes Hambrientas y a Qet, Señor de los Mares, y al resto de ellos. Se han ido antes y ninguno vendrá después. —Los huesos de sus pies sonaban como tenazas de cangrejo contra el suelo—. Llevas trabajando para mí tres años, seis meses y dos días, Caleb; sin embargo, sólo hemos hablado un par de veces. ¿Por qué nos hemos visto tan poco?

«Porque eres el hechicero más poderoso en Dresediel Lex —pensó Caleb—, y yo soy un peón.»

—No tenemos mucho en común —dijo finalmente.

—Los profesores que te recomendaron para mi servicio aseguraron que eras inteligente y ambicioso. Me gustaría pensar que son cualidades que yo comparto contigo. —La calavera no poseía labios para sonreír y su tono no tenía rastro de humor alguno.

—Eso no es lo que he querido decir.

—Tollan dice que eres talentoso. Y, a pesar de eso, te has conformado con una posición de nivel medio en gestión de riesgos.

—Me ha ido bien. —Hizo una pausa, esperando que su jefe lo interrumpiera, pero el Rey de Rojo se limitó a beber su café—. Es un trabajo emocionante.

—No lo es.

—¿Disculpe?

—No esperaba que un soldado se refiriera a un turno de guardia en nuestra recepción como «emocionante», y no espero que tú digas lo mismo sobre tu trabajo actual en gestión de riesgos. Es un buen trabajo, pero no es emocionante.

—Me gusta el control: apuestas que puedo ganar, situaciones que puedo manejar.

—Si te gusta tanto el control —señaló el Rey de Rojo—, ¿por qué tus costillas están rotas?

A Caleb se le secó la boca.

—Me caí.

—Tu alma es más frágil de lo que era cuando dejaste este edificio hace dos días. —Las chispas rojas brillaban en los agujeros negros de los ojos de Kopil—. Has usado, o tomado prestado, mucho poder en las últimas doce horas. Tal vez te hayas caído, pero creo que volaste primero. Tampoco es tu única herida reciente: la semana pasada usaste la política médica de la compañía para curarte un hombro dislocado y una pequeña fractura en la clavícula. —Las sombras se movieron por el rostro del esqueleto—. Has trabajado para mí durante tres años, y has demostrado ser de confianza, competente, modesto, un empleado perfecto e invisible. En la noche del ataque más grave a nuestra compañía, tú sufres graves y misteriosas heridas. Me pregunto cómo llegaron a producirse.

La voz del Rey de Rojo era coloquial y fría. Su frialdad se filtraba en el aire y quemaba la piel de Caleb.

—¿Con qué fin has moderado tu inteligencia y ambición, Caleb? Seguramente no para glorificarte a mi servicio. ¿Acaso has conspirado con tu padre para destruirme? ¿Para eliminar todo lo que he construido?

Caleb no parpadeó ni demostró su miedo. Un agujero se abría a su espalda y el más ligero paso en falso podría hacerlo caer sin que Mal pudiera atraparlo.

—No, señor.

Kopil rio con un sonido de castañeteo y vacilante, como de ramas desnudas moviéndose en el viento. El sol se desvaneció y el cielo se tornó gris. Alrededor de las cuencas de sus ojos brillaban glifos plateados.

Una serpiente invisible rodeó a Caleb y lo levantó del suelo. Las escamas le apretaron los brazos contra sus costados. Un frío aliento de carroña siseaba contra su cuello.

—¿No? —dijo Kopil—. Estuviste en la Estación del Norte anoche. Dime por qué.

Las palabras se alejaban de la mente de Caleb, que luchaba por atraparlas.

—Estaba persiguiendo una pista. Una mujer que se introdujo en Espejo Brillante. Una corredora de acantilados.

—Tu informe —aseveró distraídamente el Rey de Rojo— no mencionaba a ninguna mujer. Sólo a un intruso de género y apariencia indeterminados.

—Si los alcaides hubieran tratado de perseguirla, habría desaparecido. Los corredores de acantilados se cuidan las espaldas entre ellos. Era inocente, sólo un peón. Necesitaba ayuda, no que la arrestaran.

Los ojos de color rubí quemaban y penetraban su alma.

—Era una decisión que no te correspondía tomar. —La serpiente invisible lo apretó más y Caleb jadeó por el dolor en sus costillas.

—Tenía un amuleto. Está en mi bolsillo. Puedo sacarlo.

El colgante de diente de tiburón se retorció, salió de su bolsillo y flotó, girando en la poca luz, hasta la altura de los ojos de Kopil, quien lo observó. El glifo del ojo cerrado brillaba con un tenue tono plateado en la superficie del diente.

—Pensó que el amuleto la ocultaba. Pero eso no es todo lo que hace, creo.

El Rey de Rojo chasqueó los dedos y Caleb dejó de hablar. Ningún sonido

traspasaba la oscuridad.

Por fin, Kopil habló:

—Un encantamiento para rastrear y observar a quien lo porta. Bien oculto por la ofuscada guarda que lo recubre. Astuto, aunque básico. Teología quechal aplicada; un hechicero moderno no se daría cuenta a menos que supiera qué buscar.

—Alguien encontró a una corredora de acantilados a la que le gusta ir a donde no debe, le dio el amuleto y la siguió hasta que ella lo guio a un lugar donde pudiera hacernos daño. La engañaron para que les mostrara cómo escabullirse y salir sin ser detectados. La usaron para envenenar Espejo Brillante y hacer estallar la Estación del Norte.

—Los alcaides descubrirán a la persona que hizo esto... y averiguarán la veracidad de tu historia. —Kopil guardó el diente de tiburón en el bolsillo de su túnica—. Pero tu situación no cambia. Me muestras un talismán y aseguras que una mujer, que te niegas a identificar, lo llevaba puesto cuando se escabulló en nuestras instalaciones, un hecho que le ocultaste a Tollan y a mí. Tu testimonio no me parece muy persuasivo.

—Estoy diciendo la verdad.

—Sabemos que tu padre estuvo en tu casa anoche. Lo rastreamos hasta ahí y luego le perdimos la pista.

Los anillos de la serpiente le oprimían las costillas rotas y Caleb volvió a gemir.

—Anoche, al llegar a mi casa, vi que Temoc estaba ahí. Me dijo que no fue él quien planeó el ataque de la Estación del Norte y después se marchó.

—Una extraña afirmación.

—No es una afirmación. Es un mensaje.

Kopil inclinó la cabeza a un lado.

—¿Qué quieres decir?

—Los alcaides atacaron a Temoc anoche. ¿Cómo encontraron su escondite?

—Una pista anónima.

—Una pista anónima. La cual necesitaban porque no habían sido capaces de encontrarlo en los últimos veinte años. Sin embargo, lo siguieron hasta mi casa.

¿Cree que fue tan descuidado mientras huía? Quería que usted hablara conmigo porque yo podría decirle que opino que es inocente.

—¿Por qué?

—Porque soy la última persona que creería en su inocencia.

Kopil no respondió.

—Mucha gente moría en el altar —dijo Caleb—. Mi padre los mataba, y su padre antes que él, y así sucesivamente en todo mi linaje hasta donde es posible recordar. Temoc mató por primera vez a alguien cuando tenía siete años. Si los hechiceros no hubieran liberado Dresediel Lex, yo habría hecho lo mismo. Habría peleado contra él hasta que el sol se consumiera. Así que vino a mí y me dijo que era inocente, siendo consciente de que yo era el testigo menos amistoso que podría encontrar.

—¿Y le crees?

—No lo sé. Parecía sincero.

—Mientes.

—No soy un hechicero, pero tampoco un terrorista.

—Entonces ¿de qué lado estás? —preguntó Kopil.

—De mi propio lado.

—Tu lado sufre.

—Sí —dijo Caleb cuando se dio cuenta de a qué se refería el Rey de Rojo—. Es verdad.

Kopil atravesó la alfombra roja y se detuvo frente a Caleb. Medía cerca de un metro ochenta de alto y se veía muy delgado bajo su bata roja. Irradiaba una energía fría. Su piel se había podrido décadas atrás, sus tendones y músculos se habían deteriorado, y su corazón se había convertido en polvo. Pero él había perdurado. Un frío viento soplaba entre ellos.

—Arreglemos eso —dijo Kopil.

Una oscuridad salió de él para ahogar el mundo.

Caleb no se podía apartar ni escapar. Cinco flechas le golpearon el pecho..., no, cinco dedos, y no perforaron su piel, sino que pasaron a través de ella como si entraran en una piscina llena de agua, pero agua que podía sentir, pensar y gritar. Abrió la boca y una sombra se deslizó entre sus labios y dientes, serpenteó

para entrar en su garganta y anidar en sus pulmones. No podía respirar, pero no murió, y el Rey de Rojo empezó a trabajar.

Una segunda mano esquelética se unió a la primera en el pecho de Caleb, tan caliente como el odio y tan fría como el amor. De no haber sido por la sombra que le llenaba la boca, habría apretado los dientes hasta hacerlos polvo y se habría mordido la lengua hasta atravesarla. Sus costillas rotas eran dos arcos de cristal dentado. Las manos de Kopil se movían sobre ese cristal, suavizándolo y uniéndolo. El dolor aumentó en una fuga, con variaciones sobre una melodía agónica.

La música se detuvo y la luz regresó. Kopil apartó las manos del pecho de Caleb. Algunos pedazos de tejido y gotas rojas se adhirieron a sus manos esqueléticas. Los restos mortales humearon, hirvieron y ardieron para desaparecer de las pálidas manos del rey.

Caleb podía moverse otra vez. Se tocó el costado y se dio cuenta de que estaba curado. El Rey de Rojo sacudió las manos, como si quisiera secarlas.

—Levanta el brazo. ¿Sientes algún dolor? —Caleb lo hizo y no notó dolor alguno—. Inhala. —El dulce aire llenó sus pulmones. Sus músculos temblaron y, riendo, volvió a respirar—. ¿Cómo te sientes?

—Como si hubiera corrido hasta aquí desde Fisherman's Vale. Con los huesos cansados y el estómago frío.

—Come bien esta noche. Casi te matas ayer; he cogido tan poco poder como he podido de ti para la curación, pero estás muy débil, como si no hubieses comido en días. Ve a un restaurante esta noche. Pide suficiente comida como para alimentar a tres hombres. Y bebe mucho líquido.

Se oyó un chillido horrible y desgarrador que provenía del suelo detrás del Rey de Rojo. El cristal negro se abrió para revelar una escalinata que bajaba en espiral hasta la base de la pirámide.

—Vete —dijo el esqueleto.

Caleb trató de caminar, se tambaleó y se sostuvo del extremo del altar. Recuperó el equilibrio, trató de dar otro paso y logró recorrer medio camino hasta la escalera antes de que la voz de Kopil lo detuviese.

—Sé lo que se siente al no estar del lado de nadie más que del tuyo.

El Rey de Rojo había levantado una foto enmarcada en plata.

—¿Señor?

Kopil abrió la mano como si liberase un ave. La foto flotó por el aire; Caleb la atrapó y la miró por primera vez: una anticuada y pequeña imagen en tonos sepia. Dos hombres abrazados frente a la base de una pirámide negra. Eran jóvenes, sonreían y, obviamente, estaban enamorados. Ambos tenían la piel oscura como la madera de magisterio; uno de ellos era un poco más bajo que Caleb y el otro era bastante alto para ser un hombre quechal y era delgado, con hombros estrechos y caídos. Sus ojos eran negros y su sonrisa resultaba familiar.

Delgado, pensó Caleb, tan delgado que casi podía ver los huesos de su cráneo.

Kopil estaba de pie junto al escritorio, con los dedos extendidos sobre el cristal manchado de sangre. Sus hombros eran angostos y caídos, y su sonrisa no había cambiado.

—Ochenta años —adivinó Caleb.

—Más.

—¿Cómo se llamaba?

—Timas.

—Lo siento.

—Se lo llevaron para sacrificarlo a las Serpientes Hambrientas. —Kopil dio un golpe en la superficie del escritorio—. Sigue aquí. Al menos una parte de él. Dos o tres gotas.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Todos creemos estar de nuestro propio lado, hasta que llega el momento de declarar la guerra.

Caleb soltó la fotografía, la cual voló de vuelta y se detuvo en el escritorio junto al Rey de Rojo.

—Vete —dijo Kopil, y Caleb descendió por el edificio de oficinas que una vez fue un templo.

Interludio

LLAMAS

El lago de fuego destellaba en tonos rojos, azules y anaranjados. Inmerso en sus pensamientos, Alaxic rastreaba los patrones y colores del calor.

El magma soplaba un viento cálido contra su rostro y le reseca su piel de pergamino.

—Podría quedarme aquí —dijo— hasta que la lava me curara y me hiciera polvo. Creo que eso sería lo mejor.

—Te gustará el retiro —señaló la mujer que estaba a su lado: Allesandre, su paciente y leal estudiante; su sacrificio—. O tal vez no, pero es lo mejor. Nos ocuparemos de todo desde aquí. No te preocupes.

—Llevo seis décadas preocupándome. —El viejo levantó las manos de la baranda y las metió con cuidado en los bolsillos, como si sus huesos fueran de porcelana—. Desde las Guerras de los Dioses, desde el Levantamiento del Skittersill, mi vida yace ahí abajo.

—No te preocupes —respondió ella mientras apretaba su hombro—. Terminaremos lo que empezaste.

Alaxic sintió su fuerza y pensó en el tiempo, la distancia y las ruedas de la edad que pulverizan a los grandes hasta hacerlos polvo.

Calmado y en silencio, se marchó de la cueva.

SEGUNDO LIBRO

El lago Seven Leal

El muro de la galería estaba cubierto de serpientes, áspides y víboras, cobras, coralillos delgados como el ancho de un dedo, y anacondas con el vientre abultado. Se retorcían y se devoraban entre ellas.

Caleb observaba de cerca; su nariz se encontraba a pocos centímetros de las ondulantes escamas. Un crótalo diamante devoraba a una serpiente de jardín; por su parte, una gruesa serpiente de cabeza plana, proveniente de las junglas del sur de Kath, ingería la cola de la serpiente de cascabel. Los siseos llenaban los oídos de Caleb.

—Grotesco —dijo él, y se estremeció—. No sé qué le ves a la obra de Sam.

—*Grotesquerie* —apuntó Teo detrás de él.

—Es lo que he dicho.

—No, no, ése es el nombre de la pieza. *Grotesquerie urbana*.

—Puedo entender el motivo del nombre. Es enfermizo. —La serpiente de cascabel se retorció hacia delante, como si devorando a su presa pudiese escapar de las mandíbulas que la mordían desde atrás.

—Es arte. Si ha llamado tu atención, ha cumplido su cometido.

Caleb apartó la mirada.

La galería de Teo tenía un suelo de madera barnizada y estaba iluminada por altas ventanas con vistas al sur. El trabajo de Sam colgaba en las paredes blancas: creaciones retorcidas e inhumanas; esculturas de hombres que devoraban las entrañas de otros hombres en una red de canibalismo; bajorrelieves de ciudades que jamás habían existido ni existirían. Tres días antes, durante la noche de la inauguración de la exhibición, mientras Teo conversaba con los donantes, compradores y benefactores, Caleb había pasado veinte minutos observando el único objeto en la pared que podía clasificarse, al menos

a su parecer, como una pintura: una imagen al óleo de dos triángulos entrelazados en un lienzo sin terminar.

Esos triángulos acecharon sus sueños durante diez días después de la exhibición, imponentes y a la vez tan pequeños que podía sostenerlos en la palma de la mano. En sueños caía en esta pintura, y su alma se estiraba, larga y delgada como un hilo a través del grueso lienzo. A su alrededor, oía otros hilos: hombres, mujeres y niños cayendo por toda la eternidad y gritando mientras caían.

Teo se sentó junto a una pequeña mesa sobre la cual había una botella de champán abierta y la copa vacía de Caleb. Ella bebió de su copa y sonrió. Caleb sirvió más vino y le ofreció a Teo las últimas gotas, pero ella las rechazó.

—¡Tú necesitas la buena suerte más que yo!

Caleb se sentó frente a ella.

—Por la suerte —murmuró él. Sus copas se tocaron y bebieron juntos. Caleb la observaba mientras Teo miraba a las serpientes. Un truco de hechicería proyectaba sus siseos por toda la habitación, por lo que no importaba cómo se moviera Caleb o dónde se detuviera, las serpientes parecían seguir flotando a su espalda, con sus lenguas bífidas acariciándole la punta de la oreja—. Es incómodo —dijo, golpeando el aire vacío.

—Es arte —repitió ella—. Se supone que debe ser incómodo y hacerte pensar.

—Me hace pensar en ser devorado por serpientes. Una vez vi a una serpiente engullendo a un ciervo en las Badlands. El ciervo estaba paralizado; tal vez un escorpión o algo así lo había picado. La enorme víbora se deslizó por una pared, envolvió al ciervo, lo mató y lo devoró. Algunas de mis pesadillas se parecen a eso.

—¿Cómo son las demás?

Señaló la pared de serpientes.

—¿Esto no te dice nada? ¿Miles de serpientes, todas juntas y tan apretadas que tienen que matarse entre ellas para comer?

—Crees que es una referencia a la ciudad.

—Claro que es una referencia a la ciudad.

—Es diferente.

—¿Cómo, exactamente?

—Bueno, las serpientes se devoran entre sí —dijo él, pero cuando vio que ella sonreía, intentó explicarse mejor—. La gente en Dresediel Lex no está tan unida. —Pero ésa era una diferencia de grado y él quería una de tipo—. Por todos los Dioses, no lo sé. Lo que sé es que eso —hizo gestos vagos hacia la pared de serpientes— no lo es todo. ¿Qué hay de la compasión? ¿Del amor?

—Eso podemos sacarlo de las novelas baratas. Sólo un verdadero artista puede mostrarnos esta crueldad.

—En realidad, tú no crees que el mundo sea tan lúgubre, igual que yo no lo creo.

—No tengo que estar de acuerdo con Sam para apreciar su trabajo.

—Sobre todo si te estás acostando con ella.

—Exacto. —Teo bebió el champán—. Hablando de eso, ¿cómo vas tú con el asunto del amor?

Caleb apartó la mirada.

—El amor no tiene nada que ver con Mal.

—¡Cómo que no! Amor, lujuria, como sea que quieras llamarlo. ¿Por qué otro motivo habrías arriesgado tu vida para protegerla?

Caleb hizo una mueca y recordó la agonía de la curación.

—Por el Rey de Rojo.

—Por Kopil —dijo Teo con un alegre brindis dirigido a Caleb y a las serpientes—. Que llene mi alma de thaums mal ganados durante largo tiempo.

—Ah, ya veo, la bonificación de Heartstone ha llegado esta semana.

Ella acarició las curvadas letras en iskari que adornaban la botella de champán.

—¿Crees que podría pagar un Hospitalier del ochenta y tres con mi salario?

—A pesar de la riqueza de su familia, Teo trataba de sobrevivir por sus propios medios. Las monedas de almas que sus padres presionaban para que aceptara se destinaban a la colección, mantenimiento, compra y venta de arte—. La bonificación llegó la semana pasada. ¿No has visto lo que te ha tocado?

—Aún no. Claro, no es que me hagan falta thaums después de haber ganado

nuestra apuesta.

—Tienes suerte de que sea confiada. Nunca vi la evidencia de tu victoria.

—Brindo por tu injustificada fe en mi honestidad. —Caleb bebió y cerró los ojos. Los siseos de las serpientes se convirtieron en el sonido del vapor en la cueva debajo del mundo, el crujir de rocas en movimiento mientras Aquel y Achal se movían en su sueño—. Me preocupa este trato.

—Llevamos siete meses del debido proceso. El Rey de Rojo quería que revisáramos todas las posibilidades. Tú mismo releíste secciones enteras de ese contrato.

—Sí, lo hice. Secciones, porque esa cosa tiene setenta mil páginas. Tuvieron que doblar el espacio para que cupiera en una sala de juntas y pudieran firmarlo. Ni siquiera está todo en papel: algunos párrafos están tallados en pedestales de piedra, incluso en la misma pirámide. Nada que sea tan complejo puede ser seguro.

—Cada mañana entras en tu baño, abres el grifo y el agua fresca fluye, cortesía de Rey de Rojo Consolidado. Es un sistema complicado y tú confías en el día a día.

—Tuberías, filtros y bombas, eso es fácil de entender. Es sencillo determinar cuándo están rotas. El trato con Heartstone no habla sólo del agua. Abarca también hechicería: poder entregado bajo la promesa de más poder, pactos demoníacos, ofertas con seres más allá de nuestra realidad. Algunas de sus cláusulas dependen del precio actual de las almas en el Abismo. —Era una exageración; Caleb había ido a algunos de los infiernos más cercanos en viajes de negocios, pero sus moradores no parecían estar tan interesados en intercambiar almas como las historias aseguraban—. Las estructuras de hechicería involucradas son tan complejas que incluso sus propios creadores no las entienden del todo. No sabremos si algo está mal hasta que sea demasiado tarde, lo cual me preocupa.

—A eso se refiere Sam. —Teo señaló las serpientes en la pared—. La ciudad es más extraña y desconocida de lo que podemos imaginar, con serpientes retorciéndose una sobre la otra, alimentándose de ellas mismas. —Teo entrelazó los dedos y los retorció.

—No me lo recuerdes.

—Piénsalo de este modo —dijo ella—. Míralas otra vez.

—No.

—Hazlo.

Se deslizaban, devorándose, pero sin quedar nunca satisfechas: un toque de hechicería permitía que las serpientes que eran devoradas salieran ilesas del esófago de sus depredadoras, sólo para que se las comieran de nuevo.

—Estoy mirando.

—Imagina que eres una serpiente.

—Preferiría no hacerlo. Especialmente en este contexto.

—Imagina que eres una serpiente —repitió ella, y él lo hizo. Se enrollaba sobre sí mismo, siempre hambriento, consumiéndose mientras consumía, y su mundo era una matriz de dolor y miedo—. Lo único que ves son serpientes y el mundo no tiene sentido alguno. Pero desde la distancia vemos un patrón y las serpientes individuales son sólo sus piezas.

—Entonces ¿crees que debería dejar de preocuparme por el hecho de que no puedo ver cómo encaja el trato con Heartstone?

—Creo que deberías darte cuenta de que el mundo no está cortado a tu medida. Las inauguraciones, los estrenos y los patrocinadores de la galería de Sam mantienen a estas serpientes con vida, aunque sus pequeños cerebros de reptil no puedan comprenderlo. RKC y Heartstone son tan grandes que bien podrían ser dioses. No podemos esperar entenderlos del todo.

—¿Y qué hay del Rey de Rojo? ¿O Alaxic? ¿Crees que ellos entienden lo que están haciendo?

—Son Reyes Inmortales. Sus mentes ya no están limitadas por cerebros y carne. Tal vez piensen de modo distinto al resto de nosotros.

Caleb recordó la pequeña fotografía en el marco de plata y la forma en la que el Rey de Rojo se apoyaba en el escritorio, con los hombros inclinados y la cabeza agachada.

—Tal vez.

Teo se volvió para mirarlo con curiosidad, pero fuera lo que fuese aquello que quería preguntarle, cambió de opinión.

—No importa —concedió ella—. Brindemos porque más tratos como Heartstone nos hagan ricos, con mucha alma y buen vino.

—Brindo por ello —dijo Caleb. En la pared, las víboras siseaban en un infierno de reptiles.

Cuando Caleb y Teo llegaron a la pirámide del número 667 de Sansilva, el enorme auditorio ya estaba repleto de empleados de RKC con sus batas de trabajo y vestidos formales. Los seres serpiente se enroscaban en los pilares que sostenían el balcón, y sus largos cuerpos brillaban. Los humanos, esqueletos y zombis bien preservados, unos cuantos seres escorpión, los gigantes de latón, que portaban las gemas de la visión de hechiceros distantes, y todo el resto de la muchedumbre de RKC ocupaban los asientos y los pasillos.

Caleb y Teo se abrieron paso entre un golem y un hombre barrigón y medio calvo que llevaba un solideo. Los discursos habían comenzado; no podían ver el escenario, pero el techo en forma de bóveda hacía que la voz del Rey de Rojo cayera sobre todos como una lluvia.

—Los últimos tres meses —dijo Kopil— han sido un período de prueba. Juntos derramamos litros de tinta y sangre. Juntos movimos montañas. Juntos soportamos reuniones extenuantes en el Abismo. —La multitud murmuró a modo de asentimiento. La propia Teo se había aventurado al Abismo durante las negociaciones, pintada con protecciones de henna y plata para protegerse de las extrañas inteligencias que habitaban esa zona—. El Conglomerado Heartstone rehízo la hechicería de radiestesia y perforación de pozos a su propia imagen. Un analista en Treager, Matins y Laud alguna vez sugirió que Heartstone podría suplantarlos como los proveedores de agua de esta ciudad. Durante unos cuantos años, casi creí que serían capaces de hacerlo.

El Rey de Rojo había preparado ese último comentario como un chiste y fue recompensado con unas cuantas risitas incómodas. Deshacerse de las limitaciones de su carne no había mejorado el sentido del humor de Kopil, pero la gente se rio de todos modos. Su gran poder provocaba que hasta los peores chistes fueran hilarantes.

Caleb se abrió paso entre una mujer joven de piel azul y un zombi que llevaba un cerebro en una jarra con líquido burbujeante.

—Decidimos que juntos seríamos más grandes de lo que podríamos ser como individuos. Rey de Rojo Consolidado, del cual todos somos extremidades —la mujer joven de piel azul se tocó la frente, la garganta y el corazón, al igual que otros dispersos entre la multitud—, empezó la danza de la unión con el Conglomerado Heartstone y logramos nuestro objetivo. El contrato está firmado y hasta el último sigilo tallado en piedra. Rey de Rojo Consolidado y Heartstone serán uno.

Empezó una ronda de aplausos, tal vez espontáneamente o tal vez por el intento de algún ejecutivo de menor rango de ganarse el favor de su jefe. De cualquier modo, el aplauso se extendió desde las filas de enfrente por todo el auditorio. El Rey de Rojo los observaba y nadie quería ser la única persona que no aplaudiera.

—Les presento a Alaxic, el presidente de Heartstone, y a su hechicera en jefe, la señorita Kekapania. Están aquí para sellar el pacto entre nuestras compañías.

Caleb finalmente logró abrirse paso hasta el frente de la multitud que se encontraba de pie, se detuvo y se quedó observando. Teo tropezó y cayó de espaldas, pero él no se dio cuenta.

A unos noventa metros de distancia, el Rey de Rojo comandaba el centro del escenario, con su túnica sangrienta y sus brazos extendidos. En las cuencas de sus ojos brillaban chispas de color carmesí. Las sombras ocultaban la figura de Alaxic, que estaba a su lado.

Mal estaba de pie entre ellos.

Llevaba un traje del color del carbón y no la vestimenta de cuero típica de los corredores de acantilados, pero la inclinación de su barbilla y su mirada desafiante no habían cambiado. Su cabello corto se movía de atrás hacia delante en ondas congeladas sobre su cabeza. Observó a los empleados de Rey de Rojo Consolidado y sonrió.

—Mal —dijo Caleb, y enseguida se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta en el silencioso auditorio.

Kopil hizo una pausa y buscó entre los presentes a la persona que había

hablado. La sonrisa de Mal se amplió. ¿Lo había oído? ¿Reconocía su voz?

—Malina Kekapania —dijo el Rey de Rojo— ha sido mi intermediaria principal con Alaxic a lo largo de este proceso.

El viejo alzó la cabeza y movió los labios, finos como el papel. Su voz pasó por encima de la audiencia como hojas que crujen y a las que se las lleva el viento.

—Mi sangre ha sido derramada en el contrato y al firmarlo renuncio al Conglomerado Heartstone. —Enseñó sus largos y blancos dientes en una espantosa mueca que Caleb esperaba fuera de placer—. La señorita Kekapania sellará el trato en mi nombre.

Caleb entrelazó las manos detrás de la espalda, dio un paso hacia atrás y observó el escenario con sus destellantes ojos negros.

—¿Qué pasa? —susurró Teo.

—Es ella.

—¿Quién?

—Mal.

—Tal vez, algunos de ustedes —dijo Mal tanto a Caleb como a la multitud— se sorprendan de vernos aquí.

«No, para nada», pensó Caleb con sarcasmo.

—Ese trato —continuó ella— ha estado detenido durante meses debido a tecnicismos y pequeños desacuerdos, pero nunca hubo duda alguna respecto a su fin. Heartstone se enorgullece de saber lo que quiere. La pregunta que tuvimos en la mente durante estas negociaciones siempre fue la misma: ¿podemos hacerlo juntos? —Sus ojos estudiaron la sala—. Ahora estamos aquí. Lo que sigue depende de nosotros.

—Sí —dijo Kopil.

Los labios de Caleb formaron la misma palabra.

Las luces se desvanecieron y la mente de Caleb se abrió al universo. Cayó por cien pisos y no se aplastó ni se salpicó al tocar fondo, sino que se extendió como una gota de agua a través de una tela delgada.

Una red de gasa entre azul y plateada conectaba a la audiencia. Caleb respiró y dos mil pares de pulmones respiraron junto a él. Dos mil corazones latieron en

dos mil pechos.

Se hundió en el océano de Rey de Rojo Consolidado. La sangre corría por sus venas y el agua corría por tuberías debajo del desierto. Los relámpagos danzaban por sus nervios, agrietados por líneas de glifos que cubrían la ciudad. Tentáculos de hechicería se entretrejían por el mar y las piedras, y unían a RKC con los Reyes Inmortales y con las enormes compañías en diferentes ciudades a lo largo de los continentes y los océanos: hasta Alt Coulumb, hasta Shikaw y Regis, hasta las extensiones metropolitanas del Imperio Brillante, las minas de Koschei, las ciudades desérticas de King Clock.

El Rey de Rojo destellaba con un brillo carmesí. Un millón de contratos se entrelazaban por las barras de acero de su espíritu y lo ataban. Caleb no podía distinguir dónde acababa su alma y empezaba RKC.

Mal estaba de pie, transfigurada, como una silueta inflexible capaz de rasgar el espacio que la rodeaba, que se retorció al ritmo de su respiración.

Detrás de ambos, en la oscuridad, Alaxic, medio invisible, acechaba como un fantasma paternal a su gloria.

El mundo se duplicó: Caleb vio al Rey de Rojo en el escenario, del tamaño de una muñeca por la distancia, una marioneta con hilos, y se vio a sí mismo a través de los ojos del Rey de Rojo, atrapado en redes de plata. Eran ellos mismos y a la vez no lo eran: humano y Rey Inmortal, mortal e inmortal, unidos por pactos de terror y compromisos místicos.

El Rey de Rojo miró a Mal, el ancla ardiente del mundo.

—Aparezco aquí en representación encarnada de Rey de Rojo Consolidado, dueño mayoritario de mi alma y director ejecutivo de esta empresa. —Los labios de Caleb no se abrieron, pero las palabras que quería decir hacían eco en su mente. El Rey de Rojo hablaba en su lugar—. Acepto los términos del contrato, y los privilegios y responsabilidades allí estipulados.

Mal, o más bien el Conglomerado Heartstone que la eclipsaba, escudriñó los ardientes ojos de Kopil y dijo a través de dientes de daga:

—Aparezco aquí encarnada en esta mi sierva como Heartstone; acepto los términos del contrato, y los privilegios y responsabilidades allí estipulados. Lo que forjemos hoy jamás será destruido.

—Lo que forjemos hoy jamás será destruido —repitieron Kopil y la audiencia a coro.

Mal se acercó, caminando a quince centímetros del escenario, como si el aire fuera tierra sólida. El Rey de Rojo la abrazó y ella respondió rodeándolo con brazos de fuego; sus mundos se inclinaron mutuamente y se besaron.

Éste no era el beso que Caleb recordaba de la noche del apagón. Aquél había sido suave, duro y fuerte, pero con una suavidad humana, una dureza humana y una fuerza humana. Éste era un beso de dioses, dientes esqueléticos tocando labios fríos y duros como el mármol; dos poderes colosales impulsados por una necesidad que no era deseo, un ímpetu que no era pasión. Uno era la sombra que el otro provocaba, pero ¿quién era quién?

¿O ambos eran sombras y ninguno las provocaba?

Unas espinas perforaron al Rey de Rojo y a Heartstone, representado por Mal, y éstas se esparcieron, entretejiéndose por los huesos de Kopil y corriendo por la sangre de Mal. De las cuencas de los ojos de Kopil salieron unas púas e hicieron estallar el ojo de Mal desde el interior, florecieron entre sus dientes y le rasgaron la garganta y la lengua mientras se ataban, se enredaban y se volvían una sola.

De los contratos de setenta mil páginas que se encontraban en los archivos de RKC brotó una luz sobrenatural. Las firmas de sangre ardieron y se volvieron una realidad; los glifos plateados aparecieron en círculos y en obeliscos de piedra por todo Dresediel Lex y en ciudades de todo el mundo, como si hubiesen sido trazados en un instante por gigantes con cinceles de diamante. Los pactos contruidos por cientos de hechiceros a lo largo de miles de horas facturables eran hilos sueltos de una cuerda, y ese beso los unía en un solo nudo apretado.

Pasaron segundos, como granos de arena cayendo por un pozo de profundidad eterna. Entre tics de agonía, Caleb se preguntó cómo Mal podía soportar el dolor.

El trato estaba hecho. Las espinas unidas. El Conglomerado Heartstone dejaba de existir como tal y quedaba subsumido a RKC; Rey de Rojo Consolidado desaparecía como tal y quedaba transformado por el incontenible Heartstone.

Los labios de Mal se aferraron brevemente a los dientes de Kopil, y él se

separó despacio. Antes de caer, ella lo apretó con fuerza, se acercó hasta su mejilla, le rozó un costado del cráneo y le susurró al oído:

—¿Sigues interesado?

Mal se hundió en el escenario. El marco de relámpagos de Heartstone abandonó su cuerpo y giró en torno al Rey de Rojo, como una forma separada al principio y luego como algo que sobresalía dentro de la tormenta de fuego de su ser para después fusionarse por completo y acabar desapareciendo.

Caleb se derrumbó dentro de su propia piel. Otros miraban a su alrededor, confundidos y preguntándose qué significaban las últimas palabras de Mal. Algún código entre ella y el Rey de Rojo, un chiste o un desafío: la especulación susurraba entre el silencio de asombro.

Caleb no se lo preguntó. Miró a Teo.

—Tengo que irme —le dijo, y se abrió paso hacia la puerta.

Caleb corrió a través de pasillos y pasajes retorcidos, todos iguales. Por intuición y pura suerte, pronto encontró la puerta con pestillos que parecían garras de águila, una antigua cámara de ayuno que servía como sala de espera para los oradores invitados. Mal estaría ahí ahora, descansando. Llamó a la puerta, los pestillos se abrieron y entró en una pequeña habitación donde colgaban tapices amarillos y negros. La luz fantasmal danzaba en braseros de hierro sobre las paredes.

Mal, Alaxic y el Rey de Rojo bebían vino espumoso alrededor de un cuenco de piedra en el centro de la habitación.

Sí, estaría descansando. O celebrando el trato con dos de los hechiceros más poderosos de la ciudad.

—¿Señor Altemoc? —El Rey de Rojo parecía sorprendido, incluso entretenido. Caleb retrocedió hacia la puerta.

—Hola —dijo al entrar—, señor —y repitió el saludo hacia Alaxic, que estaba encogido, y lo miraba con ojos entrecerrados y una sonrisa delgada y retorcida—. Disculpe. Eh, debería... irme.

No digas nada, le suplicó a Mal con la mirada.

—¡Caleb! ¡Qué sorpresa!

—Señorita Kekapania. —Kopil dejó de mirar a Caleb y se dirigió a la mujer a su lado—. ¿Conoces al señor Altemoc?

Ella alzó la copa, primero hacia Caleb, luego hacia el Rey Inmortal y hacia Alaxic, y bebió.

—De hecho, estamos saliendo.

—¿Saliendo? —Caleb y su jefe hablaron al mismo tiempo. Se miraron y luego dirigieron de nuevo la vista hacia Mal.

—Yo tampoco estaba convencida al principio, pero es persistente.

Las chispas de color rojo sangre de los ojos de Kopil desaparecieron en un parpadeo y regresaron. Caleb nunca había visto parpadear al Rey de Rojo.

—No sabía que trabajaba para Heartstone cuando la conocí —dijo él.

Mal alzó una ceja.

—¿No me habrías perseguido si hubieras sabido quién era?

—Al menos habría cambiado la manera de acercarme a ti.

Alzó su copa a modo de saludo y bebió un largo trago.

Los hombros de Kopil se sacudieron. Un sonido como de un molino de grava salió de algún lugar por debajo de la articulación de su mandíbula.

El Rey de Rojo estaba riendo.

—Será mejor que me vaya —dijo Caleb, y estiró la mano detrás de sí para abrir la puerta. No quería quitarles los ojos de encima a los tres hechiceros—. Lamento haber entrado así. No esperaba encontrar a nadie aquí.

—Sí, sí, sí, no pasa nada —concedió Kopil, asintiendo tres veces—. Tómate el día libre. —Hizo girar sus dedos huesudos en un círculo sobre el cuenco. Las gotas de agua tomaron la forma de ninfas en miniatura, las cuales se deslizaron sobre la superficie como patinadoras sobre hielo—. Celebremos el retiro de Alaxic.

—El placer es todo mío. Te permito heredar el incremento en costos de los salarios y seguros de salud de mis empleados, el tempestuoso departamento de ingeniería y mis otras enfermedades burocráticas. Mientras tanto, yo me retiraré y buscaré un pasatiempo. Tal vez la jardinería.

—Kopil —dijo Mal—, ¿me permite escoltar a Caleb afuera?

—Desde luego. Adelante. Déjenos celebrarlo, hay que vivir... Claro, no literalmente en mi caso. Trata de no matarlo. En estos tiempos es difícil reemplazar al buen personal.

—Señor Kopil, señor Alaxic —saludó Mal mientras hacía una reverencia a ambos—. Ha sido un placer. Hagamos esto de nuevo. —Tomó a Caleb por la manga de la chaqueta y lo acompañó hacia el pasillo. Detrás de ellos, las ninfas de agua empezaron a gritar. Sus voces agudas persiguieron a Caleb y a Mal por el laberinto de pasajes.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Caleb cuando pensó que sus voces

estaban lo bastante fuera de todo alcance. Mal se dio la vuelta y puso un dedo en sus labios, y no dijo nada más hasta que llegaron a la puerta principal de la pirámide y salieron a la luz del sol.

—¿Qué tal aquí?

—No es lo suficientemente lejos. ¿Por qué no me invitas a un trago?

Mal alzó la mano. Una libélula de más de un metro de largo bajó del cielo con un zumbido, como el del sonido de las páginas de un gran libro al hojearse, y aterrizó sobre el brazo extendido de Mal. Las alas translúcidas filtraban la luz solar en un arcoíris borroso. Otra libélula aterrizó en el hombro de Caleb, con sus ojos del tamaño de tazones a centímetros de su cara. Él se encogió de miedo y resistió el impulso de sacudirse al insecto.

Mal se rio al verle la cara de asombro y acarició el tórax de su optera. Las amplias alas se contrajeron con anticipación.

—No tomas voladores muy a menudo, ¿verdad?

—¿Acaso el autobús aéreo no es lo suficientemente bueno para ti? Estas cosas —dijo mientras lanzaba una mirada al exoesqueleto de su optera— son caras.

—Son costosas —admitió ella—. Y tu compañía acaba de cerrar el trato más grande de la historia. Celébralo.

Sus dientes brillaban bajo la luz del sol. La criatura posada en su antebrazo lo observaba con sus ojos polifacéticos, en los que cada faceta demostraba una incredulidad burlona.

Los opteras eran descendientes de insectos más pequeños, los cuales los dioses y sacerdotes solían usar para enviar paquetes por la ciudad. Después de la Liberación, los hechiceros incrementaron el tamaño de las criaturas, les dieron una fuerza sobrenatural y cambiaron su dieta. En vez de otros insectos, los voladores se alimentaban de las almas de aquellos que transportaban.

—Hay historias —dijo él, contemplando la probóscide emplumada— de jóvenes hechiceros que solían montar estas cosas estando borrachos.

—Ya las he oído.

—Se obsesionan tanto con el vuelo que se olvidan de aterrizar. Los opteras traen de regreso una cáscara o nada.

—Algunas chicas no saben cuándo parar —dijo Mal—. Lo mismo que los hombres.

—¿Adónde?

—Tú eliges. La última vez hice que me siguieras y no quiero parecer injusta.

—El énfasis estaría en *parecer*, porque te gusta *ser* injusta.

Ella levantó el optera hacia su hombro. Sus articulaciones hicieron clic mientras éste se arrastraba sobre ella. Dos largas extremidades sostuvieron sus brazos. Otras dos rodearon su cintura y dos más sus muslos. Las alas translúcidas se extendieron desde su espalda. Usaba a la criatura como un manto, con la monstruosa cabeza sobre la suya.

—A ver si puedes alcanzarme —dijo él mientras movía el optera a su propia espalda y despegaba.

Aterrizaron en uno de los balcones que florecían como pétalos en el bar del ático de Andrej. Los opteras se alejaron zumbando después de dejar a Caleb y a Mal solos con el cielo, la ciudad y la puesta de sol. Un autobús aéreo pasó flotando entre ellos y la luz.

—¿Qué opinas? —Con un movimiento del brazo, Caleb le mostró la vista.

—Es maravilloso —respondió ella—. Uno podría ver el fin del mundo desde aquí y estar feliz.

—No vengo muy a menudo a Andrej cuando aún hay sol. Las partidas empiezan tarde.

—Apuestas —indicó ella.

—Juego a las cartas. Póquer, principalmente.

—¿Qué más?

—Bridge, cuando era niño. Ya casi no lo juego en la actualidad.

—¿Por qué lo dejaste?

—Perdí a mi compañero.

El viento y las olas llenaban el silencio entre ellos. Mal le dio la espalda a la ciudad y se apoyó en la baranda, con los brazos cruzados y la cabeza agachada, esperando la pregunta que Caleb no sabía cómo plantear.

—¿Quién eres? —fue lo mejor que pudo decir.

—¿A qué te refieres?

—Cuando te conocí dijiste que eras corredora de acantilados. Dijiste que habías entrado en la presa de Espejo Brillante porque era un buen entrenamiento.

—Sí, fue un buen ejercicio.

—Y el hecho de que seas una alta ejecutiva de Heartstone no tiene nada que ver con ello...

—Yo no diría que soy una alta ejecutiva —soltó ella.

—Me arriesgué por ti, y no me refiero sólo al hecho de perseguirte por los tejados. No le conté al Rey de Rojo nada sobre ti, ni a los alcaides. Podrían despedirme por eso; demonios, podrían juzgarme y encarcelarme. Confié en ti.

—No fue muy inteligente confiar en alguien que acababas de conocer.

—Nunca dije que fuera inteligente. No sé si me debes una explicación, pero quiero una. Y creo que me la darás.

Ella caminó de la baranda a la puerta del balcón. Estaba cerrada.

—No abre hasta dentro de veinte minutos.

—Ya veo, lo has planeado.

—¿Y tú no?

Ella frunció el ceño, le dio la espalda y caminó por el balcón, zigzagueando entre mesas y sillas. Él no se movió, pero la siguió con la mirada.

Finalmente, se dio la vuelta para mirarlo cara a cara, con los pies bien plantados en el suelo y las manos en la cadera.

—Alaxic me dijo que no confiaba en su seguridad. No con las serpientes en juego. Sabía que suelo correr y me pidió que hiciera una prueba de infiltración. No para destruir, sino sólo para ver si podía salir y entrar.

—Quería una ventaja que usar en contra del Rey de Rojo.

—Claro. Tenía que enviar a alguien en quien pudiera confiar. Pero no podía darme nada que pudiera ayudarme en caso de que me atraparan. Así que encontré a un artista de glifos quechales en el Skittersill que me hizo el amuleto. Me aseguró que me ocultaría de cualquier cosa.

—Hizo algo más que ocultarte.

Ella se cruzó de brazos y apartó la mirada. Caleb esperó.

—Lo sé —dijo finalmente—. No me di cuenta de ello hasta que me lo quitaste. Nunca había utilizado glifos quechales. Si hubieran hecho el diente con hechicería moderna, me habría dado cuenta de inmediato. Estaba ciega, y supongo que merezco pagar por ello. El apagón, los tzimets, tu guardia muerto, mis amigos muertos —los corredores de acantilados que murieron en la Estación del Norte—, todo sucedió por mi culpa. Así que estás a salvo. No puedo entregarte porque harías lo mismo conmigo. Hasta donde sé, tal vez lo hagas de cualquier modo.

—No lo haré —afirmó Caleb.

—¿Por qué no?

Buscó una respuesta en el seco cielo azul, pero no la encontró.

—Necesito un trago —dijo finalmente.

—Yo invito.

Caminó hasta la puerta del balcón y golpeó con el nudillo el cristal hasta que la camarera lo oyó y abrió la puerta para preguntar qué querían. «Beber», dijo Caleb. «Bailar», añadió Mal. La camarera los miró a ambos con algo de escepticismo, pero reconoció a Caleb y, después de que algunos thaums cambiaran de manos, los dejó entrar.

Las sillas se encontraban sobre las mesas. Las losetas de mármol estaban perfectamente limpias. Un cuarteto subió al escenario que estaba frente a la pista de baile: batería, bajo, piano y trombón con sacos blancos immaculados. Caleb pidió un gin-tonic y Mal un whisky de malta con hielo; la camarera puso las copas frente a ellos y se apartó para llenar la nevera para la noche que estaba por delante.

—Por ti —dijo él—. Quienquiera que seas.

—Ése no es un brindis muy justo. —Ella alejó su copa de la de Caleb.

—Tú me conoces, sabes cuál es mi trabajo, quién es mi familia, o al menos mi padre. Lo único que he descubierto hoy es tu nombre completo.

—Bueno. —Su whisky arrojaba una luz dorada sobre la barra—. Mi nombre no te sirve de mucho. Mis padres murieron cuando era niña. Mi tía y mi tío no podían mantenerme, pero con una beca pude asistir a una buena escuela, y después de eso fui al Colegio Flotante. —Caleb reconocía el nombre: una academia de hechicería a cientos de kilómetros de la costa y tierra adentro. Un lugar elegante con buenos equipos deportivos—. Una vez que me hube graduado, volví a la ciudad. Por aquel entonces, Heartstone era nuevo y estaba en crecimiento. Alaxic era uno de los patrocinadores de mi beca y me ofreció un puesto. ¿Mejor?

—Es un comienzo.

—Un comienzo, dices. Tampoco es que yo sepa mucho más de ti.

—Sabes más que la mayoría de las personas que trabajan conmigo.

—Te refieres a que no saben quién es tu padre.

—Pues no es que vaya por ahí aireando la noticia. Como dices, Temoc es un nombre bastante común.

—No me interesa tu padre —aseguró ella mientras tomaba otro sorbo de whisky—. Él no es un misterio. A diferencia de ti.

—¿Qué quieres decir con eso?

Mal dejó su bebida en la barra y caminó hacia la tarima de la banda. Habló brevemente con el líder y le entregó un poco de dinero. Las melodías medio formadas y las escalas empezaron a adquirir sentido: el bajo formaba la columna vertebral, la batería las costillas, el piano y la trompeta eran la carne y los tendones de la música.

Sus caderas se movían al ritmo de la música mientras volvía a la barra. Le ofreció una mano a Caleb y propuso:

—Bailemos.

Él dejó que lo guiara hasta la pista.

Caleb no era buen bailarín, pero Mal sí. Ella seguía sus pasos y con la alquimia de su cuerpo transformaba sus movimientos incompletos en oro puro. La mano de Caleb cabía debajo de los omóplatos de Mal como si hubiera sido esculpida para eso, y los dedos de ella descansaban cálidos contra la palma de la mano de Caleb.

La melodía que marcaba el bajo aceleró el ritmo, y con ello también se aceleraron los pasos de Caleb y Mal. Él no podía distinguir quién guiaba a quién. Levantó el brazo, tal vez como respuesta a una sugerencia de la muñeca de ella, y Mal giró; su falda blanca se elevó con la fuerza de su vuelta. Pasando por el arco de sus brazos, él también dio un giro, y el brazo de ella cayó en su cintura, y viceversa.

El ritmo de la batería seguía en síncope el palpitar de Caleb: uno, dos, paso rápido. Sus giros aumentaron y mejoraron mientras los platillos chocaban y los tambores daban inicio a su solo.

Los dedos de Mal se deslizaron de la mano de Caleb. Él se lanzó hacia delante, pero fue demasiado lento para atrapar su mano; sin embargo, mientras empezaba a caer, unos hilos invisibles le sujetaron por el brazo. Las líneas de

hechicería de Mal se tensaron y ella se detuvo en el aire, rígida como una tabla. Su brazo izquierdo se extendió hacia el de Caleb. Bajo la piel de sus brazos y dedos brillaban unos glifos plateados. Con un chasquido del brazo y del hombro, se impulsó hacia arriba y giró hacia él una vez más.

Caleb dejó que el impulso la empujara hacia él. Su mano se movió en un rápido medio círculo y agarró el aire vacío. Sostuvo su línea de hechicería, sólida, invisible y fría, y Mal se detuvo.

Una luz pálida fluía de las cicatrices en los brazos de Caleb y la atrajo de vuelta a su lado.

Había gotas de sudor en la frente de Caleb y en los labios de Mal.

—No sabía que tenías glifos.

—No tengo.

Ella no pidió ninguna explicación. Bailaron, tocándose y sin tocarse, atados por un cordón invisible, cada uno en la órbita acelerada del otro. Los glifos de Mal dejaban rastros de sombras en el aire, y las cicatrices de Caleb dejaban un rastro de luz.

La banda tocó tres canciones, un pequeño conjunto, antes de detenerse y empezar a prepararse en serio para la velada. Ni Caleb ni Mal se opusieron. Apoyados el uno sobre el otro, se dirigieron a la mesa más cercana y llamaron a la camarera. Mientras esperaban, Caleb observaba a Mal, que rodeaba los hombros de él con los brazos y temblaba. La hechicería devoraba calor, fuerza vital y alma. Después de haber combinado hechicería con esfuerzo físico, no era de extrañarse que tuviera frío.

—Bailas muy bien —dijo él.

—Tú tampoco lo haces tan mal. —Sus manos trazaron figuras en el aire como las del juego del cordel—. ¿Qué son esas cicatrices?

Él apartó la mirada y se volvió hacia la pista de baile.

—Cuéntame.

—Es personal.

—Está bien —le contestó ella—. Está bien.

Caleb pidió una soda y Mal una taza de té caliente cuando el camarero pasó junto a ellos. En cuanto se marchó, Mal le dijo:

—Ha sido un baile excelente. Lo lamento si he sido demasiado curiosa. Todos saben que hay partes de mi vida sobre las que no me gusta discutir.

—Está bien. —Caleb desenrolló los puños de su camisa y los abotonó—. Es un tema delicado. Lo siento.

—Puedo vivir con eso.

Sus bebidas llegaron. Mal bebió su té con avidez, tanto el líquido como el calor dentro de él: al tocar la taza, los glifos de su mano chisporrotearon y una escarcha se extendió por la taza. Para cuando ésta llegó a sus labios, había rocío escurriéndose por los lados. El color regresó a sus mejillas.

Dejó la taza vacía sobre la mesa. Unos cristales de hielo recubrieron las hojas de té en el interior y describieron un futuro extraño para alguien.

—¿Y ahora qué pasará?

—¿Qué quieres decir?

—Le he dicho a tu jefe que estamos saliendo para evitar que dijeras alguna tontería y arruinaras nuestras carreras. Claro que no encuentro tan repulsiva la idea de salir contigo.

—Uy, gracias.

—Lo que quiero decir es que tenemos una opción. No hace falta que mantengamos la ilusión. Puedo salir de aquí en este momento sin mirar atrás. Probablemente, nuestros caminos no volverán a cruzarse. Tu jefe nunca tiene que enterarse de que lo estuve espiando o que tú ocultaste información. Ésa es una opción, o... podemos tratar de que esto funcione.

—¿A qué te refieres?

Ella se inclinó sobre la mesa hacia él.

—¿Estás... interesado en mí?

Caleb recordó sus ojos, negros e infinitos, en su salón, en la oscuridad, después de la explosión.

Trató de hablar, pero no podía. Al otro lado de la sala, la banda tocaba una melodía lenta y profunda.

—Sí —dijo finalmente.

—Bien. Yo también. —Se puso de pie y dejó una moneda de plata sobre la mesa para pagar las bebidas.

—¿Te marchas?

Esbozó una sonrisa torcida, como una grieta en un vitral.

—La última vez que estuvimos juntos te hice una proposición y la rechazaste. No puedo ir contigo ahora sólo porque me deseas.

—Hablo en serio. —Se puso de pie para que ella no pudiera verlo desde arriba.

—Yo también. Pero no quiero apresurar esto. —Dio la vuelta a la mesa para ir a su lado, eclipsando el mundo entero al acercarse—. ¿Confías en mí?

—Me salvaste la vida.

—Dilo.

—Confío en ti.

—Vendré a por ti a mi tiempo. Si no te sientes cómodo esperando, busca a otra persona; hay muchas chicas allá afuera a las que no les molestarías del todo. Si prefieres a alguien que te desee, y a quien tú desees, entonces espera, deja que venga a por ti cuando sea el momento de hacerlo.

—¿Disfrutas haciendo esto?

—¿Haciéndote sufrir? Tal vez un poco. —Puso la mano junto a su ojo, con el pulgar y el dedo índice a dos centímetros de distancia—. Puedes soportarlo. Eres un joven fuerte, leal y valeroso. —Le dio una fuerte palmada en el hombro—. Y un buen bailarín.

—Esperaré. No para siempre, pero esperaré.

—Lo sé.

Ella se dio la vuelta y se marchó. Las puertas se abrieron sin que las tocara y se cerraron detrás de ella. Su imagen ardía en la oscuridad del fondo de sus ojos, incluso después de haberse marchado, atenuándose de dorado a rojo, y después a púrpura y a colores más profundos que el negro, como una marca invisible en su cerebro.

Levantó su moneda de la mesa. Sintió la pieza de su alma en ella y jugueteó con la moneda pasándola sobre los nudillos.

Si hubiese podido ver a través de los ojos de la camarera cuando acudió a rellenar su bebida, habría reconocido su sonrisa, aunque sólo la había visto antes reflejada en el rostro de Mal.

Pidió la cena y se sentó solo mientras los amantes, bailarines y jugadores iban llegando al bar de Andrej. Sumido en sus pensamientos, comenzó a trazar sus planes.

Dos semanas después, el agua corría negra.

Caleb y Teo cenaban juntos en su apartamento y jugaban al ajedrez. Sam estaba acostada de espaldas en el sofá, con una copa de vino blanco frío entre los dedos.

Cada año, cuando la primavera se evaporaba para dar paso al agobiante calor del verano desértico, Teo robaba unas cuantas botellas de vino añejo de la bodega de su familia y organizaba una bacanal privada. Caleb era uno de los invitados habituales en estas ocasiones, pero ese año no esperaba asistir, ya que Sam tenía fuertes sentimientos contra él después de su interrupción la noche del desastre en Espejo Brillante. Al final, cedió ante la presión de Teo, y Caleb recibió una invitación de último momento, un día antes del evento. Sam era más amigable en persona de lo que Caleb esperaba, lo cual quería decir que era fría e insoportablemente radical, pero no había empezado con hostilidades directas.

Sus partidas se llevaban a cabo de manera triangular: Caleb perdió ante Teo, a quien le encantaba el ajedrez a pesar de no haberlo aprendido de manera formal, y ella perdió contra Sam, que estaba demasiado ocupada quejándose de las relaciones de jerarquía codificadas en las reglas como para darse cuenta de la forma tan descarada en la que Teo la había dejado ganar. Sam perdió ante Caleb y el ciclo se repitió.

El alfil de Teo se abrió paso por el tablero para completar la humillación más reciente de Caleb. Se puso de pie, se tambaleó un poco y le cedió su asiento a Sam. Luego se disculpó y se fue a la cocina.

En lo más alto y profundo de los armarios de la cocina, encontró una taza limpia, la puso en el fregadero y tocó un glifo en el grifo con cabeza de dragón. El glifo brilló y se cobró un fragmento de su alma tan pequeño que Caleb apenas lo sintió, y el grifo escupió agua negra sobre su mano y dentro de la taza.

Maldijo, soltó la taza y cogió un trapo. El fango negro seguía fluyendo y un olor rancio y putrefacto llenó la cocina. Cuando le dio un golpe al glifo, el flujo se detuvo. Lo tocó otra vez, para probar. El dragón vomitó tres gotas más en el fregadero de Teo, borboteó y se quedó inerte.

—Teo...

—¿Has roto algo?! —gritó Sam.

—Teo, ¿tu edificio tiene algún problema con RKC? ¿Algún problema con el agua?

—No. Diablos, si hubiera algún problema con el agua, yo sería la primera en salir con antorchas y palos. —Se oyó un ruido en la sala cuando Teo empujó su silla y se levantó de la mesa—. ¿Qué pasa?

—El agua sale negra.

—¿Qué quieres decir? —Antes de que él pudiera responder, Teo llegó a la puerta de la cocina y la vio, y olió, por sí misma. Se puso pálida—. Por todos los dioses. ¿Qué es eso?

Sonaba más impactada de lo que uno debería estar por un grifo roto. Caleb empezó a darse la vuelta, para ver si se había pasado algo por alto.

Varios cuchillos pequeños y filosos lo golpearon en la espalda a toda velocidad. Cayó lanzando maldiciones. Unas garras en forma de gancho le rasgaron la piel. Sintió un caparazón de quitina resbaladiza, curvada y fría como el hielo tanteando sobre su hombro. Pequeñas piernas le raspaban la mano. Se arrancó a la criatura de su espalda y la arrojó al otro lado del cuarto. Una figura borrosa, puntiaguda y negra golpeó la pared y, con el impacto, se convirtió en cientos de grandes gotas. Caleb se inclinó hacia delante y jadeó. Oyó que Teo maldecía y alzó la mirada.

A las gotas les habían salido patas, tenazas y mandíbulas que se abrían y se cerraban, y ojos polifacéticos. Brotando de la pared, se deslizaron por el suelo hacia él.

Había tzimets en el agua.

—¡Mierda! —Caleb se tambaleó hacia atrás, buscando un arma.

Se oía un golpeteo de garras y dientes que provenía del fregadero. Sus manos, que buscaban algo que coger, se toparon con el bloque de cuchillos de Teo. Sacó

un cuchillo de carnicero y se volvió hacia el fregadero, del cual se asomaba un insecto del tamaño de un perro pequeño que hacía rechinar las mandíbulas.

El cuchillo pasó a través de la cabeza de la criatura, golpeó el fregadero, patinó y lanzó chispas. Caleb resbaló y cayó al suelo, sin soltar el cuchillo. La criatura siseó y los bichos de las gotas avanzaron. Teo cogió una escoba y golpeó a los pequeños insectos con sus cerdas. La cosa del fregadero saltó hacia la mesa de la cocina y cayó al suelo a unos centímetros de la pierna de Caleb.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Sam mientras se acercaba desde la sala—. Más os vale que... —Se detuvo en seco y respiró profundamente.

Caleb alzó el cuchillo mientras la criatura del fregadero se escabullía hacia él, ya recuperada de su caída. Aunque el cuchillo tampoco le servía de mucho. Necesitaba otra escoba o un palo o...

Una sartén golpeó con fuerza al tzimet, destruyendo su caparazón, su garra, su pata y su ojo, e incluso rompiendo parte del suelo de cerámica. Sam alzó la sartén y golpeó otra vez. La mancha húmeda y negra dejó de moverse.

Sam le ofreció la mano a Caleb. Su cabello rubio estaba muy rizado, como un halo alrededor de la cabeza.

—Gracias —dijo él; su voz sonaba pesada por el impacto.

—No hay problema —respondió ella—. No puedo creer que haya funcionado.

Teo se había rendido en su labor de barrer a los bichos, y en su lugar los arponeaba con las cerdas de la escoba. Los golpeaba, y las criaturas reventaban y quedaban hechas unos diminutos e inertes charcos.

—¿Qué son estas cosas?

—Tzimets —dijo Caleb mientras Sam lo ayudaba a ponerse de pie.

—Como en Espejo Brillante.

—Pero más pequeños.

Caleb oyó un grito en el apartamento de al lado.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Teo, pero Caleb ya no estaba en la cocina para responderle.

Salió corriendo del apartamento de Teo hacia la casa de al lado. La puerta estaba cerrada; llamó y deseó haber estado sobrio. La mujer que estaba dentro

gritó otra vez, y él golpeó la puerta con el hombro y toda la fuerza que sus cicatrices podían proporcionarle. Las bisagras cedieron y la puerta se abrió de golpe. Caleb entró a trompicones en una adusta sala gris, donde se sentía el peso de un fuerte olor a azufre, metal quemado y sangre vieja. Una mujer de cabello canoso en albornoz blandía una gruesa almohada contra una horda de gotas animadas, como arañas talladas con hielo negro. Caleb cogió unas toallas del baño y se las arrojó a Sam y a Teo mientras ellas corrían por la puerta detrás de él. Juntos asfixiaron a las pequeñas cosas diabólicas con las toallas. Al menos las toallas no se alzaban contra ellos.

La vecina observaba patidifusa su alfombra y su ropa blanca manchadas, así como su baño traidor y a Caleb.

—Inspectores de agua, señora —mintió Caleb, y mostró rápidamente su identificación de RKC—. Nos han llegado informes de agua dura en esta área. Tengo que tomar una muestra; ¿no tendrá por casualidad una botella pequeña que pueda usar?

La vecina era una química amateur, y de su mesa de trabajo en la habitación trasera (donde sigilos de alquimia proyectaban una tenue luz a varios recipientes de cristal, frascos de mercurio y colorante fosforescente; un ratón muerto, con brazos y patas fijados a los puntos de un triángulo) llevó un pequeño tubo de ensayo con un tapón de caucho. Caleb lo llenó con agua exprimida de las toallas.

Colocó el tubo en un bolsillo de su bolsa e inventó una excusa rápida: «Más apartamentos que visitar, lamento las molestias; por favor, si tiene alguna pregunta o inquietud, diríjase al servicio de atención al cliente», y retrocedió a toda prisa para salir por la puerta, no sin antes instarla a no abrir los grifos del agua hasta tener más noticias.

En el pasillo intercambió miradas de preocupación con Sam y Teo. La piel de Sam estaba roja por la acción y el enfado; Teo trató de hablar tres veces y por fin logró decir, tartamudeando un poco:

—¿Qué demonios pasa, Caleb?

—No lo sé. Encerramos a los tzimets en Espejo Brillante. No había forma de que salieran. —Pero su mente lo traicionó con imágenes del collar de Mal, de la mujer de alas blancas ardiendo en el cielo sobre la Estación del Norte, de su

padre. Los tzimets no podrían haber escapado sin ayuda, pero había fuerzas más perniciosas y persistentes que los demonios trabajando en contra de la ciudad—. Necesitamos ir a la oficina.

Desde el final del pasillo se oyó otro grito más profundo, ahora de un hombre. Teo se volvió para mirar a Caleb, luego a Sam y de nuevo a la dirección de donde provenía el grito.

Avanzándose a lo que pudiera ir a decir, Sam la interrumpió:

—Yo me ocuparé de esto. Vosotros id a vuestro trabajo. Arregladlo. —Antes de que cualquiera de los dos pudiera objetar, Sam echó a correr por el pasillo con una toalla en cada mano.

—Ella vale la pena —le dijo Caleb a Teo cuando Sam ya no podía oírlos.

—Iré a por mi abrigo —respondió Teo.

Los peatones temblaban en las aceras, con batas y algunos con pantalones, otros en calzoncillos, llorando o gritando, cubriéndose las heridas a través de su ropa o su piel. Los alcaldes atiborraban el cielo. Uno de ellos rompió una ventana alta en el Siete Estrellas y saltó dentro. Llovieron esquirlas de cristal y Caleb se cubrió con su chaqueta.

Caleb y Teo lograron tomar un carruaje sin conductor al otro lado de la ciudad. Los rascacielos parecían ir a la deriva entre las nubes de la tarde. Cintas de tráfico entrecruzadas recorrían los cielos a lo largo de los carriles marcados por linternas flotantes: al oeste, hacia los suburbios, al este o al sur, hacia los carnavales nocturnos del muelle Monicola y el Skittersill. Los autobuses llenos de trabajadores flotaban de vuelta a sus campamentos deteriorados en Stonewood, entre los esqueletos de los árboles. El cielo estaba prácticamente libre de alcaldes.

—Parece que los tzimets no se han extendido mucho —dijo Teo.

—Aún no.

El carruaje dio la vuelta hacia un camino elevado y las calles se hundieron fuera de su vista mientras el caballo aumentaba la velocidad del galope. Tenían el camino para ellos solos. Pocos carros o carretas cruzaban el centro de la ciudad tan tarde, ya que el tráfico más denso estaba al sur, cerca del puerto,

donde los camiones tirados por bueyes y lagartijas gigantes llevaban cargas de los barcos que atracaban en Longsands hacia almacenes en el Skittersill y Fisherman's Vale.

Descendieron del camino elevado a las calles de la superficie. Había estallado una pelea afuera de un concurrido club nocturno: chicas en vestidos cortos de lentejuelas y muchachos con sombreros de ala ancha agitaban los brazos unos hacia otros. Los vendedores de agua ofrecían algo con que refrescar a los borrachos y alborotadores. Esos carros tendrían largas filas frente a ellos muy pronto. Durante sesenta años, las necesidades de agua de la ciudad habían sido cubiertas sin falta por las tuberías, grifos, pozos y presas de Rey de Rojo Consolidado. Esa cadena se había roto.

Por último, la oscuridad de la manzana 700 se cerró a su alrededor. No había farolas allí, ya que podrían ensombrecer la luz de estrellas que las grandes compañías necesitaban para su hechicería. La enorme luna brillaba sobre sus cabezas. Estrellas del tamaño de un alfiler titilaban en la distancia.

Caleb se estremeció. En Camlaan e Iskar y Alt Coulumb, y a lo largo de gran parte de Kath, los poetas solían escribir odas a la belleza de las estrellas. Los quechales eran más sensatos. Grandes demonios vivían entre las estrellas y en ellas moraban seres inmensos en cuanto a su poder y su tamaño, los cuales succionaban la esencia de los soles y entonaban canciones que volvían locas a las galaxias.

Ahora también había demonios en la tierra.

Caleb observó los cielos y pensó en la muerte, en revueltas y en los tzimets. Para hombres y mujeres adultos y sanos, las criaturas como aquellas a las que Sam y él se habían enfrentado no representaban un gran peligro, pero no todos eran adultos y saludables. Muchos caerían y morirían esa misma noche, pensó. Las estrellas observarían hambrientas.

Los manifestantes de costumbre entonaban sus cantos fuera del 667 de Sansilva. Teo y Caleb salieron del taxi y se abrieron paso entre la multitud hasta la pirámide. Un grupo de empleados de RKC había erigido cabinas de quejas en el estacionamiento, frente a camiones cargados de tuberías y alambre. Bien. Ya estaban enterados. Habían puesto en marcha alguna política de emergencia que

había estado acumulando polvo en los archivos junto a los tratos con dioses muertos y autarquías distantes. Caleb esperaba que estos manuscritos de servicio al cliente no llevaran décadas desactualizados.

El caos se había apoderado de las entrañas de la pirámide. El vestíbulo apestaba a cigarrillos, a pesar de los letreros de NO FUMAR. El estrés inducía a hombres y mujeres a sacar paquetes que llevaban mucho tiempo sin abrirse y que se acumulaban en el fondo de sus cajones o en el de los escritorios de algún amigo de confianza. Se congregaban debajo de algunos bajorrelieves que representaban el triunfo del Rey de Rojo, y fumaban y murmuraban en círculos cerrados. Caleb y Teo atravesaron el vestíbulo y escucharon a su alrededor, tensos como antenas. No hablaron hasta llegar a un ascensor, que por fortuna iba vacío.

—Parece que los ataques se limitan al centro de la ciudad —dijo Caleb cuando las puertas se cerraron—. Y a sectores de Sansilva.

—Ya no hay dioses —comentó Teo mientras el ascensor empezaba a subir.

—No.

—Entonces ¿a quién le agradecemos los pequeños favores?

Caleb cerró los ojos y se dejó caer contra la pared de la cabina.

—Mierda. De algún modo, todo esto es por mi culpa.

—Aún no sabemos si es culpa de alguien.

—No puede ser un accidente. Encontramos tzimets antes y hay tzimets ahora. Tenemos un enemigo.

—Si es así —dijo Teo—, lo encontraremos.

El ascensor siguió subiendo en medio de su silencio.

—Estarás despierto toda la noche —observó ella.

—Tú también. Tu oficina estará inundada de ratas mensajeras.

—No me lo recuerdes. Miles de notas de desesperación y nada que yo pueda hacer más que pasarlas al departamento de servicios, que estarán incluso en peores condiciones que cualquiera de los dos. ¿Crees que la gente está bien?

—Eso espero. —Sonó una campana, las puertas se abrieron y Caleb salió—. Buena suerte con las ratas —le dijo a Teo mientras el ascensor se cerraba detrás de él y seguía subiendo.

La mayoría de las oficinas y los cubículos en el departamento de gestión de riesgos estaban a oscuras. Incluso la adicta al trabajo de Tollan se había ido: estaba visitando a su madre en los recovecos más lejanos de Fisherman's Vale, donde los bungalós estaban rodeados por huertos de naranjos.

Volvería, al igual que los otros, pero mientras tanto eso significaba que Caleb estaba al cargo. Y el Rey de Rojo querría respuestas, y pronto.

La luz se filtraba bajo la puerta de una sala de conferencias al final del pasillo como única señal de vida en el departamento.

Abrió la puerta de golpe, y ésta chocó contra la pared con un fuerte estruendo. Mick y algunos otros actuarios que constituían su ejército alzaron la mirada de sus documentos esparcidos sobre la mesa. Varios pedazos de papel revolotearon por la corriente de aire; la luz fantasmal brillaba desde los círculos de hechicería trazados en las paredes de losa. Había una mujer joven inclinada sobre un pollo destripado en una bandeja de plata. La habitación apestaba a sudor y agüeros.

Se vio a sí mismo a través de aquellos ojos: cabello alborotado, ojos muy abiertos, ropa desgarrada. Sangre que caía desde la herida de su hombro.

—Señoras —dijo—. Señores. Cuéntenme lo que saben. Y, por favor, que alguien me consiga una venda.

Cuarenta y cinco minutos después, Caleb estaba de pie en una habitación oscura y espaciosa, dirigiéndose a figuras envueltas en sombras.

—El fango negro es básicamente agua. —Sacó el tubo de ensayo de su bolsillo y lo colocó en la larga mesa de caoba—. Cargada de barro, metales pesados y partículas de basura, que obviamente no es sano beber, pero es agua, al fin y al cabo. Agua infestada de tzimets.

—Tenemos suerte de que se vea tan poco apetitosa —dijo Ostrakov, el jefe de operaciones que estaba sentado a la izquierda de Caleb—. Imaginen qué pasaría si alguien bebiera agua infestada de tzimets. Tenemos la suerte de que sólo los distritos más acaudalados han resultado afectados. El Skittersill ya estaría organizando una revuelta.

—No subestimen el número de disturbios que hemos tenido que controlar esta noche —dijo Chihuac, una mujer de cara grisácea que trabajaba en el departamento de seguridad. Llevaba una placa numerada de alcaide, pero sin máscara: el rostro humano y público de la policía de Dresediel Lex—. Setenta y tres arrestos en las últimas dos horas por trifulcas públicas, alteración del orden público, incendios provocados, agresiones y sublevación de segundo grado. Eso aparte de las heridas que han sido provocadas directamente por los tzimets.

—¿Y por qué nuestra agua ya no es segura para beber? —Kopil se inclinó hacia delante desde su trono al final de la mesa. La oscuridad ondulaba a su alrededor como una capa y el fuego de sus ojos resplandecía.

La garganta de Caleb estaba demasiado seca como para tragar saliva. Tollan estaba sentada junto a Chihuac, pero no había tenido tiempo de ponerla al tanto antes de la junta. Ésta era su jugada.

Tocó un círculo de hechicería sobre la mesa. En la pared detrás de él, una colonia de luciérnagas que se retorcían se iluminó para mostrar un mapa de la

costa oeste de Kath del Norte. Dresediel Lex truncaba una bahía gigante en el extremo sudoeste del continente. Líneas azules se extendían desde la ciudad a través del condenado desierto hacia el norte y el este, pasando por cadenas montañosas, y al sur por las junglas de los Fangs.

—La mayor parte de nuestra agua proviene de la Estación Bay. —Con un gesto, señaló un punto brillante en la boca del puerto—. Pero no hemos podido expandir su producción desde mediados de los ochenta, mientras que la población de Dresediel Lex ha crecido un tres por ciento por año. Más gente significa más necesidad de agua, para fábricas y agricultura, así como agua para beber y bañarse. El yacimiento de agua nativo ya está demasiado mermado como para mantener a toda la ciudad. Hemos firmado contratos con otras compañías para extraer agua de manantiales, lagos y ríos en la naturaleza, y Heartstone era uno de los contratos más productivos; fue por eso por lo que los incorporamos a nuestra compañía. —No era preciso usar la palabra *devorar*, aunque ése era el término que utilizaba Caleb en privado para describir el proceso: Heartstone seguía existiendo dentro de los horribles organismos y de múltiples miembros de RKC.

»Uno de los proyectos principales era el lago Seven Leaf, una reserva natural al norte de Drakspine. Doscientos kilómetros cuadrados de superficie y profundo, con más de ciento cincuenta y siete millones de metros cúbicos, alimentado por nieve derretida y manantiales de la montaña, con un tiempo de recuperación de unos doscientos años. Seven Leaf tiene suficiente agua como para soportar nuestro crecimiento durante al menos otra década. En los últimos dos años, Heartstone ha atado a los espíritus locales y ha abierto un acueducto entre Dresediel Lex y Seven Leaf. Hace tres días empezamos a mezclar el agua de Seven Leaf con el sistema de DL, específicamente en Sansilva y en el centro. Elegimos esos distritos para limitar la agitación social en caso de..., cómo decirlo, de que surgiera algún problema.

Cuando dijo «elegimos» hablaba en sentido figurado. Nadie había pedido su consejo respecto a estas decisiones, pero era parte de algo más grande que él, la extremidad de una bestia en movimiento.

—El agua de Seven Leaf está contaminada. —Caleb sacó un segundo frasco

de agua negra de su bolsillo—. El equipo de mantenimiento ha obtenido esto directamente del acueducto de Seven Leaf hace media hora. —Quitó la tapa y vació el desagradable líquido negro sobre la mesa.

Aterrizó en la mesa de madera barnizada con ocho patas tan afiladas como guadañas, y un exoesqueleto al que le faltaban entrañas y tejidos blandos. Las mandíbulas mordisqueaban el aire. El pequeño tzimet chilló con órganos que no eran precisamente cuerdas vocales y saltó hacia Ostrakov, que lo vaporizó con un movimiento de la mano.

La mirada roja de Kopil se dirigió a Alana Mazetchul, jefa del grupo Pipeline, que estaba cubierta de túnicas y con el rostro pálido y arrugado como si no hubiera dormido en meses.

—¿Ha habido alguna señal de contaminación en Seven Leaf antes de esta noche?

—No —respondió Mazetchul—. El agua de Heartstone nunca nos llegó contaminada, y sus proyectos no tienen ningún historial de problemas de hechicería. Llevamos a cabo muchas pruebas en la Estación Seven Leaf antes de que integráramos a Heartstone...

Dejó esa oración a medias y Caleb reconoció que le tocaba proseguir.

—La corrupción podría tener dos fuentes: o bien los acueductos y tuberías tienen defectos, lo cual es poco probable considerando el número de protecciones que tendrían que haber fallado, o bien el problema yace en la fuente, en la Estación Seven Leaf o en el lago en sí. El lago Seven Leaf contiene unos ciento cincuenta millones de metros cúbicos de agua. No pudo haberse corrompido de esta manera en unas pocas semanas. La causa más probable es que haya algún problema en la estación: un accidente, un ataque, un acto de los dioses. No podemos contactar con la estación por telégrafo, lo que apoya esta teoría.

—Un ataque utilizando tzimets —añadió Tollan— encajaría con el patrón establecido por la presa Espejo Brillante.

Caleb esperó a que alguien más hablara. Como nadie tuvo preguntas ni objeciones, continuó.

—Hasta que arreglemos el problema de Seven Leaf, tendremos que cubrir de

algún modo las necesidades de agua de la ciudad. Conjurar agua de la nada o purificar el océano con evaporación es costoso. Para incorporar a Heartstone, emitimos bonos privados y tomamos fondos prestados de otras compañías, incluyendo First Soul de Alt Coulumb, el Colectivo de Iskari Faith y Kyrie Thaumaturgics. Si pedimos más, otros Reyes Inmortales podrían dudar de nuestra credibilidad, lo cual nos deja expuestos a un ataque. A menos que encontremos una fuente mayor de alma, nuestra única opción es adoptar sequías escalonadas en la ciudad.

Kopil se movió en su silla. Serpientes ocultas se frotaban escamas contra escamas en la oscuridad alrededor de la mesa.

—Si establecemos una sequía, habrá revueltas.

—Habrá revueltas de cualquier modo. —Fue Chihuahac quien habló—. Puede que Sansilva y el centro sean más fáciles de amedrentar que el Skittersill, pero ya se han puesto a prueba los límites de la paciencia de la gente. Las sequías escalonadas nos ayudarán a controlar la agitación social.

—Exactamente —dijo Caleb—. No podemos darnos el lujo de aparentar debilidad, especialmente si ése es el caso: la falta de confianza hará que sea incluso más difícil pedir prestada el alma que necesitamos para sobrevivir a esto.

—¿Por qué no usamos a las serpientes?

Una puerta abierta dejó entrar luz en la oscura sala de juntas. Mal estaba de pie en el umbral. El primer impulso de Caleb fue correr a su lado, pero lo reprimió y permaneció sentado observándola.

Las palabras de Mal recorrieron la habitación como ondas. Ostrakov maldijo en un idioma que Caleb no reconoció. Chihuahac y Mazetchul se volvieron para mirar al Rey de Rojo, ya fuese en búsqueda de consuelo o para observar su reacción. Tollan hizo una mueca.

Kopil habló; su voz pesaba con muerte y tiempo:

—He convocado a la señorita Kekapania a esta junta y me alegra ver que ha decidido asistir. Si Heartstone nos ha expuesto, Heartstone debería responder.

La puerta se cerró detrás de Mal.

—Lamento llegar tarde. La multitud que hay afuera ha ido creciendo. —Sus pasos se aproximaron en la oscuridad. Las franjas de luz provocadas por las

lámparas la iluminaban y la ocultaban por turnos mientras daba la vuelta a la mesa—. Haré mucho más que responder. Puedo arreglarlo.

—Explícate.

—Las serpientes tienen todo el poder que necesitamos. Desde hace meses, usted ha buscado una excusa para usarlas.

Caleb miró sus notas, pasó unas cuantas páginas y encontró la cifra que buscaba.

—Tendríamos que gastar mucho más poder para mantenerlas dormidas de lo que podríamos obtener de ellas.

—Mucho más —dijo Mal—, pero en un período de tiempo más largo. Las serpientes les darían una prórroga. Véanlo como un préstamo a sí mismos, con intereses.

—Eso no tiene sentido. No podemos prestarnos alma a nosotros mismos. — Esperaba que otros se le unieran, pero nadie habló. Todas las miradas estaban sobre Kopil.

Los ojos del Rey de Rojo ardían en las sombras.

—Tu gente ha causado este caos. ¿Por qué deberíamos confiar en que vosotros lo arreglaréis?

Ante el temido señor de RKC, Mal se veía más pequeña de lo que Caleb recordaba.

—Porque puedo imaginarme lo que nos hará si fallamos —le respondió ella.

—¿Puedes imaginarlo?

—Tengo una imaginación poderosa.

—Será peor de lo que te imaginas. Tanto para ti como para los demás.

—Deme una oportunidad. Use las serpientes para preservar la ilusión de su fuerza. En tres días puedo arreglar el problema del lago Seven Leaf. —Estaba tan quieta que el mundo parecía girar a su alrededor—. Si todos los demonios de todos los infiernos se interponen en mi camino, los destruiré.

En el silencio que siguió, Caleb oyó las respiraciones de las cuatro personas en la habitación que seguían respirando: Tollan, Chihuac, Mal y él mismo. La mayor parte de la junta ejecutiva de RKC se había deshecho de pulmones y

sangre en el camino espinoso que habían seguido para llegar a sus puestos actuales.

—Que así sea —dijo Kopil—. Enviaremos a Caleb contigo.

El número de respiraciones se redujo a una. Atónito hasta el punto de la estrangulación, Caleb miró a su jefe. Las manos huesudas de Kopil estaban sobre la mesa junto a su taza de café frío.

Mal soportó la mirada del Rey de Rojo, y la de Caleb, y la de la junta como si fueran las miradas de conejos asustados.

—¿Solos? —preguntó Caleb.

—Claro que no. —El Rey de Rojo juntó los dientes y Caleb oyó el eco de una risa que surgía de un pozo profundo—. Viajaréis con una escolta de alcaides en nuestro couatl más veloz. Saldréis mañana temprano para llegar a Seven Leaf a la mañana siguiente. Evaluad la situación y determinad qué asistencia necesitáis. Arreglad el problema en tres días; si no lo conseguís, susurrad mi nombre tres veces frente a un espejo en la oscuridad y yo enviaré ayuda.

—Entendido —dijo Mal.

La sala de juntas se abría a su alrededor como una caverna. Mal trasladó su mirada de Kopil a Caleb y sonrió... La sonrisa de una corredora de acantilados.

—Esto será divertido.

Mal se despidió para ir a prepararse. Caleb quería seguirla, pero no podía desairar el poder de los directores. Le exprimieron la información como cautivos en una celda caliente y seca que pelean por un trago de la misma esponja destrozada.

—¿Cuánta agua podemos desviar de las fábricas y de la agricultura en la próxima semana sin dañar los cultivos? —preguntó Alana Mazetchul, que no le tenía mucho aprecio al negocio industrial de RKC. Ostrakov, cuyo departamento se encargaba de las necesidades de los granjeros, fabricantes y constructores, intervino antes de que Caleb pudiera responderle a Mazetchul.

—¿Cuántas almas se pierden cada minuto mientras nuestras plantas de manufactura están paralizadas?

Siguieron más preguntas, cada una igual de mordaz, aunque Caleb no entendía el propósito de todas esas pullas. Él respondía con cifras aproximadas, sin añadir ningún comentario. No podía permitirse que lo desgarraran en medio de estas eminencias con colmillos. Ya tenía bastantes problemas.

Lo interrogaron con ferocidad durante treinta minutos, y con cada minuto que pasaba, sentía que Mal se adentraba más en la oscuridad de la noche.

El Rey de Rojo escuchaba y tomaba notas ocasionalmente en su libreta amarilla con su pluma fuente, pero no hablaba.

Por último, Caleb terminó con la ronda de preguntas. Se concluyó la junta con un ensalmo solemne: «Esperamos y nos levantamos; nos movemos y la tierra tiembla». Se levantaron todos a la vez y salieron de la habitación por separado: sombríos, perturbados y determinados a no dejarse traicionar por la fatiga mientras retrocedían hacia las sombras. Sesenta años atrás, estos hombres y mujeres habían destruido cielos y habían hecho llorar a los dioses. Desde

entonces, habían pasado su tiempo descubriendo lo difícil que era gobernar un mundo.

Tollan se unió a Caleb al frente de la habitación.

—Bien hecho —dijo ella con apenas el asomo de una sonrisa—. No te vayas a morir allí.

—Trataré de evitarlo.

Ella se marchó.

Otros dos se quedaron en la sala de juntas. Chihuac esperó junto al trono de Kopil: llevaba bajo el brazo un pergamino tan largo como una espada. El Rey de Rojo se inclinó en la mesa y se apoyó para ponerse de pie. Las chispas de sus ojos se atenuaron y Caleb oyó algo parecido al carraspeo de una tos proveniente de donde solía estar su esófago.

—¿Señor? —Olvidando sus notas, se movió al lado del Rey de Rojo—. ¿Está bien?

—Claro —dijo el esqueleto—. Miles me claman que están sedientos, que están heridos; y miles más se les unirán pronto. Sus necesidades rasgan mi alma. Podría morir tratando de satisfacerlos, y si yo muero, ellos también lo harán. Sin embargo, si no los satisfago, ellos también morirán, y la ciudad morirá, y, finalmente, yo moriré también. En resumen, tengo una magnífica salud. Alguien me tallará algún día en un monumento.

—Ya he calculado las cifras —dijo Chihuac— para el incremento en la movilización de los alcaides durante la próxima semana.

—Lo discutiremos en mi oficina dentro de diez minutos. Debo hablar con Caleb, pero a solas.

La mujer se retiró. Sus zapatos eran de suela suave y su paso resultaba ligero. Caminó hacia la sombra y desapareció, aunque Caleb no oyó abrirse o cerrarse la puerta detrás de ella.

—¿Cuál es su plan? —dijo Caleb cuando estuvieron a solas.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué me envía al norte? No podré hacer nada para ayudar.

—Tu mera presencia será suficiente. —Kopil levantó su café y su libreta, y caminó hacia la oscuridad infinita. Caleb lo siguió.

El último rastro de luz se desvaneció. La capa y el Rey tenían diferentes texturas de oscuridad. Caleb parpadeó y, con los ojos cerrados, vio un pasillo delineado a su alrededor por fuego azul y plateado, y al Rey de Rojo como un mosaico de relámpagos, una araña de múltiples extremidades y mil bocas babeantes.

Abrió los ojos y no vio nada.

Una sombra líquida brotaba alrededor de sus piernas. Viscosa y palpable, se alzaba desde sus tobillos hasta las rodillas, llegando a su cintura. Las puntas de sus dedos ya podían rozar la superficie de la sombra. Las sombras le cubrieron el pecho, el cuello. Cuando llegaron a su boca, esperaba ahogarse; sin embargo, al inhalar se acomodaron sin problema en sus pulmones. La oscuridad lo rodeó. No podía ver el rojo de la túnica de Kopil. Su cuerpo estaba helado y cerró los ojos.

Su siguiente paso lo dejó oprimido contra una pared de telaraña. Su ritmo cardíaco se aceleró, pero siguió avanzando. El Rey de Rojo no pretendía matarlo, porque muerto no podría ir a aquella alocada misión al norte.

Excepto como un zombi, claro. Deseó haber pensado en eso antes.

Las sombras se abrieron, como si flotara hacia arriba a través de un lago subterráneo y llegara súbitamente a la superficie. Parpadeó para quitarse las telarañas de los ojos y trató de agarrar la oscuridad líquida que retrocedía. Logró tomar un poco, negra y temblorosa como mercurio en la palma de la mano.

Miró por encima del hombro. Esperaba ver la sala de juntas al final de un largo pasillo, pero sólo descubrió un armario rojo: túnicas carmesíes, trajes y corbatas escarlata, camisas del color de la sangre, tanto fresca como seca.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber? —preguntó el Rey de Rojo.

Caleb se dio la vuelta. Estaba en una habitación grande, elegante y con pocos muebles. Dos de los muros eran de cristal ahumado. Había delgados pilares de metal que sostenían un techo de roca alto e incompleto que brillaba con luces fantasmales. Las paredes estaban cubiertas de estanterías, y éstas a su vez estaban llenas de volúmenes encuadernados en cuero rojo y negro, pulidos por el paso del tiempo y el uso. La opulencia de la habitación casi se veía ensombrecida por el desastre: libros apilados en el escritorio, en el suelo y en los muebles; una pila de pergaminos derrumbados sobre una silla; un edredón

carmesí arrugado y mal doblado sobre la cama extragrande. En la pequeña cocina adyacente, el Rey de Rojo servía tequila reposado en una pequeña copa.

—Nada para mí, gracias.

Kopil salió de la cocinita. Chasqueó los dedos dos veces y dos cubitos de hielo cayeron dentro de su tequila.

—Usted no vive aquí —dijo Caleb. Mientras observaba, el edredón se acomodó, los libros flotaron hasta sus respectivas repisas y las pilas de pergaminos se ordenaron—. Tiene una mansión en Worldsedge. He visto las fotos.

—Tengo una mansión en Worldsedge —reconoció Kopil—. Y una en Skeld Reaches, y un ático en Alt Coulumb, y tres grandes propiedades tan sólo en esta costa. Además de alguna que otra isla. Pero ¿tienes alguna idea de lo mucho que tarda uno en llegar a Worldsedge? Incluso volando, desperdiciaría una hora cada día, y no tengo interés en pasar toda la mañana avanzando por un cielo abarrotado. Sin mencionar el gasto, que sería considerable, te lo aseguro. Es más fácil dormir donde trabajo. Esta habitación no es grande, pero todo el edificio me pertenece, así que no me siento apretado.

—No es muy bueno para el equilibrio entre la vida personal y la laboral.

—He estado vivo más de setenta años.

—Ya veo.

—No es tan malo. —Kopil hizo girar el vaso de tequila con hielo en su mano—. RKC es parte de mí, literal y figurativamente. Yo formé esta compañía y me convertí en un engranaje que se mueve en su corazón, uno más grande que muchos otros, pero un engranaje al fin y al cabo. Cuando duermo, veo en mis sueños a la bestia a la que le he dado vida. Miles de kilómetros de túneles y tuberías. Millones de personas que beben de nosotros. Miles de millones más extendidos por todo este loco mundo obtienen fuerza de Dresediel Lex. Hombres del otro lado del mundo, en Gleb del Sur, toman prestada nuestra fuerza para pelear sus guerras. Niños ignorantes en los seis continentes comen nuestro grano y se regocijan, aunque no conocen nuestro nombre. Hay tanto que depende de nosotros... De mí, incluso en momentos así.

No sabía cómo responder, pero lo intentó:

—Debe de ser estresante.

—No es más de lo que yo pedí, de lo que cualquiera de nosotros pide —suspiró—. Hay una cosa que debes entender sobre destruir dioses, muchacho.

—¿Sólo una?

—Debes estar preparado para ocupar su lugar.

—Al final de la junta he pensado algo parecido. —Caleb echó un vistazo alrededor de la habitación, preguntándose cómo podía cambiar de tema sin ofender a su jefe. Parpadeó—. Esta habitación no tiene puertas.

—¿Quién las necesita?

—La mayoría de las personas.

Kopil se encogió de hombros y bebió de su tequila.

—Señor, ¿por qué me envía al norte? Hay muchas vidas que dependen de esta misión. Pero usted va a mandar a algunos alcaides, a una hechicera y a un gerente de riesgos de nivel medio. ¿Por qué no llama a los especialistas? ¿Por qué no a un ejército?

—Si enviamos un ejército sin que sea necesario, dejaremos Dresediel Lex debilitado sin ninguna razón, con un enemigo suelto entre nosotros. Si se necesita un ejército, ya se enviará. Los muertos viajan rápido.

—En ese caso, ¿por qué enviar a Mal..., quiero decir, a la señorita Kekapania? Dudo que sepa algo de tuberías y tzimets que la señora Mazetchul, u otros cientos de hechiceros y hechiceras, no sepan.

—La envió a ella porque confío en ti. —El Rey de Rojo puso especial énfasis en la última palabra de esa oración.

—Confía... —Caleb parpadeó—. Ah.

—Ves los contornos de mi plan.

—Confía en mí. Pero no confía en ella.

De hecho, Kopil podría haber estado muerto por la reacción que revelaba: un cadáver vestido de rojo para un funeral, con una copa de licor de sacrificio en las manos. Al otro lado de las ventanas, los alcaides volaban en círculos sobre Dresediel Lex.

—La envía porque quiere darle una oportunidad de traicionarlo. Piensa que Heartstone sabotó su propio proyecto y quiere darle a Mal la oportunidad de

fallar o de traicionarnos.

—Ésas son dos posibilidades.

—Sabe que ella y yo tenemos una relación amorosa.

—Lo sé.

Entonces vio el resto del plan y maldijo para sus adentros.

—Es un viaje largo hasta Seven Leaf cuando vuelas en couatl. Pueden pasar muchas cosas por el camino.

Estrellas de rubí destellaban en una noche sin fin.

—Si la señorita Kekapania es una traidora, cualquier observador que envíe con ella podría no llegar con vida al lago Seven Leaf. Ni siquiera podría averiguar algo de su muerte. Los accidentes pasan. Así que envía a un observador que aparentemente le gusta a ella, alguien a quien dudaría en eliminar.

—Se siente demasiado cómodo con las conspiraciones, señor Altemoc.

—*Cómodo* no es la palabra que usaría.

El esqueleto se movió hacia un lado, sopesando la situación.

—Supongamos, en teoría, que se topa con el siguiente problema: la mujer perfecta para el trabajo en cuestión fue entrenada por un enemigo tan amargo que tuvo que devorar su compañía para que dejara de causarle molestias. Digamos que siente lo mismo por usted que lo que usted siente por él, y también digamos que es propenso a trazar ardidés largos y planes complejos.

—¿De verdad cree que Alaxic puede estar involucrado?

—Al siempre estuvo más del lado de tu padre que del mío.

Pensó en la cara del anciano iluminada por la luz de color rojo lava que producían las serpientes.

—¿Puedo hablar con franqueza, señor?

Kopil le indicó que sí con un movimiento de la mano.

—Está jugando con probabilidades difíciles. Mal no traicionará a la ciudad.

—Si confías en ella, ¿por qué te preocupa que viajéis juntos?

Caleb no tenía respuesta.

—Debería dormir un poco —dijo al final, dándose la vuelta—. Y prepararme. No había salida, así que caminó hacia el armario otra vez.

—Permíteme —dijo el Rey de Rojo detrás de él.

Caleb no se detuvo. Arrojó la sombra líquida que sostenía en la palma de la mano por la puerta del armario. La sombra se extendió, como tinta derramada en agua, para oscurecer las túnicas, los trajes y los zapatos. Pasó a través del espacio; la oscuridad se abrió para él y se fue. Con dos o tres pasos cruzó ese entorno envuelto en tinta y salió a la sala de juntas.

En el apartamento carmesí, Kopil observaba cómo la oscuridad se alejaba de su armario.

—Interesante —dijo.

Si hubiese tenido ojos, los habría entrecerrado. Después de agotar los pocos segundos que podía permitirse para resolver misterios irrelevantes, chasqueó los dedos y una de las paredes de su cocina se abrió. Chihuac esperaba en su oficina con pilas de papeles. Por desgracia, la noche todavía era joven.

Caleb no podía dormir en su habitación fría e impersonal. RKC tenía cuartos de emergencia en el número 667 de Sansilva para visitantes y trabajadores que estaban demasiado ocupados como para ir a casa: viviendas con la comodidad y la calidez de una trilladora de grano. Se echó en la dura cama durante una hora, hasta que se dio por vencido y bajó por el ascensor hasta la calle.

Las estrellas amenazaban a la silenciosa ciudad. Incluso los manifestantes estaban dormidos, en su mayoría, con sus abrigos doblados para usarlos como almohadas: hombres de espaldas encorvadas y mujeres de hombros anchos, jóvenes y viejos, pobres y de clase media. Los niños dormían en una nidada en la acera. Los hombres más viejos se aglomeraban cerca de un fuego portátil que chisporroteaba.

Zombis vestidos con monos de yute arrastraban los pies entre los durmientes. Barrían las calles con anchas y tiesas escobas, y esparcían la basura con rastrillos y palas. RKC tenía un contrato con una compañía pequeña para mantener limpias las calles locales, y los renacidos acudían cada noche, lloviera o granizara, hubiera protestas o revueltas, terremotos o incendios, a cumplir con su deber.

La brisa del mar llevaba consigo el olor de pescado y sal proveniente de Pax, que estaba infestado de tiburones. A unas cuantas manzanas de la costa, la peste de las multitudes, el pavimento y el ganado detenía el viento en un callejón oscuro y ocupaba su lugar.

Los alcaides que protegían el perímetro de RKC se movieron para dejar paso a Caleb. Pasó por encima de un niño inconsciente y giró a la izquierda, hacia el Café de la Muerte.

Las ventanas del lugar eran como faros en la noche púrpura. Caleb pidió una taza de chocolate especiado a un empleado que no se veía mucho más vivo que

los barrenderos de la calle, y se retiró hacia la oscuridad fría como una tumba. Se sentó en un banco de la calle y observó a los hombres muertos que se movían entre quienes estaban dormidos. El chocolate le sentó como una plomada que le llegó hasta la médula.

Cincuenta años atrás, en el apogeo de las Guerras de los Dioses, los hechiceros habían utilizado un arma terrible para poner de rodillas al Imperio Brillante. Los cielos se hicieron pedazos, la arena se volvió cristal; hombres, mujeres y árboles ardieron con tanta rapidez que ni siquiera las sombras pudieron escapar. Las sombras aún vivían, según decían los viajeros, atadas de día a la ciudad en ruinas y vagando por las calles durante las noches, gimiendo por su carne perdida.

Caleb se sentía como una de esas sombras, atado a los muros de la ciudad, los listones de los bancos, la piedra bajo sus pies, la taza caliente entre sus dedos.

—Hola —dijo Temoc a su lado.

Caleb dejó escapar un graznido estrangulado y derramó un poco de chocolate sobre sus manos y sobre la banqueta. Temoc le pasó un pañuelo. Se secó, le devolvió el trozo de tela mojada y tomó otro sorbo antes de mirar a su padre.

Temoc se sentó como una estatua en el banco. Un abrigo del tamaño de una tienda de campaña devoraba su enorme cuerpo y una larga bufanda ocultaba la parte inferior de su rostro. Durante las últimas semanas, incluso se había dejado crecer el pelo para cubrir las cicatrices de rituales que tenía en el cuero cabelludo. Algún alcaide que pasara por ahí sólo vería a un vagabundo grande y amistoso en búsqueda de conversación durante la madrugada.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Temoc suspiró y se reclinó hacia atrás, hundiendo ligeramente el banco con su peso.

—¿Está prohibido que un hombre visite a su hijo?

—Papá...

—Ya sabes, de vez en cuando, para saber cómo le va.

—Papá...

—Si no, ¿cómo esperas que presuma de ti con mis amigos en la vieja casa de los luchadores de la libertad?

—Papá...

Temoc se detuvo. Sonrió con las comisuras de los ojos.

—Venir aquí es muy arriesgado —indicó Caleb—. Aunque estés disfrazado.

—¿Qué disfraz? Ahora mi aspecto es éste. Ando vagando de una casa de seguridad a otra, vengando ofensas y peleando contra el Estado. No es una mala vida.

—Entonces, estás diciendo que eres un vago.

—Un loco, tal vez. En los viejos tiempos teníamos locos sagrados. La locura reclamaba para sí misma a aquellos pocos que veían a las serpientes y su locura los volvía sagrados. Ahora los locos son lo único que se considera sagrado. —Se dio una palmada en el pecho—. Mi vida podría ser peor.

—Supongo que quieres decir que podrías ser yo.

—¿De qué estás hablando? Eres mi hijo y te amo. Trabajas para hechiceros sin dios a quienes con gusto destriparía en el altar de esa pirámide —señaló hacia el número 667 de Sansilva—, y formas parte de un sistema que algún día destruirá nuestra ciudad y nuestro planeta, pero aun así te quiero.

—Supongo que debo agradecértelo —dijo Caleb—. ¿Te das cuenta de que si mataras al Rey de Rojo, este lugar se convertiría en un desierto en cuestión de días? El agua no es gratis.

—Solía llover más a menudo.

—Porque sacrificaban gente a los dioses de la lluvia.

—Su sistema también mata. No han eliminado los sacrificios, los han democratizado; todos mueren un poco día a día, y los pobres y desesperados son los que resultan más dañados. —Señaló a uno de los barrenderos—. Tus jefes los explotan por nada, hasta que no tienen otra opción que hipotecar sus almas y vender sus cuerpos como mano de obra barata. En la antigüedad, honrábamos a nuestros sacrificios. Vosotros los miráis con desprecio.

—Si ser sacrificado es un honor tan grande, dime, ¿cuántos sacerdotes murieron en el altar?

Regresaron a sus viejas discusiones sin rencor, como luchadores de cuchillos rodeándose mutuamente por costumbre, armados sólo con palos romos.

Los renacidos avanzaban a trompicones por la calle, barriendo a pesar de que

no quedaba polvo que limpiar. Los broches plateados en sus muñecas brillaban a la luz de las farolas.

—¿Cómo llegaron los tzimets al agua? —preguntó Temoc.

—Como si no lo supieras.

—Pasé toda la noche peleando contra pequeños demonios y salvando vidas. ¿De verdad tienes tan mal concepto de mí como para pensar que yo soy el culpable?

—Tiene tu firma, enorme y en amarillo brillante. La tuya o la de uno de tus amigos.

Temoc rio entre dientes.

—No le veo la gracia.

—Los sistemas profanos del Rey de Rojo soltaron a los demonios en nuestro mundo y tú me culpas a mí.

—¿A eso has venido? ¿A enviar otro mensaje al Rey de Rojo? Casi me mata la última vez que lo intentaste.

—Sabía que estarías a salvo. Además, si Kopil intenta algo, puedes defenderte.

—Papá. —Caleb empezó a hablar, pero no podía pensar en nada más que decir sin tener que gritar. Se quedó observando los restos de chocolate en el fondo de su taza—. No podría defenderme contra él.

—No conoces la fuerza de tus cicatrices. Kopil y yo solíamos pelear durante días enteros en las Guerras de los Dioses.

—Se ha vuelto más fuerte. Casi me aplasta sin querer.

Temoc se encogió de hombros.

—¿Por qué estás aquí, papá?

—Para desearte suerte.

—¿Cómo sabes lo que estoy a punto de hacer?

—Duermes como un tronco la mayoría de las noches. Pero ahora estás estrujando con nerviosismo una taza de chocolate. Estás preocupado por algo y es algo grande. Tienes una tarea y no sabes si serás lo suficientemente bueno, lo suficientemente fuerte, lo suficientemente inteligente.

—¿Has venido aquí, desafiando a alcaides y a Reyes Inmortales, para decirme

que todo me irá bien?

—No.

—Entonces ¿para qué?

—No todo irá bien. Yo no volví el agua negra, pero alguien lo hizo. Es probable que la misma persona que hizo estallar la Estación del Norte y envenenó Espejo Brillante. Los alcaides están tan ocupados persiguiéndome que no han encontrado ni rastro de su verdadero enemigo. Una fuerza oscura está avanzando en contra de Dresediel Lex con ímpetu y sutileza. No estás a salvo. Nadie lo está. He venido a desearte suerte y a advertirte que tengas cuidado.

Una ráfaga de viento caliente golpeó a Caleb en los ojos. Sabía, incluso antes de terminar de parpadear, que cuando su visión se aclarara Temoc se habría ido.

Permaneció sentado durante un rato en el banco vacío, y luego dejó su taza en el borde de la acera y se dirigió a su fría cama.

Un amanecer gris descubrió a Caleb, adormilado y parpadeando, en el estacionamiento de la pirámide. El número de manifestantes de la noche anterior había aumentado hasta volverse una multitud. Hombres y mujeres en todo el territorio de Sansilva y el centro despertaron para darse cuenta de que sus duchas y fregaderos no funcionaban. Algunos enviaron por medio de ratas sus cartas de queja expresando su enfado. Otros acudieron al 667 de Sansilva y se quejaron en persona.

Una fila de alcaides separaba a la multitud del estacionamiento. Los golems de RKC y los renacidos esperaban junto a los alcaides, y agitaban sus sonajas y gemían siempre que un manifestante se acercaba demasiado.

Un grupo de alegres representantes de mediana edad del departamento de atención al cliente atendía las mesas de quejas justo fuera de la fila de alcaides, escuchando a aquellos clientes que podían explicar sus problemas y soportando los ataques verbales de todos los demás. Hasta donde Caleb estaba enterado, aún no había habido violencia. La multitud seguía esquivando las miradas de los muertos y de los alcaides.

Mal se abrió paso a codazos entre toda esa gente hasta donde estaba Caleb. Un golem avanzó pesadamente para bloquearle el paso, pero ella le golpeó el pecho con la palma de la mano; el aire alrededor del golem ondeó y se tambaleó hacia un lado para dejarla pasar.

Una vez que atravesó la fila, caminó con tranquilidad hacia Caleb y levantó la barbilla a modo de saludo.

—Qué departamentos de quejas tan buenos tenéis aquí. En especial ésos con las caras medio derretidas. Ellos sí que saben hacer que sus clientes se sientan como en casa.

—La vida es difícil y los muertos vivientes aún más. Necesitamos a alguien

que nos mantenga a salvo.

—Yo te cuidaré.

—¿Y quién te cuidará a ti?

—Ya pensarás en algo.

—Sobreestimas mis habilidades.

—En ese caso, tendré que confiar en ellas —dijo señalando hacia arriba.

El pecho de Caleb palpitó mientras unas enormes alas en movimiento se acercaban. Una sombra con forma de cimitarra pasó sobre él, y luego otra más. Los couatls volaban en círculo por el cielo, como tiburones eligiendo su presa. Eran más grandes que las monturas comunes de los alcaides, bestias criadas especialmente para la distancia y la batalla. Tenían unas correas para el equipaje alrededor del cuerpo, con tiendas de campaña, suministros y armas.

Eran ocho alcaides que acudían para llevarlo al norte, a la guerra. Los couatls empezaron a descender y Mal frunció el ceño.

—Ha llegado nuestro transporte.

Los alcaides colgaron una góndola ancha y plana bajo el couatl más grande para Mal y Caleb, que se reclinaron en el interior mientras volaban hacia el norte. El sol naciente ardía en la niebla mañanera, pero las fábricas y las fundiciones ya habían encendido sus fuegos. Una niebla industrial atenuaba el cielo y la tierra, y no se redujo hasta que la caravana voladora dejó atrás el espacio norte de los suburbios.

Su curso se curvó hacia el oeste, sobre un paisaje resquebrajado de granjas maltrechas: hectáreas de naranjos y kilómetros de aguacates, alcachofas, tomates, pimientos, ajos, césped y trigo que se agitaba con el viento; todo verde, todo en crecimiento, como si desafiara al desierto que estaba a dos horas de vuelo. Ocho décimas del agua de la Estación Bay iban directas a esos campos, donde los renacidos y las grandes máquinas plantaban y cosechaban la comida que alimentaba no sólo a Dresediel Lex, sino a ciudades por todo el continente y más allá del Pax. Algunos hombres y mujeres pensantes vivían en estas granjas como arrendatarios de las compañías, que eran sus dueñas, pero en su mayor parte los campos pertenecían al acero y a la muerte.

Después de volar durante tres horas hacia el norte, las granjas dieron paso a las colinas, y éstas a las montañas. En vez de seguir la primera autopista por la costa hacia Regis, giraron tierra adentro y planearon entre picos cubiertos de nieve. El aire se tornó más frío; Caleb se envolvió con una manta de alpaca y Mal sacó de su mochila una larga chaqueta forrada de piel y cuero y se la colocó sobre los hombros. El viento hacía ondear el borde trasero de la chaqueta mientras se hundían en un barranco.

—Nunca había visto las montañas desde aquí —dijo él mientras volaban sobre unos templos que colgaban de acantilados, contruidos por sabios olvidados.

—¿Las habías visto desde cualquier otra parte? Creí que eras un chico de ciudad.

—Cuando era demasiado joven como para vivir en la ciudad por mi cuenta, mi madre me traía aquí en sus viajes de trabajo.

—¿Te crio sola?

—Pues Temoc no ayudó. Ya sabes cómo es eso —afirmó Caleb, aunque, con una punzada de culpa, se dio cuenta de que, siendo huérfana, tal vez no lo sabía—. Los viajes de mi madre en las Badlands podían durar meses enteros, pero de todos modos me llevaba con ella. Mejor que dejarme en DL para que me metiera en problemas.

—¿Qué hacía ella por aquí?

—Investigaciones, sobre todo. Entrevistaba a gente, tomaba notas. Trabaja para el Colegio, se dedica a estudiar tribus quechales nómadas en las montañas y en el desierto.

—Emocionante.

—No lo sé —dijo él—. En realidad, eso significaba vagar por las Badlands siguiendo a un montón de gente con dientes en malas condiciones y portadores de enfermedades que cualquier médico podría curar con un puñado de pastillas y una nutrición decente. En esos sitios, la vida se enfrenta a una multitud de peligros: escorpiones y serpientes, lobos del desierto, espíritus engañosos y dioses de segunda que vagabundean por el mundo y que te harían arder si no los alabas. Luego, volvía a la ciudad para escribir libros y verdades profundas que

las tribus conocían y que el resto de nosotros habíamos olvidado. Me parece algo tonto. Siempre pensé que nuestra vida en DL era mejor que la suya en el desierto, al menos en lo que concierne a la ausencia de peligro constante.

Mal se recostó, entrelazó los dedos detrás de la cabeza y alzó la mirada hacia el vientre escamoso de la bestia que los cargaba.

—Tal vez, eso es lo que saben las tribus. Me refiero al peligro. ¿Cada cuánto nos sentimos verdaderamente cerca de la muerte en la actualidad? Todos en Dresediel Lex viven envueltos en algodón: las mujeres se preocupan por un trozo de piel flácida; las mujeres pálidas quieren tener la piel más oscura; las de piel oscura quieren ser más pálidas. Y los hombres no son mejores. Tú vives en Fisherman's Vale y casi con seguridad has visto a varios trotando sin camiseta por las mañanas, con sus cuerpos esculpidos sin otro propósito que la vanidad. En las Badlands nadie puede darse el lujo de preocuparse por estupideces y mierdas como éstas.

Caleb se dio un golpecito en el vientre, que era plano, pero no estaba esculpido.

—Eso pensaba hasta que vi a la cuarta persona morir por una infección sanguínea.

—¿Y qué hay de la quincuagésima persona que murió en las calles porque no tenía trabajo o porque no podía pagar un médico o el agua?

—Esas mismas personas no durarían ni dos semanas en el desierto.

—¿Y tú sí? Si crees que deberíamos matar a todos los que no podrían sobrevivir en la naturaleza, eso significa que quieres tener mucha sangre en tus manos.

Una docena de respuestas mordaces se le quedaron atrapadas en la punta de la lengua.

—No, eso no es lo que quería decir —insistió él—. Lo siento. He discutido de esto una y otra vez con mi padre y es difícil hablar de ello sin ponerme sensible.

—Es un tema delicado. No hay respuestas fáciles.

—No —dijo después de pensar durante un momento—. Supongo que no.

Su couatl se alzó hacia una delgada capa de nubes y la atravesó. El vapor de agua salpicó el rostro de Caleb y le humedeció el cabello. Las alas de la bestia

batieron tres veces, cuatro, y las nubes desaparecieron para revelar un cielo despejado. El sol los calentó; la mitad del cuerpo de Caleb estaba entre sombras y el lado izquierdo de Mal estaba iluminado.

Ella se recogió las piernas y se levantó, despacio, sosteniéndose de los cables de la góndola para mantener el equilibrio. Su chaqueta ondeaba como si fueran alas. Llevaba una camisa marrón con el cuello abierto y una hilera de pequeñas cicatrices manchaba la piel de su clavícula.

—Mira —dijo ella—, déjame mostrarte a qué me refiero.

Él se dio cuenta de lo que iba a hacer un instante antes de que soltara el cable y cayera por el borde de la góndola.

Con un grito, saltó para atraparla; su estómago se contrajo y una mano le salió disparada. Se estiró hacia las nubes, tratando de sujetarla con desesperación.

«Soy demasiado lento», pensó mientras sentía una presión alrededor de la muñeca. El repentino aumento de peso lo tiró de la canasta. Se asomó por el borde y rio con alivio. Mal estaba colgada del brazo de Caleb. Su chaqueta se azotaba y se movía con la velocidad de su movimiento, y sus ojos brillaban con nítida alegría.

—¿Lo ves?! —dijo ella sin preocuparse por el cielo abierto ni la caída de varios kilómetros. Gritó para que pudiera oírla por encima del sonido del viento—. ¿No te sientes más vivo?!

—¿Estoy aterrado! —gritó él en respuesta—. ¡Y molesto!

—Tu corazón está latiendo, estás respirando profundamente, estás desesperado. ¿Alguna vez te has sentido así en Dresediel Lex, excepto por las ocasiones en que corrías detrás de mí?

—¿Qué habrías hecho si no hubiese logrado atraparte?

—Es una larga caída. Hubiera pensado en algo.

—Estás loca.

—No eres el primero que me lo dice.

Él la atrajo de vuelta a la góndola. Cuando el temblor del brazo de Caleb casi lo hace soltarla, ella se sostuvo de una cuerda y terminó de impulsarse por su cuenta.

—En general —dijo él cuando ya estaban a salvo y apoyados de nuevo—,

creo que prefiero la vida entre algodones.

Ella se encogió de hombros. Caleb recordó cómo la había perseguido por los tejados y el frío en su corazón mientras volaba.

Después de un silencio, Caleb añadió:

—¿Cuál crees que fue el problema en Seven Leaf?

Ella no le respondió, pero Caleb se negó a cambiar de tema hasta que al final cedió.

—Tal vez fueron los animales o un ataque de la Gente Escorpión, aunque no hay muchos de ellos en las montañas y se requeriría de un grupo más grande del que jamás haya visto en mi vida para hacerle daño a la estación Seven Leaf. Podría ser una rebelión espiritual, pero atamos a todos los fantasmas y dioses locales en el lago antes de empezar a bombear.

—¿Una traición?

—Es posible. Desde dentro o desde fuera.

—Entonces ¿cuál es tu plan?

—Volar hacia el norte. Ver qué nos espera. Lidiar con ello. —Mal se recostó y cerró los ojos—. No tiene sentido preocuparse por la partida antes de mirar las cartas.

Caleb no estuvo de acuerdo, pero tampoco discutió. Su respiración se volvió pausada y ella se quedó dormida. Caleb se sentó a unos cuantos centímetros de ella y trató de pensar mientras el mundo pasaba por debajo de ellos.

Una hora antes de que cayera la noche, los alcaides guiaron sus monturas para vigilar un amplio claro del bosque. Un arroyo rodeaba el claro al este, en cuyo centro había un tocón de doce metros de ancho de un árbol de magisterio. El acercamiento de los couatls hizo que los ciervos y las aves que descansaban salieran volando. Los alcaides no encontraron peligro alguno y decidieron acampar en la base de una raíz en crecimiento, entre el tocón y el agua.

El magisterio crecía en lo más profundo de las montañas a velocidades glaciales. El bosque viviente era fuerte y aún más poderoso después de la muerte; la savia pegajosa se asentaba con rapidez y se secaba, suave y dura como una roca. Sólo los relámpagos y la hechicería podían derribar esos árboles antes de que la savia se endureciera. Un magisterio derribado era valioso: los carpinteros podían darle forma a la madera para crear el interior de los barcos y sus mástiles, más ligeros que el metal, más duros y resistentes que la mayor parte de la hechicería. Los buscadores de riqueza peinaban las montañas después de las tormentas invernales en busca de madera caída para vender.

El tocón junto al que acampó el equipo de RKC era demasiado viejo y estaba deteriorado, incluso para el buscador más desesperado, y debía de llevar ya unos tres siglos soportando viento, lluvia e intentos inútiles de los insectos por hacerle túneles. Los couatls anidaron en la base plana del tocón y frotaron su piel contra las astillas, que eran tan afiladas como clavos de acero.

Caleb hizo una fogata, que Mal encendió con una mirada, y cocinaron una comida sencilla y copiosa a base de tortillas, queso y carne seca calentada sobre las llamas. No hablaron mucho. Ninguna bestia o ave local regresó al claro, ya que temían a los campistas o, más probablemente, a los couatls. Al atardecer, Caleb aplastó a un par de mosquitos, ya que éstos no hicieron ademán de defenderse.

Después de comer, Caleb se recostó, se dio un par de golpecitos en el estómago, sacó una moneda y jugó con ella entre los dedos.

—Estoy aburrido.

—Lamento que nuestra misión encubierta no sea lo bastante emocionante para ti —respondió Mal.

—No, estoy paralizado de miedo, y no me gusta. —Sacó una baraja de cartas del bolsillo de la chaqueta—. ¿Quieres jugar?

—¿Jugar a qué?

—Póquer.

—¿Sólo nosotros dos?

—¡¿Qué decís vosotros, chicos?! —les gritó a los alcaides que estaban al otro lado de la fogata. Sus máscaras de mercurio deformaban y reflejaban las flamas, transformando sus facciones impertérritas en las puertas del infierno. Levantó las cartas—. ¿Una partida?

La líder del grupo de alcaides, una mujer joven y corpulenta cuyo número de placa era 3324, fue la primera en hablar.

—Estamos de servicio, señor.

—No me diréis que todos pensáis montar guardia al mismo tiempo, ¿o sí? Unos cuantos pueden jugar mientras los otros vigilan.

—Tenemos que seguir de servicio mientras estemos en el campo. —Alzó una mano enguantada y tocó el lugar de su máscara donde estaba la mejilla. Su guante desapareció en la superficie plateada—. No sería justo.

—No necesito ver vuestros rostros para quitaros el alma —le respondió Caleb mientras sacaba las cartas del paquete—. Y no me llaméis *señor*. —Al barajar las cartas, el roce de una contra otra sonaba como una serpiente de cascabel: un sonido suave y extraño en el claro.

3324 accedió sin más insistencia. Tres de sus compañeros de escuadrón se unieron a una mesa de seis mientras dos dormían y dos más montaban guardia. Todos los alcaides tenían el mismo número inicial en sus placas.

—¿Eso significa algo? ¿El treinta y tres?

—Somos una unidad extraterritorial —dijo 3324.

—Autoridad para los arrestos, pero sin la responsabilidad de arrestar —

añadió el alcaide que estaba junto a ella.

—Soldados —dijo Mal con resentimiento.

—No —respondió 3324—. Somos alcaides que no siempre tienen el lujo de llevar a sus sospechosos a casa para que los interroguen.

—Una distinción importante que estoy segura de que vuestras víctimas respetan.

Si 3324 reaccionó, su máscara no mostró señales de ello.

—A veces tenemos misiones desagradables. A veces, el mundo es desagradable. Estaría más que feliz si lo único que tuviera que hacer fuera dirigir el tráfico.

—Lo dudo.

La alcaide se encogió de hombros.

—Duda lo que quieras. Pero hasta hoy estamos atrapados en trabajos como éste, en el bosque, volando para confrontar una amenaza desconocida, probablemente en desventaja de armamento y escoltando a dos civiles. Sin ofender.

—Vosotros habéis elegido esa vida —dijo Mal—. Me disculparás si no te creo cuando dices que estarías feliz de dejar el trabajo.

—Yo elegí servir. Resulta que se me da bien. Se nos da bien. —Hizo un ademán en dirección a sus hombres, que estaban sentados como estatuas y no reaccionaron a su comentario—. Queríamos servir a nuestra ciudad, y tenemos talento para ser el último recurso y para la violencia. Para los trabajos que nadie desea hacer, pero que tienen que hacerse. Así que aquí estamos: sirviendo.

Mal abrió la boca y Caleb casi la interrumpe, temeroso de lo que pudiera soltar. Pero no lo hizo y ella se conformó con decir:

—Así que estáis a nuestro servicio. Bueno pues, juguemos a las cartas.

—Juguemos.

—No podemos llamarlos a todos por sus números —dijo Caleb, aliviado por la oportunidad de cambiar de tema—. Treinta y tres veinticuatro bastaría.

—Pueden llamarme Cuatro. Dentro de nuestro equipo, el número final es suficiente.

—Un placer conocerte.

Caleb retiró una tela de seda doblada que llevaba en el bolsillo de su chaqueta y la extendió sobre un pedazo plano de tierra. Repartió las cartas, primero en ocho pilas, una por cada uno de los puntos cardinales, luego apiló los montones uno sobre otro y los barajó ocho veces. Su corazón se detuvo y se olvidó de que estaba sentado en medio de Drakspine, a cientos de kilómetros de la ciudad que lo había visto nacer. Dejó a un lado la discusión de Mal con la alcaide, al igual que su propio miedo. Las cartas guardaban un mundo dentro de ellas.

—Diosa de tres caras, te convocamos.

La fórmula le quemaba la lengua; las cartas le picaban los dedos mientras le arrancaban pedazos de alma. La parte posterior de las cartas estaba cubierta con diseños quechales: las Serpientes Gemelas entrelazando a una mujer con rostro de tres facetas, una diosa sin nombre. Mientras barajaba, los diseños empezaron a brillar.

Colocó la baraja en el centro de la seda y Cuatro la tocó con el primer dedo de la mano derecha; el alcaide a su lado la siguió, después otro y luego Mal. Con cada toque, los diseños se iluminaban. Los jugadores dieron pedazos de sí mismos, sus corazones, sus mentes, vidas, amores, fragmentos del polvo y del relámpago que los formaban.

La luz se separó de la baraja y, alzándose, asumió la forma de una mujer de medio perfil: una figura tentadora y seductora, con un rostro que sería hermoso si Caleb pudiera verlo entero. La diosa corrió más allá del alcance de sus devotos, provocándolos con regalos que desaparecerían en sus momentos de mayor necesidad.

Flotó sobre la mesa improvisada en la naturaleza, pequeña y perfecta como una muñeca de porcelana. En el bar de Andrej, a medida que avanzaban las veladas, donde reinos enteros se ganaban y se perdían al azar, ella era imponente, gloriosa: una luz verde al final de un largo muelle que él podría perseguir y abrazar para ahogarse.

Primero, Caleb le dio dos cartas a cada jugador y esperó a que Cuatro empezara la apuesta. Les echó una mirada a sus cartas: el dos de espadas y ocho de bastos. Estaba bien. Una mano baja y pobre era una buena manera de iniciar la velada para empezar con suavidad.

La diosa asumió sus facciones mientras apostaban: la sonrisa burlona de Mal, la solidez cuadrada de los hombros de Cuatro, la espalda de uno de los alcaides, la muñeca delicada de otro, la risa de un tercero. Caleb se retiró y observó.

Cuatro ganó la primera mano con un par de jotas. Mal tenía un nueve y un siete, y sonrió mientras el poder la abandonaba. ¿Habría sido su intención perder esa mano para envalentonar a los alcaides?

Caleb barajó y repartió otra vez.

El tiempo se detuvo para ellos, aunque el cielo se oscureció hasta volverse negro y hacer emerger el polvo enojado de estrellas. La diosa creció, dirigiendo la atención por turnos a sus fieles: exigiendo, engatusando, reprendiendo. La luz del fuego era tan tenue que Caleb tenía que entrecerrar los ojos para mirar sus cartas.

Jugar tan sólo era calcular las posibilidades y buscar pistas: Cuatro se tocaba la barbilla cuando una carta le daba la ventaja. Ocho, jovial e inmenso, doblaba sus cartas entre los dedos cuando tenía una mano fuerte. Mal era difícil de interpretar. Jugaba con imprudente abandono y, a pesar de ello, parecía ganar todas las manos importantes y perder las insignificantes.

Una vez que se cruzó con ella, con el rey y la reina de espadas, ella lo siguió en un espiral de aumentar la apuesta. Ambos presionaron, como si el juego fuese una delgada sábana de algodón entre ellos, sin disfrazar nada a pesar de cubrirlo todo.

Él ganó, tenía un color y ella dobles parejas. Ella se rio salvajemente mientras la diosa la arrancaba de sí misma.

Todos habían ganado y perdido suficiente para una noche. El juego llegó a su fin y la diosa se disolvió con un suspiro, renunciando a los pedazos de su divinidad en favor de los jugadores.

Caleb cerró los ojos mientras la diosa entraba en él. Los relámpagos danzaban por su cuerpo, quemando sus terminaciones nerviosas. Viviría por siempre, sus actos resonarían en las leyendas.

Abrió los ojos como si fuera la primera vez en años, así de fresco y salvaje le parecía el mundo.

Las cartas yacían como pedazos inertes de papel sobre la seda arrugada.

El silencio hacía eco en la altura de las montañas, no como una ausencia de ruido, sino como una presencia en sí, un medio que podía soportar la intrusión humana así como el mar soporta el paso de un barco. Antes de que el barco llegara, el mar ya existía; mientras el barco pasaba, el mar chocaba contra el casco. Cuando el barco se marchaba, el mar permanecía. Sin el mar, no podría haber barcos. Sin los barcos, no podría haber mar, pensó Caleb, sin saber lo que eso podría significar.

Escuchó el silencio que había sobre Drakspine en la oscuridad, al lado del fuego menguante.

Los jugadores se dispersaron. Los alcaides reemplazaron a los que montaban guardia o tomaban su descanso, y Mal se desvaneció en la noche mientras Caleb guardaba y purificaba las cartas.

Una vez que terminó con sus rituales, se dispuso a buscar a Mal por el campamento. Al principio, no podía encontrarla. Los alcaides montaban guardia o dormían; aquellos que se percataron de su presencia sólo respondieron con asentimientos cortos y silenciosos. Pensó en Cuatro, sentada junto al fuego, y en el deber.

Estaba a punto de gritar el nombre de Mal cuando alzó la mirada y la vio sentada en el borde del tocón de magisterio; su perfil estaba iluminado por la fogata y las estrellas. Observaba el cielo.

Debió de haberlo oído trepar por las raíces retorcidas del árbol. Pero cuando se puso de pie a su lado, con las manos raspadas y los brazos doloridos por el esfuerzo, ella no apartó la mirada de las estrellas y las montañas. Los couatls dormían detrás de ellos en una pila enroscada, con las alas enrolladas sobre sus cuerpos sinuosos. Sus largas cabezas dentadas, como de cocodrilo, reposaban sobre las frías y flexibles escamas.

—Nunca creí que fueras un hombre religioso —dijo ella, perdida y distante, como si se encontrara vagando más allá del horizonte de un sueño.

—No lo soy. —Esperó a que ella dijera algo más, pero no lo hizo—. Mi padre es el último de los Caballeros Águila, un sacerdote de los antiguos dioses, y yo trabajo para el hombre que expulsó a sus dioses. Más religión es lo último que necesito en mi vida.

—Sin embargo, sigues a una diosa.

Él se rio, pero ella no lo hizo, así que se detuvo.

—Yo no lo llamaría *religión*.

—¿Cómo lo llamarías, entonces?

—La Dama de las Cartas —al decirlo, oyó las mayúsculas y deseó poder retirarlas— que vive entre los jugadores. La forman sus almas combinadas, y no tiene otro poder que el que posee sobre la partida. La partida termina y ella se marcha. No es una diosa muy importante que digamos.

—Sin embargo, la adoras.

—En realidad, no.

—Sigues sus ritos y sus reglas al momento de repartir una mano o barajar las cartas. La adoras, tanto como un jugador de pelota habría adorado sesenta años atrás a las Gemelas, a Ili de White Sails o a Qet, Señor de los Mares, o a Exchitli. En lo que a ti respecta, la partida nunca termina. Eres un sacerdote ocasional, jurado a una diosa que sólo existe de forma ocasional.

—Estás muy filosófica esta noche.

—Tal vez.

Ella miró hacia el norte, hacia una oscuridad palpable en el horizonte, donde la cortina de estrellas disminuía gradualmente y desaparecía.

—Parece hechicería —señaló Caleb.

—Es el lago Seven Leaf. Llegaremos ahí mañana antes de mediodía. — Hablaba con un tono mesurado que bien podría haber sido de emoción o miedo, o de ira disfrazada de control.

—Bien.

El brillo de las estrellas era una fuente poderosa de energía para la hechicería, la mejor de todas las materias primas: el brillo de las estrellas filtrado a través de una mente humana se convertía en la esencia de las almas, y las hechiceras podían usarlo para lograr maravillas y grandes blasfemias. Fuera cual fuese la fuerza que se había apoderado de Seven Leaf, ésta sería menos poderosa al mediodía, con las estrellas ocultas, que durante cualquier otro momento del día.

—Esa mancha debe de estar a kilómetros de distancia. ¿Puede ser que Seven Leaf acapare tanta luz?

—No. La estación extrae más energía de la que está diseñada para usar. Eso reduce las posibilidades. De hecho, lo reduce a una: alguien está dentro, trabajando en nuestra contra.

—No sería alguien cualquiera —comentó él después de un rato.

—¿Disculpa?

—Nuestro enemigo tiene rostro, ¿cierto? El hecho de sacar a la estación de sus límites de ese modo requiere verdadera hechicería.

—Hay muchos hechiceros entrenados en el mundo y no todos son buenas personas.

—Claro. —La mancha negra se esparció por el cielo y fue creciendo mientras él la observaba—. Pero éste se apoderó de la estación sin activar una sola alarma. Éste es un trabajo interno. Apostaría un décimo de mi alma a que sabes quién lo hizo o que puedes adivinarlo.

Sus piernas colgaban del borde del tocón. Sus pies largos y angostos, y de huesos delgados, estaban descalzos. Se volvió para mirarlo por encima del hombro.

—¿Y qué si lo sé?

—Dime quién es. —Él se sentó junto a ella. Tres ranas entonaban un canto vibrante y sin sentido.

—Si te lo digo, se lo contarás al Rey de Rojo.

—No lo haré.

—Lo harás.

—Está bien —dijo Caleb—. Tú decides si confías o no confías en mí. Me voy a acostar.

Estaba a punto de bajarse y abandonarla con las estrellas y las serpientes dormidas, pero ella estiró una mano y lo detuvo.

—Su nombre es Allesandre Olim —dijo ella—. Allie. Era la hechicera más fuerte en Seven Leaf. Estaba ansiosa por tener el nombramiento, y supongo que ahora sabemos por qué.

El nombre flotó de regreso hasta él a través del tiempo, desde túneles y cuevas, y un lago de lava.

—Allesandre. ¿La asistente de Alaxic?

—Sí.

—La he visto una vez. En ese momento no me pareció que estuviera loca. Precisa y peligrosa, sí. Pero esto...

—Lo sé. —Señaló otra vez las estrellas—. Pero ahí lo tienes. Era la mejor hechicera en Seven Leaf, con diferencia. Un genio. Nadie más en la estación podría haberla vencido, ni podría haber hecho esto.

—¿Puedes razonar con ella? ¿Hablar calmadamente?

—Lo dudo. Ha ido demasiado lejos. La mancha es más grande de lo que cualquier hechicera con vida podría manejar sin enloquecer. Si la gente quiere usar más, tienen que morir, como tu jefe.

—Tal vez ha muerto.

—La muerte lleva tiempo. Hay clases, grupos de apoyo, ejercicios premortuorios. Allie está viva, pero su mente es una astilla de madera atrapada en un tornado. Destruirá lo que sea que se interponga en su camino, pero no tiene control.

—Eso no suena bien para nosotros.

—Estaremos en desventaja cuando llegemos a Seven Leaf, tanto en número como en poder.

—Entonces pediremos refuerzos. Las fuerzas del Rey de Rojo pueden estar aquí para cuando amanezca.

—No.

—¿Por qué no?

—Ya has oído a tu jefe en esa junta. Si tengo éxito, Heartstone estará a salvo. Yo estoy a salvo. Si llamo a tu jefe, admito mi fracaso y todo lo que eso conlleva. Ya de por sí nos culpa por este desastre, así que se vengará y registrará Heartstone desde los cimientos. Ninguno de mis amigos y colegas sobrevivirá. —Arrancó pedazos de musgo del tronco y los arrojó por el borde: siglos de descomposición deshechos por una uña—. Es mejor de este modo. Tendré éxito si es posible. Si no, el Rey de Rojo y sus ejércitos pueden estar aquí en cuestión de horas y salvar la ciudad.

—Pero morirás.

—No me importa —dijo en un tono monótono, tan impactante como un grito.

—A mí sí.

En la oscuridad, sus ojos eran más profundos.

—Sí —dijo ella—. Lo sé.

—No estás preocupada por ti. Estás preocupada por mí.

—Preocupada —dijo, y se rio de la pobreza de la palabra—. Los alcaides sabían en qué se estaban metiendo cuando aceptaron este trabajo. Ya has oído a Cuatro. Yo sé por qué estoy aquí. Pero tú... tú no has pedido esto.

—Sabía en lo que me metía.

—No sé qué habrás pensado que te depararía el destino cuando me perseguiste, pero esto es peor. No sé qué armas utilizará Allie contra nosotros. Los alcaides están asustados. Yo estoy asustada. Nunca has estado en una guerra de hechicería antes. Morirás si tienes suerte, y morir es doloroso. —Apartó la mirada—. No quiero que mueras, Caleb.

—No tienes que sonar tan sorprendida por eso.

La incertidumbre abandonó su voz.

—Si dependiera de mí, no te habría dejado venir.

—Puedo cuidarme solo.

—Ah —dijo con una pequeña risa, como de campanas—. ¿En serio?

Unas flamas azules destellaron en sus ojos y él se congeló. Su mano rehusaba a girar, su pecho a moverse. El sudor hizo que le ardieran los ojos, pero no podía parpadear.

—Es una pequeña prueba de lo que usará en nuestra contra mañana —explicó ella—. ¿Ves por qué estoy preocupada? Quiero defenderte. Si es necesario, te dejaré aquí, inconsciente, protegido por bastiones y dormido hasta que esto se arregle.

Sus pulmones privados de aire empezaron a tener espasmos. El tiempo corría despacio y el aire ejercía presión contra las palmas de sus manos: un aire sutilmente acanalado, como la superficie de un tablón de madera. Su hechicería lo había atado con fuerza, como con telarañas.

Pero podía sentir los hilos. Lo que podía percibir, lo podía tocar, y lo que podía tocar, lo podía aprovechar.

Un frío se extendió por sus cicatrices. Cerró los puños y la parálisis se

rompió. Sostenía dos puñados de ortiga, pero el alivio de poder parpadear y respirar era tan fuerte que se olvidó del dolor. La hechicería de Mal brillaba en su agarre.

Caleb alzó la mirada. Mal había retrocedido y adoptado una posición de ataque, con los ojos bien abiertos.

—Qué... —fue todo lo que logró articular.

—Bueno —dijo él—, ¿esperabas que dejara que me estrangularas así de fácil?

—Tú... —empezó ella cuando trató de hablar otra vez.

—Iré contigo. Tal vez muera, pero no me importa. —Mientras hablaba, se dio cuenta de que no mentía—. Me agrada la idea de estar a tu lado, sin importar lo que pase.

—Tú... —repitió ella.

—Tengo hechicería, sí. —Las cicatrices en sus dedos doblaron la luz azul de su poder como cristales—. No pensé que te sorprendería. Lo he hecho antes. ¿Recuerdas el bar? ¿Cuando bailamos?

—Tú... estás brillando.

Caleb bajó la mirada. Unas líneas de color cerúleo se retorcían en su torso. Brillaban a través de su camisa como la luz de la luna.

—Eso es demasiado poder sólo para derribar a alguien.

—Ésos no son glifos de hechicero.

—No son glifos de ningún tipo. Como te dije en Andrej, son cicatrices.

—En alto quechal.

—Sí.

—Eres un Caballero Águila. —Él oyó el arrebato en su voz y le dio asco—. Tu padre...

—Mi padre es un Caballero Águila, y un sacerdote, un terrorista y muchas otras cosas que yo no soy. —Se desabrochó los botones de la camisa. Las cicatrices brillaban en su piel, curvadas e intrincadas: Qet, Señor de los Mares, sangrando los océanos. Exchitli, el Sol, cayendo hacia los colmillos de las serpientes para sellar el trato que creó al mundo. Las Gemelas Heroicas destellaban sobre su corazón.

Caleb soltó su hechicería.

La oscuridad adquirió un tono púrpura. Él cerró los ojos y esperó en las sombras durante unos largos diez segundos. Una cálida presión se aposentó en su pecho. Reconocía sus dedos callosos y el siseo de su respiración cuando tocó sus cicatrices.

—Los Caballeros Águila —dijo él, aún con los ojos cerrados— usaban el poder de los dioses en batalla. Mi padre es el último. Cuando tenía diez años, se arrodilló en la cúspide de la pirámide donde trabajo hoy en día y talló los símbolos de su orden en su piel. El último paso de la iniciación. Parte de su sangre sigue ahí, en la piedra del altar.

—Por todos los dioses, Caleb. ¿Qué fue lo que te hizo?

—Cuando tenía diez años. —Abrió los ojos. El rostro de Mal estaba a centímetros de la cara de Caleb, pero tan distante como la luna—. Bueno... —trató de explicarse de nuevo y se detuvo otra vez. Las ácidas palabras se formaban en su estómago y le dolían mientras le subían hasta la lengua—. Cuando tenía diez años, nos abandonó a mi madre y a mí. Pero no quería que estuviera desprotegido. —Hizo una mueca—. Así que me dio el regalo más poderoso que conocía. Me drogó en nuestra última cena y me vino a buscar por la noche con un cuchillo de cristal negro. Mi madre nos encontró cuando estaba terminando. Había sangre por todas partes.

Una de las manos de Mal le apretó el hombro mientras con la otra le tocaba las costillas. Mal no lo tiró hacia ella, pero su fuerza hizo tronar sus huesos.

—Cree que lo hizo por mi bien. Yo pienso que es un fanático, pero las cicatrices me dan fuerza. Me dejan tocar la hechicería, sostenerla, moldearla. Nunca me ha gustado usarlas en mi trabajo, porque no quería deberle nada. Pero eso había sido hasta ahora. Hasta que te he conocido. La locura de mi padre nunca me trajo nada bueno, pero al menos me permitirá estar a tu lado.

El río rodó hacia el sur y las estrellas centinelas miraron hacia abajo.

—Di algo —susurró él.

Mal podría haberse alejado, como lo había hecho muchas veces antes, como lo habría hecho él mismo en esas circunstancias. No la habría culpado. Pero fue peor. Se levantó, con las manos sobre los hombros de Caleb, observándolo con

esa expresión tranquila entre preocupación, fascinación y terror, como si se tratara de un accidente de tránsito o un cadáver mordisqueado por tiburones en la playa.

Pero el terror fue desapareciendo poco a poco, así como la fascinación. Con la boca cerrada y los hombros caídos, tanto la comisura de sus ojos como la forma en que apretaba su cuerpo se suavizaron. Se vio a sí mismo en la mirada de Mal, y ella se vio a sí misma en la de él.

Una coraza se cerró sobre ese silencio, sellándolo. Mal dio un paso hacia atrás, se llevó la mano a la barbilla y dijo:

—Tengo una idea.

La mañana era fría y el cielo estaba nublado; los árboles se hallaban cubiertos de una neblina que los hacía parecer embrujados. Un pliegue de niebla cubría el río y la tierra, transformando así al tocón de magisterio negro en un promontorio adusto. Los couatls despertaron y extendieron las alas.

Los alcaides se movían en filas simples y rectas, desmontando el campamento y empaquetando las tiendas y las bolsas de dormir. Colgaban las armas cerca de sus sillas de montar: ganchos retorcidos en largas cadenas, jabalinas con púas, bayonetas automáticas, discos afilados como navajas en varios tamaños. Las armas murmuraban palabras agudas cuando Caleb se acercaba: «despelleja, desuella, destruye, retuerce».

Incluso Mal parecía seria esa mañana.

—¿Estás lista? —le preguntó Caleb mientras ella se acomodaba en la góndola. Se sacudió para regresar a la realidad desde un lugar lejano y distante, y respondió:

—Tan lista como es posible. —Apretó el brazo de Caleb a través de su chaqueta. Él colocó la mano sobre la de ella; con una señal inadvertida de Cuatro, los couatls emprendieron el vuelo.

La cortina de bruma no se retiró ante el sol naciente. La cúpula de sombras, su destino, se hacía más grande en el horizonte con cada movimiento de las alas de los couatls.

Toda la mañana viajaron por un estrecho barranco entre picos cubiertos de nieve. Ahí, dos placas de la corteza terrestre chocaban entre sí, torciéndose y rompiéndose a lo largo de generaciones. Un río corría por el borde de la grieta, alimentado por los desbordes del lago Seven Leaf, y su vuelo lo iba siguiendo hasta el nacimiento.

La cúpula de sombras estaba a unos cuantos kilómetros y continuaba igual de

alta. Formaba una curvatura inmensa frente a ellos, con una superficie manchada, como si se tratara de una mezcla de varios aceites. Una corriente oscura se retorció en el interior mientras ellos se aproximaban.

—¿Por qué se ve de diferentes colores? —preguntó Caleb.

—Allie no puede observarlo todo a la vez —dijo Mal—. Observa su mundo por partes. Cuando se asoma por una sección de la cúpula, ésta se oscurece.

—¿Aún crees que ella es la persona a la que nos enfrentamos?

—Sí.

Después de una pausa, preguntó:

—¿Por qué se mueve de forma tan aleatoria? Sería más seguro para ella tener un sistema.

—Probablemente cree que es así. Su mente está confusa por tratar de contener todo ese poder.

—Entonces, nos enfrentamos a una hechicera loca y casi omnipotente.

—Sí.

—Genial.

—Si te sirve de consuelo, la locura tiende a ser una desventaja en asuntos de este tipo.

—Me alegra oírlo.

Mal se sentó de lado con actitud imponente, observando.

Caleb analizó su dilema actual. Una bestia sagrada y profana lo cargaba hacia el norte, con una mujer hermosa y aterradora, para defender a una ciudad maravillosa a pesar de todos sus horrores. Vivía en contradicción y con miedo.

Su padre no lo aprobaría.

La noche anterior, Mal se había arrodillado junto a él en su tienda y había pintado figuras en la piel de Caleb con tinta plateada que ardía cuando estaba fresca, pero se enfriaba al secarse. Incluso ahora podía trazar el contorno de los sigilos en su pecho y brazos, hombros y espalda, con tinta tan fría como la hechicería, formando un patrón que complementaría sus cicatrices. Su pintura de guerra, su marca como el protector de Mal.

Caleb rio.

—¿Qué?

—He pasado de gerente a caballero en dos días. Creo que me merezco un aumento.

—Te recomendaré si es que tenemos éxito.

—No creo que te permitan escribir una recomendación para tu novio.

—¿Así que ahora eres mi novio?

—Ésta es nuestra segunda cita.

—Vaya cita. Luchando por nuestras vidas.

—Estaremos bien —dijo él, sin convicción.

—Sí. —Ella no sonaba más segura—. La próxima vez, iremos a algún lugar agradable.

—Claro —dijo él mientras se adentraban en la oscuridad.

El mundo cambió, como si entraran en una playa en bajamar: un paso seco, cálido y flexible, y el siguiente, húmedo, frío y firme. El agradable mundo iluminado por el sol se desvaneció. Estaban rodeados por montañas, riscos tan viejos como la tierra misma. Los árboles temblaban con el viento de su paso, como sombras inquietas que despiertan hambrientas de un largo sueño. Éste era el mundo inmortal. Duraría más que los hombres que escarbaban su superficie y se regocijaría cuando la última ciudad se derrumbara.

¿Así era como los hechiceros veían el universo? ¿Tan oscuro y sin fondo?

Cuando los couatls descendieron hacia la fila de árboles, unas cuerdas de sombra estrangulaban el aire sobre ellos. Por donde pasaban las cuerdas quedaba un silencio tan solemne como los pasillos de una tumba antigua.

Los couatls se abrieron paso entre los árboles de magisterio hacia las cataratas, donde el agua caía en torrentes desde un acantilado indómito. Volaron por encima de la roca descubierta, hasta que con un último empujón de las cansadas alas subieron por el risco y llegaron al lago.

Seven Leaf se extendía frente a ellos, a más de tres kilómetros de la costa de este a oeste y rodeado por montañas.

Caleb nunca había visto tanta agua dulce en un solo lugar. Dresediel Lex era una ciudad desértica, sin importar lo mucho que aparentara una templada comodidad. Durante su infancia, había jugado entre espinas de cactus, y el bosque que mejor conocía era Stonewood, muerto hace miles de años. Una

riqueza vergonzosa yacía debajo de él: agua dulce a lo largo de todo el horizonte, la salvación para su ciudad sedienta.

El relámpago negro de la mente de Allie parpadeó y se elevó por encima de las aguas. El sol era un fantasma pálido. Una enfermiza luminiscencia verde azulada brillaba por todas partes y por ninguna a la vez, sin producir sombra alguna, sólo restos no digeridos de luz, vomitados por su adversario.

La Estación Seven Leaf estaba envuelta en sombras y brillaba sobre el agua: una cúpula plateada en el centro del lago, rodeada por una superestructura metálica con la forma de una estrella de seis puntas. Tres anillos de hechicería rodeaban toda la estación con flamas crepitantes. Las cúpulas y las torres se difuminaban y se doblaban, con anexos, contrafuertes y arcos que brotaban y se derrumbaban por instantes, brillando al revés a través del tiempo.

Los couatls aceleraron la marcha hacia la estación. Sus alas describían despiadados arcos en la oscuridad. Cuando cruzaron el primer círculo exterior de hechicería, el mundo brilló con una luz blanca, y antes de que ésta se desvaneciera, cruzaron el segundo y tercer círculo en rápida sucesión, con un destello de color negro, un compás musical que llamaba a Caleb por un profundo túnel, más allá de donde estrellas desconocidas brillaban en un abismo desolado. Las protecciones en las escamas de los couatls estallaron, sisearon y destellaron, emitiendo un humo que apestaba a ozono y a carne quemada.

Aterrizaron en una plataforma de roca plana en el margen de la estación. Cuatro fue la primera en tocar el suelo, seguida de Uno, Tres y Siete; Mal los siguió, así como Caleb, y los alcaides que quedaban llevaron al couatl de vuelta a los cielos.

Tan pronto como soltaron a los couatls, unos tentáculos de treinta metros de largo salieron del lago. La mayoría de ellos trataron de agarrar a los couatls y fallaron, pero dos de ellos cavaron profundas trincheras en la piedra de la plataforma donde Caleb, Mal y los alcaides estaban parados.

Caleb se tambaleó hacia atrás, resbaló con la piedra lisa y cayó. Un tentáculo se encorvó sobre él, como una sombra oscura en contraste con el cielo gris. El tentáculo atacó y Caleb se encogió de miedo, pero cuando abrió los ojos, seguía con vida. El tentáculo se retorció sobre la plataforma de aterrizaje, cercenado por

la mitad a todo lo largo. Cuatro estaba de pie sobre él, con una larga espada negra que rezumaba icor y que guardó en la vaina que llevaba a su costado.

Tres tentáculos más se alzaron para reemplazar a la extremidad caída. Mal ayudó a Caleb a ponerse de pie y ambos corrieron, seguidos por los alcaides, por una larga plataforma hacia la cúpula central.

Los couatls se entrelazaban y giraban por el cielo, danzando en medio de una tormenta de tentáculos. Caleb había visto bastantes peleas humanas en su vida, brutales y breves, personas que trataban de romperse, quebrarse y rasgarse. Así era como los hombres peleaban entre sí. Los couatls y los tentáculos eran objetos contruidos, mecanismos perfectos que luchaban con la precisión de un artista.

Los tzimets se escabulleron fuera del agua hacia la plataforma, con sus garras afiladas y curvas arañando el metal. Cuatro y sus camaradas los golpearon como un martillo, tan rápido que sus formas se perdieron en el movimiento. Las manos de Cuatro ardían con llamas verdes mientras impactaba en el vientre de un tzimet; Siete arrojó una bola plateada por la plataforma y ésta lanzó delgados rayos de luz que rasgaron las sombras y el agua negra.

«Somos buenos en nuestro trabajo», había dicho Cuatro frente a la fogata. Acción de último recurso y violencia.

Lograron hacer un hueco en la horda de seres y corrieron, con Caleb y Mal detrás de ellos.

El mundo se deformó: una visión de la avenida Sansilva yacía bajo los pies de Caleb, ancha y flanqueada por pirámides, y él habría corrido por el camino hacia el lago de no ser porque, en lugar de eso, su mirada estaba fija en Mal y la siguió. Cayó trescientos metros desde un castillo en el cielo hasta el desierto, pero fue tras Mal y el desierto se derritió.

Los sueños que roían la mente de Caleb se volvían más grotescos cuanto más se acercaba a la cúpula. Demonios que mordisqueaban sus entrañas y le arrancaban la piel a Mal en largas tiras que se desmadejaban mientras corría.

Sus pasos sonaban sobre el acero.

La luz dispersó las ilusiones de Caleb. Sobre ellos, los alcaides soltaban lanzas de fuego, giraban discos de plata y arrojaban ganchos contra los

tentáculos de Allie. La superficie de la cúpula envolvía el tiroteo en una casa de la risa infernal.

Cuatro llegó a la cúpula y corrió sin detenerse, dejando atrás sólo una onda en las flamas reflejadas; las paredes no estaban hechas de cristal o cromo, sino de agua.

Caleb tomó a Mal de la mano y entraron juntos.

El agua lo rodeó y lo dejó pasar. Cuando abrió los ojos, estaba seco y solo.

La oscuridad iluminaba una habitación en ruinas: mesas rotas, sillas volcadas, consolas e implementos de hechicería dispersos por el suelo. Una red de alambre retorcido y tuberías dobladas llenaban la cámara, y una mujer estaba sentada en medio de esa red, acunada como un ídolo en la mano de un viejo sacerdote. Caleb la reconoció.

En su última reunión, Allesandre había sido cortante y precisa, calmada como un río congelado. Su hielo se había derretido y se había vuelto una inundación. Los glifos brillaban en su piel, le manchaban el rostro con patrones de garras, le rodeaban la frente como una corona de cuchillos. Andrajos de un traje de lana oscura colgaban de su cuerpo. En sus ojos se veían eternidades envueltas en sí mismas.

De su red de metal colgaban pedazos deformes de carne humana, y había cadáveres esparcidos por el suelo a su alrededor.

A Caleb se le revolvieron las entrañas y casi vomitó, casi salió huyendo por la cortina de agua. Fue el miedo lo que se lo impidió más que la valentía. Ella no le perdonaría la vida sólo porque tratara de correr. Su única oportunidad de sobrevivir yacía frente a él.

Su boca burlona se abrió de repente en una sonrisa, y una luz azul brillaba entre sus dientes como dagas.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Allesandre —dijo Caleb—. Detén esto.

—¿Por qué? —preguntó cordialmente la hechicera—. Tú me pusiste aquí, me lo pediste. Tú y tu amo.

Caleb negó con la cabeza.

—Yo no te pedí nada. Sólo te he visto una vez. —Ella no respondió—.

¿Dónde están los otros?

—Tus compañeros están muertos. Sólo te he dejado vivir a ti.

Caleb vio carne que se quemaba hasta volverse cenizas y oyó que Mal gritaba. Eran alucinaciones creadas con hechicería. Brujería.

—Mientes.

—No.

—Estoy aquí para arreglar el agua. No trates de detenerme.

Un fuego ardió en su mirada.

—Ven si te atreves. Pon las manos en mi cuello y mátame.

Era un truco, desde luego. Sin embargo, sintió su garganta en la mano derecha; carne, tendones y huesos. «Aprieta. Mátala.» No. No se había movido. Su mano estaba vacía. Estaba solo en la oscuridad.

—Ven —dijo ella—. Estoy esperando.

El destello de un relámpago hizo que tanto ella como la red de alambre y los cadáveres se iluminaran en claroscuro. Cuatro siluetas flotaban en el aire a su alrededor, como recortes de sombra contorsionados por el dolor.

Cuatro sombras. ¿Por qué cuatro? ¿Por qué le resultaban familiares esas siluetas?

—¿Dónde está Mal? —preguntó él. Trató de apartar la mirada de Allesandre, pero sus ojos permanecían fijos en ella.

—No tienes poder aquí —declaró Allesandre.

Él la ignoró y, en su lugar, se centró en la sensación de su mano derecha. Piel, sí, pero demasiado dura y callosa para ser una garganta, los huesos demasiado delgados para ser una columna. Reconoció la carne de la palma de una mano, con dedos delgados y fuertes envolviendo los suyos.

—Mal —dijo, más fuerte esta vez.

—Nadie puede ayudarte. Estamos solos, somos los únicos seres humanos a kilómetros a la redonda. Enfréntame y pelea conmigo, o te destruiré en cuanto apartes la mirada.

Apartó la mirada. Sus nervios estaban trabados y el aire se le congelaba en el pecho. Oleadas de sangre azotaban en los bordes de su cuerpo. Sus cicatrices estaban frías.

Los cimientos del mundo se sacudieron, o él se agitó, o ambos. Se mente estaba atada por cuerdas. Se aferró a ellas y éstas se aflojaron.

Mal estaba junto a él, agarrada a su mano derecha, con la mirada fija en Allesandre. Vio glifos que brillaban a través del cuello abierto de su camisa.

—¿Pretendes dictar mi sentencia? —Su voz era aguda y atemorizante—. Él no tenía nada que ver con esto. Te destruiré por haberlo matado.

Mal creía que estaba muerto. Oyó un movimiento por encima de él y le llegó un olor a ozono mientras unas garras de hechicería rasgaban a través del espacio vacío. Reconoció a los alcaides por su velocidad. Saltaban entre tuberías y alambres, y uno se abalanzó hacia Allesandre sólo para ser arrojado a un lado por una fuerza invisible. Sus ataques estaban desorganizados y descoordinados. Un par de ellos atacó a la vez y una ola de fuego los lanzó hacia atrás. Un enredo de brazos negros atrapó a Siete, que logró liberarse, y la misma trampa atrapó a Tres unos segundos después.

Peleaban con valor y desesperación. Peleaban como si cada uno de ellos fuese el último obstáculo entre Dresediel Lex y la perdición.

Caleb cerró los ojos y vio los alambres de hechicería que se retorcían en las mentes de los alcaides y en la de Mal.

Mal dio un paso hacia delante y se transformó en una figura inhumana: alta, delgada y afilada, un eidolon de huesos lisos y puntiagudos. Sus dedos casi resbalan de la mano de Caleb.

Casi.

Caleb tiró de ella con sus cicatrices. La ilusión de Allesandre se dobló y Mal luchó contra él; su mano era como la hoja de un cuchillo que le cortaba la palma de la mano, como una llama encerrada en su puño, pero insistió. El dolor aumentó y Caleb lanzó un grito, pero antes de que pudiera soltarse, la ilusión se rompió.

Mal se quedó congelada. La sangre salía de los cortes en la mano de Caleb, y una gota que salió de la curva de su dedo meñique creció y cayó al suelo.

Mal se volvió para mirarlo. Sus ojos ya estaban abiertos antes, pero ahora lo veía.

—Caleb —susurró, y hueso y cristal se derritieron de su cuerpo. Su mirada de

sorpresa cambió de alegría primero a una confianza depredadora. La piel de Mal estaba fría al tacto. Cerró los ojos y miró a Allesandre.

—Allie —dijo ella—, eso ha sido ingenioso. Pero no suficiente.

Mal avanzó y Caleb la siguió.

Una serpiente sibilante de llamas azules los rodeó, pero se desintegró con un movimiento de la mano de Mal. El sudor y la condensación brillaban en su frente. Su respiración lenta y superficial convertía el aire en neblina. Caminaron hacia las mandíbulas de un tiburón con dientes de cristal del tamaño de un hombre. Mal frunció el ceño y, al cerrar los ojos, los dientes se derritieron y se convirtieron en frías gotas de lluvia que le salpicaron la frente.

Las espinas florecieron y se volvieron rosas, que cayeron frente a ellos, pesadas y sofocantes, sólo para que les salieran alas y se alzaran como mariposas, convertidas después en un enjambre de abejas arrastrado por una ráfaga de viento.

El mundo se tensó como una cuerda de violín.

Alliesandre, cubierta de un halo de relámpagos, ardió con fuego oculto.

La noche anterior, Caleb estaba sentado en la tienda de Mal desnudo hasta la cintura. El pincel le cosquilleaba la parte de atrás de su cuello.

—Los duelos de hechicería —dijo ella— se pelean en muchos niveles. La mente y el alma son dos campos de batalla; el cuerpo, otro; el tiempo es un cuarto nivel y la mayoría de los otros no tienen mucho sentido, a menos que seas un hechicero. El mundo es una discusión, y como en cualquier discusión hay muchas maneras de ganar o perder. Puedes forzar a tu oponente a contradecirse. Puedes señalar sus falacias, sus falsas dicotomías, sus exageraciones y distorsiones de la realidad. Nuestra autoridad, otorgada por el Rey de Rojo, amenaza el control que tiene Allie sobre la estación. Atacará la unión entre Seven Leaf y RKC, reclamando independencia. Pero los contratos entre la estación y RKC son fuertes y puedo ponerlos en su contra.

—Y una vez lo hagas, ganarás.

—Eso sería lo esperable —dijo mientras su pincel se deslizaba por el cuello de Caleb—. Si éste fuera un caso frente a un juez, en una corte de hechicería,

con el apoyo de una orden precedente. Pero aquí... —Se detuvo y trazó una espiral en la base de la columna—. Existe una manera fácil de ganar una discusión, sin importar la calidad de tu postura: matas a la persona con quien discutes. Cuando se percate de que estoy a punto de ganar, me atacará con cada thaum en su poder. No conseguiré detenerla, porque en ese momento ya estaré exhausta por la pelea. Un ataque simple y contundente me atravesará como una flecha a través de un muro de papel. —El pincel giró sobre su propio eje para marcar un punto. La tinta se secó y la notó fría sobre su piel y sobre su alma. Cerró los ojos y vio la noche dentro de su cráneo pintada con sus diagramas—. Ahí es donde entras tú.

Allesandre se llenó de ira. Los alambres se retorcían como tentáculos a su alrededor y su boca pronunciaba palabras en lenguas demoníacas. Se retorció como una serpiente.

Un relámpago cayó sobre ellos como agua desde lo alto. El relámpago golpeó la armadura de Mal y habría logrado atravesarla de no ser porque su poder no tenía adónde ir.

Las líneas de pintura plateada brillaban en la piel de Caleb, así como las cicatrices en su pecho, brazos y espalda.

Los truenos se le clavaban en la mente. El poder azotaba las cuerdas de su ser y su corazón se detuvo.

Caleb sostuvo la fuerza de Allesandre como un jinete sostiene las riendas.

Se arrodilló y estableció contacto entre el relámpago y la plataforma de metal de la Estación Seven Leaf.

La base de su alma se abrió y él cayó en la estación, en el agua, cruzando las defensas de Allesandre. Ella echó la cabeza hacia atrás. Su esqueleto resplandecía a través de la piel y emitió un grito largo y agudo, hasta que su propia garganta la estranguló y el mundo se vino abajo en forma de agua.

La cúpula, que estaba construida para aguantar las tormentas, los terremotos y la ira divina, no resistió más. Miles de litros de agua cayeron sobre Caleb y Mal, sobre los alcaides y sobre Allesandre en su red de alambre.

Caleb se derrumbó encima de la plataforma. El tiempo desapareció en medio

del rugido y el flujo del agua. La gravedad falló y él trató de agarrarse a cualquier cosa firme. Sus manos tomaron un tubo con agua hirviendo pero que estaba firme, y contuvo la respiración mientras la oscuridad en movimiento los cubría.

El universo volvió a la normalidad en medio del resplandor del mediodía. Caleb se dobló sobre la plataforma, tosiendo agua dulce. El cielo azul se extendió sobre ellos y parpadeó ante el ardiente sol.

Durante un instante que parecieron meses, e incluso años, estuvo arrodillado tratando de juntar todos los pedazos de su mente para formar un todo que funcionara. Cuando alzó la mirada, vio las tuberías y los alambres enredados en desorden y a Allesandre cojeando en medio de ellos. El alambre rodeaba su cabeza como una corona y su cuello como un collar. Era difícil determinar dónde acababa ella y dónde empezaban las máquinas; el metal se deslizaba suavemente bajo su piel.

Había cadáveres tirados en el suelo, arrojados por la inundación contra las consolas y los altares erigidos. Dos alcaides habían caído por la borda, y Cuatro y Ocho les lanzaban cuerdas para rescatarlos.

El torrente no movió a Mal, que estaba de brazos cruzados y tenía la cabeza inclinada a un lado, como una niñera que observa a un niño desobediente. Caminó hacia delante, aunque le temblaban las piernas con cada paso lleno de determinación.

Allesandre alzó la mirada para observarla. Su piel era oscura como la de una quechal, del mismo color que la de Caleb, y su cabello tenía mechones rojos. Derrotada, se parecía a la mujer que había sido meses atrás, la mujer que lo había guiado a los cimientos ardientes del mundo. Su pecho se agitaba. Su boca estaba abierta y tenía la mirada fija, exhausta y desafiante.

—Mal —dijo con un tono tan bajo que Caleb apenas pudo oírla; estaba desesperada y abatida—. ¿Ahora qué?

La otra mujer no respondió. Levantó una mano hasta el hueco sobre su corazón y la giró. La luz del sol se atenuó y sobre ellos el viento y las olas se movieron con suavidad. Caleb oyó el sonido de tela que se rasgaba. Mal sacó la mano de su pecho, sosteniendo un objeto en forma de cuchillo, y la levantó.

—Lo siento —dijo ella.

—Mal —repitió Allesandre—, ¿cómo hemos llegado a esto?

El cuchillo de Mal trazó un arco suave que empezaba en un lado del cuello de Allesandre y terminaba en el otro. La mirada de Allie se suavizó y se desplomó hacia delante con un grito ahogado y líquido. Los alambres no la dejaban caer y la sangre empezó a fluir desde su garganta por su blusa desgarrada. Parpadeó una vez y pronunció algo que Caleb no pudo entender. Tal vez el nombre de Mal. Se retorció de dolor y murió.

Mal se puso de pie como un árbol de magisterio golpeado por un rayo: sólida a la vista, pero con las hojas y las ramas temblando mientras el tronco trataba de mantenerse en pie. Los temblores viajaron hacia dentro desde la punta de sus dedos, y cuando llegaron a sus hombros, se desplomó, cayó sobre las rodillas y agachó la cabeza. El cuchillo se desvaneció mientras la sangre caía en la plataforma y se mezclaba con el agua.

Caleb corrió a su lado y se detuvo, titubeante. Ver a Mal derrumbada era más aterrador que verla preparada para la batalla. Él había arriesgado su alma en juegos de azar, se había enfrentado al Rey de Rojo, había saltado de edificios al vacío. Sin embargo, arrodillarse junto a ella y colocarle las manos sobre el hombro era la cosa más difícil que había hecho jamás.

Se preguntó si ella ya habría matado antes, y también, como lo había hecho la noche anterior, qué sentiría si sus circunstancias fueran al revés: él con el cuchillo y ella observando. Allesandre era peligrosa. Intentó pensar en Dresediell Lex muriéndose de sed y trató de justificar la sangre que había a sus pies, pero no pudo.

Sesenta años atrás, su padre había estado en la cima de la pirámide del 667 de Sansilva. Mientras se entonaban cánticos, había alzado su cuchillo. El cristal negro destellaba en el sol y el filo de obsidiana reflejaba al sacrificado desnudo. El cuchillo había caído, el asesinato se había cometido y eso también había salvado la ciudad.

Se quedó observando en silencio los ojos de la mujer muerta. De no ser por la sangre, podría haber estado perdida en sus pensamientos, o tal vez en sus oraciones.

A Caleb le dolía la mano, porque Mal la había apretado con mucha fuerza. Después de un rato, cuando dejó de temblar, alzó la mirada.

—Eso ha sido peor de lo que había pensado —dijo ella.

Un pájaro del lago cantó en la distancia.

Trató de hablar, pero se atragantó con sus palabras, así que se detuvo y lo intentó de nuevo:

—Vamos. Hay que poner en funcionamiento este lugar.

Caleb dejó sola a Mal mientras ella trabajaba. No tenía suficiente hechicería para ayudarla y se la veía más a gusto sin él. En realidad, no exactamente más a gusto. Más bien trabajaba en un silencio frágil que él temía romper.

Los alcaides hicieron un reconocimiento de la escena. Cuatro y Seis cubrieron los cadáveres con mortajas y tomaron fotos de cada víctima para análisis posteriores. Tres se había roto el muslo en la batalla y descansaba junto a la nerviosa e inquieta Uno, a quien Allie había atrapado en una pesadilla recurrente. Cuatro dijo que despertaría pronto.

—Si no, tenemos gente que puede hacerle recobrar la razón.

Siete caminaba alrededor de la estación a paso moderado, formando recuerdos detallados que los especialistas en Dresediel Lex recuperarían después.

Los couatls volaban sobre ellos. Uno se tragó de un solo mordisco a un ave del lago desprevenida y las plumas se desperdigaron en la brisa.

Allesandre estaba colgada de su pesebre de alambres.

Caleb siguió a Siete, escuchando sus pasos y el agua. Los cristales rotos destellaban a sus pies, y se arrodilló para recoger una esquirra y arrojarla al lago. Desapareció en el brillo reflejante de su superficie. La luz lo inmovilizó e hizo que incluso su sombra se viera pequeña.

Se volvió hacia Mal, que estaba quitando cables de la piel de Allesandre. Se acercó, pero ella no alzó la mirada.

—¿Estás bien?

Ella se detuvo en medio de su incisión. La sangre chisporroteaba en su cuchillo.

—¿Tú qué crees? Ve a matar a un amigo y dime cómo te encuentras después.

—Lo siento.

Ella siguió trabajando como si no lo hubiera oído.

—Quisiera ayudarte. Pero no sé cómo.

Ella no respondió, así que él se encogió de hombros, tomó uno de los alambres a sus pies y cerró los ojos. Una brillante red cargó de luz la oscuridad, extendiéndose desde la estación en todas las direcciones, representando el sistema que bombeaba y trataba el agua de Seven Leaf y la enviaba al sur, a Dresediell Lex.

La red estaba enferma. Los gruesos hilos colgaban flojos; las hebras delgadas estaban enredadas. El alambre se hallaba retorcido como un animal agonizante. C cogió un hilo suelto y lo tensó.

La Estación Seven Leaf se convulsionó, Mal maldijo, los couatls rugieron y los ojos de Caleb se abrieron de golpe. Los alcaides habían sacado sus armas y miraban al lago, como si esperaran que una especie de ser escorpión emergiera de sus profundidades.

Mal lo cogió de la muñeca.

—¿Qué estás haciendo?

—Ayudando, o eso pensaba.

—Allie casi destruye este lugar. Si tiras del hilo equivocado, todo podría desbaratarse. Podríamos hundirnos. O los espíritus atrapados en el lago podrían romper sus cadenas.

Soltó el alambre y la punta de éste raspó la plataforma.

—Bien. Gracias.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

—Bueno —dijo ella suavemente, pensando—, levanta ese alambre otra vez y cierra los ojos.

La red colgaba en la oscuridad y ella le tocó el hombro.

—¿Ves las líneas rojas?

Unos fosfenos solares muy tenues seguían a los hilos azules y plateados.

—Sí.

—Esos hilos unen la estación con las serpientes que se encuentran en DL. Sin ellos, tendremos que pasar otra semana reconstruyendo los generadores locales.

Si usamos las serpientes, tendremos agua corriendo dentro de unos cuantos días como mucho. Ayúdame a conectarlos al sistema.

—¿Cómo?

—Primero toca una de las líneas rojas, sólo una.

Con su mano libre, Caleb sujetó la línea más cercana. Un fuego le subió por el brazo, crispando sus nervios y quemando sus músculos.

Mal lo sostuvo mientras él se tambaleaba.

—Ya entenderás cómo hacerlo —explicó mientras él recuperaba el equilibrio—. No te estás haciendo daño; tu alma está reaccionando a la hechicería. Lo único que tienes que hacer es unir las líneas rojas con las azules.

Caleb cogió otro hilo; esta vez estaba preparado para el dolor. Cuando unió la línea roja con la azul, sintió un movimiento en su corazón, como si barajara unos naipes, mientras los dos hilos se fusionaban en uno.

Abrió los ojos. El alambre que sostenía era del mismo color, del mismo peso, pero algo había cambiado respecto a la manera en que guardaba y reflejaba la luz.

—Exactamente así —dijo Mal mientras examinaba el alambre—. Haz lo mismo donde sea que veas líneas rojas y azules que se parezcan. Me ahorrarás al menos un día de trabajo. Yo me ocuparé de lo difícil.

Ella dirigió la atención de vuelta a una maraña de metal doblado, cerró los ojos y frunció el ceño.

Caleb la dejó trabajar y se dedicó a lo suyo.

Hicieron una breve pausa para almorzar alrededor de las tres. El sudor empapaba la camisa de Caleb. Mal se había deshecho de su chaqueta y se había arremangado la camisa; sus brazos temblaban mientras se llevaba la cantimplora a los labios. Desgarró la carne con los dientes. Comieron sin decir palabra, y cuando Caleb apenas llevaba la mitad de su almuerzo, ella regresó a trabajar.

Más adelante, Caleb recordaría esa tarde como una serie de imágenes, principalmente de Mal: arrodillada sobre un círculo de hechicería; cortando la plataforma de acero con la hoja de su cuchillo; retirando el cuerpo de Allesandre de la red; limpiando los alambres de sangre y carne, y reemplazando a la mujer

muerta con un frío anillo de hierro. Apoyada sobre una consola, temblando. Un pañuelo atado sobre su cabello para mantener el sudor lejos de los ojos.

Cinco horas después, quemados por el sol y exhaustos, retrocedieron para examinar su trabajo manual. La estación estaba libre de desechos humanos y la red de Allesandre estaba ensartada otra vez. Las pantallas de cristal estrelladas los observaban desde los puestos de control. Engranajes y palancas, alambres deshilachados y diagramas místicos sobresalían de los paneles rotos. Pero cuando Mal dijo «eso es todo», Caleb no se lo discutió.

Durante la puesta de sol, la estación proyectaba una larga sombra sobre el agua y sobre sus propias sombras junto con ella: la de los alcaides, la de Caleb y la de Mal.

—¿Está funcionando? —preguntó Caleb. Las primeras palabras que había pronunciado desde el almuerzo.

—No. —Ella movió la mano en un rápido círculo—. Ahora está funcionando.

Al principio, daba la impresión de que nada había cambiado: un breve período, aunque le pareció largo, en el que se preguntó si Mal realmente había arreglado la estación, o si había perdido la cordura en cuanto Allesandre murió y había pasado la tarde tirando ineficientes líneas metálicas. Esperó en silencio. Los pies de Cuatro raspaban la plataforma mientras se movía. Caleb se metió las manos en los bolsillos; el sonido de la tela contra la piel era más fuerte que las olas.

Más fuerte aún porque no había olas.

Las aguas del lago Seven Leaf permanecían planas y calmadas, como un cristal de extremo a extremo, reflejando el universo encendido por el atardecer. La respiración de Caleb se detuvo. La más mínima exhalación podría destruir este espejo perfecto del mundo, y con ese espejo al mundo en sí.

Fue entonces cuando empezaron los gritos.

Primero los sintió en su estómago, pero aumentaron de volumen y tono para llenar sus oídos con la insensata furia de una muchedumbre del Skittersill, una ira tan fuerte que se convertía en desesperación. Los gritos procedían de la nada y de todas partes a la vez, elevándose mientras el sol se ocultaba.

Los brazos de Mal continuaron estirados. Los alcaides no se movieron y

permanecieron alerta.

El sol que se ocultaba derramó su sangre sobre el agua. La noche se escabulló desde los rincones del mundo y aparecieron las primeras estrellas, como heridas punzantes en el cielo desde donde se extendía la oscuridad. Los glifos ardían en las muñecas de Mal, alrededor de sus dedos, bajo su cuello.

Caleb sintió los gritos en los dientes.

Cuando el cielo adoptó un profundo color púrpura, del tono de la túnica de un rey, Caleb vio luz en el lago.

Pensó que eran peces fosforescentes o criaturas invisibles, o demasiado pequeñas como para verlas a simple vista. Cuando era niño y visitó unas cuevas profundas, uno de los guías nativos de su madre le había mostrado las anguilas subterráneas, cuya piel tenía un brillo verde.

Pero estaba equivocado; eran dioses los que se retorcían en el agua.

La luz de las estrellas se hundió en el lago Seven Leaf y se ramificó en espinas ondeantes y multicolores. Las figuras se agitaban, ensartadas en la luz: humanos, ciervos, lobos, serpientes, ratones, aves de grandes alas, escorpiones, todos retorciéndose como peces. El más pequeño de ellos era tres veces más grande que la Estación Seven Leaf.

Los gritos provenían de sus bocas abiertas.

Recordó que, cuando estaba en Dresediel Lex, le había dicho al Rey de Rojo que los espíritus locales del lago Seven Lake habían sido sometidos. Lo había dicho sin emoción porque así estaba escrito en su informe.

Las rodillas de Caleb golpearon la plataforma de metal. Alzó las manos para taparse los oídos, pero se forzó a destaparlos y se obligó a abrir los ojos. Había estado en la Estación Bay antes, había visto dioses sepultados y torturados. Éstos no eran ni la mitad de grandes: espíritus remanentes, eso era todo, deidades de poca monta que crecían con las tribus que alguna vez habían habitado estas montañas. Cuando las tribus desaparecieron o siguieron su camino, los dioses se quedaron, viviendo de las sobras de asombro y del recuerdo, apenas conscientes.

Pero tenían la suficiente consciencia como para darse cuenta del momento en que alguien acudía a tomar su tierra, su agua. La suficiente consciencia como

para luchar. La suficiente consciencia como para ser una amenaza, y Dresediel Lex no toleraría amenazas.

Mal aplaudió dos veces. Las máquinas hicieron un ruido metálico y la hechicería tarareó la música de las esferas. Una cortina de agua, reflectante como el mercurio, se formó sobre Caleb, Mal, los alcaides y la Estación Seven Lake, bloqueando la vista del lago y los seres torturados en su interior. Arriba, el agua encerró el cielo en un círculo que se hacía cada vez más pequeño, de treinta metros de diámetro, luego quince, luego siete. Una estrella roja destellaba en el centro del círculo.

El círculo se cerró y apagó así los gritos como una guillotina. El agua bloqueó la luz de la luna, las estrellas, el cielo, el lago, y cubrió la estación de una luz sin sangre. El aire olía a lluvia y a metal quemado.

Caleb se dio cuenta de que seguía arrodillado. Se puso de pie, ayudándose con una silla cercana. Junto a él, Mal parecía decaída.

—Ésos son dioses —dijo Caleb—. Están sufriendo.

—No son dioses. No exactamente. Y cuando alguien venga a aliviar el dolor del mundo, esas cosas pueden ponerse en fila para recibir su parte, como el resto de nosotros. Mientras tanto, el Skittersill, Sansilva, Stonewood y la Cresta del Norte y Vale tendrán agua para beber. —Giró una rueda que se encontraba en un altar cercano y una escotilla se abrió en el suelo, dejando al descubierto una escalera que llevaba hacia la parte inferior de la estación—. Me voy a la cama. —Descendió los primeros dos escalones poco a poco, pero al llegar al tercero le fallaron las fuerzas y tuvo que apoyarse en la pared—. Deberías descansar un poco.

Bajó hasta perderse de vista. Una puerta que se cerró cortó el ruido de sus pasos. Caleb se quedó solo con los alcaides en la plataforma. Durante un tiempo observó su propio reflejo distorsionado en el agua y escuchó. Pero no se oía nada. Estaba acostumbrado a eso.

Siguió a Mal por la oscuridad.

La Estación Seven Leaf no estaba diseñada pensando en la comodidad. Bajo la superficie, entre bancos de círculos de hechicería que giraban lentamente y atrapadores de almas que zumbaban, los arquitectos de Heartstone habían añadido, como una idea adicional, unas cuantas habitaciones vacías para el personal de la estación. Los alcaides se dividieron cuatro habitaciones entre ellos. Caleb eligió una cama fría en una habitación con un escritorio, unas cuantas fotografías de la familia de un hombre muerto y un tablero de ajedrez con una partida empezada que tenía un problema sin resolver con sus caballos. Se volvió para observar el tablero, pero no pensó en el problema. Ya tenía bastantes.

Atormentado por la idea de dormir sobre el sudor de un muerto, Caleb deshizo la cama y puso sábanas nuevas. Se acostó para descansar, pero no logró conciliar el sueño. Veía sangre y agua que fluían de una garganta cortada y que brotaban al ritmo de las máquinas que drenaban el lago.

Al final, decidió salir de la cama, se puso los zapatos y la chaqueta, y abandonó de la habitación sin resolver el problema de ajedrez. Después de recorrer un laberinto de pasillos, encontró la despensa de los alcaides; se sirvió un vaso de agua fría, un plato de arroz, carne y tortillas, y se llevó todo de vuelta por los pasillos retorcidos.

La ubicación de la habitación de Mal no era un misterio. Cuando Caleb y los alcaides la siguieron hacia la estación subterránea, encontraron todas las puertas abiertas salvo una, la que tenía un letrero con las palabras HABITACIÓN DEL GERENTE escritas en gruesas letras mayúsculas.

La puerta seguía cerrada. Caleb llamó, esperó y luego oyó su voz amortiguada por el acero:

—Vete.

—Te he traído comida. No has venido a cenar.

—No tengo hambre.

—No es por ti. ¿Qué tal si nos encontramos con mal clima en el camino de regreso y me caigo de la góndola? Quiero que estés lo bastante fuerte como para poder atraparme.

—¿Quién dice que lo haría?

Caleb abrió la puerta y entró.

La oficina del administrador era más grande que las otras habitaciones, pero seguía siendo pequeña. Olía ligeramente a incienso y tenía un estante atiborrado, un escritorio, una mesita de noche y una cama grande.

La pared del fondo era transparente. Más allá de ella, los dioses ensartados, en lo que parecía un encogido árbol espinoso, se retorcían. Se veían más grandes bajo el agua de lo que parecían en la superficie. Las corrientes y los peces que pasaban deformaban sus facciones, y sus gritos no penetraban las paredes.

Mal estaba sentada de lado, con las piernas cruzadas sobre la cama y dándole la espalda a Caleb. Desnuda de cintura para arriba, con las curvas de su cuello, sus costillas y sus caderas iluminadas de azul, verde y rojo por la luz que se filtraba por la ventana. Al entrar Caleb, ella cogió su camisa de la cama y se la puso, poco a poco, sin prisa. Abrochó un botón a la altura de su pecho, pero no se volvió hacia Caleb.

—Creo haberte dicho que te quedaras fuera.

—No lo has hecho. Me has dicho que me marchara.

—Ya veo que has escuchado con atención. —Dejó un objeto delgado sobre su mesa de noche. En la luz tan tenue, Caleb no podía distinguir lo que era.

—Soy bueno para escuchar. —Dejó el plato de comida sobre el escritorio y giró la silla hacia ella. Luego se sentó, observando su espalda.

Permanecía tan quieta como una estatua en contraste con el dolor fluido que se veía al otro lado de la ventana. Él se fijó en su silueta.

—Allie era una colega —dijo ella—. Vino a Seven Leaf poco después del incidente en Espejo Brillante. Éste iba a ser su gran salto en la administración. Me escribió al principio. Hace un mes, sus cartas dejaron de llegar, pero estaba demasiado ocupada para averiguar qué pasaba.

—Debió de ser duro para ella —dijo Caleb— estar tan lejos, y sin amigos.

—Nada más que el trabajo, y vaya trabajo. —Mal hizo un gesto hacia las aguas y las cosas que contenían—. Someter a estos espíritus, atormentarlos. Incluso si no están conscientes del modo en que nosotros lo estamos, sí padecen.

—Vale la pena el precio que hay que pagar —afirmó él, aunque no estaba del todo seguro.

—¿Durante cuánto tiempo? —Su voz sonaba hueca—. Dentro de diez años, o veinte, este lago no será más que un gran contenedor seco y agrietado en las montañas, y nosotros empezaremos a usar el siguiente, y el siguiente después de éste. Algún día no serán los dioses dementes los que sufran por nuestra sed, sino otras ciudades, otras personas. ¿Cuánto pasará hasta que decidamos que Regis no necesita su dotación de agua? Seguro que las ciudades del frío norte no tienen tanta sed como nosotros. Shikaw será la próxima. Podríamos bebernos este continente hasta dejarlo seco, desde el Pax hasta el Mar del Mundo. El agua es vida, y la vida vale cualquier precio, incluso la vida misma.

Caleb no dijo nada.

Ella suspiró. En las profundidades del lago Seven Leaf, los dioses atrapados gritaban.

—Éste es el mundo en el que vivimos.

—¿Por qué no tratar de arreglar las cosas? —Sintió la nimiedad de sus palabras incluso en el mismo momento en que las pronunciaba. Una ventana rota o una promesa rota era algo que uno podía arreglar. La escena en el lago estaba más allá de todo arreglo.

—¿Cómo?

—No lo sé.

Ella rio; era un sonido amargo y triste que colgaba del aire muerto de la estación como un cadáver en un estante.

—Todos tienen que hacer sacrificios tarde o temprano para sobrevivir. Supongo que éste fue mi primer sacrificio, o el primero que me afectó tanto. Me preparé para este momento años atrás, o por lo menos eso fue lo que me dije a mí misma.

Él no preguntó respecto a lo que *este momento* significaba. En la luz

parpadeante, apenas podía reconocer a Mal. Tal vez ella misma no podía reconocerse. Caleb se acercó a la cama, que se hundió un poco bajo su peso. El colchón era una firme mentira: el mundo de debajo no era más que agua. Se deslizó al lado de Mal y le tocó los hombros. Sus músculos eran como cables de acero anudados. Oprimió esos nudos con los pulgares y las palmas de las manos. Mal ahogó un grito mientras él empezaba a masajearla, y Caleb lo intentó de nuevo, ahora con más suavidad.

—Gracias —dijo ella esta vez.

El borde recortado de su cabello le rozaba los dedos. Unos pelos pequeños y suaves seguían el camino de su nuca, como una flecha apuntando a su espalda y a sus hombros. Él esperaba que su piel fuera fría al tacto. Todo allí era frío. Sin embargo, ella tenía fiebre.

Estando tan cerca, la estudió: piel suave, de un tono más claro que la suya, hombros y cuello oscuros y pecosos por el sol. No podía notar sus marcas de glifos; la hechicería no dejaba cicatrices, a menos que supieras cómo buscarlas.

La escudriñó para capturarla, para capturar el momento, pero también para distraerse de las torturas de fuera de la ventana. ¿Por qué ella habría elegido estar frente a eso? Tal vez sentía que era parte de su sacrificio o del sacrificio de Allesandre. Presionó su piel levemente, y los pensamientos de sacrificios se desvanecieron. Masajeó sus hombros hasta que el acero se derritió y se volvió casi humano.

Sentado en la cama de Mal, masajeándole el cuello, Caleb sintió que el tiempo se estiraba y se transformaba. Ese momento era como una puerta entreabierta.

Se inclinó hacia ella, silencioso, y ella se acercó a él. Los brazos de ambos se rodearon entre sí. La respiración de Mal se agitaba como unas alas. Las puntas de los dedos de Caleb le exploraron la mandíbula y la garganta, las delgadas líneas musculares y la vena que punzaba con suavidad. Mal ciñó sus brazos y él notó la línea de su clavícula, la piel sobre la curva de sus pechos.

Tenía la piel húmeda. Sorprendido, levantó una mano y la puso contra la luz de los dioses torturados. Las puntas de sus dedos brillaban con un color rojo oscuro.

Más tarde no pudo recordar si fue él quien se alejó de ella o ella de él. Uno de los dos se movió, o ambos, y, segundos después, ella estaba sentada a casi medio metro de él sobre la cama, de perfil como la estatua de un templo. Bajo el cuello abierto de su camisa había dos cortes largos, uno del lado izquierdo y otro del lado derecho. Otros cortes, que habían sanado hacía tiempo, yacían debajo de éstos, paralelos a su clavícula: un collar de cicatrices. Sus ojos brillaban.

—Mal. Qué demonios, Mal. —El objeto que ella había colocado sobre la mesa de noche era un cuchillo. No el cuchillo de hechicería que había matado a Allesandre, sino un trozo de cristal negro con un mango de oro y plata.

La mitad de su cuerpo que daba hacia él estaba entre sombras. La mitad que daba hacia los dioses reflejaba el amargo brillo verde de su dolor.

Detrás de ella, sobre el alféizar, había una estatuilla de piedra de siete centímetros de alto y no más ancha que el brazo de una mujer: un cilindro hueco formado por los cuerpos entrelazados de dos serpientes. Rastros gemelos de un delgado humo gris se elevaban desde una colilla de incienso en el centro del ídolo. Mientras se elevaban, los hilos de humo se entrelazaban y se desvanecían en el aire.

—Se llama... —empezó a decir ella.

—Ya sé cómo se llama —señaló Caleb antes de que ella pudiera terminar—. Autosacrificio. Sangradura. Cortarse.

—No es cortarse.

—¿Cuál es la diferencia?

Mal se limpió la sangre con un pañuelo, lo dobló y lo dejó junto al cuchillo.

—Te he dicho que te marcharas.

—No cambies de tema.

—Demonios, Caleb. Has visto lo que ha ocurrido allá arriba. Has visto lo que está ocurriendo afuera. Necesito una expiación.

—¿Una expiación? —Él se levantó y la cama se sacudió con la fuerza de su movimiento. Estiró la mano y cogió el ídolo del alféizar, dejando el incienso y su rastro de cenizas—. Aquel y Achal. —Arrojó la figurilla al colchón junto a ella. La pieza rebotó y rodó para quedar con Aquel hacia abajo y Achal gruñendo hacia arriba—. Éstas son criaturas sedientas de sangre. Las tenemos encerradas,

y eso me alegra. Matamos gente por ellas. ¿Sabes lo que significa cortarse frente a esta imagen?

—¡Claro que lo sé! —Las paredes de metal reflejaron la fuerza de su grito. Caleb retrocedió. Ella se puso de pie con la camisa medio abierta, que ondeaba como las vestimentas de un Rey Inmortal—. Los sacerdotes mataban. Claro. Pero ¿de verdad somos tan diferentes de ellos? ¿Lo soy yo después de lo que he hecho hoy? Has visto el Skittersill y Stonewood, lo que nuestra ciudad le hace a la gente que pierde. A tu padre.

—No lo metas en esto. Mi padre es un criminal. Un loco.

—¡Tu padre dirigió el Levantamiento del Skittersill! Durante años trató de conseguir la paz entre los teístas y los hechiceros, y cuando eso no resultó, trató de protestar. Y lo bañaron con fuego. Quemaron a sus seguidores, a cientos de ellos.

—Él quería matar gente. Ésa es la libertad por la que peleaban él y sus seguidores. Libertad para matar gente.

—Libertad de la persecución y la opresión. Libertad para practicar su religión. Libertad para sacrificar a voluntarios, gente que quería morir.

—¡Eso es asesinato! Es asesinato cuando le sacas el corazón del pecho a alguien, sin importar si lo haces porque un dios te dice que lo hagas.

Los músculos en los costados de su mandíbula se tensaron.

—De acuerdo. Pero lo que yo acabo de hacer también es asesinato. Cuando pecamos, derramamos sangre para expiar. Eso fue lo que mis padres me enseñaron.

—Entonces, estaban locos.

Dijo esas palabras antes de darse cuenta: saltaron a su mente, se deslizaron por su columna vertebral hasta sus pulmones, infestaron el aire y salieron volando de su boca. Los ojos de Mal se ensancharon y sus labios se apretaron. Caleb abrió la boca para decir algo, lo que fuera, para disculparse o explicarse.

La luz de los dioses se desvaneció; era demasiado tarde.

La noche invadió la habitación. Una gran mano lo sujetó y lo arrojó como una piedra hasta que se golpeó contra la pared, o tal vez el suelo o el techo. Las

direcciones ya no tenían sentido en su mente. Un gran peso le oprimía el pecho, el peso de miles de litros de agua. Sus costillas rechinaron; apenas podía respirar.

—Tú no puedes decirme eso.

Estaba hablando. Bien. Eso significaba que no lo mataría de inmediato.

Sangre y plata, pensó, ¿cuándo se había vuelto eso una posibilidad?

La recordó de pie sobre él, como una diosa, en las orillas del Skittersill. Las deidades mataban a aquellos que las seguían. Abrió la boca, pero sólo salió un seco graznido de sus labios.

—Mis padres eran buenas personas. —Su voz era como un ancla en su mundo giratorio—. Eran fieles y estaban molestos, pero eran buenos. Le hicieron frente al Rey de Rojo en el Levantamiento del Skittersill y cayeron. Y ardieron. Mi madre tardó una semana en morir.

Caleb luchó contra su hechicería, pero sus brazos no se movían, sus cicatrices no despertaban. La sangre le palpitaba en los oídos y le dolían los pulmones por la falta de aire.

El Levantamiento había sido culpa de su padre. Cuando Temoc decidía seguir un camino, siempre había necios que iban tras sus pasos. Dijeron que era una manifestación pacífica y eso devino al principio, pero al pasar las semanas, su control de la multitud empezó a decaer. Al décimo día, algún idiota arrojó una piedra, un niño murió y llegaron los alcaides.

No se trazaron líneas de batalla, ni hubo actos heroicos. Aquellos que se resistieron murieron.

Caleb tenía diez años y casi con toda seguridad Mal no tenía más de doce.

Después de que los cuerpos se enfriaran, el Rey de Rojo publicó una proclama de paz y Temoc se volvió un enemigo del Estado.

Cuando los alcaides atacaron, el padre de Caleb ya se había ido, dejando sus cicatrices a su paso.

Caleb también era, en este sentido, un huérfano del Levantamiento.

Los padres de Mal quedaron tirados en las calles del Skittersill. No había agua suficiente que pudiera apagar esas llamas, y sus cuerpos nunca se volverían ceniza.

Mal también había obtenido poder de sus cicatrices.

—Lo siento —dijo él mientras una negrura más profunda que la noche crecía detrás de sus ojos.

El peso se levantó de su pecho y la oscuridad empezó a desaparecer gradualmente por un agujero en la mente de Mal. Él casi se desploma, pero, a pesar de que sentía las piernas como si fueran hule estirado y frágil, no cayó al suelo.

Mal estaba de pie entre él y los dioses, pálida como una luna creciente. La negrura también le había quitado algo a ella.

—Lo siento —dijo ella—. Sí. Deberías irte.

Casi a ciegas, buscó la puerta, la abrió y retrocedió sin apartar la mirada de ella. Tenía que decir algo, pero no había nada que añadir.

Ella se fue haciendo más y más pequeña mientras él retrocedía. Cuando cruzó el umbral de su habitación, ya era del tamaño de una estatua; con tres pasos más, adquirió el tamaño de un ídolo.

La puerta se cerró entre ellos, él se dio la vuelta y corrió.

Interludio SUEÑOS

Cayó nieve en Dresediel Lex por primera y última vez, cubriendo los cuerpos de hombres y dioses que ensuciaban las calles. Al caer la nieve donde había fuego, ésta siseaba y se evaporaba. Un dios caído había cuarteado uno de los muros de una pirámide con el agitar de una mano y los escombros cubrían la amplia avenida. La ira y el dolor ardían en el cielo moteado.

Cubierto de sangre, Alaxic avanzó a trompicones por esa perdición que era la ciudad. El aire frío le lastimaba la garganta, y el dolor de las heridas en su pecho, su brazo y su pierna perforaba y empobrecía sus pensamientos. Al amanecer, había avanzado a la batalla montado en una serpiente emplumada, engalanado con la bendición de los dioses. La serpiente yacía muerta a dos manzanas de ahí y él estaba agotado.

—Hola, Alaxic —dijo alguien detrás de él.

La voz era profunda y familiar, pero extraña en este momento, en este lugar. Se dio la vuelta con toda la rapidez que le permitieron las heridas.

Un esqueleto vestido con un traje rojo estaba de pie en medio del camino, entre los cuerpos ardientes de dos semidioses. No portaba arma alguna, sólo una taza de café.

La nieve no caía dentro de la taza de café, ni se acumulaba en la ropa del esqueleto.

—¿Qué estás haciendo en mis sueños? —interrogó Alaxic.

—Por ahora —respondió el esqueleto— me pregunto por qué, de todos los lugares y momentos posibles para soñar, elegirías la Liberación de Dresediel Lex. No fue tu mejor momento.

—Fue una lucha noble.

—Se enfrentaron a nosotros y los aplastamos.

—Nos sitiaron y bloquearon. No tuvimos opción.

—Tu gente le arrancó el corazón a mi amor. ¿Qué creíste que ocurriría después?

—Yo no fui partícipe de esa decisión.

—La investigación ya nos lo reveló. De otro modo, te habríamos hundido en roca sólida, o atrapado en uno de los corredores de tu propia mente, o atado a una montaña en algún lado con un hígado regenerativo y un águila a la que le gustara el *foie gras*. —Un grupo de soldados corrió junto a ellos, sin destino alguno—. Entonces ¿por qué vuelves aquí?

—Mis amigos murieron en esta batalla y no todos podemos elegir el lugar que soñamos.

—Eres una persona extraña —dijo Kopil—. Eras un sacerdote, pero te convertiste en hechicero. No controlas tus sueños. Te niegas a hacer uso de tu alma, aunque eso signifique que no sobrevivirás hasta el final de ese pedazo de carne que llamas *cuervo*.

—La hechicería —respondió Alaxic— es una herramienta. No todos permitimos que nuestras herramientas controlen nuestra vida.

Kopil tomó un sorbo de café.

—Cuéntame qué ocurrió en el lago Seven Leaf.

—He oído que hubo problemas.

—Una de tus empleadas se volvió loca. Mató a todos en la estación.

—Qué horror —dijo Alaxic—. No sé qué haría si estuviera en tu lugar. Me alegro aún más de haberme retirado.

—¿De verdad lo estás?

—¿Qué? ¿Alegre?

—Retirado.

Exhaló una neblina en medio del frío.

—Me has estado observando durante los últimos meses. Tú y tus espías. ¿Qué hago?

—Bebes té y lees.

—Bebo té y leo. No planeo, no conspiro. No deseo que el viejo mundo vuelva

más de lo que tú lo deseas.

Una serpiente alada voló sobre ellos y quedó paralizada por flechas de luz. La serpiente chilló y cayó partida en trozos sangrientos a la calle.

—Sin embargo, sigues soñando con viejas batallas.

—Y tú no me has perdonado en cinco décadas por haber sobrevivido. Te molesta mi éxito en las Escuelas Ocultas. Te opusiste a la decisión de los alcaides de liberarme después del Levantamiento del Skittersill. Conspiraste contra mí mientras construía Heartstone y me la quitaste en cuanto tuviste la oportunidad.

—Eras un rebelde. Un anarquista.

—Soy un populista. —Levantó la mirada hacia el cielo, donde los hechiceros cubiertos de motores de guerra destruían a los dioses en pedazos. Los cuerpos celestiales cayeron, mezclados con la nieve—. Por lo menos, yo sólo sueño con viejas batallas —continuó—. Tú sigues librándolas.

Una ola de oscuridad cubrió al mundo. Cuando Alaxic se volvió de nuevo, el Rey de Rojo se había ido.

TERCER LIBRO

Heartstone

Caleb se marchó del lago Seven Leaf poco después del amanecer, escoltado por dos alcaides. Le dijo a Cuatro que el Rey de Rojo quería un informe de su éxito y que Mal se quedaría hasta que llegaran los refuerzos. Eso no era mentira, no del todo. Mal podría haberlo detenido, pero no lo hizo.

Despegaron en cuanto los primeros rayos de sol acariciaron el largo plano del lago. Los sueños de Caleb lo atormentaron toda la noche, emboscándolo desde los rincones más oscuros de su estado de ánimo. Demonios de dedos afilados invadían su sueño intermitente; demonios con su propio rostro que devoraban la carne de los dioses que gritaban.

Se cubrió los ojos para protegerlos del amanecer, se acomodó en la góndola y dormitó.

Los couatls lo llevaron hacia el sur. El lago empezó a quedar atrás y aparecieron cascadas y ríos que fluían con suavidad. Cada determinado número de kilómetros veía algunos círculos de piedra que sobresalían del bosque. El centro de estos círculos estaba ensombrecido, y glifos plateados brillaban en contraste con el granito gris. Estas rocas levantadas sangraban el flujo del lago Seven Leaf hacia el sur, para saciar la sed de la ciudad. Pronto, las cataratas dejarían de retumbar y el río se convertiría en un arroyo.

Ciento sesenta mil millones de metros cúbicos de agua. Después de aproximadamente una década, el crecimiento de la ciudad superaría la capacidad del lago de rellenarse por sí solo, pero mucho antes el bosque empezaría a sufrir los estragos.

Al cabo de tres horas se detuvieron para almorzar en un acantilado con vistas al valle profundo; comieron pan y queso, y bebieron agua de la cantimplora y licor de agave.

Los alcaides echaron una siesta en el acantilado después del almuerzo. Caleb,

que seguía inquieto, se adentró unos treinta metros en el bosque, encontró un abedul robusto y lo golpeó con las palmas, con los pies y con el costado de las manos, asustando a unos pájaros de alas amplias que estaban posados en la copa. Se arrancó parte de la piel de los nudillos y dejó una mancha de sangre en la corteza blanca. Apoyó el cuerpo contra el tronco hasta que sus hombros, brazos, piernas y vientre se convulsionaron y dejó escapar un grito largo y profundo.

Obtuvo como respuesta un rugido proveniente del valle, más largo y más profundo, un sonido que ninguna garganta humana podría emitir.

Agitado, volvió con los alcaides, que estaban de pie con las armas preparadas, despertados por su grito o la respuesta del valle. Hicieron el equipaje de prisa y se dirigieron al sur.

Para el final del día, los picos de Drakspine se fueron suavizando hasta convertirse en granjas y colinas vacías. Allí, entre las largas y secas hileras de trigo, los alcaides tenían puestos de vigilancia: pequeños edificios de adobe junto a cobertizos del tamaño de un granero donde los couatls incubaban sus huevos. Los escoltas de Caleb pasaron la mayor parte de esa tarde escribiendo informes; después los desafió, tanto a ellos como a los alcaides presentes en el edificio, a un juego rápido. Mientras jugaba, no miraba a la diosa a los ojos.

También mientras jugaban trató de enterarse de qué noticias había, pero lo que oyó no eran más que chismes de granjeros. Rumores sobre ataques de Gente Escorpión en los asentamientos de los alrededores. Cuando preguntó por la ciudad, los alcaides se miraron mutuamente y dijeron que no sabían nada con certeza.

Llegaron a Dresediel Lex a la mañana siguiente. Unas serpientes de humo se enredaban en el aire sobre Sansilva. El corazón de Caleb dio un vuelco, pero cuando llegaron a la cima de Drakspine comprobó que el daño estaba limitado a la manzana 700. Algunas tiendas que ardían, eso era todo; unas cuantas vidas destruidas. Los alcaides volaban en círculos sobre las calles, que ahora no daban señales de vida.

Aterrizaron en el estacionamiento de la pirámide, que estaba cubierto de botellas, piedras, letreros y de los restos de una manifestación que se había convertido en una revuelta. Los alcaides los recibieron y acompañaron a Caleb a

cruzar con rapidez el estacionamiento para entrar en la pirámide. Al echar un vistazo hacia atrás, vio el Café de la Muerte vacío y con el escaparate resquebrajado como una gran telaraña.

Sus escoltas lo acompañaron sin decir una palabra por el vestíbulo, controlado por guardias y demonios de seguridad, hacia un ascensor que los aguardaba. Al llegar al piso dieciséis, dejó de hacer preguntas.

El recibidor de la oficina del Rey de Rojo estaba vacío, excepto por los muebles de cuero oscuro, un retrato deprimente en una pared y Anne, la secretaria de Kopil, en su escritorio. Saludó a Caleb con un asentimiento cortante y le dio la vuelta a un ídolo de piedra de su mesa en el sentido contrario a las agujas del reloj; las puertas dobles detrás de él, marcadas con cabezas muertas, se abrieron sin emitir sonido alguno. Los alcaldes le dieron un empujón hacia las sombras que había más allá del umbral y las puertas se cerraron de golpe.

—Caleb.

La voz era débil, como una ligera corriente de aire. En un momento de confusión, creyó que se trataba de su padre, que había sido capturado y torturado, así que se dio la vuelta despacio, aterrado por lo que podría descubrir.

Estaba de pie en la oficina de Kopil, bajo la cúpula de cristal que se encontraba en la cima de la pirámide, en la oficina que no tenía entrada ni salida. No había ni rastro de las puertas por las que había entrado.

Vio una cama de hospital cerca del altar. La alfombra estaba enrollada y alguien había dibujado un mandala alrededor de la cama con arena blanca, morada y amarilla. El colchón tenía sábanas rojas, y una bata escarlata envolvía al esqueleto que yacía sobre él.

Las sombras que cubrían a Kopil se veían ligeras e insustanciales. Sus ademanes eran débiles, las chispas de sus ojos tenues y de color óxido. El Kopil que había confrontado a Caleb en esta oficina meses atrás era un río desbordado y ahora sólo quedaba el reflujo de éste.

Caleb se quedó observando. Todo lo que se le venía a la mente parecían ser las palabras equivocadas.

Con un movimiento de los dedos, el Rey de Rojo le indicó a Caleb que se acercara, y así lo hizo.

Su mandíbula descubierta se movió en silencio hasta que el Rey Inmortal consiguió hablar.

—¿Qué ha pasado?

—Se le ve diferente —respondió, y deseó haber dicho alguna otra cosa.

—Estoy diferente —susurró Kopil con una risa baja y chillona, como una serpiente de cascabel—. Estoy tirado aquí, reducido, y el agua fluye. Hacía más de medio siglo que no sentía debilidad. Me pregunto si aprecian lo que hago por ellos.

—Hay gente que ha sacrificado más —dijo, aunque no sabía por qué— y ha vivido con menos comodidad, siendo la muerte la única promesa para dejar de sufrir.

Al parecer, Kopil no entendió lo que había dicho o, si lo entendió, no le importó.

—¿El lago Seven Leaf vuelve a ser nuestro?

—Sí.

—Cuéntame.

Caleb lo hizo, aunque omitió muchos detalles. No mencionó sus cicatrices, ni la relación que tenía Mal con Allesandre, ni su desangramiento, ni su pelea bajo el lago. Fechas, tiempos, nombres, éstos sí los relató con gran precisión. Cuatro y su equipo merecían un reconocimiento por sus servicios. Seven Leaf volvía a ser seguro y el agua fluía.

Habló de la agonía de los dioses en el lago y se estremeció cuando Kopil dijo:

—Bien.

—Las revueltas deberían detenerse pronto —continuó Caleb, pero el Rey de Rojo hizo un gesto con la mano para descartar el tema.

—Apenas merecen recibir el nombre de *revueltas*. Un forcejeo con los alcaides. Alguien derribó unos cuantos barriles de fuego y el carbón incendió una serie de tiendas de campaña en Sansilva. No podíamos usar agua contaminada para apagar el fuego, ya que algunos tzimets podían sobrevivir al calor, así que mandamos traer agua salada del océano.

—Vale permanecía callado cuando volamos sobre él.

—No hubo muchos problemas ahí. Los alcaides arrestaron a unos cuantos

agitadores, profetas que proclamaban el regreso de las Serpientes Gemelas, esa clase de cosas.

—¿Usted cree...? —dijo Caleb, pero se detuvo.

—¿Qué?

—¿Cree que saben que estamos extrayendo el poder de las serpientes? ¿Tenemos una fuga de información?

—Uno de los hombres arrestados era un vendedor de Centervale con tres niños y un divorcio en proceso; otro, un pequeño terrateniente; el tercero, un entrenador de la liga infantil de ullaamal. Sus esposas, esposos y niños aseguran que ninguno de ellos tiene historial religioso, ni siquiera el entrenador. Soñaron con las Serpientes Hambrientas y al despertar empezaron a profetizar en lenguas de fuego.

—Debe de haber miles de personas que enloquecen en Dresediel Lex cada día.

—Como tres mil. Pero todos tenían las mismas visiones. Vieron que Aquel y Achal despertaban.

—Sólo quedan seis semanas antes del próximo eclipse.

Kopil suspiró.

—Lo sé. RKC ya se ofreció a pagar por los fuegos artificiales. Quince mil almas sólo por ese simple regocijo. Por esa cantidad podríamos comprarles a todos en la ciudad una taza de café decente. Sin embargo, los jueguistas deben de deleitarse.

—Las serpientes están en la mente de las personas ya que el eclipse se aproxima, ésa es mi opinión. Cuando enloquecen, su locura se ajusta a sus temores. Sólo son sueños. Nada serio.

—¿Alguna vez has leído al Maestre Schatten?

—¿A quién?

—Schatten escribía sobre sueños, mitos y el subconsciente. *Gigantes durmientes, El refugio de la sombra, El fin de los tiempos*. ¿Los has leído?

—No.

—Conocí al tipo —dijo Kopil—. Ya muy envejecido para sus cincuenta y tantos años, sacudido y destrozado por una vida de sumergirse en la plácida

superficie de las mentes de sus clientes. No ignores los sueños. Son una línea que conecta al pasado y al futuro. Todas las pesadillas son reales.

—Está preocupado.

—Estoy preocupado —respondió el Rey de Rojo. Dobló un dedo y un sobre de papel marrón flotó de su escritorio a la mano de Caleb. Él abrió el sobre y deslizó el amuleto de diente de tiburón hasta la palma de su mano. El glifo de ojo cerrado y el patrón de rastreo estaban agrietados y oscurecidos—. Ayer, los sigilos y encantamientos de este amuleto se quemaron solos, al mediodía, cuando murió la asistente de Alaxic.

Caleb frunció los labios. Allesandre no había lanzado ningún discurso de verdadero quechal, ninguna promesa del retorno de un dios. Aunque claro, al final ella había sido todo menos una diosa. Y cuando se apropió de Seven Leaf, dejó que los tzimets entraran en el agua. Habría sido una agente envenenadora muy lógica; sabía que Mal se escabullía dentro y fuera de Espejo Brillante y de la Estación del Norte. Siendo la asistente de Alaxic y la amiga de Mal, Allesandre podría haber inculpado a Mal, proporcionándole información sobre algún comerciante de artefactos quechales que le daría el amuleto rastreador. Sólo los filamentos más finos del trato lo conectarían todo con la propia Allesandre.

—Interesante —dijo él.

—¿Sigues en contacto con la corredora de acantilados a la que le quitaste este amuleto?

Caleb parpadeó.

—Podría tratar de rastrearla. No sé si querrá hablar conmigo. —Ambas declaraciones eran ciertas.

—El talismán está muerto. Incluso las señales de rastreo han dejado de funcionar. Sólo quedan los glifos rotos. Mi gente copió los glifos, estudiaron el diente hasta sus componentes atómicos y no encontraron nada. Esta supuesta conexión entre tu corredora de acantilados y la asistente de Alaxic es nuestra única pista. Encuentra a la corredora. Pregúntale si reconoce a una mujer que encaje con la descripción de Allesandre. Puedes ofrecerte a devolverle el

talismán si es que lo pide a cambio de la información. Infórmame cuando hayas tenido éxito.

Caleb se guardó el diente en el bolsillo de la chaqueta.

—Lo intentaré. —No había necesidad de decir más.

—Hazlo. —Kopil rechinó los dientes tres veces y apoyó la cabeza en la almohada—. Cuando estoy débil, vuelvo a sentir algo similar al miedo.

—No le entiendo —dijo Caleb.

—A lo largo de las últimas seis décadas hemos construido un mundo, pero no ha sobrevivido al paso del tiempo. Habitamos en los edificios abandonados por los dioses como arañas en una casa vieja. Los locos se juntan en masa para adorar a señores y damas que ya se han marchado, para destruir todo lo que nosotros hemos construido. Parecen odiarme. Tal vez tienen razón en hacerlo.

—No.

—Los dioses murieron en mis manos hace un siglo. ¿Eso cumplió con algún propósito, aparte de satisfacer mi vanidad y mi deseo de venganza?

—Sí.

—¿De verdad?

Caleb señaló la piedra del altar.

—Han pasado sesenta años desde la última muerte en este altar. —Volvió a ver a Mal en su mente y la manera en que la sangre contrastaba con su piel oscura—. Nuestra ciudad es cruel. Explota a los niños. Pero no acorrala a aquellos que teme y odia, no los mata para apaciguar a seres místicos. Hay muchos problemas con el mundo que usted ha creado, señor, pero al menos en eso está en lo correcto.

Kopil permanecía quieto entre sus sábanas de color rojo y sus vestimentas de color sangre.

—Supongo que el viaje con la señorita Kekapania no ha salido bien —dijo el Rey de Rojo después de un rato.

—No —respondió Caleb—. No ha ido bien.

—Lamento escucharlo.

—Gracias.

—Tienes razón, desde luego. Sobre el sacrificio y el valor de nuestra

creación. Pero no subestimes el poder de los sueños. —Las chispas rojas en las cuencas de sus ojos se apagaron—. Yo también veo serpientes cuando duermo.

Caleb no dijo nada.

—Ya puedes marcharte.

Un alcaide lo llevó volando a casa, por encima de Drakspine. El calor seco succionaba su sangre y su espíritu. Sin embargo, al encontrarse fuera de su casa por primera vez en días, a plena luz del sol, no pudo deshacerse del escalofrío en los huesos.

Zolin, la mejor jugadora de ullamal del mundo, arrasó con la estrecha cancha. Esquivó defensas, haciendo malabares con la pesada pelota de plástico entre sus rodillas, la cual producía un sonido fuerte al golpear su carne. Diez mil espectadores observaban desde las gradas y contenían la respiración.

Durante dos horas, el equipo de Zolin se había quedado atrás, pero en los últimos treinta minutos, en medio de la fatiga, el equipo Señores de los Mares de Dresediel Lex logró empatar el marcador por medio de la suerte y la pura determinación. En partidos comunes, el público reía, lloraba y gritaba obscenidades a los árbitros con sus máscaras monstruosas; sin embargo, esta noche esperaban un momento mágico.

Zolin esquivó al último defensa con un giro y golpeó la pelota con la coronilla. Ésta voló por encima del equipo contrario hacia la boca abierta de la estatua de una serpiente del otro lado de la arena. La serpiente era Aquel, el Hambre Acechadora; en el otro lado del campo se encontraba enroscada Achal, la Llama Avivada.

Durante dos mil años, este juego había sido una de las piedras angulares de la religión quechal. El juego representaba el sacrificio de las Hermanas Heroicas a las serpientes, al principio de los tiempos. A los fanáticos modernos no les importaba la mitología. Tampoco a Zolin. Pero si existía la vida después de la muerte, y llegaba a conocer a los antiguos jugadores ahí, podría vencerlos a todos con facilidad.

La pelota voló, una imagen borrosa de negro y hueso golpeó el interior de la boca de la serpiente y desapareció por su garganta. Se oyó una campana.

Los rugidos de triunfo llenaron el estadio, y la cerveza y el vino cayeron como lluvia sobre la arena; programas rotos y pedazos de tela se unieron al

diluvio. Zolin alzó los brazos y dio un salto. El sudor le salpicaba la piel, y sus dientes brillaban como perlas. En esos momentos, era inmortal.

—¡Demonios! —exclamó Caleb desde su asiento en lo alto de la grada. Rompió con rabia el recibo de la casa de apuestas. Maldecir le sentaba bien, así que lo intentó otra vez—. Por todos los demonios.

—Te he advertido que no apostarás en contra de la ciudad —dijo Teo al tiempo que contaba sus ganancias. La multitud empezó a disminuir mientras todos los asistentes se iban dirigiendo a la salida más cercana.

En el pasillo, Sam gritaba triunfante, con las manos alrededor de los labios, como un altavoz.

—Especialmente si jugaba Zolin.

—Y si estaba sobria.

En el campo, cada equipo saludó al portero-serpiente del otro. Los compañeros de equipo de Zolin la levantaron sobre sus hombros y dieron una vuelta alrededor del terreno de juego. Una banda empezó a tocar con sus contrabajos una melodía triunfante, y Sam comenzó a moverse al ritmo de la música. Saludó a Teo con la mano y ella le devolvió el saludo, pero no se levantó de su asiento.

—Tiene el rostro lleno de polvo fuera de la pista, pero nunca ha afectado su habilidad. Ésta es su religión.

Caleb hizo una mueca y Teo lo notó.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Acabo de perder un buen pedazo de alma. Déjame en paz.

—Siempre que menciono algo relacionado con la religión pones una cara como si estuvieras a punto de salir huyendo y golpearte la cabeza contra alguna pared.

—Te he contado lo que ha ocurrido con Mal.

—Sí. Pero no me has contado qué piensas hacer ahora.

—No quiero hablar de eso.

Sam la saludó otra vez, y ahora Teo sonrió y se levantó.

—Está bien. —Guardó su recibo en el bolsillo de la chaqueta de lino blanco y alcanzó a Sam en el pasillo. Bailaron mientras la banda tocaba, cada una con las

manos en la cadera de la otra.

Los aficionados se deslizaron en la oscura y cálida noche. Caleb se quedó sentado a solas en la fila vacía, excepto por un pequeño hombre quechal, de cabello plateado y hombros caídos, que se balanceaba en su asiento murmurando una oración que recordaba a medias.

Sam susurró algo en el oído de Teo. Se separaron, echaron un vistazo alrededor de las gradas vacías y rieron.

—¿Quieres acompañarnos a por un trago? —preguntó Sam.

—Está bien —dijo él.

Se liberaron del laberinto de pasillos, tiendas y estacionamientos que rodeaban al estadio, y encontraron un bar con un letrero mal pintado y mal escrito, con una mujer musculosa que cuidaba la entrada. Teo le guiñó el ojo a la portera y ella se movió insegura, sin saber si debía sonreír en respuesta. Teo y Sam bromearon sobre su confusión mientras encontraban un reservado. Dentro del bar, Caleb bebió ginebra y escuchó cómo discutían sobre arte, fe, deportes y alcohol. Sam pagó la cuenta; su *Grotesquerie urbana* se había vendido en una subasta y, aunque seguía siendo una artista, ya no se moría de hambre.

Una hora después, el aire del bar se puso denso mientras ellos salían a las calles frías. Teo detuvo un carruaje sin conductor y fueron al otro lado de la ciudad a través del tráfico, hacia Andrej. Mientras avanzaban juntos por la noche, Caleb recordó su último viaje en carruaje, la adrenalina y el terror de aquella tarde en la que el agua se puso negra.

A Sam no le gustaba Andrej. Se sentó incómoda en un rincón, observando a los comerciantes con elegantes trajes oscuros, que bebían cócteles costosos y se reían exhibiendo su riqueza.

—¿Cómo puedes relajarte en este lugar? ¿Crees que aquí alguien alguna vez haya visto algo real?

—¿Qué es real? —preguntó Teo, dándole vueltas a su bebida.

—¿No lo sabes? —respondió ella con una sonrisa de superioridad mientras acariciaba el rostro de Teo. Sam tenía una pequeña cicatriz junto al ojo, que no estaba ahí antes de las revueltas. Caleb no le había preguntado cómo se lastimó. No quería conocer la respuesta.

Después de una hora, se disculpó y subió por la escalera de caracol hasta el techo. Contempló la vista de la ciudad hasta el mar y la Estación Bay, que apenas era visible en el horizonte. La ciudad brillaba abajo y arriba, las luces de los rascacielos se reflejaban en la base de las nubes y en la superficie negra de la bahía. La brisa salada se mezclaba con el amargo sabor de agua de quinina de su gin-tonic.

—Deberías ir a buscarla —dijo Teo cuando lo encontró.

—¿Estás segura de que deberías dejar sola a Sam? Podría quemar todo el lugar.

—Estará bien. Y tú deberías disculparte con Mal.

—No quiero hablar de eso.

—No has hablado de nada más en toda la noche.

—No he hablado en toda la noche.

—Precisamente.

Él se apoyó en la baranda del balcón y dejó colgando la cabeza hacia el vacío: cuatro pisos hasta el siguiente escalón de la pirámide, luego cuatro pisos más, y así sucesivamente. Las ventanas brillaban desde los bloques de arenisca: otros bares o gente que seguía trabajando, perdidos en sus laberintos de papel.

—Ella debería disculparse conmigo —dijo él, aunque sabía que no era cierto—. Yo no hice nada malo. —Eso sonaba como una mentira. El aire allí arriba, fresco, frío y abierto, no admitiría falsedad. Bebió—. Además, ¿qué le diría?

—Para empezar, dile que lamentas haber sido un idiota. Tal vez podrías añadir que estabas muy estresado. Que acababais de salvar la ciudad de una loca nigromante y que tienes problemas con la religión, pero que eso no te da derecho a juzgarla. Podrías usar como defensa el hecho de que tu padre es un lunático, lo cual te hace sensible al tema.

Su siguiente sorbo de ginebra se le quedó demasiado tiempo en la boca, y cuando tragó se estremeció como si el líquido se deslizara por su cuerpo.

—Sí. —Apartando la vista del mundo, se sujetó a la baranda y siguió la mirada de Teo hacia el altar negro en el centro del techo—. Disculparme —dijo él, evaluando la idea—. Incluso si tengo razón.

—¿Quieres tener razón o quieres estar con ella?

—¿No puedo tener ambas cosas?

—Después, tal vez. Desde su punto de vista, la insultaste, insultaste a sus padres muertos y la dejaste en las montañas Drakspine sin nadie que le hiciera compañía, aparte de un grupo de los mismos alcaides que mataron a su familia. Es el momento de arrojarte a sus pies y suplicar su perdón.

—Dicho así, sí parezco un idiota.

—Sí.

Observaron la piedra.

—Oye —dijo él por fin.

—¿Sí?

—Has sido una verdadera amiga con todo este asunto de los últimos meses. Ella se encogió de hombros y tomó un trago de su whisky de malta.

—Me alegra que las cosas estén funcionando entre Sam y tú.

—¿Lo están? —Teo examinó las constelaciones reflejadas en el hielo de su whisky—. Es maravillosa. Salvaje. Demasiado salvaje para mí, creo. Ella salió durante las revueltas, cuando no estabas. No logré convencerla de que se quedara. Dijo que tenía que ir a donde la gente estaba luchando.

—Artistas.

Ella no respondió.

—¿La amas?

—Eso creo. No lo sé. Mierda. Tal vez sólo te estoy dando todos estos consejos porque estoy desesperada y puedo ayudarte, aunque no pueda ayudarme a mí misma.

—Por la desesperación —dijo él mientras alzaba su copa. Ella también alzó la suya hacia el altar.

—Y por los corazones sangrantes —añadió ella, y bebió.

Era más fácil concebir una disculpa que redactarla. Caleb intentó poner por escrito lo que le diría a Mal, lo intentó con todas las tácticas de venta: decir su discurso frente al espejo, en una habitación vacía, frente a un dibujo hecho con carboncillo y clavado en la pared; pero nada funcionaba.

Mientras estaba en la oficina, en vez de procesar reclamaciones o ayudar con los preparativos para el eclipse, empezó y abandonó innumerables variaciones de disculpas. Los borradores comenzaron a formar una montaña en su papelera, y al final se conformó con un párrafo copiado de una obra clásica: «Los problemas de dos personas no son nada en este loco mundo», empezaba. Se sintió como un tonto recitando las palabras de otro, pero no se le ocurría ninguna otra cosa.

Una vez que hubo dejado su búsqueda de las palabras perfectas, se dio cuenta de que no sabía dónde diría las imperfectas. Mal nunca lo había llevado a su casa. Podría encontrar su oficina sin problema, pero el tipo de conversación que quería tener con ella no era adecuada para el trabajo, y además sería peligroso. Las paredes oían y Rey de Rojo Consolidado no era un espacio de trabajo muy tolerante con la religión que digamos. Buscar su dirección en la nómina llamaría demasiado la atención.

Era mejor verla en terreno neutral, pensó, y regresó a la frontera entre Stonewood y el Skittersill. En su búsqueda de corredores, encontró un grupo que estaba formando un círculo; todos compartían una pipa con Balam, entre un conjunto de estatuas destrozadas. El entrenador tenía tatuada una nueva cicatriz en la frente, y su brazo derecho estaba en cabestrillo, pero Caleb no preguntó qué había hecho en las revueltas. Balam tomó la pipa de una chica a su izquierda, inhaló, sostuvo el humo en sus pulmones y exhaló; el humo se alzó como un dragón y se movió en círculos entre las estatuas arruinadas. Los ojos de Balam estaban fijos en un punto más allá del cielo.

—No has aprendido lo suficiente como para dejarla sola.

—Le debo algo y quiero pagarle.

Balam examinó a Caleb, pasó la pipa y colocó su mano sana sobre el yeso de su otro brazo.

—Tal vez sí. Ya han pasado semanas desde que corrió con nosotros por última vez. Se está aislando. La encontrarás cuandoquiera que la encuentres.

Los corredores no le ofrecieron a Caleb su pipa y él se marchó solo. No era de extrañar que fueran sospechosos. El círculo era reducido y seguramente muchos murieron en la Estación del Norte o los hirieron en las revueltas.

Dejó esos pensamientos a un lado.

Mal estaba de vuelta en la ciudad; un grupo de técnicos la habían relevado en Seven Leaf una semana antes, pero ¿dónde estaba?

En realidad, ¿qué sabía sobre ella? Unos cuantos encuentros fortuitos. Química. Se habían salvado el uno al otro. Ambos estaban heridos. ¿Acaso era suficiente?

Los libros de direcciones disponibles para el público eran inservibles: había ochenta M. Kekapania entre las que elegir, suponiendo que, para empezar, ella estuviera en la lista. Después de agotar sus otras opciones, compró una caja de galletas del Café de la Muerte y subió a suplicarle a Anne, la secretaria del Rey de Rojo, que lo ayudara.

La mujer bebió su café y comió dos garras de oso, y cuando Caleb le contó una versión censurada de su pelea con Mal, ella chasqueó la lengua y sonrió. La conversación cambió a obras y deportes misteriosos. Anne era fanática del ullamal. Cuando Caleb se marchó del vestíbulo del Rey de Rojo, tenía la dirección. Se trataba de un riesgo calculado: si Anne creía su historia de la pelea entre enamorados, protegería su privacidad. Además, no era que estuviera mintiendo. Sí, era una pelea, incluso si Mal y él no eran precisamente unos enamorados.

Con la respuesta por escrito y la dirección en la mano, debería haber actuado de inmediato, pero durante tres días no lo hizo.

Caminaba por las noches. Sus pasos sin rumbo lo llevaban al Skittersill. Buscó calles iluminadas y transitadas para caminar, y pronto llegó a un pedazo

de tierra roja entre dos edificios de ladrillo, sin escombros, hierbas e insectos. Veinte años atrás, el templo de Temoc se encontraba en ese terreno vacío.

Caleb recordó cómo solía esperar en los bancos cuando tenía siete u ocho años, con la barbilla apoyada contra las rodillas, mientras Temoc estiraba los brazos y entonaba la historia de las Gemelas Heroicas a hombres solemnes de rostros hechos con madera y piedra. Luego hacía un sacrificio falso, bajaba su cuchillo con el mango de frente sobre el pecho de un discípulo postrado. Unos seres como dioses a medio formar se arrastraban desde el altar y lamían la piel del sacrificio vivo en búsqueda de gotas de sangre no derramada.

Los alcaides habían quemado el templo de Temoc después del Levantamiento del Skittersill. Lo habían envuelto en una red plateada con hilos tan finos como un sueño y la red quemó los ladrillos y el metal, el yeso, la roca y el hormigón. Al cabo de treinta minutos, el templo había caído. La red de plata se hundió en la tierra, dejando una cicatriz sombreada en el polvo rojo. Ahora nada crecía ahí.

Caleb lanzó una piedra al terreno vacío. Una luz verde parpadeó donde la piedrita había aterrizado y, cuando la visión de Caleb se aclaró, vio una fina capa de polvo blanco que contrastaba con el rojo.

Mal vivía en un rascacielos en el lado oeste de la ciudad. Caleb tomó el autobús aéreo para llegar y tuvo que hacer tres transbordos. La mayoría de las personas que vivían en el rascacielos de Mal, o en cualquier rascacielos, de hecho volaban solos en vez de tomar el autobús.

Había patos con alas de cuero posados en un nido colgante bajo la punta del rascacielos. Sus alas se retorcieron al pasar el autobús y siguieron la góndola de pasajeros con hambrientos ojos amarillos. Caleb fue el único que bajó en la parada. Avanzó tambaleante por la plataforma, sosteniendo firmemente la baranda con ambas manos y sin mirar abajo mientras los patos lo observaban.

La plataforma terminaba en la pared de cristal del rascacielos, sin señal alguna de puerta o entrada. Al principio esperó afuera. El sol se puso sobre el Pax y los lagartos que dormían emitieron sus crepitantes rugidos. Cayó la noche y Caleb se sintió ridículo parado en el umbral con unas flores escondidas bajo el brazo.

Con cierta dificultad, presionó su cuerpo contra la pared de cristal, haciendo uso de sus cicatrices para que anularan la hechicería y lo dejaran pasar. Un cosquilleo familiar recorrió su cuerpo y entró en el frío ártico del edificio de Mal.

Los hechiceros preferían el frío. Máquinas elementales de aire y hielo se encargaban de enfriar su edificio hasta el borde de la locura. Temblando en su chaqueta ligera, Caleb subió tres tramos de escalera. El apartamento de Mal era uno de los cuatro que había en el tercer piso del rascacielos. Un buzón empotrado en la pared tenía su nombre grabado en plata.

Llamó a la puerta, pero no recibió respuesta. Esperó, llamó otra vez... Nada. Puso su oreja contra la puerta, pero no oyó movimiento. Lo más probable era que estuviese trabajando hasta tarde. Era una mujer ocupada.

«De acuerdo», pensó, y se dio la vuelta para marcharse. Se obligó a detenerse. El siguiente autobús no llegaría hasta al cabo de una hora. Si se marchaba y regresaba, volvería a la medianoche; su disculpa no saldría muy bien si tenía que despertar a Mal para dársela. Lo mejor era regresar la noche siguiente. Pero ¿y si pasaba lo mismo? ¿Y lo mismo la noche después de ésta?

Una gota de sudor le resbaló por la nuca. Le temblaba la mano por motivos que nada tenían que ver con el frío. Giró el pomo y encontró la puerta cerrada. Tenía un cerrojo de seguridad y no había hechicería que él pudiera hacer a un lado o doblar. Claro, en una torre voladora llena de magos, ¿quién confiaría en una cerradura encantada?

Caminó de un lado a otro y contó despacio hasta cien. Mal no apareció. Caleb maldijo y ella tampoco respondió a esta invocación.

Caleb se sentó junto a la puerta y dejó las flores sobre la alfombra. Sacó un mazo de cartas de su bolsillo y repartió una mano de solitario.

Todos los residentes de la torre de Mal trabajaban hasta tarde, o entraban y salían sin necesidad de usar el pasillo. Los minutos avanzaron y se convirtieron en horas. Caleb jugó cuatro veces cada variante de solitario que conocía y ganó y perdió tres fortunas contra sí mismo en el póquer. No había presencia humana que aliviara su aislamiento. Cada quince minutos, con gran puntualidad, un

remolino pasaba deprisa dejando una capa de escarcha a su paso, y él se apretaba la chaqueta fuertemente contra el pecho.

A la mitad de su cuarta fortuna perdida, oyó un sonido que se asemejaba a una copa de champán que se estrellaba en la arena: una aproximación inhumana de alguien aclarándose la garganta. Se detuvo, con las manos suspendidas sobre las cartas, y alzó la mirada. Dos demonios, o al menos le pareció que eran dos, invisibles salvo por las impresiones que dejaban en el aire, y con guadañas de cristal y bocas de tijera, colmillos afilados de cristal y múltiples ojos, lo observaban desde arriba.

Empezó a juntar sus cartas, pero ellos lo apresaron antes de que pudiera terminar.

Ninguno de los demonios podía hablar o habían decidido no hacerlo. Torcieron los brazos de Caleb detrás de su espalda y le empujaron la cabeza hacia abajo. Él avanzó a trompicones por los pasillos de paredes blancas hasta que llegaron a una pequeña y oscura habitación con una mesa y dos sillas. Los demonios lo arrojaron adentro y cerraron la puerta.

Se sentó bajo la severa luz de un reflector y se preguntó si los alcaides acudirían, y si existía alguna ley que prohibiera sentarse fuera de la puerta de una mujer y esperar a que ella regresara.

Probablemente.

Habría seguido jugando al solitario, pero la mitad de sus cartas se había quedado en el suelo fuera del apartamento de Mal, junto con las flores. En vez de eso, se puso a practicar cómo esconder las cartas que le quedaban, ocultándolas en su manga y deslizándolas dentro y fuera de sus bolsillos. Él no hacía trampa, pero incluso un jugador honesto debía saber cómo hacerlo. Cuando su práctica de destreza de cartas se volvió aburrida, subió los pies a la mesa y bajó su sombrero para cubrirse los ojos.

Despertó con el clic de un pestillo que se abría.

Parpadeó, cegado por la luz. Las galaxias en explosión que había en sus ojos se atenuaron hasta convertirse en un caos que pasaba del morado al rojo.

Los demonios estaban de pie en la puerta.

Caleb no se resistió cuando avanzaron hacia él, lo tomaron de los brazos con

su agarre de tijera y lo sacaron.

—¿Adónde vamos ahora, señores?

No hubo respuesta, pero tampoco esperaba ninguna.

Cuando no lo guiaron por la escalera hacia la salida, empezó a preocuparse. Entonces no lo estaban entregando a los alcaides, a menos que éstos usaran una estructura de aterrizaje distinta de la de los residentes de la torre. Pero no había visto dicha estructura desde el aire. Si no planeaban entregarlo o dejarlo ir, ¿por qué lo habían sacado de la celda?

A menos que tuvieran otro fin para él. ¿Qué poderes reinaban en un rascacielos? ¿La ley de la ciudad, la ley de la hechicería o ninguna ley? ¿Y si los guardias demoníacos no habían reportado su captura y sólo estaban esperando a que el resto de los residentes del rascacielos estuvieran demasiado dormidos como para oír sus gritos?

Los demonios, recordó, tenían dietas peculiares.

Mientras lo subían por una escalera de caracol, buscó alguna oportunidad de escapar, pero no pudo hacerlo.

Cuando llegaron al tercer piso, empezó a buscar con más desesperación. Lo llevaron hasta la puerta de Mal, la abrieron y lo arrojaron dentro.

Las sombras cubrían la pequeña habitación vacía. La luz de la luna se filtraba por las grandes ventanas traseras e iluminaba la alfombra gris, una silla de cuero, una pequeña mesa de café y una máquina diseñada para torturar a alguien o para ejercitarse.

La ciudad ardía en luces debajo de ellos.

Algo se movió a la derecha de Caleb y él se dio la vuelta, esperando ver a Mal.

En vez de eso, vio serpientes: una pared llena de ellas, retorciéndose.

Maldijo, dio un salto hacia atrás y, después de un momento de pánico y respiración entrecortada, reconoció el cuadro: *Grotesquerie urbana*. La pieza de Sam que habían vendido en una subasta.

—Por los siete infiernos.

Las risas demoníacas se oían como patas de araña escabulléndose por un suelo de acero.

—Dadnos unos minutos. —Reconoció la voz de Mal, que provenía de la esquina junto a la máquina de ejercicio. Se volvió para mirarla mientras los demonios se alejaban y cerraban la puerta detrás de ellos.

Caleb señaló a las serpientes.

—Conozco a la mujer que hizo esto. Es la novia de una amiga. Le diré que lo tienes expuesto en tu casa.

Mal se movió entre él y la ciudad, y señaló el techo. Las luces fantasmales empotradas brillaron y la habitación se llenó de detalles. Unas puertas cerradas llevaban a la estancia principal. Había una fotografía, enmarcada y colgada en la pared, frente a *Grotesquerie*: una niña, un hombre y una mujer frente a una casa de adobe del tipo que había sido común en el Skittersill de hacía veinte años.

—Tienes suerte de que haya visto las cartas —dijo ella—. Y las flores.

—Creí que lo habían limpiado todo después de apresarme.

—Los demonios no limpian. Una hora más y la sirvienta habría llegado, y entonces quién sabe cuánto tiempo habrías estado atrapado ahí.

Mal tenía un aspecto muy similar a como él la recordaba: dura y elegante. Llevaba un traje oscuro y una falda de tubo.

—Creo que nunca te había visto con falda.

—Cena formal. Hay que vestirse para impresionar.

—Se te ve bien.

—Pensaba dejarte en esa celda, para los alcaides. Pensaba arrojarte desde la cima del rascacielos. Dime por qué no debería hacerlo.

Caleb abrió la boca, pero las palabras no salían. Su discurso ensayado y plagiado no pasaba por su garganta.

Mal empezó a darse la vuelta.

—Lo siento —dijo él.

Ella esperó.

—No fue mi intención herirte.

Ella siguió sin decir nada.

—No estaba pensando. Es difícil vivir bajo la sombra de tus padres. Créeme, lo sé. No quiero que los olvides. Aunque no esté de acuerdo con ellos y aunque no esté de acuerdo contigo.

—¿Qué es lo que quieres?

—A ti —dijo finalmente—. Si me aceptas.

Ella se dio la vuelta por completo.

—No tienes ni idea de todos los problemas que te estás buscando al quererme. Vete. Convenceré a los dueños del edificio de que no levanten cargos.

—No —dijo él con más convicción de la que sentía. Caminó hacia ella y le colocó una mano sobre el brazo. Su piel tenía un tono castaño y era suave. Ella no trató de alejarse. El tráfico aumentaba en calles y cielos debajo de ellos—. Sin ti, no hay carrera. Simplemente estoy corriendo en la oscuridad yo solo. Y tú también, llevando a cuestas una carga y sin nadie con quien compartirla.

—Esto no funcionará.

—Estoy dispuesto a arriesgarme si tú lo estás.

—Te destruiré.

—Es posible.

—Destruyo todo lo que toco.

—No me importa.

—Ojalá pudiera creerte.

—Hazlo.

Apoyarse en ella era como apoyarse en un cactus, donde cada segundo estaba lleno de la promesa del dolor. Sus labios eran redondeados, estaban cerca, pero el dolor aún no llegaba.

Él la besó y no cayó muerto. Estaba tan impactado por ello que empezó a retroceder, pero ella lo siguió y le devolvió el beso.

Pasó un minuto, una eternidad. Una garra en forma de guadaña llamó a la puerta, y Caleb oyó una voz amortiguada como la muerte de algo hermoso. Mal respondió en el mismo lenguaje y dio un paso hacia atrás. Él tembló por la sensación de su ausencia.

—Necesito que te vayas —dijo ella—. Tengo documentos que revisar y trabajo mañana.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Pero...

—Lo siento.

Él saboreó los labios de Mal en los suyos.

—Entonces supongo que te veré el próximo mes.

—No tenemos tanto tiempo. —Se abrazó a sí misma, observó la ciudad desde las alturas y lo miró—. Te esperaré mañana por la tarde en el vestíbulo de RKC, a las cinco.

—¿Me esperarás a mí?

—A ti —dijo ella— y a nadie más. Ahora vete o los demonios devorarán tu alma y tendré que llevar a cenar a tu cascarón. —Chasqueó los dedos y la puerta se abrió.

Caleb casi se marcha sin besarla de nuevo.

Casi.

Al día siguiente, Caleb trabajó como un hombre poseído. Revisó pilas de memorandos, procesó reclamaciones e hizo cuentas, esbozó los términos generales de acuerdos y coberturas para protegerse de algún fallo. El fuego de Mal lo devoraría si lo permitía, así que enterró su mente en noticias e informes de riesgo.

Las pesadillas no se habían detenido después de Seven Leaf. Los locos atiboraban los hospitales, gritando el nombre de las Serpientes Gemelas. Un filósofo itinerante en Stonewood se inmoló en una plaza pública al mediodía, sin dejar de vociferar sobre Aquel y Achal. Cuando otros corrieron para extinguir las llamas, él peleó mientras su carne ardía y la piel se le derretía. Una mujer en Vale estuvo a punto de arrojar a sus dos hijos pequeños por la ventana del segundo piso de un edificio antes de que su esposo la detuviera. Ella declaró a los médicos y reporteros que había visto serpientes de fuego enroscadas dentro de sus bebés.

Caleb estaba seguro de que en algún lugar Temoc se reía.

Los incidentes de locura se apiñaban cerca de las instalaciones de Heartstone. Caleb escribió un memorando, una petición para interrumpir el proyecto de las Dos Serpientes, con la franqueza de un hombre que sabía que sería ignorado. Las serpientes habían acudido en auxilio de la ciudad en su momento de mayor necesidad. Si su uso implicaba riesgos, éstos valdrían la pena, pero hacía falta estudiarlas más antes de volver a usarlas. Las primeras investigaciones sobre hechicería habían transformado reinos enteros en desiertos y esto no era distinto.

A las cuatro y cuarenta y cinco cerró sus libros, tapó sus plumas, limpió su tintero, afiló su cincel y caminó hacia el ascensor. Mientras bajaba, un inventario de perdición recorrió su mente.

Las puertas se abrieron y la vio al otro lado del pasillo, incandescente en un

vestido de lino blanco. Con los brazos cruzados y una ceja levantada, Mal estaba tan tentadora como el vacío más allá del borde de un acantilado.

Él no corrió hacia ella, pero sí caminó deprisa. Ella lo besó en los labios.

—Llevas un vestido.

—Sí, a veces los uso —respondió—. Ven, vamos a comer algo.

«Comer algo» resultó ser una cena en un restaurante iskari llamado Esprit, en el nivel más bajo de un rascacielos con vista al océano, la clase de lugar en el que una pareja adinerada comería en alguna obra de teatro de misterio. Al principio, la decoración eremita, los cubiertos de plata, la porcelana costosa y la vista del atardecer abrumaron a Caleb y lo hicieron sentir insignificante. Luego, la miró a ella, al otro lado de la mesa.

Hablaron de cosas triviales: el color del cielo, las brillantes y finas burbujas del champán, la emoción transgresiva de pasar mucho tiempo en una sola comida.

—Si lo piensas, realmente no tenemos mucho tiempo —dijo Mal—. Quiero apreciarlo lo más que pueda antes de que se termine.

—Es un pensamiento morboso —respondió Caleb—. Pero estoy de acuerdo.

Mientras los camareros con esmoquin les servían un platillo etéreo y delicado tras otro, Caleb y Mal hablaron de vino, de ullamal (Mal no era aficionada y Caleb de repente se encontró defendiendo la conducta de jugadores que habría condenado ante Teo), de juegos de la infancia y de arte. Un cuarteto de cuerdas detrás de una cortina tocaba una gavota que él no reconocía. Al principio, a Caleb le pareció extraño que nadie bailara, pero toda la velada era una danza en sí, con pasos sutiles y giros agradables. Él metía la pata, alegre como un niño que baila el vals, y reía mientras Mal le narraba la historia de su primer encuentro desde su perspectiva.

—Tenías la expresión más seria que he visto en un rostro humano. Me hubiera reído de no ser porque pensaba que eso podría empeorar las cosas.

—Sí te reíste si mal no recuerdo. —Bebió su licor dulce y sintió que éste bajaba poco a poco por su garganta—. He estado pensando mucho en los tzimets del lago y las serpientes.

Su sonrisa vaciló.

—¿Qué quieres decir?

—Pasé todo el día controlando los daños. Cuando extraemos poder de las serpientes, su..., no sé..., su hambre sangra sobre la ciudad. Una mujer casi mata a sus hijos y un hombre se prendió fuego. Cada vez hay más gente que se vuelve loca. Y somos responsables.

—¿Qué opción teníamos?

—No lo sé. Pero no puedo dejar de pensar en Hal, el guardia que murió en Espejo Brillante. Tomamos todas las precauciones razonables contra los tzimets. Nadie podría culparnos de lo que salió mal, pero tal vez deberían. Podríamos llevar a cabo una operación perfecta: una empresa que no dañara a nadie, con cada riesgo clasificado y contemplado, así como cada contingencia. Costaría cientos de millones de almas tan sólo para acercarnos al objetivo. Demasiado. Así que simplemente se murió.

Las olas del océano se movían debajo de ellos con tonos verdes y grises como los de una pizarra.

Ella llevaba un collar de pequeñas perlas alrededor de la garganta, y las perlas sonreían incluso si ella no lo hacía.

—Siempre hay riesgos. El mundo no es seguro.

—¿Por qué no alimentar a las serpientes? Si no tuvieran tanta hambre, no volverían locas a las personas.

—No podemos alimentarlas sin matar gente.

—No pueden darles almas porque...

—Porque la hechicería se fundamenta en intercambios. Si les damos algo, recibimos algo a cambio. Ése es el motivo por el cual no podemos producir comida y agua para nosotros con magia: si usas hechicería para forzar a un campo a dar frutos, la tierra se convertirá en un desierto al cabo de un año. Si canalizamos almas hacia las serpientes, sus poderes fluirán hacia nosotros y tendrán más hambre después. Lo único que podemos hacer es mantenerlas dormidas, y eso es sólo si tenemos cuidado. —Ella brindó con el vino de postre—
— Brindo por tener cuidado.

—Brindo por eso. —Caleb bebió—. ¿Y por qué no dejar a las serpientes en

paz? Dejarlas dormir.

—Y algún día despertarían, sin importar si las invocáramos o no. Nuestros abuelos temían a Aquel y Achal. Creo que deberíamos usarlas, no acobardarnos ante ellas.

Caleb no sabía qué pensar. El atardecer ardía en sus ojos.

—Tal vez tengas razón.

Siguieron viéndose, aunque Caleb dudaba si debía llamar *citas* a sus encuentros. Sí, se besaban, pero no se derretían ni se dejaban llevar por el romance. Mal estudiaba el mundo a su alrededor, lo fragmentaba en partes. En los paseos que daban juntos, cada obra misteriosa, cada anuncio publicitario o cada escaparate vacío tenía un significado relacionado con la vida, la hechicería, la religión, la política o la poesía. Estar en compañía de Mal era como entrar en un torbellino de genialidad y expectación. Bailaban, hablaban y volvían a bailar.

Sus encuentros eran un respiro bien merecido de los asuntos del próximo eclipse: ofertas de seguros con agencias demoníacas que había que firmar y sellar, derechos de agua asegurados, patrullas de alcaides que se duplicarían en caso de accidentes o motines. Caleb nadaba diariamente entre profecías del fin del mundo, esperando a la noche y a Mal para que lo salvaran.

Caleb cargaba el talismán de diente de tiburón en el bolsillo, pero cada vez que pensaba en mencionarlo, recordaba la muerte de Allie y su pelea bajo el lago Seven Leaf, y optaba por esperar.

Mal regresó con los corredores de acantilados como una diosa vestida en cuero blanco, sin ofrecer explicación alguna por su ausencia. Caleb no corría con ella, pero esperaba junto a Balam y la observaba.

Ella volaba en corrientes de aire, saltaba y giraba, rodaba y corría. Era un mono, una llama, un relámpago, un ángel y un demonio en vuelo, todo a la vez. Cuando estaba suspendida entre el cielo y la tierra, casi no era ella misma. Cuando tocaba tierra firme, se ponía de pie con ligereza, como si un paso en falso pudiese romper el suelo bajo sus pies.

Una semana antes del eclipse, en el muelle Monicola junto al Pax, Caleb decidió mostrarle el diente.

Éste colgaba de sus dedos, reflejando el amanecer, meciéndose.

—Kopil dice que ardió al mismo tiempo que Allie murió.

—Y crees que significa que no estaba loca. Que me traicionó. Que nos traicionó a todos. Que envenenó la presa Espejo Brillante y todo lo demás.

—Eso da a entender, ¿no te parece?

—Tú tienes una explicación de los hechos —dijo ella—. Tal vez estaba trabajando en contra de vosotros todo el tiempo. O tal vez la reclutaron hasta después de ver a los dioses de Espejo Brillante y decidir que no podía formar parte de tu mundo. Tu adversario podría haberla obligado a su arbitrio con cuerdas y ofertas sutiles. Cuando volvimos su poder en su contra, algo de ese poder pudo haber fluido de vuelta a través de esas uniones y destruir este diente.

—No lo creo. Debió de haber sido una radical desde mucho antes.

Ella sonrió con tristeza.

—¿Por qué?

—Sólo estuvo en Seven Leaf unas cuantas semanas, y la gente no cambia tan rápido.

—Tal vez no conoces a la gente tan bien como crees. Tú tampoco actuaste de la mejor manera en el lago Seven Leaf, ni yo. ¿En qué nos habríamos convertido si nos hubiéramos quedado?

—Lo que hicimos ahí fue desagradable, claro, pero no me hizo sentir deseos de soltar demonios por toda la ciudad.

—Dudo que ése fuera su objetivo. —Mal bajó el diente.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que Allie no quería hacer daño. Creo que quería recuperar algo que había perdido. Seven Leaf la enfrentó con esa pérdida y ella respondió de la única forma que sabía. —Cuando él se la quedó mirando sin entender, ella lo volvió a intentar—. Ella vio el sufrimiento de los espíritus y deseaba detener el dolor. Ése fue el origen. Todo lo demás, el poder, la locura, la traición, fue posterior.

—El dolor es horrible. Pero necesitamos esa agua y estoy seguro de que ella lo sabía.

—¿Nuestra necesidad justifica nuestros métodos?

Caleb recordó el tormento bajo el lago y no respondió.

—Nacimos juntos —dijo ella—, los hombres y los dioses: nuestros primeros trazos en las paredes de una cueva los dejaron entrar en nuestro mundo. Los extrañamos. Allie los extrañaba, creo, y la comprendo.

—¿Echas de menos a nuestros dioses?

—¿Y por qué no?

—Están empapados de sangre.

—Yo también. Tú también. La ciudad también. Al parecer, piensas que es diferente si matamos a causa de los dioses o por el agua, pero, en cualquiera de los dos casos, la víctima muere al final.

—¿Por qué no buscar otro panteón? Iskar sigue teniendo dioses y conviven sin problema. Orgías y existencialismo, algún que otro uro quemado ocasionalmente, un tentáculo o dos de vez en cuando. Parece mejor.

—Sí, pero los dioses de Iksar no son los nuestros.

—Ah, ya veo, tenemos que conservar nuestra herencia. ¿Y luego qué? ¿Quemarás Stonewood para ahuyentar a los pieles pálidas? —Las barcas se movían en el agua, tiradas por tortugas marinas de lomos anchos, doce metros por delante de ellos, barcos de fuegos artificiales que se preparaban para el eclipse. Sus flechas ardientes ahuyentarían a las estrellas hambrientas del sol herido.

Ella se rio.

—Nuestra economía se colapsaría. Cortaríamos toda conexión con el resto del mundo. Debemos ser cosmopolitas sin sacrificar nuestra identidad. Recorrer nuestro propio camino.

—¿No es eso lo que estamos haciendo ahora?

—¿Cuántos hechiceros quechales crees que hay en la ciudad? ¿Un veinte por ciento? ¿Treinta, a lo sumo?

—Algo así.

—En una ciudad que tiene un ochenta por ciento de población quechal.

—No veo adónde quieres llegar.

—Vivimos en una ocupación. No lo decimos de ese modo, pero así es.

—No nos invadieron. Somos una ciudad mundial. Es diferente.

—¿Estás seguro?

Una brisa fría del océano la hizo temblar y él le rodeó los hombros con el brazo. Desde la acera, cualquier observador hubiera creído que eran esposos o amantes. Caleb no sabía qué eran. Parecía que ninguna palabra se ajustaba.

Unos niños pasaron corriendo por la playa, arrojándose una pelota.

—Tú amabas a tus padres. Valoras las cosas que ellos valoraban. Pero nuestros dioses mataban gente. Ahora se han ido y yo no los extraño.

Mal dejó de temblar, pero él no movió el brazo de sus hombros.

—Uno no puede elegir a sus padres. ¿Por qué tendría que ser distinto con los dioses?

—¿Qué es lo que sugieres? ¿Que volvamos a los altares y a los cuchillos? La gente se te enfrentaría si eso es lo que quieres y yo estaría al frente. No podemos hacer cosas así, nunca más.

—Claro que no —repuso ella—. Eso no es lo que quería decir.

—Entonces ¿qué has querido decir?

—Piensa en tu padre. Tú no vives del mismo modo que él.

—No. Yo tengo un techo sobre mi cabeza. Y tres cuartas partes de la ciudad no me buscan para matarme.

Las olas bañaban la orilla de las gruesas torres del muelle. Caleb observaba las barcazas y pensaba en los tiburones que se movían bajo el agua.

—Pero, de cualquier modo, tienes algo de él en ti.

—Cicatrices.

—Eso también. Pero no es lo que quería decir. Tienes su determinación. En el fondo de tu alma sabes algunas cosas y, aun así, nunca comprometerías tus ideales por ellas. Tomaste partes de tu padre y las reinventaste en ti mismo. Tu madre también está en ti: contemplativo, independiente, solitario, fuerte. Te formaste a ti mismo con lo que ellos te entregaron.

—¿Qué tiene que ver esto con los sacrificios?

—Solíamos saber que todo llega a su fin y que era mejor entregar tu muerte que aceptarla. El primer maíz salió del cuerpo de un hombre muerto. La sangre de Qet crea la lluvia. Las bestias se entregan al cazador, los reyes se entregan a su gente. Los sacrificios eran el centro de nuestro mundo. Defendimos ese

mundo de los invasores iskari cuatrocientos años atrás, pero entonces llegaron los hechiceros y aquí estamos.

—Aquí estamos: mejor alimentados, mejor protegidos, más justamente vigilados que nunca antes en la historia.

—Yo no creo que los alcaides sean justos.

—Lo sé.

—Estamos mejor alimentados, lo acepto, ¿y qué? Las vacas en una granja están alimentadas. En cuanto a lo de *protegidos*, Dresediel Lex sólo ha caído ante un adversario: el que nos gobierna ahora. Mi problema no es que ya no hagamos sacrificios, sino que ya no seamos conscientes de los sacrificios que hacemos. Para eso son los dioses.

—¿Qué es lo que sugieres?

—Deberíamos traerlos de vuelta, bajo nuestros propios términos. Formaríamos una sociedad con sacrificios, pero sin muerte.

—¿Sacrificando qué? ¿Trozos de algodón? ¿Pedazos de tierra? ¿Un poco de vino, pan duro? Los dioses son criaturas hambrientas y sedientas.

—No sé qué estarían dispuestos a aceptar, pero los necesitamos.

—La gente no echa de menos a los dioses.

—Sí los extrañan. Y tú también.

—No sé de qué estás hablando.

—Me has estado persiguiendo durante meses. La mitad de las cosas que has hecho deberían haberte matado.

Él colocó la mano sobre la de ella, en la baranda. Había una cresta de tejido cicatricial bajo sus nudillos.

Ella lo miró entre el movimiento negro de su cabello.

—No me conocías. Viste algo en mí que consideraste meritorio de tu sangre.

—La expresión en el rostro de Caleb debió de haber cambiado, porque ella frunció el ceño y sacudió la cabeza—. Viste algo que podías perseguir, algo por lo cual podrías sangrar. Querías sacrificarte a ti mismo y nunca te habían dado la oportunidad de hacerlo. Conozco ese sentimiento. Desesperación por el deber. Por un propósito. Dirección. Es por eso por lo que te salvé cuando cayó la

Estación del Norte. —Ella le devolvió el diente—. Lamento no poder ayudarte más. Allie era mi amiga y creo que la entiendo, pero no puedo ayudarte con esto.

Cogió el diente que ella le entregaba y lo guardó de nuevo en su chaqueta. Aferraba su mano con tanta fuerza que le dolía el antebrazo. Mal alzó una ceja y él le soltó la mano, eligiendo con cuidado sus siguientes palabras.

—Sí, hacemos sacrificios. Pagamos un poco de alma cada vez que abrimos un grifo de agua.

—No es lo mismo. Eso son pagos, no sacramentos. En realidad, ¿qué sacrificamos para vivir como lo hacemos?

Los niños corrieron por la orilla del agua. La marea que se elevaba cubría sus huellas, y las llenaba de remolinos y arena. Tras la cuarta ola, las huellas se desvanecieron por completo, como si jamás hubiesen existido.

La niña de atrás se detenía cada determinado número de pasos para levantar conchas de la playa y arrojarlas al Pax. Decía una oración cada vez que arrojaba una concha, como una especie de ofrenda para Qet, Señor de los Mares, en pago por dejarla pasar por la orilla. La madre de Caleb le había enseñado esa oración cuando era niño. Después del levantamiento del Skittersill nunca la volvió a recitar.

Caleb siguió el arco de la concha que la niña arrojó; lo imaginó dibujado más allá de las barcasas y sus monstruos marinos adornados, a través de las profundidades hasta la Estación Bay.

—Ya sé lo que sacrificamos —dijo él—. Pero no tengo las palabras para expresarlo.

—¿Entonces...?

—Puedo mostrártelo si me lo permites. ¿Tienes planes para la noche antes del eclipse?

La mirada calculadora de Mal lo observaba.

—Sí. ¿Qué es lo que tienes en mente?

—Ven conmigo a la Estación Bay.

—No puedo.

—No durará toda la noche. Estaremos en la costa con suficiente tiempo para los fuegos artificiales.

Mal cambió su peso de la pierna izquierda a la derecha, y deslizó una mano por su vestido hasta descansar en su muslo.

—¿Dónde te puedo encontrar? —preguntó ella.

—Ahí. —Señaló a la niña, que seguía arrojando conchas. Junto a ella había una silla de vigilancia para socorristas que estaba en mal estado, cubierta de pintura deteriorada y glifos quechales casi borrados.

—Parece bastante inquietante.

—Estaremos a salvo.

—De acuerdo —dijo ella—. Tenemos una cita.

Mal le cogió la barbilla con una mano, lo guio hacia ella y lo besó. Su boca estaba más fría que el crepúsculo, pero su beso danzaba como una chispa por su cuello y sus extremidades. Aceleró al llegar a sus cicatrices. Él le envolvió la cintura con una mano y la acercó a él. La vibración dentro de Caleb creció hasta convertirse en un estremecimiento que los separó uno del otro.

Mal se apartó de él y empezó a alejarse.

Alguna vez, Teo le había asegurado que la historia humana había empezado con una tormenta: en un intervalo entre relámpagos y truenos, entre los destellos y los estruendos que sentía en el núcleo del cuerpo, el hombre primitivo tuvo su primera experiencia con el tiempo, el despertar de la conciencia, el nacimiento de los dioses.

Mientras Mal avanzaba por el muelle, con pasos rápidos y demasiado largos para su cuerpo, Caleb creyó en la teoría de Teo. La divinidad empezó con él observando cómo se marchaba y sintiendo su presencia aún después.

Cuando llegó al camino, detuvo un carruaje sin conductor y desapareció entre el tráfico de la tarde por la calzada de la costa del Pax hacia las colinas. Caleb compró un churro a un vendedor cuyo carrito mostraba la marca de una calavera guiñando el ojo, y caminó por la playa. Levantó una concha de la arena y le sacó el agua. Probó el peso de la concha y la arrojó a la marea en movimiento.

Dresediel Lex sangraba por el eclipse que se aproximaba. Había pancartas rojas envueltas alrededor de los rascacielos. Serpentinatas de papel carmesí, listones y cuerdas colgaban de las farolas, y cada aparador tenía manchas rojas de calcomanías y pintura. Pintura falsa goteaba de las paredes. Entrañas, venas y vísceras falsas colgaban de las escaleras de incendio en las calles sinuosas del Skittersill. Incluso los inmigrantes de los barrios más pobres de Stonewood les añadían un toque de rojo a sus tiendas o a sus cobertizos maltrechos.

Antes de la Liberación, las decoraciones rojas se limitaban a los templos: nada podía igualarse al colorante rojo cardenal elaborado en contenedores sagrados bajo las pirámides, ya que nadie poseía esa inconmensurable cantidad de sangre para los sacerdotes quechales.

Los tiempos cambiaban. La alquimia más simple podía imitar muchos tonos de rojo, y los hechiceros vendían su tela más barata que la de los sacerdotes.

Teo tenía entradas para los Juegos del Eclipse, pero Sam rehusó asistir, ya que el concurso era parte de la comercialización de una fiesta sagrada, según decía ella, aunque no tenía ni rastro de sangre quechal. Fue Caleb quien finalmente acompañó a Teo y dijo que lamentaba que Sam no pudiera ir.

—Sí —coincidió Teo, apretando los labios a manera de advertencia para Caleb, para que dejara el tema—. Es una lástima.

Los Señores de los Mares jugaban contra Oxulhat. Un partido poco común ya que la ciudadela del desierto era parte de una conferencia de ullamal distinta de la de Dresediel Lex, y rara vez llegaban juntos a las finales. Los Juegos del Eclipse eran una excepción: una reliquia de la antigüedad, muchos siglos atrás, antes de que las Serpientes Gemelas destruyeran el fragmento de tierra que alguna vez había unido a la parte norte y sur de Kath; antes de que los refugiados huyeran al norte para transformar el pueblo de Dresediel Lex en una metrópoli.

Oxulhat solía ser un puesto fronterizo del antiguo imperio quechal y había sobrevivido a su perdición. Los equipos de ambas ciudades jugaban durante cada eclipse, en memoria de lo que se había perdido.

Oxulhat metió una serie de goles al principio del primer tiempo. Zolin respondió con un juego brillante en su ferocidad, pero deficiente en cuanto a su ejecución, y se ganó un penalti por ello. La expectación recorría las gradas. Había gemidos de miedo y dicha que acompañaban el sonido del impacto de la pelota de plástico en un cráneo, una extremidad o una cadera. Los gritos de los jugadores se alzaban como cimas de montañas sobre los gritos ahogados, maldiciones y amenazas del público.

Caleb seguía el partido con mórbida fascinación, no a los jugadores, sino al juego en sí, y la historia sobre la cual se había fundado: las pelotas, los corazones de las Hermanas Heroicas, y los jugadores, dioses o demonios, o ambos. Miles de kilómetros por debajo de la ciudad, los ingenieros y hechiceros de Heartstone entonaban cánticos para atar a las serpientes a su sueño, sin necesidad de corazones ni muertes. Sin embargo, la gente de Dresediel Lex seguía reuniéndose en el estadio para observar cómo sus jugadores luchaban para salvar el mundo.

Los equipos quedaron boquiabiertos en la pista estrecha y cubierta con frisos. Los Señores de los Mares exprimieron puntos de los Oxulhat como agua de un trapo secado al sol. Teo agarró el brazo de Caleb a través de su chaqueta, lo bastante fuerte como para penetrar su piel. Ella gritó, maldijo y retorció su sombrero negro de ala pequeña como si tratara de romperlo en pedazos.

Un montículo de niebla a la deriva con un rostro familiar flotó sobre el terreno de juego, andrajoso y casi invisible. La diosa de los juegos sólo sobrevivía para consagrar la contienda. Todos los otros dioses se habían ido.

La victoria llegó al fin y con ella el hambre. Teo, que había pasado los últimos quince minutos quieta sobre su asiento y gritándoles a los jugadores, arrastró a Caleb a un bar del centro donde se encontraron con Sam, que ya estaba borracha. Para las festividades, llevaba su cabello dorado enroscado en un moño y la cara pintada de rojo y azul. Juntos vagaron por las calles, de problema en problema, hasta que llegaron a un club nocturno muy maltrecho que estaba

repleto de los amigos artistas de Sam. Una banda de swing invitaba a todos los presentes a la pista de baile.

Caleb, que estaba borracho, bailó con dos mujeres cuyos nombres olvidó enseguida; luego se sentó en el bar con un gin-tonic, y contempló cómo Teo y Sam bailaban cerca, muy cerca, mientras la música sonaba. Teo la guiaba y Sam giraba en una serie de vueltas tan rápidas que su falda vaporosa envolvía sus muslos. El calor de su proximidad quemaba el aire a su alrededor. Caleb observó hasta que Teo empezó a besarla con intensidad. Él tomó su bebida y se dirigió a una mesa donde estaban repartiendo cartas para una partida, pagó su apuesta y perdió relajadamente, sin importarle cuánto gastara. La diosa escapó de su lado y él la persiguió; lo abrazó y él cayó por el espacio cubierto por una red de joyas.

A la mañana siguiente, despertó inflamado con el alma robada de otros hombres, y con un dolor sordo en el lugar donde su cabeza solía estar. Se puso de pie con dificultad y se encontró en una oscura habitación de hotel, con las cortinas negras cerradas. Las dejó como estaban, ya que no quería ver qué hora era, consciente de que se había levantado temprano. Su cuerpo nunca le permitía dormir durante toda una resaca. Identificó el hotel por su desgastado papel pintado de arlequín: estaba tres manzanas al sur del apartamento de Teo.

Se enfrentó al desastre de su rostro en el espejo del baño y decidió que no iría a trabajar. Le envió una rata a Tollan, disculpándose y reclamando uno de sus muchos días de vacaciones que no había utilizado. No tenía demasiado sentido pasarse por la oficina a esas alturas. No se discutiría ningún negocio, la mitad del personal estaba de vacaciones y RKC podía arreglárselas sin él.

Mientras estaba en la ducha, pensó en Mal.

Recordó las historias de Temoc sobre los viejos tiempos, sobre los sacerdotes que se desangraban de forma voluntaria hasta morir antes de un eclipse. Sus aullidos debieron de haber hecho eco por toda la pirámide, hasta las jaulas donde los sacrificados encadenados temblaban. El amante del Rey de Rojo había sido uno de esos desgraciados. Caleb recordaba su sonrisa en la fotografía en tonos sepia.

Al demonio. Si hubiera estado sobrio, habría permanecido despierto toda la noche, atormentado por la racionalización y la incertidumbre, como uno de

tantos novelistas iskari que podían contarte toda la historia del mundo a partir del sabor de una galleta. Tenía suficiente tiempo para recuperarse de su resaca antes del amanecer.

Después de enjuagarse, metió un dedo por los glifos de la alcachofa de la ducha. Unos símbolos angulares arrancaron pedazos de su alma saturada y el chorro de agua caliente se detuvo. Envuelto en el vapor y en sus pensamientos, salió cubierto con una toalla del baño y preparó su mente para afrontar el día.

Caleb esperó en la playa con el movimiento de la marea. Las familias y las parejas llenaban la arena; los más pequeños construían pirámides y los mayores jugaban a atrapar una pelota o al pillapilla, o al ullamal usando cubetas como porterías. Ola tras ola, el agua iba avanzando y llevaba consigo cuerdas de algas y palos, basura y peces muertos: el océano arrojaba los desechos de la ciudad de vuelta a la orilla. Frente al atardecer en la bahía, las barcazas aguardaban para lanzar los fuegos artificiales que dormían dentro de sus cascos.

La gente estaba reunida en la orilla, y en los parques y campos de la ciudad, observando un cielo nocturno que, según sus mitos, estaba infestado de monstruos y demonios de muchos brazos. Aquella noche, los ciudadanos de DL enfrentaban estos demonios, armados de rituales, camaradería y explosivos. Bebían, bailaban y vitoreaban. En la playa, un coro errante entonaba el *Himno de la Muerte*:

*Soñando, muriendo, contamos el tiempo,
esperamos los días sublimes de nuevo.
Al borde vivo de la tierra condenada
esperamos la alegría de sangre desbordada.*

Se saltaron el segundo verso, el cual mencionaba a las Serpientes Gemelas, y el cuarto, que describía el sacrificio: la cuchilla en movimiento que cortaba la piel, el golpe que rompía el esternón. En vez de entonar los nombres de los dioses para el coro, cantaban sílabas sin sentido: «la, ne, she, la, te, la, ta». Caleb se dio cuenta de que estaba articulando la letra original, y se detuvo.

—¿No podrías haber elegido un lugar menos concurrido para vernos?

La voz de Mal llegó a su lado. Él se dio la vuelta y casi pierde el equilibrio.

—Me has asustado.

—Al menos uno de los dos es discreto. —Estaba vestida de manera informal: pantalones negros, zapatos planos, una blusa blanca holgada de cuello alto, con un cinturón y una bolsa de cuero colgada sobre el hombro. El sol le daba un tono de bronce bruñido a su piel—. ¿Nos vamos?

Una mancha entre negra y plateada se desprendió del cielo, cayó en picado y se detuvo sobre la mano estirada de Caleb, flotando con sus largas alas de libélula. La probóscide del optera rozó su piel para probar su alma.

Ella llamó a otro volador. Sus ojos polifacéticos brillaban con el color rojo del ocaso. Caleb guio a su propio insecto hasta sus hombros. Sus patas le envolvieron los brazos, alrededor de su estómago y muslos. Cayó hacia delante y se entregó a la gravedad y al movimiento de las alas que lo levantaban. Mal lo siguió.

Voló hacia arriba y hacia delante, sobre el gris plomizo del Pax, lo suficientemente alto para que ni la espuma de mar, ni los tiburones que saltaban, ni los tentáculos afilados de los gallowglasses sumergidos pudieran atraparlo.

Desde arriba, pudo ver las heridas del mar: cuatro rayas de agua de dos metros de ancho y un kilómetro de largo, transparentes desde la superficie hasta el fondo. Ningún pez se movía en esos canales, ni ninguna otra cosa viva. Las Guerras de los Dioses se habían librado sobre los océanos de Dresediel Lex, así como por tierra y aire. Incluso el mar tenía cicatrices. Los barcos navegaban alrededor del agua clara, que oxidaba el metal, deformaba la madera y pudría la carne.

La ciudad retrocedía a sus espaldas. Los rascacielos se perdían en el horizonte, como lanzas que trataban de ensartar al mundo. A la izquierda y a la derecha, el Pax se abría más allá del refugio de la bahía. Varios kilómetros al sur, oculto de Dresediel Lex por un montón de rocas, yacía el puerto de Longsands con naves de triple mástil y las torres de superestructura de los barcos contenedores, que eran más veloces gracias a la hechicería. Pocos marineros participarían en las festividades de la tarde. Los capitanes del Imperio Brillante y el reino de Koschei no eran tan ingenuos como para dejar que sus tripulaciones fueran a tierra en Dresediel Lex durante un eclipse. Las pandillas de verdaderos

quechales vagarían por el Skittersill esa noche, en búsqueda de víctimas con el color de piel o pelo equivocados.

La Estación Bay se hinchaba como una pústula en el horizonte. Los muros de hechicería rodeaban y protegían el atolón y su torre. Caleb los atravesó como un barco a través de coral afilado y rocas que sobresalen. Unas formas oscuras, largas como barcos y sinuosas como serpientes, se movían bajo el agua.

Caleb guio a su optera hacia abajo, en dirección al océano.

Mal lo siguió, pero cuando se detuvo a un metro y medio de la superficie del agua, ella se paró y gritó:

—¿Qué estás haciendo?!

—No te preocupes. Estamos a salvo.

—¿Sabes qué vive en esta bahía?

—Corales cabeza de cadáver, tiburones y gallowglasses. Tal vez un kraken estrella, aunque dudo que pudiera atravesar la armadura.

—Un gallowglass podría agarrarte desde ahí.

—No lo creo.

—Un picotazo y querrás arrancarte la piel para detener el dolor.

Se llevó la mano a la nuca y se sacudió la probóscide del optera. Su succión se detuvo, los brazos de la criatura lo soltaron y cayó, con los brazos estirados, al océano.

Había hecho este viaje muchas veces, pero la experiencia previa no adormecía el pánico de caer hacia un mar lleno de colmillos y veneno. Un grito estrangulado escapó de su garganta. El agua gris lo golpeó en la cara y el cuerpo. La presión y el dolor iluminaron sus costillas, su cadera derecha, una mejilla, un hombro y un muslo. Inhaló a pesar del dolor, gimió y se levantó fuera del agua.

El Pax cedió bajo sus manos como una cama firme cubierta de seda. Probando una pierna y luego la otra, logró encorvarse y después ponerse de pie. El océano se extendía detrás de él hacia la ciudad, adelante hacia la Estación Bay y más allá. Una ola casi lo hace perder el equilibrio, pero lo recuperó.

—Ven —le dijo a Mal—. El agua está bien.

—Recuerdo una historia —respondió ella— sobre dos hermanos que engañaron a un rey tzimet para que se matara; fingieron cortarse las cabezas y lo

desafiaron a hacer lo mismo.

—Confía en mí.

—Eso es lo que dijeron en la historia. —Pero ella cerró los ojos, soltó a su optera y cayó, girando en el aire como un gato. Aterrizó despacio y rodó junto con las olas para ponerse de pie.

De pie y estable, Mal presionó el agua con el dedo gordo del pie y observó las ondas cuando lo levantó. Lo repitió con los ojos cerrados.

—Qué loco —dijo ella—. No puedo ver nada que nos mantenga a flote, ni con los ojos cerrados ni con los ojos abiertos.

—Un club al este lo descifró —respondió él—. Uno de esos extraños trucos de privación sensorial para clientes que eran hechiceros.

—¿Qué clase de club querría deslumbrar a sus clientes?

—Tiene una clientela muy particular. —Se mordió el labio, preguntándose cómo explicarlo sin entrar en detalles—. El lugar se llama Xiltanda, que alguna vez fue uno de los nombres en alto quechal para el infierno.

—Ah. —Ella caminó hacia él con pasos inestables, equilibrando su peso para mantenerse derecha—. ¿Por qué no producen esto en masa? Nunca había visto nada que pudiera hacer que la hechicería fuera invisible para una hechicera.

—No tiene sentido producir en masa un sistema que no es rentable. Alma por alma, éste es el pedazo de hechicería peor aprovechado de RKC. Pero a Kopil le gusta, así que ¿quién soy yo para discutir?

—De modo que caminas sobre el agua.

—No exactamente. —Mal se lanzó hacia delante y él la cogió de la mano—. Si no eres el tipo correcto de persona, caes al océano.

—Eso es perturbador.

Caleb no se lo discutió.

Ella giró hacia el oeste. Había una isla a tres kilómetros, y desde esa isla se alzaba una torre negra mate, como una flecha intentando perforar el cielo. Una sombra cruzó su rostro.

—La Estación Bay —dijo ella resignada—. Creo que sé lo que planeas mostrarme, pero prefiero no verlo.

—Yo pensé lo mismo la primera vez que alguien me llevó ahí.

Mal retrocedió. Un viento frío le salpicó espuma salada en el rostro.

—Tienes que ver esto —insistió Caleb.

—Ellos me lo mostrarán cuando llegue el momento.

—Quiero ser yo el que lo comparta contigo.

—Volvamos a la orilla. Veamos los fuegos artificiales. Pasemos una hermosa velada.

—Sí —dijo él—. Me parece bien. Pero primero necesito mostrarte lo que quería decir sobre el sacrificio.

Sus ojos se encontraron: espejos negros que reflejaban la pasión del atardecer.

—De acuerdo. —Ella aceptó.

Él le hizo una reverencia y empezó a caminar hacia la estación. Allí, lejos de la costa, el mar ya no olía a peces muertos.

—¿Has pasado mucho tiempo en el agua? —preguntó Caleb después de un rato.

—Una vez hice piragüismo con unos amigos en los Fangs, después de nuestra graduación.

—No sabía que podías hacer piragüismo en los Fangs.

—Algunas bahías siguen manchadas por el cataclismo, así que los krakens y las serpientes marinas y otros monstruos grandes se mantienen alejados. Las protecciones de los kayaks sirven para los monstruos pequeños. —Una gran ola pasó bajo sus pies—. El océano en los Fangs es más cálido que en el Pax y menos profundo. En días tranquilos, alcanzas a ver incluso las ciudades quechales hundidas cubiertas de coral. —Ella suspiró—. ¿Por qué preguntas?

—El camino es sensible a la intención. Cuanto más pienso en la estación, más se aleja. Si no me distraigo, podríamos seguir caminando hasta Longsands o el centro del Pax.

—Ya veo.

—Entonces —dijo él—, cuéntame de tu viaje a los Fangs.

—Estuvimos chapoteando durante dos semanas; casi me devoran. Ése fue el final de las vacaciones, al menos para mí.

—¿Casi te devoran?

—Una noche estaba observando las estrellas y me aburrí. El océano estaba

tranquilo, seductor, las olas se movían con suavidad como vidrio fundido. Me quité la ropa, me cubrí de protecciones y nadé.

—Por todos los dioses.

—No fue una buena idea.

—No fue una buena idea —repitió él—. Hay cosas en los Fangs que te devorarían de un mordisco, con protecciones o sin ellas.

—La mayoría de esas cosas no nadan cerca de la costa, y creí que estaba a salvo. El agua estaba fría y el océano oscuro. Nunca he sentido una soledad tan maravillosa.

—¿Qué pasó después?

—La contracorriente.

—Oh.

—Me volví y me di cuenta de que estaba más lejos de nuestra isla de lo que pensaba y, sin importar lo mucho que nadara para regresar, la corriente me alejaba más y más. El pánico se apoderó de mí. Olvidé todo lo que sabía y traté de nadar contra la marea, salpicando, empujando y pataleando, pero no funcionó. Intenté pedir ayuda, pero estaba demasiado lejos. —Apretó su mano con más fuerza—. Es extraño. Cuando uno habla de algo así, el momento regresa vívidamente a la memoria.

—¿Qué hiciste entonces?

—Estaba a punto de morir. Recordé que la contracorriente es más fuerte cerca de la superficie y que no se extiende mucho de lado a lado. Me sumergí y traté de nadar en paralelo a la orilla de la isla, pero estaba cansada. Fue entonces cuando los gallowglasses me atacaron.

—Por Qet e Isil —dijo él, sin darse cuenta de que había jurado por los dioses.

—El agua a mi alrededor tenía un brillo verde y estaba atrapada en una maraña de alambres que me quemaban. Incluso llevando armadura, algo del veneno logró filtrarse. Durante muchas semanas después parecía como si me hubieran azotado con un alambre de púas de pies a cabeza. Grité, no me avergüenza decirlo, y los alambres me llevaron hasta la superficie, hacia la boca de la bestia. Lo cual fue una suerte, en cierto modo.

—Creo que tenemos definiciones distintas de *suerte*.

—Estaba cansada. Si no me hubiera arrastrado cerca de lo que pasaba por su cerebro, no habría podido atacarlo con hechicería. Succioné la vida de la criatura y usé la fuerza que le robé para que me guiara hasta la isla. Mis compañeros me encontraron a la mañana siguiente, tirada sobre la playa, desmayada, herida y aún con las espinas punzantes que mis fuerzas no me habían permitido arrancarme. Lanzaron una bengala y un asentamiento cercano envió ayuda enseguida. Pasé el resto de mis vacaciones en cama. Desde entonces, no voy mucho al océano. Me gusta la tierra. Casi siempre puedes ver si algo se está escabullendo a tu espalda.

La arena crujió bajo el zapato de Caleb y se dio cuenta de que estaban en la playa este de la Estación Bay, a la sombra de la torre negra. Como siempre en este viaje, se había perdido el momento de transición, cuando la isla dejaba de ser un objetivo lejano y aparecía delante de él.

Los vigilantes aguardaban sobre un banco de hierba con vista a la playa: corpulentos, armados y con el aire a su alrededor pesado con hechicería y amenazas.

—¿Son amigos tuyos? —le preguntó Mal.

—No —dijo él—. Yo me encargaré de esto. —Y, levantando las manos, se acercó a ellos.

Caleb y Mal descendieron a la isla mientras los silenciosos guardias los seguían. La escalera era larga, sinuosa e inmaculada, como todo lo demás en la Estación Bay. Cada luz brillaba como el sol y cada rincón estaba perfectamente barrido.

—Son buenos con la limpieza —dijo Mal.

—El polvo puede ocultar cosas —susurró Caleb. Los amplios pasillos y espacios abiertos lo ponían nervioso—. Una vez, uno de los socios de mi padre trató de meter a escondidas a una diosa aquí, alojada en la tierra de su bota. Casi logró apoderarse de la estación antes de que el Rey de Rojo la detuviera.

—Ya veo.

Siguieron bajando. Caleb alcanzó a ver de reojo al resto del personal de la estación por los corredores laterales: hechiceros académicos con batas blancas de laboratorio, recién iniciados discutiendo acerca de la teoría thaumatúrgica o sobre deportes profesionales, conserjes con camisas grises, tanto vivos como resucitados, que fregaban el suelo o pulían las ventanas.

En sus visitas anteriores, la Estación Bay le había parecido el interior de un hormiguero, pero aquella noche casi parecía un desierto. Todos los que podían pedir tiempo libre por el eclipse lo habían hecho. Para su infortunio, el resto se reuniría por la noche en la torre de observación para ver los fuegos artificiales y extrañar a sus familias.

La escalera terminaba en un rellano amplio con una gruesa puerta doble de frío acero, forjada con tantas guardas y contratos que Caleb rehusó posar la mirada en la superficie. Los guardias estaban de pie en lados opuestos de la puerta, y ambos colocaron sus manos en la pared blanca sin trazos. Sus muñecas se torcieron en un ángulo extraño y una luz entre plateada y azul brilló entre sus dedos.

Un glifo en el centro de las puertas parpadeó tres veces y el mundo se

disolvió en la oscuridad. De la oscuridad destelló una garra brillante que perforó el cuerpo y el alma de Caleb. La noche se rompió y la puerta se abrió.

Más adelante, la pared blanca se acababa, y en su lugar los muros estaban cubiertos de rocas sin terminar. Unos símbolos rudimentarios y primitivos iban marcando su camino a través del laberinto de piedra.

—¿Cómo de antiguo es este lugar? —La voz de Mal se oía muy débil en los túneles sinuosos y llenos de ecos.

—Aquí hubo colonizadores quechales antes de que se fundara la ciudad. Como vivían tan cerca del Pax, adoraban a los dioses del océano, a los dioses depredadores y a los dioses de la lluvia. Qet, Señor de los Mares, era el centro de su panteón. Después del cataclismo, cuando muchos quechales se mudaron aquí, su herejía se volvió dogma. Construimos templos nuevos sobre la tierra, templos a las serpientes, templos al sol, pero las viejas cuevas sagradas siguieron aquí.

Un ritmo resonó en su pecho: una conmoción gemela de dos martillos del tamaño de un edificio que golpeaban el granito. Las rocas se movieron en el suelo de su tosco camino.

—Sigue habiendo un dios aquí —dijo ella.

—Sí.

—Podemos regresar. No necesitas mostrarme esto.

—Sí, sí necesito hacerlo.

El ritmo se volvió más cercano y Caleb oyó el estrépito de las olas que rompían.

El túnel se hizo más ancho hasta convertirse en una caverna. Las estalactitas colgaban como dientes podridos del techo en forma de arco. La oscura roca brillaba con humedad en la luz fantasmal.

El camino se partió por la mitad para rodear un enorme agujero. La percusión y el movimiento del océano emanaban de ahí mismo.

—¿Eso es lo que creo que es? —Su voz era tan suave que él apenas podía oírla.

—Sí.

Mal casi retrocede, con la boca medio abierta y tensa como un gato asustado. Cerró los ojos y respiró hondo para controlarse. Con la barbilla en alto, caminó

hacia el agujero y se asomó.

Caleb esperó. Mientras lo hacía, examinaba las gruesas tuberías que forraban las paredes de la cueva, y los glifos antiguos y modernos tallados en la piedra. Muy pronto se le terminaron los objetos que pudieran llamar su atención y se acercó a Mal, con pasos sonoros para no asustarla.

Ella estaba derecha y quieta. Caleb le tocó un brazo y sintió la tensión debajo de su piel. Sus fosas nasales se dilataban.

Un dios yacía en el agujero. Ninguna estatua, ningún ídolo grabado podía compararse a esta cosa imperial. Con los brazos y piernas en cruz, se encontraba suspendido en agua oscura y era del tamaño de una montaña. Sus labios enormes, suavemente separados, dejaban a la vista dientes tan grandes como carruajes. Sus ojos eran velas y su pecho tan amplio como una pirámide. Sus brazos y piernas, tan gruesos y largos como árboles de magisterio, flotaban laxos sobre el agua que envolvía sus costados.

Inconsciente, su silencio era el silencio del mar. Sus lentas respiraciones eran el movimiento de la marea, la contracción durmiente de su mano un huracán. Miles de años atrás, en la antigüedad, los primeros quechales vieron el océano y el caos, y le dieron forma, nombre y vida.

Qet, Señor de los Mares, no estaba muerto, pero tampoco estaba vivo. Sus ojos cerrados no se movían como lo hacen los de un hombre que sueña. Había tubos gruesos de metal que sobresalían de sus brazos, su pecho, su cuello y sus muslos, los cuales se acordonaban para conectar la colmena de fontanería bajo la superficie del agua. Llevaba bandas de plata alrededor de su pecho. Antes de cada respiración, las bandas brillaban con una luz sobrenatural, y después de cada respiración la luz se desvanecía.

Caleb dijo el nombre del dios en voz baja, consciente de que Mal lo oiría.

Ella se alejó del agujero. Sus ojos destellaban una luz blanca y su sombra estaba adherida a su piel. Sus dientes se volvieron largos, puntiagudos y brillantes, como colmillos. Se imponía sobre él. Las luces fantasmales en la pared parpadearon y se rompieron; Mal siseó y entre los dedos estirados de su mano se formaron relámpagos. Creció como una nube de humo sobre un volcán en erupción.

—Esto es lo que quería mostrarte, Mal —dijo él—. Lo siento.

Las llamas de magnesio en sus ojos lo quemaban, pero él dio un paso hacia delante y extendió una mano, con la palma hacia arriba y abierta. Ella lo miró, luego al agujero y después a él otra vez.

Como una mancha borrosa y negra, corrió por el largo pasillo. Un guardia le bloqueó el paso, pero ella lo golpeó y lo tiró al suelo. Caleb corrió hacia el guardia y se arrodilló a su lado, para sentir su pulso. Seguía siendo fuerte. Se puso de pie para seguir a Mal, pero otro guardia bloqueó su camino.

—Apártate —dijo Caleb.

—¿Quién demonios era ésa?

«Mi novia», estuvo a punto de decir, pero se detuvo.

—Mi jefa. —Eso también era cierto, técnicamente, y confundió al guardia el tiempo suficiente como para escabullirse y pasar.

—¡La interceptaremos en la playa! —le gritó el guardia desde atrás.

—No —soltó en respuesta. Podría lastimar a alguien antes de que los guardias la contuvieran—. No. Sólo está confundida. Es su primera vez en la Estación Bay.

—Ah —dijo el guardia—. Eso lo explica todo.

Caleb empezó a correr.

Encontró a Mal en la playa iluminada por las estrellas. Las olas plateadas acariciaban la arena y el calmado mar reflejaba la plana luna llena. No había ningún halo de hechicería a su alrededor, ni garras de icor en la punta de sus dedos. Iluminada por la noche, se parecía a una pintura rupestre: una vida definida en cinco líneas de tinta. Casi podía ignorar a los guardias que la rodeaban, con sus armas listas.

Mal se dio la vuelta mientras Caleb se acercaba por el cordón de guardias.

—Hola —dijo ella.

—Hola —respondió él—. ¿Nos vamos?

—Sí. —Le tendió la mano. Su piel estaba fría al tacto, más incluso que el aire nocturno. Dio un paso sobre el agua y el océano la mantuvo a flote. Él caminó a su lado, alejándose de la costa.

—No mires hacia atrás —le susurró Caleb—. Los guardias están muy tensos y se irritan con facilidad. No se relajarán hasta que te hayas marchado.

—No puedo creer que haya hecho eso.

—Suele pasar. La primera vez que ven a Qet, todos reaccionan de distintas maneras. He visto a hombres adultos arrodillarse; un hechicero que conozco lloró.

—No puedo..., quiero decir, lo sabía, o al menos eso pensaba. Creí que podía con ello. La expectativa, el impacto y todo a la vez... No puedo creer que te haya dejado traerme. Soy una idiota. —Escupió la última palabra.

—No hables así.

—No me digas qué puedo y qué no puedo hacer.

—Debería haberte escuchado cuando me has pedido que paráramos, cuando me has pedido que no te lo mostrara. Lo siento. —Un oleaje creciente hizo que el peso de él se inclinara hacia el de Mal, y ella evitó que cayera—. Soy un poco idiota, supongo.

—No es culpa tuya.

—Ha sido una tontería sorprenderte con algo así.

—Sí —coincidió ella—. Una tontería. —El sonido de las olas fue disminuyendo hasta que sólo quedó el silencio de la marea. Dresediel Lex florecía en el horizonte como un tumor luminoso que ensombrecía a las estrellas y mitigaba la luna. Ningún barco pasó a su lado en la oscuridad. Las barcas estaban ancladas más allá, hacia el puerto—. ¿Crees que ya es seguro que nos volvamos?

—Sí.

Ella echó un vistazo sobre el hombro.

—La isla se ve más grande desde lejos. Menos humana.

—Se oculta con hechicería. Si pudieras ver la isla verdadera, podrías saber dónde está, lo que haría que fuera fácil atacarla.

—Un sistema elegante. —Mal se detuvo—. ¿Podemos pararnos aquí?

Ella se sentó sobre el agua con las piernas cruzadas, y él se puso a su lado. El océano los rodeaba como un campo.

—Creí que sería como las serpientes —dijo ella—. Pero es peor.

—Sí.

—Ellas son bestias, sin importar lo grandes que sean. Espantosas. Pero ése es un dios. No espíritus medio conscientes como los que tenemos atrapados en Seven Leaf. Una vez, Qet fue nuestro gobernante. Nos amaba. Y nosotros a él.

—Sí.

Caleb trazó ondas en el agua frente a él.

—No está... muerto.

—No. No exactamente.

—Oí que vivía en alguna parte, encadenado. —Su voz se apreciaba estrangulada y lenta, como si cada palabra tuviese que ganar un combate para escapar de su garganta.

—Ésas son cadenas —respondió—, pero de otro tipo. Qet peleó contra el Rey de Rojo durante la Liberación. El Señor de los Mares fue derrotado en su propio altar, pero no murió.

—Pero tampoco sobrevivió.

—Claro. Ya no posee la fuerza suficiente como para tener una mente. Destellos de conciencia, a lo sumo, y sólo durante los festivales sagrados más importantes. De vez en cuando grita o balbucea cosas sin sentido. Pero su poder sigue ahí.

—Así que lo utilizan. Y también su dolor.

—Usamos lo que queda de él. Qet era quien traía las lluvias desde el océano, el Padre del Verdor Junto al Desierto. Bombeamos agua salada a su corazón y, al correr por su cuerpo, ésta pierde la sal. Antes no solía tener una forma física, como la mayoría de los dioses. Lo que has visto es una estatua de sal que se formó a su imagen. Los tubos y las bombas llevan el agua purificada hasta las presas de Dresediel Lex. Siempre que alguien abre el grifo del agua o levanta un vaso en nuestra ciudad, Qet está ahí. Más bien dicho, lo que queda de él.

—¿Por qué me has mostrado esto? —Mal tenía las manos sobre su regazo, una debajo de la otra. Presionaba los pulgares y la punta se veía blanca por la presión.

—Quería... —empezó a decir él, pero no pudo completar la oración. La falsa serenidad del rostro de la mujer lo aterrorizaba: tan quieto como la superficie del

lago Seven Leaf antes de que los dioses empezaran a gritar—. Me preguntaste qué era lo que sacrificábamos para vivir del modo en que vivimos. Éste es nuestro sacrificio.

—Esto no es un sacrificio —respondió cortante—. Esto es un abuso. Una explotación.

—Drenamos el nivel freático de Dresediel Lex hace cien años, tal vez más. Succionamos lagos, ríos, arroyos hasta dejarlos secos, como sanguijuelas muertas de hambre. Ni siquiera Seven Leaf durará mucho. Diez años, veinte como mucho, antes de que tengamos que llegar más lejos. Hemos estudiado a Qet día y noche durante cinco décadas y ningún hechicero ha sido capaz de duplicar sus métodos. Pero podemos coger lo que necesitamos de él, y así lo hacemos para sobrevivir.

—¿Por qué no le mostráis a la gente lo que habéis hecho?

—Piensa en cómo has reaccionado tú cuando has visto la verdad. ¿Puedes imaginar esa reacción magnificada por toda una ciudad?

Ella no respondió.

Caleb se recostó, desdobló las piernas frente a él y pensó largo rato.

—El sacrificio... —dijo él lentamente—. Hemos venido hasta aquí, descubrimos el precio de nuestro mundo y volvemos convencidos de que vale la pena, porque no tenemos opción. Siempre que paso junto a un pordiosero en el Skittersill, cuando oigo algo sobre las revueltas en Valle Profundo, cuando tengo algún conflicto con los vándalos verdaderos quechales o cuando algún tonto como mi padre trata de iniciar una revolución, sé que todos ellos forman parte de la tortura de Qet.

»Si pasas bastante tiempo con eso en la mente, ya no puedes pelear por nada. Vagas por esta ciudad y te preguntas si cualquier cosa que puedas hacer sería suficiente para compensar el horror que permite que el mundo siga girando. Para vivir, te arrancas tu propio corazón del pecho y lo ocultas en una caja en algún lado, junto con todo lo que has aprendido sobre la justicia, la compasión y la misericordia. Te dejas llevar por juegos para marcar el tiempo.

»Y si pierdes el tiempo anhelando algo mejor, ¿qué cambiarías? ¿Traerías de vuelta la sangre, los gritos de muerte, las heridas en el pecho? ¿Las guerras

constantes? Así que estamos atrapados entre dos polos de hipocresía. Sacrificamos nuestro derecho a considerarnos gente de los dioses, nuestro derecho de creer que nuestra vida es buena, que nuestra ciudad es justa. Así que sobrevivimos, lo mismo que nuestra ciudad.

La mujer se mecía junto a él o tal vez eran las olas las que la mecían a ella. Su mirada estaba fija en la palma de sus manos, como la estatua de un monje del Imperio Brillante. Sus eruditos aseguraban que todo es nada o nada es todo, y durante un momento lo entendió.

—Es gracioso —señaló Caleb—. La primera vez que vi a Qet, tampoco pude soportarlo. No invoqué magia negra ni nada por el estilo, pero abordé a mi jefa y le exigí una explicación. Tú has hecho lo mismo esta noche.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Tenemos mucho en común; ambos guardamos secretos, y tal vez ni siquiera sabemos que los guardamos. Cuando intentamos compartir nuestra vida con alguien más, no sabemos cómo empezar.

—¿Fue eso lo que te atrajo a mí?

—No.

—Entonces ¿qué?

—Todo lo que acabo de decir, sobre Qet y el sacrificio, y lo que nos hace, no es una respuesta. Es un escape. La pregunta sigue existiendo: ¿cómo se supone que debemos vivir? El mundo no puede ser una guerra entre los que están demasiado seguros y los que están arruinados, entre mi padre y el Rey de Rojo. Pero ¿qué más opciones hay?

»Me llevó mucho tiempo darme cuenta del motivo por el cual te perseguía. Eres guapa y cautivadora, pero he conocido a mujeres guapas y cautivadoras antes, y ninguna de ellas me había atrapado como tú. Creo que, de alguna manera, decidí que tú tenías la respuesta. Tal vez no sea así. Tal vez nadie la tenga.

Ella le colocó una mano sobre el hombro y él guardó silencio.

Mal se recostó de costado y su cuerpo se movió suavemente con el mar. Entreabrió los labios y, en el interior, vio la oscuridad al acecho.

—No tengo todas las respuestas aún —dijo ella—. Pero creo que las tendré

algún día, pronto. Trabajo duro para conseguirlo.

—No puedo esperar.

—Es peligroso confiar más en las respuestas de alguien que en las tuyas. — Sus dedos trazaron la curvatura de la clavícula de Caleb y encontró un lugar para anidar la mano—. Puede que no te guste lo que tengan que decir.

—Creo que me gustará.

Desde el océano, detrás de ellos, se oyó un sonido sordo, como si alguien le hubiera quitado el corcho a una enorme botella de vino. Una larga columna de chispas cruzó el cielo nocturno, hasta la cima, y explotó en una brillante esfera azul.

La segunda explosión llegó más rápido: una esfera roja dentro de la azul; y la tercera más deprisa aún, con una esfera rociada de estrellas amarillas y blancas que giraban y se movían como peces hechos de luz.

«Los fuegos artificiales —pensó— son tan altos como lo serían las serpientes si se alzarán sobre la ciudad.»

—Mira —dijo ella.

—Los veo. —Sus ojos reflejaban las explosiones y a las estrellas detrás de ellas.

Lo atrajo hacia ella y lo besó. Caleb se entregó al beso, envolvió la curvatura de su espalda con un brazo y la atrajo hacia su cuerpo.

Los fuegos artificiales de esa noche sobre Dresediel Lex costaron treinta millones de thaums. Un hombre adulto que ganara un sueldo decente tendría que trabajar cuatrocientos millones de años y, ni así, ganaría esa cantidad. La cooperativa Nightflower, dueños de las barcasas y del cargamento explosivo, organizaba eventos similares alrededor del mundo cada determinado número de semanas: siempre había un cumpleaños de algún alto príncipe del Imperio Brillante que celebrar, algún ritual iskari que requería un acompañamiento espectacular. Una vez, el Imperio de Koschei el Inmortal ordenó un mes completo de festividades para celebrar la construcción del hijo golem del Amo Temido. La cooperativa ordenaba sus asuntos con precisión militar y habilidad artística, y cada desborde de luces superaba progresivamente al anterior.

Caleb y Mal rodaron juntos sobre las olas en gran confusión. Las manos de Caleb se enredaron en la camisa de Mal. Ella les arrancó un botón a sus mangas con un fuerte tirón y éste salió volando por el aire para terminar hundiéndose. Los pantalones de Mal se deslizaron con facilidad. Las explosiones sobre ellos agitaban sus corazones y sus pulmones, mientras él aferraba la curva de las caderas de Mal y los músculos tensos de sus piernas. Cada vez que se besaban, el cielo estallaba como reflejo de sus mentes; sus labios encontraban brazos, hombros, estómagos y costados tanto como se encontraban con las bocas.

Una secuencia programada a la perfección de explosiones formó una pirámide en el cielo, con dos serpientes alzándose sobre ella con la boca abierta. Caleb sintió la caricia del océano en su piel y empezó a notarse más caliente mientras buscaba, en la pila de ropa que se habían quitado, el condón que había guardado en su bolsillo antes de salir de casa. Ella le mordió el cuello, él la abrazó y cayeron juntos. El frío de la hechicería se desvaneció de su piel. Las llamas reflejadas ardían en sus ojos y, mientras yacían el uno con el otro, sobre el otro, dentro del otro, las llamas se avivaron. Mal se volvió un solo propósito convertido en carne, y mientras Caleb se enredaba en el cuerpo de ella, él se olvidó del terror, del miedo, de sí mismo, y se transformó también en un propósito único.

Una gran ola pasó debajo de ellos, y las fauces de un tiburón los rodearon. La superficie sólida del mar los protegía de los dientes de la bestia pero, durante un momento, estuvieron envueltos en la caverna de su boca. Mal dejó escapar una risa que era un grito, sus dientes blancos brillaban, su boca estaba roja y su cuerpo rodeado por muchas hileras de colmillos. Su risa sacudió al mundo.

El tiburón los soltó y huyó a las profundidades más seguras. Caleb y Mal se quedaron sobre la superficie del agua. Mal jadeaba, su piel estaba húmeda y brillante mientras se agachaba a horcajadas sobre él. Respiraban a la vez y se sostenían mutuamente para siempre.

Los fuegos artificiales explotaron y ardieron, se quemaron y se esfumaron. El cielo se abría una y otra vez para, al final, recuperar su oscuridad. Todo estaba rodeado de llamas, que eran en sí mismas bailarinas, cantoras, tamborileras floreciendo en el infinito para morir.

La luz regresó al universo y encontró a Caleb y a Mal dormidos sobre el oscuro océano.

Pasaron las horas. Ella tembló y lo atrajo cerca de su cuerpo. Una fracción de lengua rosa le humedeció los labios, y ella tragó.

—Lo siento —le dijo, pero sólo el océano la oyó.

Interludio

TÉ

Alaxic estaba sentado en el balcón de su villa en Drakspine y observaba la ciudad durmiente. Su piel era tan delgada como un pergamino, sus huesos ligeros como una rama y frágiles. Un hombre que se asemejaba a una hoja en otoño, como los restos de una cigarra. Se llevó una humeante taza de té a los labios delgados, sorbió el líquido y se obligó a tragar.

—No has envejecido con gracia —señaló una sombra desde la balaustrada.

El viejo fijó la mirada en el té y en los reflejos en su interior: reflejos de luz de estrella, de la llama de una vela junto a su silla, del fantasma que no reconocía como él mismo.

—La hechicería —dijo con voz rasposa— no lo recompensa a uno con una larga y saludable vida, si es que uno desea que esa vida termine algún día. No me permitiré quedar atrapado en un esqueleto para toda la eternidad.

—No te gustará la vida verdadera. —La sombra avanzó. La luz de la vela cinceló unos músculos como rocas, unos puños enormes, unos ojos negros, las cicatrices que brillaban en una piel oscura—. Eres un traidor de los dioses y de los hombres. Los demonios aguardan famélicos por tu alma.

—Yo también me alegro de volver a verte, Temoc. —Su voz vaciló y se quebró—. Qué bien que hayas recibido mi carta.

—Así es. ¿Qué quieres de mí?

—Pasar la noche antes del eclipse con otro sacerdote. ¿Acaso es mucho pedir?

Temoc dudó al borde de la luz.

—Tal vez.

—Y tal vez no le temo tanto al mundo que viene como crees que debería

hacerlo —declaró Alaxic, y bebió otro sorbo de su asqueroso té. Su rostro se retorció y dejó la taza en una mesa pequeña—. Habrá un eclipse anular mañana. El primero en más de un siglo, con oclusión de quince minutos. Qué celebración habríamos organizado en los viejos tiempos.

—Mucho trabajo para los sacerdotes. Los dioses se habrían dado un banquete, y las serpientes también.

—Sí. —Alaxic hizo un ademán hacia la tetera y hacia una taza vacía junto a ella—. Comparte un trago conmigo, en memoria de lo que antes fuimos.

Temoc observó el té y la taza de la cual bebía Alaxic. Finalmente, se encogió de hombros, se sirvió una taza, la alzó brindando hacia la luna y derramó tres gotas con la punta de su dedo.

—Agua en el desierto —dijo él.

—Un glorioso regalo.

Los dos bebieron.

—Somos los últimos, ¿sabes? —observó el viejo—. Los demás se han vuelto locos, o han muerto o languidecen en prisión.

—Sí —respondió Temoc.

—¿Tienes algún sacrificio planeado?

—Derramaré mi propia sangre. —La voz de Temoc se agrió de disgusto.

—Eso no es suficiente.

—Claro que no. Habría secuestrado a un hechicero, hecho las preparaciones del ritual y le habría sacado el corazón, pero desde el incidente en la Estación del Norte ya no dispongo de una base permanente para planear. Los ojos de los alcaides están por todas partes. No necesitaría ninguna clase de plan si tuviera uno de los grandes altares a mi disposición, pero son pocos los que han sobrevivido, y los que lo hicieron están vigilados.

—Así que las viejas costumbres se acaban —indicó Alaxic—. Como debe ser. Se avecinan tiempos nuevos.

—Las viejas costumbres no acabarán mientras viva.

—Ni mientras yo viva —dijo Alaxic, y rio con una risa como una hoja seca. Le dio un golpecito a su tetera—. Por suerte, ninguno de nosotros dos permanecerá largo tiempo en este mundo.

Temoc observó su taza vacía y maldijo.

—Me disculpo por el engaño. —Alaxic vació su taza—. Creí que sería mejor de este modo. Tú y yo: el final de los últimos dos sacerdotes del viejo quechal. La vida les pertenece a aquellos más jóvenes que nosotros.

Las cicatrices de Temoc ardieron. Se tambaleó hacia atrás y sus dedos adormecidos soltaron la taza. Se dio la vuelta para correr, pero sus extremidades no le respondían. El viejo alzó un dedo. La hechicería crepitaba en el aire nocturno.

La sonrisa de Alaxic creció. Sus respiraciones susurraban en la cavidad vacía de su pecho. Las estrellas giraban sobre ellos, y Temoc le enseñó los dientes, que eran como cuchillos de luz de luna en contraste con su piel. El sudor empezó a caer por el rostro de Alaxic y por el de Temoc; sus miradas se encontraron y el mundo giró como una llave en un cerrojo entre ellos.

El sonido de hojas secas se detuvo y Alaxic se desplomó en su silla, quieto.

Temoc avanzó a trompicones hasta la balaustrada y saltó hacia el vacío. Aterrizó con un giro desesperado que hizo que las piedras y la grava rodaran por la ladera. Detrás de él, se activó una alarma y los sirvientes descubrieron a Alaxic muerto.

Temoc se arrastró hasta un arbusto, su cuerpo se dobló y vomitó con violencia cuatro veces, jadeando por la falta de aire. Sus nervios eran como zarzas alojadas en su piel. Con dedos temblorosos, agarró su cinturón, encontró un rollo de cuero con símbolos sagrados y sacó un disco de jade verde que brillaba débilmente a la luz de la luna.

El disco se rompió entre sus dientes como porcelana. Lo masticó hasta convertirlo en arena y se forzó a tragarlo. La arena cubrió su garganta y se alojó en su estómago como hielo.

Un tiempo después, sus escalofríos disminuyeron y las zarzas desaparecieron. Aún inestable, se puso en cuclillas.

Detrás de él, los perros de cacería ladraban.

Temoc empezó a correr.

CUARTO LIBRO

El ascenso

Caleb se ahogaba en sueños de fuego, muerte y lujuria. Caía del cielo, estirándose hacia cintas que flotaban por los aires en dichosa agonía. Él era una torre que caía hacia lo desconocido. Los cuerpos golpeaban las rocas y se rompían en extremidades inconexas, como bultos de palos arrojados desde las alturas. La piel burbujeaba desde los huesos, y éstos también ardían.

En una cueva en el centro del mundo, dos serpientes dormidas se retorcían con impaciente gula. Sus bocas estaban abiertas. Sus lenguas, tan largas como autopistas, salían de ellas para saborear el aire sulfuroso.

Él yacía postrado y paralizado bajo un cuchillo que bajaba. Mientras la hoja perforaba su carne, reconoció a la mujer que lo sostenía.

—Mal —jadeó y se despertó tosiendo. Se incorporó y se desplomó sobre el océano dúctil.

El océano. Dioses, demonios y todo lo demás. Había dormido en mar abierto. Abrió los ojos lentamente y contra las múltiples protestas de su cansado cuerpo.

El cielo, que tenía un color entre negro y lechoso, estaba sobre él. El amanecer amenazaba desde el oriente. Se sentó con un gemido y se dio cuenta de que estaba solo y desnudo sobre el agua. Su ropa se hallaba a unos cuantos metros de él; pantalones, camisa y chaqueta doblados junto a sus zapatos, y sus calcetines dentro de ellos. Mal debía de haberlos doblado antes de marcharse.

Ni siquiera se preguntó adónde habría ido, ni tampoco la culpó por marcharse: ¿qué se habrían dicho si hubieran despertado juntos sobre el Pax? El guion de siempre, el clásico «Lo pasé bien anoche», y «¿Quieres un café?», o el «Hay que repetirlo pronto», que siempre sonaba débil e hipócrita. Por los dioses, ¿acaso recordaba un tiburón? ¿Qué era real? ¿Qué era un sueño? Sus recuerdos empobrecían la realidad, y se juntaban como pintura mezclada.

Tenía moretones en las costillas, las piernas y los brazos, en triple fila. El

tamaño y el espacio entre ellos encajaban con los dientes de un tiburón. No había sido un sueño. A juzgar por los rasguños en su espalda, y las marcas de dientes humanos en forma de media luna en su brazo y su hombro, Mal tampoco había sido un sueño.

Titubeante, se ató los cordones, abotonó su camisa, abrochó sus hebillas, se terminó de vestir y se levantó. Era un día hermoso para un eclipse: el cielo azul sin rastro alguno de nubes. Los primeros rayos del amanecer destellaban en Dresediel Lex. Ningún barco se movía en el agua, y lo único que estropeaba la mañana era una delgada columna de humo que emanaba de la torre de la Estación Bay.

Un momento:

El humo emanaba de una torre destruida. Y la isla tenía el mismo aspecto que cualquier otra isla, despojada de la hechicería que debía protegerla.

La Estación Bay yacía directamente frente a él, sin defensas y tan corriente como cualquier estación. Caleb empezó a trotar lanzándose hacia delante y rodando; cada uno de sus pasos provocaba pequeñas olas en el océano. Tropezó con sus propias olas y se tambaleó. Después de unos cuantos minutos, el dolor en su tobillo cedió y pudo ponerse de pie otra vez. Cojeó el último medio kilómetro hasta la isla.

El desastre se desplegaba en el crepúsculo. La torre negra estaba agrietada desde el pináculo hasta la base, con montones de escombros sobre la arena y la hierba, mampostería caída en medio de tierra removida y árboles rotos. Los muros arruinados dejaban al descubierto las cámaras internas de la torre: sillas de oficina astilladas, mesas de reuniones volcadas, una pizarra destrozada con sus diagramas rotos en pedazos.

Los guardias vestidos de negro se encontraban en un semicírculo alrededor de la playa donde Caleb había tocado tierra. Algunos sangraban de heridas en el pecho, los brazos o las piernas; otros estaban aplastados u horriblemente enredados; unos más, quemados hasta que su piel había quedado reducida a una corteza agrietada. Un hombre corpulento y lleno de cicatrices había perdido la parte inferior de su cuerpo, desde la cintura, y había cuerdas formadas por sus entrañas que yacían enrolladas sobre la arena.

Al internarse más en la playa, Caleb encontró lo que quedaba de los tiradores: montículos de polvo en medio de los jirones de sus uniformes. En la torre solía haber arqueros y lanceros, lanzadores de balas e invocadores de relámpagos, que casi con seguridad murieron cuando el edificio cayó.

El olor a carne quemada le llenó los pulmones. Deseaba gritar, arrancarse el cabello, vomitar en un arbusto cercano, pero su estómago se resistía. Se tambaleó hacia la torre con el andar inseguro de un renacido.

Caleb encontró después a los renacidos: los zombis del personal de limpieza que formaban una última línea de defensa. Estaban hechos pedazos y aún se movían. Una mano sostenía el muñón de una muñeca, y una cabeza trataba de rodar y apretaba las mandíbulas para enderezarse.

Las puertas dobles de la torre, de casi cinco metros de altura y de más de tres metros de grosor, estaban deshechas en el suelo roto del vestíbulo. El amanecer brillaba con fuerza entre los agujeros de la pared. Caleb avanzó más allá de los escombros, los helechos de las macetas y el escritorio vacío de la recepción, hasta la sinuosa escalera que llevaba a las cavernas, y bajó por ella.

Las paredes, que alguna vez fueron blancas, estaban chamuscadas. Una telaraña de ácido había penetrado, o salido, de la roca. Se deslizó por los escalones fundidos hasta llegar a las puertas del final, las cuales estaban destruidas; ya no quedaban más que astillas de metal.

Un hombre yacía empalado en una de esas astillas. Su bata blanca lo identificaba como un hechicero de la Estación Bay, un investigador que estudiaba al dios comatoso. La piel de su rostro se había derretido. Los globos oculares, que de algún modo estaban intactos, miraban fijamente desde el cráneo. Había púas de metal que sobresalían de su pecho y abollaban su chaqueta manchada de sangre.

Caleb podría haber cerrado los ojos del muerto, pero ya no tenía párpados. Pasó por encima del cadáver y entró en el laberinto.

Había menos daño en esta zona, con toda probabilidad porque había menos que destruir. La estación usaba poca hechicería alrededor del cuerpo divino: incluso inconscientes, los dioses controlaban las estructuras y los sistemas a su alrededor, como raíces primarias que sobresalen a pesar del hormigón.

Corrió por el largo pasillo. Las pinturas rupestres lo observaban mientras avanzaba.

Pronto llegó al corazón de la isla. El sendero alrededor del gran agujero estaba vacío. Caleb se hallaba solo en medio del silencio ámbar de las tenues y casi apagadas luces fantasmales.

El silencio le dijo todo lo que temía, pero caminó hacia el borde del agujero de todos modos y se obligó a mirar.

Qet, Señor de los Mares, seguía flotando quieto sobre el agua. Tenía la mirada fija en el techo, los ojos abiertos y ciegos, y tan grandes que Caleb bien podría haber sido una mota sobre ellos. El dolor había retorcido las facciones del dios hasta convertirlas en una mueca; las luces de emergencia pintaban sus dientes de naranja.

Qet no respiraba. Las ataduras plateadas que solían sostenerlo ya no estaban y se habían hundido en el fondo del agua negra. Su pecho había sido cortado desde la plataforma continental de sus costillas hasta la cadena montañosa de su clavícula: pliegues de su piel cristalina habían sido arrancados, las cuerdas de músculo vidrioso brillaban con sangre de color arcoíris, el rocoso esternón estaba fracturado y con las costillas abiertas, los pulmones como túmulos inflamados en la cavidad torácica abierta.

Su corazón ya no estaba.

En la pared del fondo de la cueva, alguien había pintado con sangre la silueta de un águila de treinta metros de alto con las alas extendidas: el emblema de los Caballeros Águila. El símbolo de su padre.

Caleb se tambaleó hasta la pared de la cueva y vomitó, encorvado y temblando. La imagen del dios muerto lo hizo colapsar. Los brazos, del tamaño de colinas, colgaban inmóviles. Los grandes ojos negros estaban abiertos. Uno podría nadar o ahogarse en esos ojos.

Caleb sollozó con el aliento agrio.

Las bombas no bombeaban. Las tuberías estaban congeladas.

Se alejó del vómito que había arrojado.

El dios estaba muerto. La Estación Bay ya no podría extraer sal del agua de mar. Alguien debía de haberse dado cuenta. ¿Dónde estaban los alcaides? El Rey

de Rojo debería estar allí. ¿Qué estaba pasando?

Apoyándose sobre los muros del pasillo, volvió a la superficie.

Mientras subía, su mente se aceleraba. De algún modo, lo culparían por esto. No. Ni siquiera el Rey de Rojo llegaría a esa conclusión. La noche anterior, Caleb habría apostado su alma a que ningún ejército podía destruir la Estación Bay, ningún Rey Inmortal, ningún dios y, ciertamente, tampoco un chico que ni siquiera poseía hechicería. Kopil se daría cuenta.

¿Acaso esto era obra de Temoc? En la actualidad, otros grupos usaban el símbolo de los Caballeros Águila, sobre todo terroristas de los verdaderos quechales. El padre de Caleb era prófugo. Un ataque tan brutal, tan destructivo, tan exitoso requería tiempo y recursos para ejecutarse. Tal vez, Temoc había encontrado un hueco en las defensas de la isla y les había informado a otros.

Pero esto no era su estilo. Liberar a Qet, sí. Liberarlo de sus ataduras y entregarlo a los pocos fieles que le quedaban. Ayudarlo a recuperar la salud y su poder. Temoc nunca mataría a un dios.

Había muchos cuerpos esparcidos por la playa, entre los escombros y los restos arrastrados por las olas. Al observar el cielo, Caleb no vio a ningún alcaide dirigiéndose al oeste desde la ciudad. No oyó el batir de las alas.

¿Dónde estaba todo el mundo?

¿Dónde estaba Mal?

A salvo. Había doblado su ropa, lo cual era una señal de cuidado: no se había marchado deprisa. ¿Quizá estaba a punto de marcharse cuando empezó el ataque? Habría ido a pelear. Lo habría despertado, sin duda. A menos que..., a menos que hubiera visto el ataque y hubiera decidido dejarlo dormir.

«No quiero que mueras, Caleb.» Congelada sobre el tocón de magisterio, con los ojos ardiendo a la luz de las estrellas, le había dicho: «Te dejaré aquí, inconsciente, protegido por bastiones y dormido hasta que esto se arregle».

No lo habría hecho. No podría haberlo dejado. Además, no había visto su cadáver.

Aunque, claro, no quedaban muchos cadáveres.

No. Ella estaba viva. En la ciudad, durmiendo y a salvo. Si a salvo seguía teniendo alguna clase de significado.

En el borde este del camino del mar estiró la mano y llamó a un optera, pero no acudió ninguno.

Siempre había voladores que aguardaban cerca de la Estación Bay por contrato con RKC. Si se habían ido era porque algo debía de haber sacudido a la compañía hasta el punto de que sus contratos de rutina fallaran. Ni siquiera la muerte de Qet tendría por qué haber causado tanto daño.

A menos que el asesino del dios hubiera matado también a los voladores.

Caminó a lo largo de la costa. Las gaviotas graznaban y las olas rompían en la arena. En una pequeña bahía artificial encontró un embarcadero donde algunas barcas de cuero y una barcaza de suministros se mecían en la bahía. ¿Acaso los atacantes habían sido tan descuidados que no habían pensado en inutilizar los barcos? Aunque, claro, ¿para qué quemarlos si nadie había sobrevivido para regresar a casa?

Caleb nunca se había sentido cómodo en el agua. El océano era una cosa terrible, los dominios de criaturas mucho más grandes que el hombre. Muchas almas valientes llenaban su superficie: genios y locos motivados por la promesa de riquezas extranjeras. Quedaban pocos pescadores quechales en la actualidad; sin Qet, el océano se volvía inquieto y ni siquiera el Rey de Rojo podía domar a todas las criaturas de las profundidades.

Caleb subió a la barquilla de cuero, la desató del muelle y metió el remo en el agua.

Los glifos en el casco de la barca brillaron con un tono plateado y el remo en sus manos se volvió pesado. Al remar, un impulso detrás del bote lo hacía avanzar.

La primera brazada de Caleb lo hizo avanzar tres metros desde el muelle, la segunda tres metros más. Con cada brazada, con la brisa marina en el rostro y su corazón lleno de miedo, guio su barco encantado por la bahía abierta hacia la ciudad, dejando atrás la isla y la torre en ruinas.

Remó hacia el este, junto con la marea, y trató de no pensar en Mal.

Al acercarse a los muelles, no oyó nada. Con eclipse o sin él, a las seis de la mañana la ciudad ya debería estar en agitado movimiento: caballos relinchando, operas zumbando, autobuses aéreos volando por el cielo. Los diecisiete millones de habitantes de la expansión urbana deberían estar murmurando, maldiciendo o diciendo «buenos días» entre dientes mientras bebían su café.

Las olas rompían en la playa.

Varias columnas de humo se alzaban desde el Skittersill y los alcaldes revoloteaban a su alrededor, en mayor cantidad de los que Caleb recordaba haber visto volando juntos. El cielo les pertenecía. No había operas ni autobuses, ni patos que llevaran gente al trabajo; no había ninguna otra cosa que volara esa mañana. Los rascacielos brillaban en silencio y observaban.

Caleb apresuró el paso y pronto se acercó a la orilla cerca de las tiendas y las norias del puerto de Monicola. Los juerguistas contaminaban la playa. La mayoría de ellos estaban inconscientes, envueltos en olas y en sus propias resacas. Algunas parejas dormían enredadas debajo de las mantas; sus brazos, piernas y mechones de cabello negro se asomaban por debajo de la tela. Había barriles de cerveza de maíz tirados en la arena, junto a asadores de barbacoa ardientes.

No todos estaban dormidos. Algunas cabezas oscuras se asomaban para observar el humo que se alzaba desde la Estación Bay y desde la ciudad.

Su barca se atoró en la arena mojada a tres metros de la orilla. Sin importar cuánto moviese el remo, el barco no se acercaría más a tierra firme. Caleb se desató los zapatos, se quitó los pantalones, los dobló juntos y, descalzo, con nada más que sus calzoncillos, camisa y chaqueta, entró en el agua, que le llegaba hasta las rodillas. Sobre un hombro cargaba el bulto de su ropa y sobre el otro, el remo. Un arma podría ser útil. O tal vez no.

Los alcaides daban vueltas en el cielo. ¿Cuatro y su equipo estarían ahí?

El agua le enfrió las piernas. Lo que supuso que era una concha dentada le raspó la planta del pie izquierdo. Los pocos ebrios y juerguistas que estaban despiertos lo observaron con la boca abierta mientras salía del agua. Se preguntó por qué lo miraban así, y luego se dio cuenta de que las cicatrices de sus piernas estaban brillando, aunque desconocía el motivo.

Los espectadores mantuvieron la distancia mientras Caleb se secaba las piernas con una toalla abandonada y se ponía los pantalones, el cinturón, los calcetines y los zapatos otra vez. Se echó el remo por encima del hombro y caminó entre las personas dormidas hasta llegar a la calle.

—¿Qué está pasando? —preguntó una mujer cubierta con una manta roja.

—No tengo ni idea —le respondió, y siguió caminando hacia la ciudad.

Las calles vacías lo recibieron. Por los callejones y las estrechas aceras, oía gritos de dolor. Las ventanas rotas de los restaurantes se asemejaban a bocas abiertas con afilados dientes de vidrio: sus bocas sombrías contenían muebles rotos, platos estrellados, plantas y estatuas derribadas. Vio a un hombre con un abrigo rasgado que se tambaleaba por un callejón, le gritó, pero él retrocedió y huyó.

Algunas tiendas estaban destruidas, otras intactas. No había grafitis por ningún lado ni fuego a la vista, y las revueltas siempre implicaban llamas, en especial en ausencia del agua.

El caos no estaba programado hasta para varias horas después, hasta el eclipse, al mediodía. Pero el caos rara vez seguía horarios.

Ninguna de las personas que vio en su recorrido respondió a sus preguntas cuando se les acercó. Se encogían al verlo, con los ojos muy abiertos. Grupos de hombres y mujeres nerviosos se juntaban en la intersección de caminos vacíos, pero guardaban silencio en cuanto él se acercaba. Los escandalosos golems de acero caminaban como ebrios por los callejones. Los golems no requerían agua para sobrevivir, pero les encantaba el café, y sin agua era difícil conseguirlo.

Después de caminar unos treinta minutos, llegó al hotel Monicola: una torre ornamentada que habría encajado bien en una elegante avenida en Alt Coulumb.

Caleb no había ido allí a ver el hotel, sino la cascada perpetua que constituía su fachada.

El agua ya no caía. Aunque no esperaba que lo hiciera.

En el extremo de la plaza había hombres, mujeres y niños vestidos al azar con albornoces, pijamas y trajes. Observaban la cascada muerta y la fuente silenciosa, pero no hablaban.

—Hola —le dijo Caleb a una mujer que estaba cerca—. ¿Qué está pasando?

Ella sacudió la cabeza. Caleb se encogió de hombros y se dirigió al hotel.

Alguien corrió hacia él desde atrás, y Caleb se dio la vuelta, con el remo levantado. La mujer y los dos hombres dejaron de moverse. Sus ojos pasaban de Caleb al remo, y viceversa. Él retrocedió lentamente, sosteniendo el remo entre ellos.

—Cuidado.

—No estás a salvo —dijo la mujer—. Vete de aquí.

—Primero, decidme qué está pasando.

Ella se le acercó.

Caleb dio un paso hacia atrás y luego otro hacia la fuente que borboteaba. La fuente, que un instante antes estaba inmóvil.

Él se lanzó hacia un lado y ese instinto le salvó la vida. Vio unas garras de hielo negro sobre él y el agua rugió con frustración. Se dio la vuelta, tropezó y cayó de espaldas. Una pluma negra se alzaba sobre él, encendida desde dentro por una centelleante luz de estrella. Vio unas garras curvas como olas y unos colmillos blancos.

El tzimet atacó otra vez, con sus garras de hielo afiladas en un rápido y borroso arco que cavó una zanja en el pavimento donde Caleb estaba segundos antes. Él rodó para escapar, pero sus pies tropezaban con las piedras. La criatura gritó. Las garras con púas descendieron y Caleb alzó las manos en un vano intento por defenderse.

No sintió que las garras entraran en su cuerpo. Al principio, creyó que estaba muriendo, que su mente había adormecido el dolor, pero no estaba adormecido. La sangre aún corría por sus venas.

El tzimet retrocedió, sacudiéndose; era una bestia de sombras y bordes

afilados. A los pies de Caleb había un charco oscuro.

Sostenía el remo entre él y el tzimet. Sus glifos brillaban. En medio del pánico había alzado el remo para defenderse: el pedazo de madera funcionaba con hechicería para mover el agua a alta velocidad y, en cierto modo, el tzimet era un patrón impuesto en el agua.

La criatura atacó otra vez y Caleb lo bloqueó con el remo. Su segundo golpe frenético funcionó. Seis de los brazos de la criatura se desprendieron de su cuerpo y se disolvieron en forma de rocío.

El tzimet retrocedió, se encabritó y rugió. Caleb dio un paso hacia atrás, con el remo listo. Un bucle de agua ligaba al tzimet al charco frente al hotel Monicola. La criatura estaba atada a la fuente; había perdido tanto volumen que no podía alcanzar a Caleb.

El siguiente ataque del tzimet golpeó el aire vacío y rastrilló las piedras. Frustrado, furioso y reducido, se arrastró de vuelta al charco y se hundió en su refugio.

La multitud alrededor de la plaza esquivaba la mirada de Caleb, excepto la mujer que había tratado de detenerlo.

—Gracias —dijo Caleb.

—De nada —respondió ella—. Aléjate del agua.

—¿Todas las tuberías?

—Por todas partes donde corre el agua. Si abres un grifo, te están esperando. Como ocurrió hace unos meses, pero en todas partes.

—¿Cuándo empezó? —le preguntó, aunque apostaba que él ya lo sabía.

—Durante la noche, creo. Después de los fuegos artificiales.

—¿Rey de Rojo Consolidado ha dado alguna declaración?

—No.

Paralizado. O peor.

La mujer señaló el remo que sostenía.

—¿Es un arma?

—No —dijo él con una risa amarga—. Tengo que irme. Necesito encontrar a alguien.

La mujer no protestó mientras él se daba la vuelta y se marchaba.

Después de su paso por el hotel Monicola, empezó a notar a los tzimets en las sombras, ocultándose de la luz. Eso explicaba los restaurantes destruidos, y las librerías y ferreterías intactas: el primer ayudante de camarero llega para preparar una taza de café y salen demonios del grifo.

Siguió caminando mientras el agua robada de la ciudad se rebelaba contra ella. Serpientes de agua temblaban sobre las fuentes. Tentáculos de medusa se extendían desde los rociadores. Al poco rato oyó al primer alcaide que pasaba volando sobre él, con su voz aumentada, que resonaba en las ventanas y las paredes:

—Aléjense del agua del grifo. No intenten ducharse o bañarse. Sólo beban líquidos embotellados.

Caleb imaginó arañas saliendo de las duchas y se estremeció.

Caminó por las calles repletas de mujeres y hombres asustados, golems, seres serpiente y esqueletos. Él trataba de ignorarlos, al igual que lo hacían ellos.

Caleb avanzó por las calles principales de la ciudad. Pasó junto a tiendas de comestibles y almacenes con ventanas destrozadas y suministros saqueados. Refrigeradores abiertos y vacíos, sin agua, zumos, cerveza y hasta chocolate embotellado. El pan fresco estaba intacto en las estanterías.

Los vibrantes céspedes ocultaban redes con púas de tzimets. Se sentía la calidez del sol en el ambiente y Caleb estaba muy sediento, como todos los demás.

El remo que llevaba al hombro cada vez le pesaba más, aún tenía que caminar varias horas para llegar a Sansilva y ningún autobús aéreo pasó volando.

El pánico sería peor cuanto más tiempo transcurriera. La ciudad todavía estaba tranquila, recuperándose de la resaca del festival. Los ciudadanos que estaban despiertos se habían encerrado a cal y canto en sus casas o estaban saqueando los almacenes. Sin embargo, en el Skittersill ya había revueltas, y eso explicaría el humo.

Durante la siguiente hora, más gente despertaría. Los tzimets se alimentarían y las revueltas crecerían.

Llamó a un optera, pero ninguno bajó del cielo.

Claro. Los voladores llegaban cuando olfateaban la necesidad y la ciudad estaba empapada de necesidades aquella mañana. Caleb cerró los ojos y se centró. Dresediel Lex se caía a pedazos y sólo él conocía la razón. Se imaginó la locura de las multitudes, niños llorando y pidiendo agua, colmillos en movimiento. Pensó en Mal y en Teo. Tenía que encontrarlas. Tenía que llegar a RKC y ayudar.

Oyó un zumbido profundo que se fue haciendo cada vez más perceptible.

Como un ave pescadora, un optera lo levantó del suelo y se lo llevó volando. Las tiendas destruidas y las casas silenciosas se convirtieron en calles, callejuelas y manzanas. Sintió un tirón demoníaco en su alma; el toque de la criatura enfriaba su piel, y el color del mundo empezó a desaparecer, como si fuera una pintura blanqueada por el sol. El optera estaba hambriento.

Siguieron Monicola hacia el este y hacia la ciudad; los centros comerciales y las hileras de casas cedieron su lugar a edificios modernos, que a su vez desaparecieron para ceder su sitio a las pirámides de Sansilva. Ahí había grandes multitudes de gente del tamaño de hormigas que hervían dentro de la masa.

Incluso desde esa altura y a esa velocidad, Caleb oía los gritos de la multitud, lo cual era un alivio después del silencio sobrenatural de esa mañana. Los couatls volaban sobre la muchedumbre, pero no atacaban. Los alcaides aún no habían declarado la guerra.

Muchas cabezas negras se balanceaban por debajo. Los rostros que miraban hacia arriba mostraban pequeños círculos de color bronce; alguien señaló a Caleb y gritó algo que no alcanzó a oír. Unos cuantos manifestantes enojados arrojaron piedras. Las primeras, bastante alejadas de él, cayeron como pelotas de vuelta a la tierra. Las segundas pasaron volando por encima de su cabeza con la fuerza de un relámpago lanzado con una ballesta y él giró para esquivarlas. Abajo había hechiceros furiosos o matones con lanzadoras de rocas o pistolas de polvo negro. Maldijo y cambió el curso para volar sobre los edificios y no sobre las calles.

Cuando se dio la vuelta, vio la Coraza de Protección.

Una esfera lisa y azul envolvía la pirámide del 667 de Sansilva. Una burbuja, la habría llamado Caleb si las burbujas pudieran curvarse hacia dentro y hacia

fuera. Los edificios se reflejaban en la superficie azul, mirando maliciosamente a la multitud como distorsiones en el espejo de un mago.

Una Coraza de Protección era un arma de las Guerras de los Dioses: espacio infinito comprimido en dimensiones finitas. Pasar por el caparazón consumía una eternidad de tiempo subjetivo, y si entrabas en el caparazón, salías como una mancha borrosa de partículas subatómicas, si es que salías. Los hechiceros usaban las Corazas de Protección durante las guerras para ahuyentar a los sacerdotes y seguidores mortales mientras ellos luchaban contra los dioses.

Caleb nunca había visto una Coraza de Protección en acción. Era una defensa letal y algo exagerada contra cualquier fuerza que no fuesen dioses o ejércitos. Estaban más asustados en RKC de lo que había creído posible.

Varios opteras pasaron volando entre los alcaides cerca del caparazón; rodearon la montura de un alcaide, sólo para ser empujados por la fuerza de las alas. Los manifestantes se elevaban; sus ataques eran furiosos y erráticos.

Uno voló hacia el caparazón y lo atravesó. Caleb hizo una mueca. Tanto la criatura como la persona se estiraron y se comprimieron en el reflejo, y desaparecieron.

Caleb se alejó de la pirámide.

Le costaba trabajo respirar. El mundo retrocedió por un túnel largo y oscuro mientras el optera drenaba su alma hasta el fondo. Tenía que encontrar un lugar seguro, un lugar con agua. Tenía que encontrar a Mal.

Recordó una tarde dorada meses atrás, cuando estuvieron en un balcón y contemplaron la ciudad hasta el océano.

«Uno podría observar el fin del mundo desde aquí —había dicho ella— y estar feliz.»

Una idea tonta, la última idea tonta en una larga lista de ideas tontas, pero al menos tendría un lugar donde sentarse y pensar. Tal vez hasta encontrar agua.

Temblando y dudoso, voló hacia el sur, hacia el bar de Andrej.

Mal lo esperaba en el balcón. Brillaba con el sol naciente.

Mientras Caleb se aproximaba, alzó la mirada y lo saludó al aterrizar, o más bien cuando se colapsó, jadeando pesadamente, en los azulejos del balcón. El optera tomó un último sorbo de su alma, lo soltó y se retiró hacia el cielo.

—No esperaba verte aquí —dijo ella mientras Caleb se ponía de pie con dificultad. El universo tenía un encantador tono índigo. Los demonios bailaban tango entre sus templos. Él gimió, se desvaneció y cayó al suelo, y ella lo ayudó a ponerse de pie. El toque de sus manos lo quemaba como metal caliente.

Mal trató de ayudarlo a llegar hasta una silla, pero él sacudió la cabeza y señaló el bar de Andrej. Alguien, con toda probabilidad Mal, había derretido las puertas del balcón. Pasaron por el montón de cristales al bar vacío.

Con ayuda de Mal, fue tambaleándose hasta un glifo plateado y circular que estaba empotrado en la pared. Caleb sacó un alfiler de su bolsillo, se picó el dedo y embarró una gota de sangre en el centro del glifo. Detrás de la pared, varios mecanismos de contrapeso se activaron y el glifo empezó a brillar.

—No funcionará —dijo Mal—. El banco está muerto. RKC está congelado y el resto de la ciudad está protegiendo sus fondos. No podrás sacar nada.

Y así, la crisis se extendería por el mundo. En el archipiélago Skeld habría pescadores jóvenes implorando a los Reyes Inmortales que dieran marcha atrás a sus negocios más recientes, sin recibir ayuda alguna; un vendedor de sopa que por la mañana calentaba su mercancía con créditos no encontraría ninguno que utilizar.

Una luz tenue y opaca, proveniente del glifo, se filtró en Caleb.

—Andrej —intentó decir, y notó que su voz era firme—. Andrej guarda su propio crédito para las mesas. —Su sangre fluyó, su corazón empezó a latir. El mundo se llenó de color. Sus piernas se enderezaron y se estabilizaron.

—¿Mejor?

—Un poco. —Miró el montón de cristales cerca de la entrada—. Mejor que la puerta, al menos.

—Tenía sed y el bar estaba en mi camino.

—Estabas sedienta... —Su cabeza nadaba en alma—. Por todos los dioses, ¿tienes agua?

Mal lo sostuvo y juntos regresaron al balcón, a la brisa y al aire fresco.

Había una jarra azul en la mesa cerca de la baranda. Mal le consiguió un vaso del bar con un poco de hechicería de levitación. Con manos temblorosas se sirvió un vaso de agua, mojó el dedo, salpicó tres gotas en el suelo —«agua en el desierto»— y bebió el resto con tanta rapidez que se atragantó y pasó cerca de un minuto tosiendo y cubriéndose la boca con el brazo. Se sirvió un segundo vaso, que sorbió como si fuera vino.

—Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde.

—Demonios, Mal. ¿Sabes lo que ha pasado?

Ella se sentó al otro lado de la mesa, con una bolsa de cuero negro sobre su regazo. La sostenía mientras lo miraba.

—Cuéntame.

—Qet. —Tuvo que detenerse un momento para respirar. Cada palabra que decía era como recorrer un kilómetro. Siguió hablando más pausadamente, como trotando—. Está muerto.

Mal cerró los labios hasta que quedaron como una pálida línea y agachó la cabeza.

—No hay agua.

—Sí —dijo ella.

—Hay tzimets sueltos por las calles. Revueltas en el Skittersill, creo, y cerca de RKC. Es probable que sean los verdaderos quechales.

—O gente normal, asustada y molesta.

—El Rey de Rojo se ha encerrado detrás de una Coraza de Protección. Ni siquiera sé si sigue, eh... —Se detuvo antes de decir «con vida» y lo reconsideró—. Despierto.

—Me imagino que se ha derrumbado —dijo Mal—. Sus contratos para

proporcionar agua están fuertemente atados a él. Cada grifo de agua en Dresediel Lex, cada inodoro y cada caldera en cada fábrica son reclamos que no puede ignorar. Sin mencionar la fuerza para mantener a las serpientes dormidas. Bien podría ser que ya esté muerto. Así como el resto de la junta directiva. Cuanto más atados estuvieran a RKC, más débiles estarán.

—No funciona así. Yo conozco esos contratos. Hay una cláusula de escape para emergencias. Uno no querría que la persona mejor calificada para reparar el agua colapse si ésta deja de funcionar.

Ella se encogió de hombros, lo cual le pareció extraño. Aunque, claro, toda la situación era una locura. ¿Cómo esperaba que reaccionara?

Caleb prosiguió:

—Pero el jefe no habría alzado la Coraza de Protección a menos que algo estuviera mal dentro de la pirámide, al igual que fuera. No podemos contar con su ayuda.

Ella asintió y esperó a que él hablara.

—Tienes que llegar a Heartstone. Encenderemos a las serpientes y usaremos su poder para que el agua regrese, para expulsar a los tzimets y para calmarlos a todos. Una vez que esté hecho, una de las grandes empresas de hechicería debería ser capaz de resucitar a Qet, o al menos parte de él. RKC tendrá un año difícil, pero deberíamos ser capaces de sobrevivir, al igual que la ciudad.

Mal lo observó a través de sus ojos entrecerrados. Él se sirvió más agua, bebió y lamió unas cuantas gotas que quedaron en sus labios.

—¿Qué dices?

—¿Por qué?

—¿Cómo?

—¿Por qué —repitió ella— deberíamos salvar a Rey de Rojo Consolidado?

La mesa de mármol era fría y sólida.

—Porque la ciudad necesita agua. Porque la gente está muriendo y podemos ayudar.

—Lo haremos.

Su voz era plana, como lo había sido en la Estación Seven Leaf cuando los dioses se retorcían bajo el lago.

—¿Estás bien?

—Nunca estuve mejor.

Mal era la viva imagen de la intensidad contenida, tan quieta que el aire parecía temblar. «¡Tengo un secreto!», gritaba su cuerpo.

—Si no vamos a salvar a RKC, ¿qué crees que deberíamos hacer?

—Caleb. —Cerró los ojos y los masajéó con la mano. Cuando los abrió otra vez, estaban suaves y rojos—. Tenemos que esperar.

—¿Eso es todo? ¿Ése es tu plan? ¿Esperar?

—Al principio.

—Las revueltas empeorarán.

—Así tiene que ser. Cuando llegue el eclipse, usaremos a las serpientes para concederle agua a la ciudad. Ascenderán y ahuyentarán a los tzimets de nuestra tierra, y a los rascacielos también. Los hechiceros huirán en vez de enfrentarse a las serpientes. —Lo dijo como si recitara las apuestas en una ronda de bridge—. Podemos empezar desde cero.

Él dio un paso hacia atrás, alejándose de la mesa y de ella.

—Mal. ¿Qué estás diciendo?

—Si el Rey de Rojo se recupera, no dejará que la muerte de Qet quede sin castigo. Destruirá a la antigua religión y a todos los que la siguen, quebrará las columnas de los últimos dioses y diosas, romperá sus huesos y se alimentará de su médula. Pero sólo si se recupera. Si no lo hace, tenemos la opción de seguir un camino distinto.

—Hablas como si esto fuera una oportunidad.

—Porque lo es. Anoche me pediste una respuesta. Es ésta. RKC está muerta. Deja que se pudra. Construye algo nuevo.

—No.

—Cuando las cartas se reparten y los jugadores apuestan todo su dinero, ¿qué haces si tienes la mano ganadora?

—Pero tú no tienes la mano ganadora.

—Sí la tenemos —dijo ella.

El mundo se quedó quieto y Caleb se forzó a hablar.

—¿A quiénes te refieres?

—A mí y a gente como yo. Gente a la que le importa arreglar nuestra ciudad, nuestro mundo. Tú también si estás dispuesto a unirte a nosotros.

Él se lamió los labios. Hacia el sur, el fuego se extendía.

—Mal. —No dijo nada más, no podía.

—Caleb. —Ella se inclinó sobre la mesa, colocó las manos sobre las de él y se las apretó con fuerza. Sus dedos estaban suaves y duros por haber pasado muchas horas escalando. Pensó en ella corriendo, como una diosa en vuelo.

—Estás hablando de una rebelión, de un cambio de régimen. —Caleb exhaló—. Lo entiendo. —Pensó en los dioses que se retorcían en el lago. En Qet, Señor de los Mares, muerto en un mar de inmundicia. En redes ardientes que cayeron del cielo para atrapar a los padres de Mal, al padre de Caleb, a los miles que participaron en el Levantamiento del Skittersill. El Centro Rakesblight mataba veinte mil cerdos cada día, convertía a los animales en carne con ganchos de cuchilla y ruedas de diamante giratorias—. Hoy no. Por favor. No ahora. Incluso si logras ahuyentar de la ciudad a los hechiceros, ¿dónde quedarías tú? En medio de un desierto, sin agua. Qet está muerto. Sin las empresas no podrás resucitarlo. Primero, hay que salvar a nuestra ciudad y luego hablaremos.

—Ya me encargué de eso. —Mal le soltó las manos, colocó su bolsa de cuero en la mesa y desató la hebilla de latón. Sus hombros se desplomaron y sus manos temblaron.

Abrió la bolsa y la giró hacia Caleb con un solo movimiento, y él cayó.

Cayó durante toda la eternidad hacia un cielo sin estrellas. Colosos silenciosos se movían a través del espacio ilimitado, presencias invisibles cuya inmensidad construía el mundo. Él era una partícula de polvo, una hoja flotando sin rumbo por la chimenea de una cueva.

Un planeta deforme de carne y sangre de arcoíris flotaba debajo de él. Las arterias cortadas y las venas sueltas, del tamaño de rascacielos, soltaban icor.

Cayó a través de la nada hacia el corazón de un dios.

Caleb se sostuvo del borde de la mesa y se puso de pie. La bolsa estaba abierta. El corazón se llenó del espacio que contenía la bolsa y, sin embargo, también lo

devoraba ese mismo espacio; un solo punto brillante en una oscuridad más profunda que la cueva más profunda, y más larga que el túnel más largo.

—¿Qué es esto? —dijo él, a pesar de que ya lo sabía.

—Su corazón.

—¿De dónde lo has sacado?

Mal cerró la bolsa.

—Lo corté de su pecho con un cuchillo de relámpago. Podría haber usado obsidiana, pero no era capaz de levantar un cuchillo de ese tamaño. El relámpago es menos tradicional, pero más fácil de manejar, y el efecto es el mismo.

—Tú...

Se detuvo, esperando a que ella completara la oración, pero no lo hizo.

—Tú atacaste la Estación Bay mientras yo dormía.

—Sí.

—Vi lo que ocurrió ahí.

El dolor cubría sus facciones.

—Lo lamento.

—¿Qué es lo que lamentas, haberlo hecho o que lo haya visto?

—Las dos cosas. El ataque tenía que ser anoche, por el eclipse de hoy. Mala suerte. Traté de convencerte para que dieras media vuelta. Debería haber insistido. Pero no quería estar sola antes de que ocurriera.

—Estás mintiendo. No pudiste haber hecho todo eso. No eres tan poderosa. Nadie lo es.

—Las serpientes están conmigo. Soy débil, pero ellas son fuertes. —Abrió la mano y una llama floreció en su palma; no el fuego frío de la hechicería, sino un infierno ardiente, un estallido de calor que sopló el viento del desierto en su rostro. Mal cerró la mano y el fuego se detuvo—. Nada puede contra ellas.

—Por todos los dioses. Hablas en serio.

—Así es.

—Pero extraer poder de las serpientes las pone más hambrientas.

—Lo que debilita a RKC y a Kopil. Alaxic insistió en esa condición. ¿Recuerdas? RKC tiene que mantener dormidas a las serpientes. Cuando atacé

la Estación Bay, cada ataque que les arrojaba debilitaba sus defensas. Cuanto más pelea RKC, más atrapado está.

—Y una vez que la Estación Bay dejó de funcionar, RKC trató de extraer agua de Seven Leaf, pero... —Recordó su propio trabajo: uniendo los cables rojos con los azules, empalmando a las serpientes con el sistema—. Demonios.

—Tu gente hizo una auditoría a Seven Leaf, con lupa y pinzas afiladas, antes de comprarnos; no podíamos atar Seven Leaf a las serpientes hasta que se completara el trato.

—Oh —dijo él—. No.

—Así que destruimos la estación, confiando en que podríamos reconstruirla después. Allie empezó el trabajo, y tú y yo lo completamos. Ahora, cuando RKC trata de bombear agua de Seven Leaf, extrae poder de las serpientes, y el Rey de Rojo se debilita más.

—Los verdaderos quechales no envenenaron Espejo Brillante.

—Claro que no. Apenas pueden pintar un grafiti sin cometer faltas de ortografía. Tienen buenas intenciones, pero no han tenido nada que los guíe desde hace ochenta años. Ningún sacrificio. Ninguna trascendencia. Son pequeños, mezquinos y malos.

—Toda tu compañía no fue más que un engaño.

Mal rio con amargura.

—¿Has tratado de dirigir una compañía? Necesitas gente que haga el trabajo. Gente que gestione a esa gente, y alguien más que los administre a ellos. Una compañía es como un dios tonto, y los seres humanos son sus células. Después de su derrota en las Guerras de los Dioses, Alaxic estudió hechicería. Fundó Heartstone para vencer a Kopil en su propio juego. Establecimos contacto con las serpientes en su sueño, y cuando estuvimos listos, Alaxic le mostró al Rey de Rojo lo que había encontrado. Kopil se apresuró a comprarnos, pero no podía dejar que Alaxic controlara las serpientes. De los dos mil empleados, sólo unos cuantos conocían el plan completo. Alaxic. Allie. Yo. Algunos ingenieros. Algunos hechiceros. Los verdaderos quechales, incluso si son pequeños y mezquinos, tienen su utilidad. Por ejemplo, cuando necesitas a alguien que haga una visita suicida a la Estación del Norte, ¿por qué no usar una banda

prefabricada de fanáticos, cualquiera de los cuales moriría con gusto al lado de una diosa?

—Fuiste tú.

—Una vez que Kopil supo que tenía a las serpientes, tuvimos que convencerlo de que estaba siendo atacado, lo que aumentó su desesperación por comprarnos y controlarlas. Quería tener un seguro. Quería seguridad.

—Me engañaste todo el tiempo.

—No. —Mal empujó su silla hacia atrás y se levantó. Su expresión era sincera, desesperada—. No planeaba que me vieras esa noche. Al principio, estaba asustada. Quería deshacerme de ti. —Sus talones golpeteaban en el mármol mientras ella le daba la vuelta a la mesa hacia él. Caleb se puso de pie y retrocedió, pero no lo suficientemente rápido como para escapar—. Pero tú me perseguiste, a través de la muerte y el dolor y el fuego. Me perseguiste, devoto, suicida y asustado, y pude ver que querías algo más, algo más que a mí. Querías entregar tu vida a algo. Querías cambiar el mundo, sólo que habías olvidado cómo hacerlo.

—Sí. —La palabra le pesó en los labios.

—Bueno, aquí estamos. Cambiemos juntos el mundo.

—Hablas como mi padre.

—Tu padre quiere que los dioses vuelvan a sus pedestales. Yo quiero que trabajemos juntos: humanos con hechicería, dioses con poder divino, sacerdotes con teología aplicada. Pero necesitamos espacio para construir esa sociedad. Necesitamos tiempo y poder para cambiar, y nunca los tendremos si los hechiceros nos vencen. Necesitamos libertad, y yo puedo obtener esa libertad para nosotros. No en una década ni en tres. Hoy mismo. De un solo golpe.

—Quieres una revolución moderada, pero antes necesitas matar a unas cuantas personas.

—Unas cuantas personas. Sí. Para liberar a toda una ciudad. Para salvar a todo un planeta. Dresediel Lex será un modelo para el mundo.

—No lo sé, a mí me gusta tal y como está.

Ella trató de cogerle la mano, pero él la apartó. Dieron vueltas a la mesa, cara a cara.

—La ciudad te molesta tanto como a mí. He visto la manera en la que observas las largas calles, a los hombres y mujeres sin rostro. Te contiene cuando hablas, cuando piensas, porque sabes que pensar con demasiada profundidad te volvería loco. Yo puse a descubierto la locura y ya no hay necesidad de ocultarse.

Sin querer, Caleb redujo la velocidad de sus movimientos y ella lo atrapó. Le sostuvo el brazo a través de su chaqueta y él pudo sentir el calor febril de sus dedos.

Mal oprimió el cuerpo de Caleb contra el suyo, y una de sus manos se deslizó por su brazo hasta sostenerle la barbilla, envolver su nuca y atraerle la cabeza hacia la suya, los labios hacia los suyos.

Se besaron en la cima de la pirámide mientras el mundo se derrumbaba.

El beso fue como una colisión. El anhelo se disparó por el cuerpo de ambos, así como la necesidad. Se besaron violentamente y se separaron del mismo modo, cada uno tambaleándose hacia atrás.

Caleb la miró e imaginó los años a su lado, saltando de azotea en azotea sobre calles manchadas de sangre mientras dos serpientes se encabritaban por los cielos.

Él cogió la bolsa de la mesa y, acunándola en sus brazos, huyó de ella hacia la puerta.

—¡Caleb! —le gritó ella; ésa fue la única advertencia que recibió antes de que una cortina de llamas bloqueara su camino.

El vidrio y el metal se derritieron. Retrocediendo del brote repentino de calor, resbaló sobre el mármol y casi se cae; echó de nuevo a correr, esta vez hacia la baranda.

—¡Caleb, por favor!

El aire se puso más denso, como aguanieve y hielo, pero él abrió sus cicatrices y el hielo se derritió. El mundo se invirtió, las direcciones se invirtieron, pero sus cicatrices lo arrastraban hacia delante. El balcón de mármol se convirtió en un océano de olas de piedra que chocaban entre sí, y él avanzaba con dificultad. Ciego, a trompicones, tambaleante, llegó a la baranda y se arrojó por el borde.

Cayó tres metros y se detuvo de golpe; los brazos casi se le salen del cuerpo. Sus cicatrices lo protegían de Mal, pero no resguardaban su bolsa y el corazón que contenía. Al cerrar los ojos, vio los cordones plateados de la hechicería de Mal atando el cuero. Agitó los brazos, pero los cordones volvían a tejerse más rápido de lo que él los cortaba.

La correa de la bolsa se calentó en su mano. La agarró con más fuerza, mostrando los dientes. El calor quemaba su piel. Era como sostener un pedazo de metal fundido.

Con un grito, soltó la bolsa y cayó otra vez.

Después de un metro y medio golpeó el costado de la pirámide, rebotó contra la piedra y se deslizó acelerando por la pendiente. Las rocas le rasgaban los pantalones y la chaqueta. Sus dedos buscaron con desesperación algo donde agarrarse, pero no encontraron nada. La bolsa fue flotando hasta el balcón y a la mano expectante de Mal.

Llegó al escalón de la pirámide y cayó al vacío. Por reflejo, cerró los ojos. Unas telarañas entre plateadas y azules pasaron volando frente a su rostro. Desesperado, se aferró a ellas.

Las líneas de hechicería redujeron la velocidad de su caída; aunque a diferencia de los cordones que había en la Estación del Norte, éstos eran demasiado delgados para soportar su peso. Se rompieron y liberaron la pirámide de las protecciones que la envolvían, y éstas se desenmarañaron a su vez; una avalancha de hechicería siguió a Caleb en su caída, sacando chispas de las piedras de la pirámide.

Destruyó el tragaluz del siguiente escalón de la pirámide y el impacto provocó que su mundo se llenara de un arcoíris de dolor.

Se puso en pie, lentamente, favoreciendo su pierna izquierda. Le dolían las costillas: quizá le saldrían moretones, pero deseaba no habérselas roto. Estaba vivo. Se sacudió las astillas de cristal de la cara y de la ropa con la manga de su chaqueta.

Al abrir los ojos, se encontró en una oficina gris junto a un escritorio que destellaba con las esquirlas de cristal del tragaluz. En las repisas de la pared de la

oficina había varios libros gruesos; una carpeta de tres anillas estaba abierta sobre el escritorio.

Caleb esperaba que Mal lo siguiera, pero no lo hizo.

No lo haría. Él ya había tomado su decisión.

Pero ¿qué había elegido?

Cuando tuvo confianza en que sus piernas pudieran soportar el peso de su cuerpo, salió cojeando de la oficina hacia la escalera.

Caleb caminó cubierto de sangre por la avenida Sansilva. Necesitaba una bebida. Necesitaba descansar. Necesitaba gritar. Las primeras dos opciones no estaban disponibles y la tercera no serviría de nada, así que siguió adelante, cojeando. Los caudales de adrenalina que empezaban a retirarse revelaron nuevas sensaciones de dolor en su magullado cuerpo.

La multitud distante gritaba de rabia. Un grupo de jóvenes quechales andrajosos corrieron junto a él en la acera, cargados de botines: amuletos de jade, martillos que podían hacer que cualquier clavo atravesara cualquier superficie, bocinas con sinfonías demoníacas atrapadas en su interior. Una chica de cabello largo empujaba ruedas de carreta por el camino.

Eran alegres saqueadores que se sentían glorificados por la breve anarquía y que no representaban ningún peligro.

Los tzimets se arremolinaban detrás de las ventanas rotas de los restaurantes, chasqueando la mandíbula. Se arrastraron sobre un cadáver masticado que llevaba un uniforme de camarero y que sonreía con dientes ensangrentados. Espinas sensibles sobresalían de las rejillas del alcantarillado y los demonios deambulaban por callejones desiertos.

Caleb caminó hacia el sur y luego hacia el este. La sangre de su cara cortada se deslizaba sobre su camisa rasgada y se filtraba desde el corte en su muslo derecho hacia sus pantalones desgarrados. La sangre era su punto de contacto con el mundo.

Encontró el edificio sin problemas; podría haberlo hallado a ciegas. Había recorrido aquel camino muchas veces antes, borracho y medio muerto. Caleb pasó a través de la puerta principal, que se abrió alejándose de sus cicatrices. El ascensor lo subió a sacudidas hasta el séptimo piso, y se tambaleó a través de las puertas abiertas y por el pasillo vacío hasta el apartamento C.

Trató de llamar, pero en lugar de ello se derrumbó. Presionó la mejilla contra la pálida madera. El ritmo de sus latidos retumbaba en sus oídos.

Oyó unos pasos vacilantes al otro lado: unos pies con pantuflas que se acercaban.

—Tengo poca agua, menos comida y una vara explosiva apuntando a la puerta.

—Teo —dijo él—, qué bien que sigues tan... hospitalaria como siempre.

—¿Caleb?

Él respondió con un gruñido.

Se oyó un ruido de cadenas y cerraduras y, cuando la puerta se abrió, él se puso derecho durante tres segundos antes de caer en los brazos de su amiga. Teo cerró la puerta con el hombro y pasó el cerrojo con una mano.

—Por todos los dioses, Caleb, ¿qué te ha ocurrido?

—Los dioses, eso me ha ocurrido.

Ella lo sentó en la silla junto a la mesita de café. La escena cubista de la guerra les lanzaba provocaciones a ambos desde la pared.

—Parece que hayas peleado diez asaltos con esos desgraciados.

—Sólo uno, y con eso me basta.

—No pensaba que fueras tan malo para pelear. —Desapareció dentro de la cocina y regresó con agua—. Bebe despacio porque no queda mucha. Tres cuartos de una jarra y el hielo del congelador.

—Agua en el desierto —dijo él irónicamente, mojó el dedo y echó una gota al suelo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó mientras él bebía.

Se limpió los labios con la mano y después sorbió las gotas que quedaron en su piel.

—¿Qué es lo que sabes?

—He despertado y he visto la coraza desde la ventana de mi habitación. Pensaba que se trataba de una broma antes de oír a Sam, que gritaba desde el baño. Ha abierto el grifo de la ducha y se le han echado encima.

—¿Está...?

—He logrado quitárselos. El grifo se ha cerrado bastante rápido. Tiene cortes

y moretones, y un rasguño bastante feo en el hombro, donde más la han atacado. —Teo exhaló—. Hemos corrido de puerta en puerta, advirtiéndole a la gente que no usaran el agua. Lo han entendido bastante rápido. Nadie aquí ha olvidado cuando los demonios salieron de los grifos durante la crisis de Seven Leaf. La mayoría de los vecinos está esperando a que pase el problema. Algunos han ido a Sansilva a quejarse. Pero por suerte para ti, yo me he quedado.

—Buena idea —le dijo mientras saboreaba el agua—. La ciudad es peligrosa. —Estuvo a punto decir que estaba condenada—. ¿Dónde está Sam?

—No lo sé.

—Oh. Por los siete infiernos.

—Ha dicho que teníamos que hacer algo. Le he respondido que sí, que debíamos ocultarnos y esperar. Me ha lanzado todos los insultos que puedes soltarle a una persona que dice algo como eso en momentos así, como cobarde y todo lo demás. —Se rio con el sonido de una cuchilla que raspaba la cuerda de un piano—. A mi chica le encantan las revueltas, y seguro que estará entre la multitud, junto a todos los demás tontos.

—Has estado bebiendo.

—Vete al diablo. Hay una mujer allá afuera matándose sin motivo, en medio de una ciudad que está matándose sin motivo.

—Lo siento —dijo él.

—Así que repito, ¿qué demonios está pasando?

—El agua está contaminada.

—Ya me he dado cuenta, gracias. Y si eso fuera todo lo que sabes, lo dirías en lugar de tratar de esquivar la pregunta.

—Qet, Señor de los Mares, está muerto.

—Oh. —Teo se sentó y su rostro se puso pálido.

—Sí.

—No me lo puedo... Es que... —Se pasó una mano por el cabello, aferrando los mechones que se deslizaban entre sus dedos—. ¿Qué le ha sucedido?

—Mal es lo que le ha sucedido.

—¿Mal? ¿Tu Mal?

—No es mi Mal. No es la Mal de nadie más que de sí misma. Ha estado

detrás de esto desde el principio. Ella, Alaxic, y sus amigos y cómplices.

—¿Detrás de qué?

—De todo. Desde el incidente de Espejo Brillante hasta la Estación del Norte, Seven Leaf y todo lo demás. Ellos envenenaron Espejo Brillante e hicieron estallar la Estación del Norte para acelerar la fusión entre RKC y Heartstone. Pusieron a Seven Leaf en nuestra contra. Y esta mañana, Mal ha atacado la Estación Bay, ha irrumpido en ella y ha matado a Qet, Señor de los Mares.

—La habrían asesinado. ¿Qué tiene, unos treinta y tantos? No puede haber irrumpido en la Estación Bay por sí sola. Ni siquiera un ejército podría.

—De algún modo, está usando a las serpientes. Se alimenta de su poder.

—No...

—Ha devastado la Estación Bay, Teo. Nunca había visto algo así. Ha matado a los guardias, ha destruido la torre y le ha arrancado el corazón a Qet.

—Caleb... —Alejó su silla de la mesa y de él—. ¿Cómo sabes todo esto? —Lo que su actitud decía era: «Estás loco» o, peor aún, «¿Estás de su lado? ¿Es terror o entusiasmo lo que oigo en tu voz?».

Caleb le contó la historia desde el principio, al menos todo lo que él sabía, desde el Levantamiento del Skittersill, cuando los padres de Mal murieron, el momento en que Alaxic la descubrió, su tutela y la decisión que ella había tomado, cuando nadó desnuda en los Fangs y lo que había dicho sobre estrangular la vida en lugar de dejarse vencer. Le describió su plan.

Teo lo interrumpió cuando mencionó el lago Seven Leaf y la parte en que Mal le cortaba la garganta a Allesandre...

—La mató porque habría confesado, claro, de haber sobrevivido. El Rey de Rojo le habría sacado la verdad de algún modo.

Caleb no respondió. Terminó su relato con la descripción de su caída por la pirámide de Andrej y se volvió para mirarla en búsqueda de consuelo.

—¿Qué demonios, Caleb?

Ésa no era la reacción que esperaba.

—¿Qué?

—¿Has venido a contarme todo esto a mí? ¿De todas las personas en la ciudad? ¿No a un alcaide o al Rey de Rojo, o a alguno de los miembros de la

junta directiva?

—La pirámide está encerrada en una Coraza de Protección y no tengo ni idea de cómo comunicarme con la junta directiva. Ostrakov, Mazetchul y los demás supongo que están en tan mal estado como el Rey de Rojo, comatosos o cerca de la muerte. Están tan atados al sistema como lo está él. Incluso si algunos de ellos aún se mueven, probablemente tengan muy poco poder, y deben de estar en peligro, peleando contra los tzimets, tratando de arreglar el agua, salvando sus propios pellejos. Yo he tenido que ocultarme y recuperar el aliento. Decidir qué haría después. Tal vez decida buscar a la junta, pero no lo sé.

—Podrías haber muerto en el camino.

—O mientras deambulaba por Monicola a pie con los tzimets sueltos. O cuando he tratado de robarle el corazón de Qet a Mal. O cuando he saltado de la pirámide. Mi vida no es lo importante en este momento.

Teo se levantó y empezó a caminar de un lado a otro de la habitación. Pensaba mejor cuando se movía.

—¿Cómo no nos habíamos dado cuenta?

—No la conocías. Nadie la conoce. Fue cuidadosa. Yo fui el que más se acercó y me enamoré. O eso creí. —Decirlo en pasado le dolía.

—¿Cuál es su plan?

—Apoderarse de la ciudad, por lo que parece. A corto plazo.

—Necesitamos más detalles. Quiere despertar a las serpientes. Usarlas para ahuyentar a los hechiceros, establecer un nuevo gobierno, aclamar la gloriosa revolución y todo eso. Pero las serpientes despertarán durante el eclipse. Tendría poder ilimitado durante, ¿qué?, media hora o tal vez menos, hasta que los hechiceros regresen.

—Me parece que el eclipse despierta a las serpientes y el sacrificio las pone a dormir otra vez. Tal vez dormirán normalmente una vez que el eclipse termine, pero Mal usó mucho de su poder. Apuesto a que están hambrientas. ¿Alguna vez has tratado de dormir con el estómago vacío y comida en la habitación de al lado?

—Entonces, las alimentamos.

—Necesitaríamos un sacrificio.

—Pues busquemos un sacrificio.

—No.

—Sólo digo, si podemos...

—No vamos a sacrificar a nadie ante nada.

—¿Incluso si pudiéramos detener a Mal? ¿Parar todo esto?

—Demonios.

—Sólo estoy diciendo...

—No.

—Bien, de acuerdo. —Apoyó la frente sobre las manos—. ¿Por qué te ha dejado escapar?

—No me ha dejado huir. Yo he saltado, ¿recuerdas?, de un edificio. —Señaló sus heridas y su vestimenta rasgada.

—Ella ha cogido el corazón. Estoy segura de que habría podido atraparte si hubiera querido.

—No lo sé. Tal vez quería dejarme ir. Tal vez aún siente algo por mí.

—Sentimientos. —Teo sofocó una risa—. Lo lamento, pero esta situación es absurda.

—Es algo serio.

—Absurda y seria. La peor clase de chiste. —Tocó su labio inferior con un dedo doblado—. RKC está fuera de servicio porque gastó toda su alma para mantener a las serpientes dormidas. Ése es el problema. Si pudiéramos entrar en la pirámide de Sansilva, tal vez podríamos romper el contrato que ata a RKC y a Heartstone.

—No funcionará. La hechicería es más que palabras en una página.

—Pero las palabras en una página son importantes. Sin el contrato, sin una firma, RKC podría escapar del trato. Podríamos tener una oportunidad.

—Pero un trato es un trato. ¿De verdad crees que podemos cancelar el contrato así de fácil sin el consentimiento de Heartstone?

—No cancelarlo. Pero sí debilitarlo, seguro, lo suficiente como para que alguien tan fuerte como el Rey de Rojo lo ignore durante un rato. Si Heartstone tuviera a los hechiceros y a los tribunales de su parte, nada de lo que hiciéramos

importaría, pero me imagino que todos sus hechiceros están ocupados en este momento y ningún tribunal está abierto.

—Bien pensado.

—Pero si es así, tú eres la única persona con vida que sabe lo que está pasando y cómo detenerlo. Si yo fuera Mal, con amor o sin él, te perseguiría para asegurarme de que no se lo dijeras a nadie.

—Pues me alegra que ella no piense como tú.

—Tal vez aún no ha podido alcanzarte.

Alguien llamó a la puerta.

Caleb y Teo intercambiaron una breve pero intensa mirada. Ella tomó la barra explosiva.

Luego llamaron por segunda vez, al ritmo de un tambor funerario.

—¿Será ella? —susurró Teo. Él no respondió, pero fue de puntitas a la cocina y regresó con un largo y afilado cuchillo de cocinero.

Llamaron por tercera, y cuarta: sonidos fuertes y sólidos.

Teo avanzó por el pasillo, con la barra explosiva a la altura de la puerta. Le temblaban las manos. Caleb la siguió.

—¿Sam?

No recibió respuesta.

—Estoy molesta y armada. Dime quién eres o lárgate de mi...

El pestillo se rompió y la puerta salió volando del marco. Una sombra negra y con bordes afilados entró de golpe. La barra explosiva de Teo se encendió dos veces. Una mano con garras la cogió de la muñeca y se la retorció. La barra cayó de sus dedos flojos y la figura ensombrecida la hizo girar y la inmovilizó contra la pared.

Caleb apuñaló a la sombra y sintió un ruido sordo, como si el cuchillo hubiese impactado en madera sólida. Antes de poder reaccionar, algo lo golpeó en el estómago. Cayó de rodillas, tragando aire.

El mundo borroso se convirtió en simples contornos. El cuchillo de Teo yacía en el suelo junto a Caleb, con la hoja derretida. Su atacante tenía forma humana, hombros anchos y era extremadamente musculoso, vestido de oscuridad y luz resplandeciente; el aire a su alrededor resonaba con cánticos antiguos. Una mano

enorme sostenía la muñeca de Teo. Un antebrazo tan grueso como una columna le oprimía la garganta. El brazo libre de Teo arañaba el rostro de su atacante y sus uñas sacaban chispas mientras resbalaban sobre la piel oscura y suave como el acero.

Caleb lo reconoció.

—Papá —dijo él—, baja a Teo o tendrás que golpearme otra vez.

Temoc la soltó y retrocedió; Teo tosió y se enderezó, sosteniendo su muñeca. Su rostro estaba lleno de ira.

Las sombras pasaron sobre el padre de Caleb como flores que se cierran en la noche. Sus cicatrices se atenuaron, y el hombre en persona permaneció de pie en el pasillo de Teo: desnudo de cintura para arriba, con la piel oscura cubierta de músculos y viejas heridas.

—Hijo —dijo Temoc—, necesito tu ayuda.

Caleb parpadeó.

—¿Qué?

—Un grupo de fanáticos está a punto de destruir la ciudad —dijo Temoc.

—Lo sé.

—Planean usar a las Serpientes Gemelas como arma. La última vez que Aquel y Achal se utilizaron de este modo, rompieron el continente por la mitad. Necesito que me ayudes a detenerlos. —Parpadeó—. Espera. ¿Qué quieres decir con que lo sabes?

—Mal, la mujer que está planeando todo esto, y yo... estamos saliendo, creo. Quiero decir, estábamos. —Los ojos de Temoc se agrandaron—. Yo no soy parte del plan. Me he marchado tan pronto como me he enterado de lo que estaba pasando. Más o menos hace una hora.

—No me has contado que estuvieras saliendo con alguien.

—No sabía que tenía que informarte de mis decisiones amorosas.

—Caleb —dijo Teo mientras se masajeaba la garganta—, no conozco a tu padre. Por favor, preséntame a este hombre que acaba de meterse en mi apartamento y que ha tratado de estrangularme.

Temoc la escudriñó y ella le devolvió una mirada llena de furia.

Caleb contó hasta diez y después hacia atrás hasta cero.

—Teo, éste es Temoc, el último de los Caballeros Águila, alto sacerdote de Todos los Dioses. Papá, ésta es Teo. Es gerente de contratos en RKC y mi amiga. —Hizo un énfasis especial en la última palabra.

—Te pido disculpas por haberte golpeado. —Temoc inclinó la cabeza—. No me gusta hacer daño a las mujeres.

—Gracias —dijo Teo con algo de frialdad—, por tu respuesta sexista y condescendiente.

Temoc juntó las manos detrás de la espalda, alzó la barbilla y esperó, como una estatua que mira hacia un glorioso futuro.

Teo se agachó para recoger su vara explosiva.

—¿Cómo podemos confiar en ti? Eres un teísta, un asesino. Trataste de matar al Rey de Rojo. Podrías formar parte de todo este plan.

—Podría haberos matado a ambos si quisiera. Pero no lo he hecho, ni tampoco te he roto la muñeca cuando me has disparado. Son muestras de mi buena fe.

Teo le enseñó los dientes, pero Caleb se interpuso entre ellos.

—Jura que no formas parte de ese plan, papá. Elige un dios y júralo.

—Digo la verdad, por los huesos de Ili de White Sails. Tu chica y sus camaradas nos han traicionado a todos. Abandonaron el mantenimiento de los días y el marcado de las horas.

—Agrega deicidio y asesinato a esos cargos.

Temoc respiró profundamente.

—Entonces ¿Qet está muerto?

—Sí. Y algunas personas más también.

—El maestro de tu chica fue sacerdote con anterioridad. Un buen hombre que enloqueció. Descubrí demasiado tarde la blasfemia que tramaron, cuando trató de matarme y se quitó la vida. Yo me recuperé, entré en su casa, encontré sus diarios y descubrí la verdad. Debemos detener a su alumna antes de que otros mueran.

—Sí —dijo Caleb—. Pero ¿cómo?

Durante un rato, Temoc no respondió. Debería haber sido jugador de póquer y no sacerdote. Era tan inmutable como una montaña. Podían pasar los siglos a su alrededor, y podían erigirse y caer civilizaciones enteras, sin que Temoc registrara cambio alguno.

—Primero —señaló él—, quisiera que me contaras todo lo que sepas sobre esta mujer. Después, me gustaría tomar un vaso de agua.

Temoc, sacerdote de Todos los Dioses, bebió agua de una taza de café de color azul que tenía grabadas las palabras LA MEJOR HIJA DEL MUNDO sobre la imagen de una diosa amamantando a una serpiente. Caleb se movía en su asiento. Le dolían las heridas y, al hablar de cosas que dolían y que no, estar sentado a una mesa

frente a su padre le dolía. Teo caminaba por la habitación, juntando las puntas de sus dedos romos. Fruncía el ceño mientras Caleb repetía la historia de su relación con Mal.

Temoc consideró la situación durante un tiempo largo y silencioso, con la cabeza agachada y los hombros caídos sobre la mesa como una colina rocosa. Desde el Levantamiento del Skittersill, el padre de Caleb se había convertido en un mito, tanto para su hijo como para el resto de la ciudad: un nombre gritado desde los titulares de los periódicos y susurrado en callejones oscuros. Era una leyenda, y una leyenda no podía ser padre a la vez. Así como una leyenda no podía sentarse en la sala blanca de Teo, rodeado por sencillos muebles iskari, bebiendo de la taza favorita de la anfitriona.

—Las serpientes son el mayor peligro —dijo Temoc finalmente—. Si no tuviera más que sus truquitos de hechicera, podríamos derrotarla. No podemos detener a las serpientes mientras estén hambrientas. Debemos alimentarlas con un sacrificio, así estarán saciadas y dormirán. Todos los grandes altares han sido destruidos, o están muy vigilados, pero aún quedan los altares menores, que se usaban antes de la caída para sacrificios simples, cabras y vacas, rara vez tocados por sangre humana. Dos sacerdotes que trabajen juntos podrían purificar uno de estos altares menores y hacer el sacrificio ahí. Caleb, tú no eres sacerdote, pero tienes nuestras marcas. —El viejo tocó las cicatrices en los brazos de su hijo—. Puedes ayudarme.

—No sacrificaré a nadie —protestó Caleb.

—¿Por qué no? Sin duda, alguno de los verdaderos quechales estaría dispuesto a dar su vida por la ciudad. A muchos les parecería un honor. Yo me encargo de conseguir a uno.

—Si tu plan involucra un asesinato, ahí está la puerta.

—¿No dejarás que una persona muera para salvar a toda una ciudad?

—No mataré a nadie. Teo y yo ya hemos hablado de esto.

Temoc alzó una ceja.

—Es la única forma. Las serpientes despiertan cuando se las llama y no dormirán otra vez hasta saciar su hambre.

Caleb se centró en mirar las paredes del apartamento de Teo, blancas y con

varias pinturas colgadas, pero no encontró ayuda.

—Debe de haber otra manera.

—No la hay.

—Caleb —dijo Teo con cautela—, tal vez deberías escucharlo.

—No.

—No estás siendo razonable —lamentó Temoc.

—Y tú estás siendo desagradable.

—Desagradable. —Temoc rio—. Te sientes cómodo cuando alguien más comete actos de violencia por ti, cuando los dioses son encarcelados, cuando los hombres son abatidos o reducidos a esclavos, y ni siquiera parpadeas. Pero cuando te enfrentas a la necesidad de ensuciarte las manos, te acobardas.

—Eso no es lo que me molesta —dijo mientras señalaba la pintura sobre el sofá de Teo. Gotas de sangre que asemejaban joyas llovían de un cielo infernal—. La gente libró una guerra para evitar que hiciéramos esa clase de cosas. Si sacrificamos a alguien para detener a Mal, ella gana.

—Eso son sofismas. Si sacrificamos a alguien para derrotarla, perderá. La ciudad tiene diecisiete millones de habitantes; sin duda, alguno de ellos podrá apaciguar tu conciencia herida después del desastre.

—Ni siquiera estás dispuesto a pensar en una solución mejor.

—¿No crees que si hubiera una solución mejor la habríamos descubierto en tres mil años de historia?

—Podría decir lo mismo de..., no sé, la odontología o de la anestesia.

Teo se apoyó en el respaldo de una silla vacía.

—Caleb, no estás ayudando. Tu padre conoce a las serpientes mejor que nosotros. Si él dice que ésta es nuestra única oportunidad, ¿no deberíamos creerle?

Las costillas amoratadas y la mano quemada de Caleb irradiaban dolor.

—Las serpientes —dijo Temoc— se alimentan de las almas de nuestra gente. El corazón humano es un foco, cuanto más noble e inocente sea el corazón, mejor; por eso se prefiere a mujeres y hombres dedicados a los altares, cuyos cuerpos son puros. El ritual une al alma con la carne y la sangre. La muerte enfoca el espíritu, aumenta su conciencia.

Caleb no escuchaba. Tenía la mirada fija en la pintura de la batalla.

Los dioses pelearon y murieron sobre la pirámide del 667 de Sansilva. Temoc y Kopil luchaban en el aire, dos figuras envueltas en llamas. El cuerpo desollado de Qet, Señor de los Mares, estaba extendido en un altar de cristal negro con manchas rojas de sangre.

—Papá...

—Sin ese momento de muerte, de trascendencia, no podemos...

—Papá...

Temoc se detuvo.

—Tengo una idea. —Señaló la pirámide en el centro de la pintura—. Este lugar es el número 667 de Sansilva, ¿verdad?

—Es Quechaltan, sí.

—Y ése es el altar en la cima de la pirámide. Está manchado de sangre. Tres o cuatro gotas de cada persona que ha muerto ahí.

—Sí.

—Lo he visto. Todo el bloque tiene un color entre rojo y negro.

—¿Adónde quieres llegar?

—Miles de personas fueron sacrificadas en esa piedra. Dejaron su sangre en ella, sus almas y sus muertes. Alimentemos a las serpientes con ellas otra vez. Démosles a Aquel y Achal tanta muerte que dormirán durante quinientos años. Alimentémoslas con el altar.

Teo se enderezó.

—¿Eso funcionaría?

—Esto que sugieres —dijo Temoc— es una locura.

—Miles de sacrificios. Tiene que haber alguna manera de que podamos usarlos. Si el altar en sí no funciona, saca las almas y alimenta a las serpientes directamente.

—Imposible.

—¿Imposible —dijo Teo— o difícil? ¿Por qué no lo intentamos y lo averiguamos?

Temoc sacudió la cabeza.

—Incluso si intentamos esta locura, tú no nos acompañarás.

—No pienso quedarme aquí.

—Tú no...

—¡Deja de hablarme de forma condescendiente! —Teo golpeó la mesa con la palma de la mano y los vasos repiquetearon sobre el cristal—. Mi novia está allá fuera, en peligro. No me quedaré aquí como una cobarde si puedo ayudarla de algún modo.

—¿Novia? —Temoc se extrañó.

—¿Tienes algún problema?

—No —respondió él—. ¿Arriesgarías tu propia vida para salvar la ciudad?

—Claro.

Temoc miró a Caleb.

—Pero no me permites hacer un solo sacrificio.

—Eso es distinto.

—¿Por qué?

Caleb no respondió.

—¿Tal vez porque crees que nadie más se ofrecería?

—Creo —dijo Caleb— que existe una pequeña posibilidad de que sobrevivamos.

—La hay.

—Entonces, la muerte no es algo certero.

—Nada es certero. —Temoc se hizo crujir los nudillos y el cuello—. Tal vez sea posible hacer lo que dices. El altar en la cima de Quechaltan, el 667 de Sansilva o el nombre que quieras darle al edificio, es viejo y con mucha experiencia en cuanto a muertes. Existen métodos y rituales para extraer espíritus atados a un lugar. Pero no puedo garantizar que este método funcione. ¿Lo entiendes?

Caleb parpadeó.

—¿Lo dices en serio? ¿Crees que puede funcionar?

—Si fallamos, no habrá oportunidad de intentarlo otra vez. La ciudad será destruida. Será muy peligroso.

—No importa el peligro —afirmó Caleb, aunque en realidad le importaba bastante.

—Pero ¿hay forma de llegar al altar? —preguntó Teo—. Una Coraza de Protección bloquea nuestro camino. Los terrenos están infestados de demonios de seguridad. El altar se encuentra en la oficina privada de Kopil y sólo los dioses sabrán qué clase de protecciones tiene.

Temoc se asomó por la ventana.

—Coraza de Protección. ¿Así es como llaman a la Cortina de Lapsos sin Fin?

—Creo que sí. —Sus manos trazaron un círculo en el aire—. Es una esfera translúcida azul, con muchos reflejos. Llama la atención y se ve fuera de lugar. Si caminas a través de ella, te conviertes en polvo.

—Eso no es un obstáculo.

—¿Desde cuándo convertirse en polvo no es un obstáculo?

—Los dioses nos protegerán.

—Creí que el objetivo de la coraza era mantener alejados a los sirvientes de los dioses.

—Hay sirvientes de una clase y de otra —señaló Temoc—. Un sacerdote que lleva a un dios a cuestas es inmortal en casi todos los aspectos.

—Yo no soy sacerdote. Ni siquiera soy pariente de uno.

—No importa, un dios puede entrar en ti de todos modos.

—No me gusta esa imagen.

—Es la única forma de atravesar la coraza. El sentimiento es de éxtasis, no de violación.

—Eso depende de la opinión que uno tenga de los dioses.

Temoc se encogió de hombros.

—Bueno —dijo ella—, si logramos evitar a los demonios, yo puedo subiros arriba, al menos hasta el piso treinta y dos. Tengo acceso para llegar a mi oficina, incluso durante un cierre de emergencia.

—Si yo logro que atravesemos la cortina y tú puedes conseguirnos acceso al edificio, ¿seremos capaces de llegar al altar?

Silencio.

—Teo puede llevarnos hasta la sala de juntas en el piso veintinueve. —Caleb habló lentamente, como si dudara de lo que iba a decir hasta que las palabras salieron de su boca—. Creo que hay una puerta trasera, una especie de túnel,

para entrar en el apartamento de Kopil. Él me llevó ahí cuando pasó lo de Seven Leaf; estaba de camino para encontrarse con un asistente en su oficina. Así que es probable que exista otro camino desde su apartamento hasta la cima de la pirámide.

Temoc agachó la cabeza y la levantó otra vez. «Alguna señal religiosa», pensó Caleb al principio, antes de darse cuenta de que su padre estaba asintiendo.

—Podemos hacerlo. —Caleb se percató del tono de asombro en su voz. Casi había creído a Temoc, casi había cedido.

—Podemos. —Teo alisó el frente de su camisa. Caminó hasta el perchero que estaba detrás de la puerta y se puso un sombrero de ala corta y una chaqueta de cuero—. Vamos. Decidiremos el resto del plan por el camino.

Mal estaba de pie en el borde del mundo. El humo, las llamas y los gritos de la revuelta se alzaban desde Dresediel Lex. Nueva vida crecía dentro de la urbe, lista para romper el suelo, salir disparada hacia arriba y volar.

Trató de no pensar en Caleb. Él todavía no lo entendía, pero esperaba que llegara a hacerlo. Era un buen hombre y era casi un sabio, incluso si aquella ciudad se había encargado de convertirlo en un desastre de indecisión.

Ella podía remediar eso con el tiempo.

El viento cambió. Mal alzó la mirada de las calles, de las revueltas y sonrió.

Los rascacielos se movían. Retrocedían de Sansilva y del centro, flotando al este hacia Drakspine y Fisherman's Vale. Reflejos de columnas de humo se deslizaban por las paredes de cristal.

Los Reyes Inmortales que reinaban en esos rascacielos habían percibido su olor. Profetas ciegos atrapados en jaulas de plata, adivinos de cartas y augures ancianos veían surgir su rostro de la tenue confusión de futuros probables, enmarcado por fuego, y reían. Veían llegar la muerte a Sansilva y habían decidido que era mejor marcharse.

Ése era el problema con la hechicería. El poder de una hechicera derivaba de tratos con grandes compañías, con diablos y demonios más allá de las estrellas, con los poderes secretos del mundo. Estos amos sin piedad no les permitían a sus sirvientes el dulce alivio de la muerte. Una hechicera podía obtener poder y sabiduría con el paso de los años, pero estaba atada a sistemas que le proporcionaban su fuerza: adversa a los riesgos, vacilante en el momento de actuar, era un engranaje en una máquina que estaba más allá de su comprensión. Una esclava.

Mal no era esclava de nadie.

Sin embargo, mientras observaba cómo los rascacielos se marchaban, sentía

su pérdida. Hasta este momento podría haberse detenido. Entregarse. Argumentar que Alaxic o las serpientes la habían controlado de algún modo. Podría haber regresado a su trabajo, su casa, su vida, sus carreras a la luz de la luna. Al amor.

Pero los rascacielos conocían el futuro y se estaban marchando. Había tomado una decisión, incluso si no lo sabía aún.

Sacó su reloj de plata del bolsillo. El reloj tenía cinco agujas y seis diales concéntricos con letras, glifos y números. Una manecilla negra se movía de una letra a otra y deletreaba un mensaje de los cantores principales de Heartstone: «Serpientes inquietas. Solicitamos instrucciones».

No era necesario responder. Muy pronto lo entenderían.

La luna se alzó como una hoz de plata hacia el sol.

Ella se sirvió más agua, bebió y dejó el vaso vacío sobre la mesa. Se agachó y se puso sobre el hombro la bolsa que contenía el corazón de Qet, Señor de los Mares. El poder irradiaba a través del cuero, rítmico como las olas del mar.

Se dirigió hacia el borde del balcón, la baranda explotó y las astillas de piedra llovieron sobre la ciudad.

Mal dio un paso hacia el vacío. El fuego se aceleraba dentro de ella y en los espacios negros de su alma, ya no estaba sola.

Caleb, Temoc y Teo caminaron por la avenida Sansilva; pasaron junto a carretas y carruajes volcados. Los tzimets temblaban y retrocedían cuando Temoc se volvía para mirarlos. Les temían a los Caballeros Águila de antaño. Desafortunadamente, los tzimets no eran el único obstáculo entre ellos y su destino.

Caleb fue el primero en oír a la muchedumbre, que gritaba aterrorizada y con sus voces quebradas por la sed. Entonces la vio. Cabezas y cuerpos amontonados, moviéndose agitados como el mar durante una tormenta, desbordándose por la avenida para extenderse hacia las calles laterales. La forma curva de la Coraza de Protección se alzaba sobre todos ellos, más azul que el cielo lleno de manchas, más larga que la pirámide más alta. Su reflejo capturaba al mundo y a la multitud.

Al acercarse desde el suelo, algunos manifestantes le parecían más intimidantes y otros menos que cuando los había visto desde el cielo: menos porque la masa negra de cabello, ropa y ruido se convertía en hombres y mujeres individuales, y más porque esos hombres y mujeres estaban lo bastante cerca como para hacerle daño.

Teo se detuvo en la acera.

—¿Podemos rodearlos?

—No —dijo Caleb—. He volado por aquí hace rato. La multitud rodea la pirámide.

Temoc se quitó un pequeño morral del cinturón. Había garras y bucles apretujados contra el cuero desde dentro.

—El poder de los dioses intimidará a las masas.

Caleb creyó oír que el morral gruñía. Sacudió la cabeza.

—Atraerás a los alcaides. Están casi tan asustados como la multitud, pero ellos van armados. Si les das un blanco, dispararán.

—Pelegaremos contra ellos y caerán.

—Si los alcaides abren fuego, también herirán a la multitud, y nosotros quedaremos aplastados en medio del pánico, a menos que planees abrirte paso entre todas esas personas por medio de la fuerza. Estamos aquí para evitar matar a la gente, ¿no?

Temoc no respondió, pero volvió a poner el morral en su cinturón.

—De acuerdo —dijo Teo—. ¿Óptera?

—Los bichos están manchados. Su existencia es una ofensa para dioses y hombres.

—¿Acaso el fin no justifica los medios?

—Un sacrificio exige pureza de intención y forma. Si usamos esos bichos, no tendremos ni la una ni la otra.

—Acabas de sugerir que peleemos para llegar a la pirámide.

—La batalla es sagrada. Esas bestias retorcidas por la hechicería no lo son.

—No puedes hablar en serio.

Nadie respondió.

—¿Caleb?

—La multitud es grande. Sería peligroso abrirnos paso entre ella. A menos que... —Tocó los bolsillos de su chaqueta y sintió algo suave y puntiagudo, y lo sacó a la luz. El amuleto de diente de tiburón yacía en la palma de su mano; su superficie estaba rota y quemada—. Se lo quité a Mal meses atrás. La ayudó a escabullirse a la Estación Bay y a Seven Leaf. La ocultó de cualquiera que no tuviera cicatrices de sacerdote, incluyendo a los alcaides.

Temoc le quitó el amuleto a Caleb y lo examinó bajo la luz del sol.

—Está roto.

—Lo sé, pero los glifos están tachados al antiguo estilo quechal. ¿Puedes ver el problema?

—Los enlaces entre los dos símbolos aquí, el que ve y el que no ve, fueron eliminados. Los sobrecargaron.

—¿Puedes arreglarlo?

—Necesitaría una semana de ayuno, preparación y meditación para reparar este enlace. En cuatro días podría hacer un nuevo talismán con el mismo modelo.

—No tenemos una semana. Ni cuatro días.

—Ni siquiera cuatro minutos —dijo Teo—. No me gusta cómo nos mira la multitud.

—Una combinación de glifos como ésta está formada por dos piezas: el que no ve y el que ve. —Temoc trazó la línea desde cada extremo del glifo de negación hasta el ojo estilizado—. El primer enlace desvía la atención del que porta el amuleto. El segundo sugiere a los otros que el área por la cual caminamos está ocupada. Sin el primero, nos verán. Sin el otro, nos aplastarán aquellos que ignoren nuestra presencia. Estos enlaces están rotos, pero puedo volver a forjarlos en mi mente, usando el amuleto como punto de enfoque.

—Genial.

—Pero no puedo hacerlo y extender su protección a nosotros tres al mismo tiempo.

—Adiós a esa idea. —Teo bajó el ala de su sombrero para cubrirse los ojos—. ¿Peleanos para pasar?

—Papá —dijo Caleb—, dices que no puedes sostener los enlaces solo.

¿Podríamos hacerlo juntos?

Temoc alzó la mirada del amuleto para mirar a Caleb y asintió.

Avanzaron y la multitud se apartaba a su paso.

La mano izquierda de Caleb y la mano derecha de Temoc estaban unidas por el lazo de cuero del amuleto. La mano derecha de Caleb sostenía la muñeca izquierda de Temoc y la mano izquierda de Temoc sostenía la muñeca derecha de Caleb. Teo caminaba en el círculo formado por sus brazos.

Sin ver, Caleb repetía para sí mismo: «Mirad a cualquier lado menos aquí». Un ojo cerrado brillaba en su mente, rodeado de nubes ondulantes. No, no estaba cerrado, sino cosido.

—Debes vaciar este espacio en sus mentes —le había dicho Temoc—. Nos convertimos en un momento de distracción, una ensoñación. Yo llenaré el espacio que quede vacío.

«Mirad a otra parte. Agachad la cabeza.» Esto no era nada nuevo. Kopil había estado en lo cierto meses atrás. Caleb no quería que el mundo lo notara. Cada vez que el mundo notaba algo, terminaba ardiendo.

El póquer era igual. Apuesta agresivamente y otros responderán igual. Juega como si no tuvieras nada que perder y lo perderás todo. Juega en silencio, juega calmado y gana.

Los hombres y mujeres que conformaban la multitud se hacían a un lado para dejarlos pasar y volvían a juntarse después. En el corazón de la multitud, alguien empezó a entonar un cántico y los demás se le unieron: «¡Escúchenos! ¡Escúchenos!».

El diente de tiburón brillaba con un tono azulado. Caleb sostenía una línea de hielo, de fuego. Sus cicatrices se agrietaban y ardían, proyectando sombras sobre la multitud y sobre Teo.

«No miréis. No nos miréis.»

Estaban a medio camino de la Coraza de Protección, y después a la mitad de esa distancia.

«Ocúltate. Ten una buena vida, a salvo. Protégete contra el desastre. Envuélvete entre algodones.»

Oyó la voz de Mal en sus oídos, volando hacia el norte, hacia el lago Seven Leaf.

«Nos protegemos contra la muerte. Vivimos en la ignorancia.»

El ojo cerrado en su mente trataba de romper sus puntadas y de abrirse.

Seis metros.

Tres.

La multitud iba disminuyendo mientras se acercaban a la coraza. Sólo los manifestantes más fuertes habían llegado hasta este punto: hombres fornidos y mujeres decididas que se atrevían a acercarse a la eternidad. Del otro lado de la coraza azul había pilas de ceniza que alguna vez habían sido humanos.

A través de la multitud que se encontraba cerca del borde de la coraza, Caleb vio una cara sonriente amarilla tatuada en la parte trasera de una cabeza rapada. Miró de nuevo y vio a Balam, el viejo corredor de acantilados, que refunfuñaba y le gritaba a la pirámide detrás de la esfera azul.

—¡Los cobardes se ocultan! ¡Los cobardes corren!

Claro. ¿Dónde podría estar Balam mientras la ciudad se desmoronaba? Sam también estaba allí, en algún lado, o si no, manifestándose en el Skittersill. No se lo mencionó a Teo. Ella ya lo sabía; tenía que saberlo.

Pasaron a unos metros de Balam; su voz de sargento de instrucción retumbaba en sus oídos. Caleb se estremeció mientras el hombre gritaba furioso hacia él, y a través de él, sin verlo. No detuvo sus pasos.

—¡Cobardes!

Coincidía con él.

Temoc se paró junto a la cúpula y soltó la muñeca de Caleb, pero éste no soltó el brazo de Temoc. Su padre tomó una cinta de cuero de su cinturón y la envolvió alrededor de los hombros de Teo como una estola. El cuero apestaba a ungüentos herbolarios.

—Papá —susurró Caleb mientras Temoc sacaba un segundo listón—, ¿qué es eso?

—Un portador de dioses —respondió Temoc, y estiró el brazo hacia él. Caleb retrocedió ligeramente.

Los dioses vivían más allá del mundo mortal, al lado, arriba, abajo;

impregnándolo con su presencia. Sin embargo, las deidades tenían anclas: estatuas, ídolos, oraciones y portadores de dioses, reliquias hechas de piel humana curtida.

Intentó pensar en una manera mejor de plantear la pregunta, pero se conformó con:

—¿Quién era?

—Uno de los dioses menores del maíz.

—No me refería al dios.

—Caleb, pónelo. No tenemos tiempo de discutir.

Ver. No ver.

—¡Cobardes!

—Caleb —dijo Teo—. Hazlo.

Las puntadas casi se rompían. El diente de tiburón tenía un fulgor azul.

—Murió hace siglos. Fue un sacrificio. Es la única manera de atravesar esa coraza. Debes cargar a un dios dentro de ti.

—Podrías habérmelo dicho antes.

—Esperaba poder evitar esta conversación.

—Pues has hecho un trabajo excelente.

—He puesto en riesgo toda esta ciudad y nuestras almas por respeto a tu reticencia a derramar sangre —apuntó Temoc—. No te opongas ahora a un muerto que tiene milenios.

—¿Mi *reticencia*?

—Caleb —murmuró Teo—, ¿podemos tener esta conversación cuando estemos al otro lado?

—Pónelo.

—Está bien —dijo Caleb, y cogió la estola.

Temoc se puso rígido y Teo lanzó una maldición.

Caleb se quedó estático con la mano sobre el cuero. Había soltado la muñeca de Temoc.

El brillo del amuleto parpadeó y se apagó.

Se hizo un silencio en la multitud. Unas cien mil miradas se posaron a la vez sobre Caleb, Teo y Temoc. La mitad del enlace a cargo de Caleb había fallado,

pero la de Temoc no, así que, al mirarlos, la multitud veía algo más grande, una inmensa e imposible presencia que llenaba el espacio donde ellos estaban.

Los couatls que volaban sobre ellos chillaron y el batir de sus alas se hizo más cercano. Una luz verde parpadeaba en las garras de las serpientes: armas de hechicería cargándose y ardiendo.

Caleb cogió la muñeca de Temoc, pero el pánico se apoderó de su mente, y no conseguía hacerlos desaparecer.

Los hombres fornidos y las mujeres corpulentas que estaban cerca habían dejado de gritar. Balam formó unos enormes puños con sus manos y encontró, como todos los demás, un objetivo para su ira. Dio un paso hacia ellos y luego otro.

Los alcaides bajaron en picado para atacar. La luz verde en las garras de los couatls se afiló para formar lanzas con púas.

Caleb agarró el portador de dioses, lo envolvió alrededor de su cuello y saltó hacia el azul. Teo y Temoc lo siguieron.

Imaginen un campo cerúleo que se extiende hasta la estrella más lejana. Caes por ese campo. Cierras los ojos. Los olvidas. Olvidas el cuerpo que cae y sólo queda la sensación de estar cayendo.

No podía ver a Teo ni a Temoc. ¿Estaban cerca? ¿Qué significaba *cerca*? La distancia entre dos puntos cualesquiera era infinita. ¿Acaso un infinito podía ser más grande que otro?

Cayó, pero no estaba solo. Otra mente despertó dentro de la suya, poderosa y quieta. Caleb farfulló en medio del tiempo vacío y el espacio eterno. El desconocido no lo hizo.

«Déjame entrar», susurró el desconocido.

Al principio, Caleb se apartó de la voz, huyendo sin rumbo para siempre. El desconocido no tenía que perseguirlo. Todo el espacio y el tiempo eran iguales.

«Caerás, gritando, a través de diez mil años, hasta que tu mente se destruya y tu cuerpo se desmorone, y no durará nada más que ese grito. Escucha y podrás oír los gritos que duraron más que las gargantas que los emitieron. Escúchame y déjame entrar.»

Caleb oyó alaridos interminables, agudos y graves, y gritos de mujeres, hombres y niños.

Abrió su mente.

La sensación lo perforó, sinapsis carbonizadas que recorrían su cuerpo como cables, para convertirlo en un motor de dolor. Recordó que tenía pulmones porque sentía los espasmos de agonía; su piel se marchitaba y su mente explotaba y *era...*

Era la dorada luz de sol en la punta de una cuchilla que bajaba, el filo de un cuchillo trazado sobre carne, un chorro de sangre y un suspiro de alivio proveniente de unos rostros con la cabeza girada. Las pequeñas gotas rojas caían

como lluvia mientras un dragón vomitaba al sol. La gente lloraba y oraba, y metía el cuerpo en la tierra para que pudiera descomponerse y renacer en la forma de un gusano retorciéndose y una semilla fructífera, en la primera lanza verde y valiente que se abría paso entre la dura tierra y se convertía en maíz.

Estaba unido, estaba quemado, estaba golpeado y azotado, convertido en fino y delgado pan. Unos dientes le arrancaban pedazos y volvía a convertirse en carne, respirando, suspirando y amando en un millón de cuerpos hasta que el dragón se tragaba el cielo, el cuervo robaba al sol, y él yacía sobre el altar. Drogado, se retorció y forcejeaba en vano contra sus cadenas; en sus ojos reunía al mundo, concentraba sus pedazos sobrantes en una perfecta imagen del universo y, a raíz de su muerte, ese mundo volvía a crecer desde el maíz.

La muerte y el renacimiento se convertían en él, un ciclo que se estiraba más allá de Dresediel Lex, hasta la patria quechal hundida bajo el mar, y más allá aún, hasta los hombres y mujeres que lloraban sobre una tumba en una jungla sin rastro, criaturas enlodadas con dioses enlodados, atormentados por fantasmas de lenguaje y ceremonia.

El tiempo era un anillo, el cosmos un ciclo. El espacio en sí era curvo, según aseguraban los hechiceros.

Girando en medio del vacío, le entregó su sangre al mundo, y éste se agrietó y se abrió para recibirla.

Caleb golpeó con fuerza el suelo de grava y se deslizó. Las rocas le rasparon la camisa y la piel de su espalda. El impacto lo sacudió y la grava lo rasguñaba, pero la presión y el dolor eran gloriosamente reales. Se rio con alivio. El amuleto de diente de tiburón cayó a su lado. Lo guardó en su bolsillo, le dio un toquecito, se puso de pie y se volvió para mirar la Coraza de Protección.

Teo salió de repente del azul y cayó sobre él.

Estaba floja y pesada, y no emitió sonido alguno. Él se tambaleó bajo su peso.

Él la ayudó a ponerse de pie. Teo estaba temblando, con los ojos cerrados, y no se movía. Su pecho subía y bajaba con la respiración. Los símbolos quechales brillaban en el portador de dioses que llevaba sobre los hombros. Sus labios se movieron y murmuró en alto quechal: «Alabada sea la madre que carga a las

gemelas en su vientre, alabado sea el padre que ha cultivado el maíz, alabadas sean las gemelas que murieron y renacieron». Lo repetía una y otra vez.

—Teo —le dijo, pero ella no respondió. Entonces, él le tocó la mejilla.

Sus ojos se abrieron de golpe y le ardieron. No había rastro de sus pupilas ni de su iris. Mirarla a los ojos era como mirar el sol. Empezó a cantar, más fuerte.

—Alabados sean la madre y el padre. Alabada sea la madre que carga a las gemelas en su vientre. Alabado sea el padre que ha cultivado el maíz.

Caleb le arrancó el portador de dioses del cuello, pero ella no despertó. El cuero se enroscó en el suelo y se retorció como si estuviera vivo.

Temoc salió de la Coraza de Protección y se acercó a Caleb. A pesar de caminar sobre la grava, no hacía ruido. Observó a Teo como si la evaluara antes de comprarla.

—No estaba lista para cargar a un dios. Sin cicatrices, sin entrenamiento, la experiencia puede ser abrumadora.

—¿No estaba lista? Sabías que esto no era seguro para ella. Lo sabías y aun así la has dejado venir con nosotros.

—Ella ha insistido en acompañarnos a pesar de que conocía los peligros. Nos ha asegurado que podía abrir la pirámide. Tal vez aún pueda cumplir con ese propósito.

Caleb miró a Teo y cerró los ojos. Un espíritu de color rubí, con la forma de una araña que se retorció, estaba encorvado sobre su corazón, acicalándose cada vez que ella repetía una sílaba de su oración. Era un dios pequeño que se alimentaba de ella.

Caleb abrió sus cicatrices. La araña en el cuerpo de Teo se retorció como si pudiera olerlo.

Se agachó a la altura de su oreja y murmuró en alto quechal:

—Yo te expulso.

La araña se retorció. Teo habló y Caleb oyó otra voz, como telarañas en movimiento, a coro con la suya.

—¿Bajo la autoridad de quién?

—La mía. —Sus palabras estaban encendidas de ira—. Déjala o te romperé las patas. Desafilaré tus colmillos, cegaré todos tus ojos y morirás.

La araña titubeó, como si estuviera a punto de pelear, y luego se desvaneció en la oscuridad.

Las oraciones de Teo se detuvieron y cerró los ojos.

Caleb esperó un momento, y cuando ella abrió los ojos otra vez, éstos eran oscuros y humanos.

—Hola —dijo Teo.

Él la abrazó y ella le devolvió el gesto débilmente.

—Agradezco la intención —aseguró ella—, pero la verdad es que no eres mi tipo.

—Has vuelto.

—¿Me había ido? —Ella dio un paso hacia delante, se tambaleó y casi se cae. Él la sostuvo del brazo y Teo recuperó el equilibrio.

La mujer se acomodó las mangas y los hombros de la chaqueta. Su sombrero había caído al suelo y se arrodilló para recogerlo.

—Nunca había sentido algo así. El Rey de Rojo ha estado dentro de mi alma una o dos veces, pero... he vivido mil años. Podía oír el tiempo.

—Si hubieras vivido hace un siglo, habrías estado preparada para la experiencia —comentó Temoc—. Los dioses ya no son tan comunes hoy en día como solían serlo.

—Por mí, mejor —respondió ella.

Mal estaba de pie en el aire como una novia en una pista de baile vacía, esperando a que el novio apareciera de la nada y la banda empezara a tocar.

Por lo general, el espacio aéreo del centro de la ciudad era una maraña de autobuses aéreos y opteras, alcaides en sus monturas, rascacielos y máquinas voladoras. De vez en cuando, un dragón pasaba volando, batiendo sus alas de trescientos metros de largo en su viaje hacia el Imperio Brillante. El cielo de Dresediel Lex era como un hormiguero.

Ese día, sin embargo, el sol brillaba en la cima de una bóveda azul y vacía, donde sólo se veían columnas de humo. Los opteras se habían retirado a sus nidos. Los rascacielos habían huido. Ningún ciudadano volaría ese día y los alcaides estaban ocupados.

Ella cerró los ojos y vio Dresediel Lex como una red extendida de poder y hechicería, sin la mancha de la humanidad, para revelar los relámpagos en la raíz de la ciudad. Pero esto también era una máscara, un engaño, la manera en que le habían enseñado a ver.

Tocó los glifos en su muñeca y su sien, y miró hacia abajo, a través de sótanos, tuberías, alcantarillas, túneles y cuevas; hacia el centro rojo, palpitante y cegador del planeta, donde dos serpientes se estremecían con sueños desagradables.

Su bolsillo vibró: una advertencia de los hechiceros en Heartstone. «El hambre de las serpientes supera nuestro poder para contenerlas.»

Ella abrió las manos y esperó el eclipse.

Caleb, Teo y Temoc se acercaron a la pirámide. Nadie se interpuso en su camino. Teo echó un vistazo alrededor con cautela, por si había demonios de seguridad, pero nadie los atacó.

Dejaron el estacionamiento atrás y caminaron por una senda pavimentada rodeada de arbustos recortados. Los renacidos yacían inconscientes entre las matas mientras las tijeras y las podadoras yacían tiradas a la sombra de los arbustos con formas de esferas y pentagramas. Cuando Mal atacó, los trabajadores renacidos debían de estar a punto de terminar el turno de noche.

Caleb tocó la mano de Teo.

—Ey —dijo con voz tenue.

—Ey —respondió ella. Sus pasos eran el único sonido en el jardín, bajo la Coraza de Protección.

—¿Estás bien?

—¿Bien? —Ella rio—. No. ¿Tú qué crees?

—Lo siento. He sido un idiota antes, cuando estábamos entre la multitud.

—Normalmente sólo te lastimas a ti mismo. No me gusta ser parte de tu daño colateral.

—Demonios.

—Relájate. Sólo estaba bromeando.

—Me lo merezco —le respondió—. Ha sido por mi culpa. Todo esto. Si no

me hubiera enfadado con Temoc, no habría soltado su brazo. Ni siquiera estaríamos aquí si hubiera descubierto lo que tramaba Mal. Si hubiera insistido con el asunto del amuleto y en lo de Allesandre. Creo que trataba de decírmelo, pero no quise escuchar. Me paso la vida evaluando situaciones, pero en cuanto mis sentimientos se involucran, todo se viene abajo.

—No pienses así. No te culpes de todo.

—¿Por qué no?

—Porque Mal está loca. Y tu padre, aunque nos está ayudando, también está loco. Todos lo estamos. No puedes sentirte responsable por las acciones de los demás. Incluso si Mal te dejó un poco tonto, tú no fuiste el que ideó el plan. Ni siquiera fuiste tú el que la puso en este camino. Ella es una mujer con una mente propia e hizo esto por sus propios motivos. Tú no eres el culpable.

Caleb le apoyó una mano sobre el hombro.

—Sam estará bien.

Ella no respondió.

Llegaron a los amplios y planos escalones de la pirámide. Caleb se dio la vuelta buscando a Temoc.

—¿Dónde está mi padre?

—Pensaba que estaba detrás de nosotros.

El césped crujía con una ligera brisa, pero no había viento.

Los arbustos a su derecha se movieron y se abrieron. Temoc salió de ellos, y llevaba puesto el uniforme de uno de los jardineros zombi. El renacido al que se lo quitó era más bajo y más ancho de caderas que el padre de Caleb, por lo que sus gruesas pantorrillas y sus muñecas sobresalían de los pantalones y de la camisa.

Temoc se tambaleaba al caminar, y sostenía uno de los brazos a la altura de la cintura. En su puño se retorció una luz que arrastraba en el suelo detrás de sí. Caleb parpadeó y la confusión de arcoíris tomó forma: un ente con muchas extremidades, una cola con púas y un cuerpo quitinoso. Tenía una cabeza triangular con mandíbulas dentadas, que colgaban inertes del hueco del brazo de Temoc, y con el cuello aparentemente roto.

Temoc dejó caer al demonio, que golpeó el suelo, se retorció una vez y

desapareció para camuflarse en el césped.

—Pensaba que un uniforme permitiría que el edificio me reconociera como uno de los suyos. Parece ser que su césped está muy bien defendido —señaló Temoc cuando los alcanzó en los escalones, y le indicó a Teo que fuera hacia la puerta giratoria.

Ella subió los escalones, extendió la mano y tocó la puerta. El cristal adquirió un resplandor rojo bajo sus dedos. Retiró la mano, pero no sucedió nada: no se abrió, ni tampoco la mató. Tocó la puerta otra vez y ahora sí la reconoció. Empujó la hoja y la puerta se abrió.

—Seguidme —les dijo ella, y entró en las sombras.

Unas lámparas de cristal colgaban inmóviles sobre el oscuro vestíbulo de RKC. Ni un rayo de sol entraba por las puertas y la única fuente de iluminación eran unas tenues luces fantasmales montadas en el suelo y en los zócalos; éstas trazaban un laberinto rojo y ramificado que conectaba los ascensores y la escalera con la entrada. Los bajorrelieves los fulminaban desde las paredes con sus miradas; dioses en agonía, el Rey de Rojo triunfante, corazones arrancados de los pechos y altares hechos pedazos.

Los demonios vagaban por el vestíbulo con pisadas que sonaban como cristal contra la roca. Tenían muchas formas: una sombra acechante y silenciosa cuyos cinco brazos terminaban en ramas coronadas por bisturís, una araña con patas de dos metros, un ciempiés del tamaño de un autobús que percibía el aire a través de sus temblorosas antenas.

Los pulmones y el estómago de Caleb trataron de salirle por la garganta y Teo maldijo en alto quechal.

Los demonios no los atacaron; de hecho, parecían no percatarse de su presencia y tampoco se metieron en el laberinto. Una araña gigante cruzó un camino carmesí, pero levantó cada pata para evitar las líneas rojas y no pisarlas.

Era bastante simple: para estar a salvo debían mantenerse dentro del camino. Si uno se salía de él, sería devorado. Era extraño tener un sistema de seguridad que no representaba amenaza alguna para cualquier intruso con ojos.

Caleb dio un paso hacia delante, pero Temoc aferró su brazo como un tornillo de banco.

—No.

—¿Qué?

—Hay demonios ahí.

—Sí, puedo verlos.

—Todavía no nos atacan, pero no sabemos qué podría despertar su interés.

—Estaremos bien mientras nos quedemos en el camino.

—¿Qué camino?

—El camino. —Caleb señaló el suelo, a las líneas rojas de luz fantasmal: esas líneas de luz roja... que no proyectaban sombra. Y entonces lo entendió—. No puedes ver ninguna línea en el suelo, ¿verdad?

—Yo veo un pequeño círculo rojo a nuestro alrededor. Estabas a punto de cruzar el borde del círculo.

—Ah. ¿Y tú ves algo, Teo?

—Yo veo líneas verdes.

—Demonios.

—Exacto. Mis líneas giran a la izquierda después de un metro y medio.

El camino rojo de Caleb seguía recto unos tres metros y luego se curvaba bruscamente a la derecha.

—Entonces, hay un camino seguro para ti, un camino seguro para mí y ninguno para Temoc.

—Tiene sentido. El edificio se da cuenta de que se supone que nosotros estamos aquí y él no.

—RKC se alimentó de vosotros durante años. La bestia conoce su sabor y tiene hambre de carne fresca.

—Eres un tipo espeluznante —dijo Teo.

—Éste —apuntó Temoc, señalando con un gesto de la mano la habitación llena de demonios— es el edificio donde trabajan.

Caleb trató de no pensar en los dientes, las garras, las piernas y las pinzas.

—Papá, supongo que no podrías pelear contra ellos, ¿cierto?

—Ésa no sería una batalla —indicó Temoc. Una cosa que parecía una mantis de cristal se escabulló hasta el borde del círculo rojo y se los quedó mirando con sus ojos de espejo—. Desaparecería bajo garras y colmillos.

—¿Puedes escalar la pirámide desde fuera?

—Tal vez. Pero también habrá defensas en el exterior.

—De acuerdo. Entonces, yo te cargaré a mi espalda.

—¿Tú cargarás con mi peso?

—Si los demonios no pueden cruzar mi camino, tenemos que hacer algo para que no puedan atacarte sin atacarme a mí.

—Eso no se solucionará con que me lleves encima de ti.

—¿Tienes una idea mejor?

Otro silencio lleno del sonido de patas y garras.

—No.

—En ese caso, lo haremos así. Derecho hasta el ascensor.

—El ascensor, no —dijo Teo—. La escalera.

—¿Quieres que subamos veintinueve pisos por la escalera?

—Si el vestíbulo está así, ¿confiarías en el ascensor?

—A la escalera, entonces. —Caleb dobló las rodillas e inspeccionó su cuerpo—. Cuidado con mis costillas. Creo que me las he roto hace rato, o al menos me he hecho mucho daño. Me duele cuando respiro.

Temoc gruñó, se sostuvo de los hombros de Caleb y se subió a la espalda de su hijo.

En ese primer momento, tratando con dificultad de balancear a Temoc, Caleb casi tropieza y cae a la oscuridad infestada de demonios.

El mundo se inclinó y recuperó el ángulo correcto, aunque era más pesado. Temoc era puro músculo y tendones. El primer paso de Caleb fue tan pesado que temía que los azulejos de mármol se rompieran. Cuando menos, Temoc tenía los músculos tensos, lo que facilitaba mantener el equilibrio.

Avanzaron lentamente por el laberinto.

Los primeros diez pasos fueron los más difíciles, excepto por los siguientes diez, y los diez después de éstos. El peso de su padre lo empujaba hacia el suelo y los demonios retrocedían a medias a su alrededor, enfurecidos por el aroma de Temoc, pero repelidos por Caleb. Limitados por una paradoja de obligaciones, se reunían castañeteando los dientes y sacando sus largas lenguas. Teo caminó con facilidad por su propio camino y Caleb sintió una punzada de envidia que rompió su concentración, debilitó sus brazos y dobló sus rodillas. Los horrores de la noche se acercaron más.

El suelo estaba tan oscuro como el interior de la boca de Mal.

Caleb se sacudió.

—¿Sabes? —dijo Temoc con un tono coloquial—, hay una leyenda Telomere sobre esto.

—Sobre qué... —Caleb inhaló. Le ardían los brazos y le temblaba la espalda—. ¿De qué hablas?

—El Imperio de Telomere tiene sus orígenes en una ciudad cerca de la costa del Mar Ebon. Cuando la ciudad fue destruida, el futuro fundador del imperio hizo huir a sus enemigos entre los escombros ardientes, cargando a su padre en la espalda. Y ese padre también cargaba a los dioses de su gente.

Dos vueltas más y otros tres metros.

—Bonita historia, papá. —Por todos los dioses, ¿cuánto pesaba este hombre? ¿Acaso todos los sacerdotes tenían los huesos más densos? ¿Acaso los músculos de los forajidos eran más pesados que los de la gente normal?

—Coge fuerza de la historia. Las historias nos indican el rumbo.

Un giro. Su cadera se contraía y sus manos resbalaban de la pierna izquierda de Temoc. Perdió tiempo tratando de agarrarla mejor.

—¿El padre de ese héroe pesaba tanto como tú?

—No lo creo. El hombre de la historia era viejo y frágil.

—Alentador, gracias.

«Apuesto a que sus dioses también han sido más útiles», pensó Caleb, aunque no lo dijo.

Si Temoc empezaba una discusión sobre religión, Caleb se sentiría tentado a arrojarlo a los demonios y también se irían al demonio con Dresediel Lex y las serpientes.

Dio la última vuelta con los brazos y las piernas, que parecían hule derretido. Le dolían los pulmones y sentía como si las costillas fueran a atravesarle la piel.

Mal... No, Mal no estaba ahí, era Teo la que estaba abriendo la puerta de la escalera. Una luz cegadora entró por ella. Los escalones de hormigón que se encontraban delante estaban libres de demonios. Rezó en silencio para agradecer las normas de seguridad y salud de la oficina: durante una emergencia, la escalera tenía que poder usarse con libertad, sin importar el riesgo de seguridad.

Se tambaleó los últimos tres pasos para cruzar el umbral, tropezó y cayó de rodillas. Temoc se fue de lado y chocó con la pared. La mano derecha quemada

de Caleb golpeó el suelo, y el mundo estalló fulgurante por el dolor. Trató de respirar y se atragantó.

Teo cerró la puerta del vestíbulo. El ruido de las garras de demonio se redujo hasta sonar como el papel rasgado. Caleb se apoyó en la pared, dejó que sus pulmones se llenaran de aire, lo soltó todo e hizo que se llenaran otra vez.

Pasó el tiempo. ¿Cuánto? No le importaba. Cuando el mundo dejó de dar vueltas, Temoc estaba esperando y Caleb no vio rastro alguno de compasión en aquel rostro.

—¿Estás bien? —preguntó Teo.

—Sí —dijo él, más para tranquilizarse a sí mismo que a ella—. Estoy bien.

—Bueno. —Temoc se volvió para mirar el espacio en el centro de la escalera giratoria—. Tenemos novecientos escalones que subir.

—Demonios.

—El problema con el ateísmo —dijo Temoc— es que ofrece un rango limitado de palabras para maldecir.

Caleb lo ignoró y empezó a subir.

Los pesados pasos creaban un eco que subía y bajaba por la escalera. Ninguna puerta abierta o cerrada. Caleb, Teo y Temoc subían solos.

Después del décimo piso descansaron, aunque no por mucho tiempo. El reloj de Teo marcaba las once y cuarto, y se suponía que el eclipse empezaría poco después del mediodía. Temoc les había asegurado que podía extraer las almas fosilizadas del altar en diez minutos. Apenas tenían tiempo.

Caleb se tambaleó. Teo le cogió el brazo y lo pasó sobre su hombro. Al principio, trató de caminar solo, pero hacia el piso quince le confió su peso a ella. Teo lo soportó sin queja ni comentario alguno y subieron juntos. Temoc subía cada tramo de escalera por su cuenta, de un salto, y los esperaba en el descanso.

—No es precisamente alguien que sepa jugar en equipo, ¿cierto? —preguntó Teo cuando el padre de Caleb no podía oírla.

—Solía tener un equipo —respondió Caleb—. La mayoría de ellos murieron.

—Al menos podría actuar como si estuviéramos del mismo lado.

—No lo estamos.

—Tal vez tú no lo estés. —Teo gruñó cuando la pierna de Caleb acabó por rendirse y ella tuvo que soportar todo su peso—. Está tratando de salvar nuestras vidas, lo que lo pone de mi lado.

—No. Te pone a ti de su lado, por el momento.

En el piso veinte se permitieron otro pequeño descanso. Caleb se sentó en un escalón y se apoyó contra la fría baranda. Había dormido en camas menos cómodas. Teo se agachó junto a él y Temoc permaneció de pie. Tenso como un resorte, exploraba las paredes, el techo y los pisos de abajo en busca de amenazas.

Temoc rompió el silencio.

—¿Sabéis? —dijo—, esta escalera no formaba parte del diseño original de la pirámide.

—¿Qué había aquí antes? —preguntó Teo.

—Un hueco vacío que bajaba hasta un subsótano.

«No preguntes para qué lo usaban», le suplicó Caleb a Teo con la mirada.

—¿Para qué podrían usar algo así?

—Arrojábamos cuerpos por el hueco —dijo Temoc— después de un sacrificio. Había un fuego abajo, para los cadáveres.

Parecía que Teo iba a responder, pero no lo hizo. Caleb se puso de pie y le dio la espalda a Temoc para dirigirse a la escalera.

Subieron el resto del camino sin hablar.

Había helechos en macetas a cada lado del pasillo oscuro y amplio del piso veintinueve, como soldados supervisando una ejecución. Una tenue risa inhumana llenaba el aire.

—Si sobrevivimos a esto —le susurró Caleb a Teo—, nunca volveré a la oficina los fines de semana.

Llegaron sin incidentes a las puertas de caoba de la sala de juntas. La piel de Caleb quería largarse y abandonar a su carne y sus huesos para que se defendieran solos. Las venas resaltaban en los gruesos antebrazos de Temoc y en la parte posterior de sus manos como bloques; enderezó los hombros y adoptó una postura firme, pero sus ojos se movían inquietos de un lado a otro del pasillo. Teo esperó en el umbral de la puerta, con los labios juntos, callada.

Caleb abrió las puertas y la luz inundó el corredor.

—Hola —dijo una voz suave como miel que se derrama de una navaja.

Un monstruo de muchas patas llenó el umbral: espinas y cristal, acero y púas y relámpagos azules, ojos polifacéticos amontonados, y una boca como de niño sobre unas fauces que rebosaban de colmillos mojados de icor.

—Hola —repitió el demonio con su boca de niño. Sus fauces emitieron sonidos chillones, como de metal que se rompe.

Temoc golpeó al demonio en la cara.

Éste cayó de espaldas, agitando los brazos sin equilibrio. Una de sus ocho patas impactó en la mesa de la sala de juntas; las garras como cuchillos dejaron largas marcas de estrías sobre la madera y la boca del niño gimió.

Temoc no esperó a que la criatura se recuperara. Se convirtió en una sombra plateada y saltó sobre su adversario. El demonio lo derribó agitando una de sus patas y después le asestó una patada. Mientras caía, Temoc agarró la rodilla del demonio y su tobillo con púas, y le arrancó las articulaciones girando en sentido

opuesto. La quitina se agrietó como un cristal. Temoc golpeó el suelo y rodó entre las garras que escarbaban para ponerse de pie.

Caleb empujó a Teo a la habitación y cerró la puerta detrás de sí.

—¿Qué estás haciendo?! —gritó ella.

—La pelea podría atraer a otros demonios. ¿Crees que podemos detener a más de esas cosas?

El padre de Temoc danzaba con el demonio. Una garra arañó el costado de Temoc, que se tambaleó, pero no cayó. Había crecido en las sombras y sus cicatrices brillaban. Tiró de uno de los brazos de la criatura y se lo arrancó del hombro. Dos bocas gritaron y las garras de guadaña se agitaron, pero Temoc ya se estaba moviendo.

Las extremidades y los dientes de cristal chocaron entre sí. Una luz líquida se deslizaba por las heridas del demonio y humeaba allí donde caía. Temoc era una sombra borrosa y oscura, saltando de la mesa al suelo, provocando a su oponente en alto quechal. El demonio lo maldijo en su lenguaje entrecortado, dejando atrás toda pretensión de discurso humano.

Dieron vueltas frente a frente, alrededor de la mesa, con la suficiente lentitud como para que Caleb pudiera entender la forma del demonio: una espalda redondeada, articulada como la de un escorpión, con seis patas con garras que se aferraban al suelo; le faltaba uno de sus ocho brazos y otros dos estaban rotos.

Entre gritos de dolor, el demonio rio como un trueno.

—Creo que está disfrutando —murmuró Teo.

Temoc fue el primero en reducir la marcha y el demonio empezó a presionarlo más, hasta que finalmente éste también aflojó el ritmo. Fue entonces cuando Temoc empezó a pelear con ferocidad. Las cicatrices plateadas en su rostro se retorcían y, a través de su luz, Caleb pudo ver, por primera vez en dieciséis años, a su padre sonreír.

El demonio saltó sobre la mesa y aterrizó con un sonido pesado y hueco. Temoc le dio la vuelta a la mesa y la bestia se escabulló para encararlo. El demonio siseó pero Temoc estaba en silencio; rugió y él no mostró miedo alguno.

La bestia saltó, como una tormenta de dientes y bordes afilados. Temoc se

zambulló entre las garras y envolvió el cuerpo del demonio con los brazos. Los cuchillos rasparon los músculos cordados de su espalda; las mandíbulas se abrían y se cerraban a escasos centímetros de su cara. Temoc apretó con más fuerza y aparecieron grietas en la quitina. Temoc se colocó bajo el centro de gravedad de su oponente y giró la cadera hacia la izquierda.

Las patas del demonio fallaron, pero Temoc no lo soltó. Mientras caía, él giró el torso hacia la derecha.

El estrépito de la columna vertebral del demonio debía de haber sido demasiado suave como para oírlo, pero, de alguna manera, ensombreció todos los demás sonidos.

Sus patas espinosas quedaron colgando, pero la parte superior de su cuerpo siguió peleando. Temoc rodó con el demonio por el suelo y un segundo después los dos se quedaron quietos.

Temoc se levantó. Sombras que se desvanecían colgaban de su cuerpo como andrajos. Su piel era una maraña de verdugones y moretones. Unos cortes delgados, poco profundos y entrecruzados, recorrían su espalda, piernas y brazos, interrumpidos por el patrón de la red protectora de sus cicatrices.

Se apartó del cadáver del demonio y se apoyó contra los restos destrozados de la mesa.

Caleb corrió hacia su padre. Temoc alzó una mano, indicándole que se alejara, pero Caleb lo ignoró.

—Estás herido.

—No te preocupes por mí —dijo Temoc entre pesadas respiraciones—. Estaré bien.

—Si quiero preocuparme por ti, lo haré.

—No hay tiempo. Otros demonios deben de haber oído la pelea y vendrán pronto. Encuentra la puerta.

Caleb envolvió a su padre con un brazo, contó hasta tres y lo levantó de la mesa. El viejo se tambaleó, pero logró estabilizarse. Escupió sangre en el suelo.

—Encuéntrala.

—Está bien —aceptó Caleb.

Dio un paso hacia atrás y examinó la habitación. Desde luego, no había

ninguna puerta en la pared a través de la cual Kopil lo había guiado en aquella noche del incidente en Seven Leaf. No había una puerta ni nada que pudiese ocultar una puerta: una librería, una repisa de trofeos, ni siquiera glifos que Caleb pudiera ver. La habitación estaba vacía y sin decoración alguna, con paredes de un tono gris uniforme.

Caleb cerró los ojos, pero no vio rastro alguno de hechicería.

—Atravesamos esta pared.

Teo tocó la pared de roca con las manos y la golpeó con la pata de una silla rota. La pared no sonaba hueca.

—No hay nada oculto aquí. ¿Estás seguro de que éste es el lugar correcto? Puedo recordar veinte habitaciones en la pirámide que son iguales que ésta.

—Claro que es el lugar correcto.

—No te estoy llamando *mentiroso*, cálmate. —Caminó alrededor del cadáver del demonio, sobre charcos de sangre hirviente—. Tiene que estar aquí. De otro modo, ¿para qué pondrían a un demonio a cuidar esta habitación? ¿Para defender la mesa?

—Se acercan más demonios —dijo Temoc—. Por la escalera.

—¿Pueden usar la escalera? —se preguntó Caleb y luego se dio cuenta de que era evidente—. Claro que pueden usarla. ¿Veis algún mando o dispositivo por algún lado?

—Sólo los normales, para las luces. ¿Dices que atravesaste esta pared? ¿En esta sala de juntas?

—Sí. —En el pasillo de fuera se oyó un sonido que se asemejaba al ciempiés más grande del mundo atravesando un suelo de azulejos.

—La puerta los contendrá —explicó Temoc—, pero no mucho tiempo.

¿Kopil habría sido capaz de abrir una entrada entre dos puntos en el espacio y después cerrarla, sólo para desorientar a Caleb y ahorrarse un viaje en ascensor?

No. Kopil era un tacaño. No le gustaba volar porque era un desperdicio. Casi no salía de la pirámide de RKC. No se pondría a abrir agujeros en el mundo sólo para entretenerse. Cualquier pasaje que hubiese construido para sí mismo tenía que ser reutilizable.

—Deberíamos irnos —dijo Temoc—. Tiene que haber otro modo de llegar al

altar.

Algo mucho más grande que un perro empezó a rascar la puerta de la sala de juntas, y la mente de Caleb cazó el borde de un hilo de pensamiento.

—Teo, ¿qué ha sido lo que me has preguntado?

—Te he preguntado si estabas seguro de que era la habitación correcta. Si ésa era la pared correcta.

—Creo que no lo es. Creo que nunca hubo una pared que atravesar.

—¿Qué?

El ruido en la puerta se volvió más fuerte e insistente. La madera se astillaba debajo de las garras en forma de garfio y los dedos en forma de daga.

—Has dicho que era igual que cualquier otra habitación en la pirámide, pero no es así. Incluso mi pequeña oficina tiene figuras y decoraciones por todas partes. Estas paredes son piedras en blanco.

—Pues entonces la han redecorado; ¿y qué?

—Han hecho más que eso. Cuando estuve aquí no vi ninguna pared. Y sólo Mal usó la puerta para entrar y salir.

Temoc alzó las cejas.

—Teo —dijo Caleb—, apaga las luces.

—¿Qué?

—Las luces de arriba. Apágalas. Debe haber una sola luz en el centro de la mesa, eso es todo. Una luz tan brillante que no puedas ver las paredes.

—Caleb...

—Hazlo, por favor.

Un gran peso golpeó la puerta, que tembló pero se mantuvo firme. El grito de un demonio rasgó el aire.

Teo corrió a la pared donde estaba la pequeña consola de cuadrantes y los giró aleatoriamente hasta que las luces se atenuaron.

—¡Más!

Las luces parpadearon, se encendieron y se apagaron. Caleb aún podía ver la pared.

—Haz que la luz del centro sea la más intensa.

Los dedos de Teo volaban sobre los controles, y más demonios empezaron a

golpear la puerta. La madera se astillaba cerca del pestillo.

—¡Aquí! —Teo giró el segundo dial más pequeño en el sentido de las agujas del reloj. El reflector de la mesa incrementó su brillo hasta parecer la luz de un quirófano y el mundo empezó a girar.

Las paredes desaparecieron y se abrieron de golpe. Detrás de ellas, varias filas de ojos ardían con el tono rubí del fuego.

—¡Teo!

Ella saltó sobre la garra del demonio muerto, corrió hacia Caleb y lo cogió de la mano mientras él sujetaba la de Temoc. Juntos corrieron hacia la oscuridad. Los demonios los siguieron.

Los demonios los persiguieron con sus múltiples patas; distorsiones en la oscuridad que se acercaban a la velocidad de los insectos.

Caleb, Teo y Temoc huyeron entre las sombras debajo del universo. Ya deberían haber llegado al apartamento del Rey de Rojo, pero cuanto más corrían, más los envolvía la noche.

Aparentemente, el camino estaba cerrado en el otro extremo. Caleb trató de recordar lo que Kopil había hecho para abrir el camino la noche en la que el agua se volvió negra, pero sus recuerdos eran una masa borrosa.

Las paredes de la sala de conferencias existían siempre y cuando él pudiera verlas. Tal vez la otra puerta no se abriría mientras él supiera que no estaba ahí.

Los pasos de los demonios empezaron a oírse más fuerte.

—¡Cerrad los ojos! —gritó Caleb.

—¿Qué? —contestó Teo de golpe.

—Cerradlos. Cerradlos o nos quedaremos atrapados aquí.

Apretaron las manos con más fuerza y Caleb cerró los ojos.

El espacio era una red de llamas, con universos que colgaban como gotas de agua en sus intersecciones. La red giraba y se retorció. Los mundos se mezclaban, se rompían y se reformaban en patrones fractales.

Caleb soltó la mano de su padre, estiró la suya y tocó un suave pomo de latón. Lo giró, abriendo el cerrojo, y cayó sobre una alfombra roja.

Temoc y Teo entraron en la habitación detrás de él a trompicones mientras las pisadas de los demonios los seguían desde la oscuridad más allá del pasillo.

Caleb cerró la puerta de golpe. Esperó durante unos cuantos latidos y la abrió otra vez. Trajes, túnicas, camisas, corbatas y zapatos costosos habían reemplazado el vacío.

—Así que es aquí donde el monstruo duerme —afirmó Temoc.

La habitación estaba igual que la última vez: la cama redonda sin hacer, libros apilados junto a una silla, montañas de documentos que se balanceaban sobre las mesas.

—No parece la habitación de un monstruo —opinó Teo cuando recuperó la respiración—. Tampoco parece la suya. No sé qué es lo que tenía en la mente. Algo más limpio.

—Es un hombre ocupado —dijo Caleb—. Un esqueleto, una cosa. —Se limpió el sudor de los ojos—. ¿Quieres que pase sus días limpiando?

—O que contrate un servicio de limpieza. Un equipo de zombis podría dejar este lugar impecable en cinco minutos.

Temoc frunció los labios y se volvió.

—¿Qué?

—Preferirías explotar otro cuerpo que ensuciarte las manos con tu propio trabajo —dijo Temoc—. Me parece interesante. —Se alejó hacia la cocina.

—Caleb —lo llamó Teo cuando Temoc se había alejado lo suficiente.

—¿Sí?

Ella estaba colorada y sus cejas se veían largas sobre su mirada fulminante.

—Tu padre.

—Créeme, lo sé.

—Es un tarado.

—Y un asesino. Y acaba de salvar nuestras vidas, aunque sé que eso no lo disculpa por lo demás. —Se apoyó en la puerta, luchando contra la fatiga que sentía.

—¿Estás bien?

La cama vacía y sin hacer de Kopil parecía más cómoda que cualquier otra que hubiera visto en años. Quería acostarse ahí y desaparecer.

—Estoy cansado. Y no dejo de pensar en Mal.

Teo se hundió en la silla roja. Guardaron silencio mientras ella cruzaba y descruzaba los dedos.

—Si viene y trata de detenernos, ¿qué piensas hacer?

—Yo... yo pelearé contra ella —dijo él—. Y moriré. Es más fuerte de lo que te imaginas. Me matará.

—¿Y si no lo hace? ¿Qué pasará si ganas?

Caleb desvió la mirada.

Teo se le acercó y él vio su reflejo en sus ojos, como una figura recortada, apenas humana.

En la cocina se oyó un ruido de madera que se astillaba, porcelana que se rompía y cubiertos que repiqueteaban al caer al suelo. Temoc apareció en el umbral, digno y calmado.

—He encontrado la entrada a su oficina.

La luna se alzó y, al hacerlo, perdió su luz, quedando como una esfera negra en un cielo oscuro que acosaba al sol.

Mal estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la ciudad. Su mente se movía con las serpientes, inquietas en un sueño incómodo. Le susurraban en alto quechal y otras lenguas más antiguas con los gritos brutales de los dolores del parto del mundo. Sus sueños la rodeaban como zarcillos de gallowglass y la quemaban.

¿Dónde estaba Caleb? «En algún lugar seguro», pensó con esperanza y con duda al mismo tiempo. No era el tipo de persona que se oculta.

En Andrej, el día de la adquisición de Heartstone, el día en que Kopil se traicionó a sí mismo con un beso, ella había bailado con Caleb en una pista vacía. Bailaron sin tocarse: ella lo envolvió en hechicería y él la sostuvo de esas mismas ataduras. En ese mismo instante bailaban. Ella no tenía idea de cómo él pensaba detenerla, pero lo intentaría.

Deseaba estar equivocada, que se ocultara y esperara a que pasara todo. Y ella lo encontraría después, habiendo ganado la batalla, y le explicaría sus motivos. Todo acabaría bien.

Y también esperaba tener razón. Quería que él estuviese reuniendo fuerzas en su contra en ese mismo momento.

Sintió la familiar y electrizante emoción de tocar su piel con la punta de un cuchillo, antes del pequeño y certero movimiento de muñeca que permite que la sangre fluya libremente.

La hechicería se entretejía por los cerebros de diamante de las serpientes, a

través de sus corazones palpitantes de roca derretida. Por sí mismo, cada uno de los sistemas de Heartstone tenía un propósito: canalizar el hambre de las serpientes, insensibilizar el borde de sus mentes dormidas, atraerlas a la superficie de la lava para domarlas.

Juntos, esos hilos tejían las riendas del mundo.

Con un pequeño y certero movimiento de su muñeca, invocó a las serpientes.

La escalera de la cocina de Kopil era larga, recta y áspera, y tan estrecha que Temoc tuvo que subir de lado.

—Ese apartamento —comentó mientras subían— alguna vez fue una sala de la sacristía. Los sacerdotes se preparaban ahí para la ceremonia. Se arrojaban piedras de adivinación, se entonaban cánticos, se mencionaban los días. Derramaban su propia sangre y se preparaban para derramar la sangre de otros.

—¿Y por eso —dijo Teo— has roto los muebles del Rey de Rojo?

—Solía haber hermosos murales en esas paredes que representaban el triunfo de las Serpientes Gemelas y el sacrificio de Ili. Pero ahora ya no existen y han sido reemplazados por vajillas de porcelana y cubiertos.

El tono gris plateado en la cima de la escalera se hizo más grande y, a través de él, Caleb vio la curvatura de la cúpula de la oficina de Kopil.

Salieron por una delgada abertura que se desvaneció detrás de ellos. La oficina había cambiado un poco desde su última visita: alfombra, plantas, librerías bajas y sillas, y desde luego, el escritorio. Pero la cama de hospital ya no estaba.

Kopil yacía tumbado sobre el escritorio, con una taza de café derramado en la mano. Su cráneo descansaba sobre un fajo grueso de papeles.

Caleb corrió hacia él, con Teo siguiéndolo de cerca.

El Rey de Rojo no se movió mientras ellos se acercaban. Caleb se arrodilló y levantó la mano del esqueleto. De algún modo, sus huesos se aferraban entre sí, como si estuvieran atados por hilos invisibles de hule. La mano y el brazo eran más ligeros de lo que esperaba y repiquetearon cuando los soltó.

—Se ha ido —dijo Teo, con un leve tono de interrogación.

—No puede ser. Se habría llevado la mayor parte de la pirámide con él. Los

Reyes Inmortales se incendian al desaparecer. —Enrolló la manga roja de su túnica. Los glifos en su brazo brillaban con tonos azules y plateados en contraste con el hueso—. Está vivo, o como sea que se diga. No vivo. Debe de estar dormido.

—Más bien comatoso. —Teo deslizó los papeles que estaban debajo de la cabeza del Rey de Rojo y ésta golpeó el cristal con un sonido seco y oscuro. Hojeó las páginas y se quedó petrificada—. Caleb. Éste es el contrato de Heartstone.

—¿Qué? ¿El original? ¿El que tiene setenta mil páginas y está tallado en piedras de aquí a Alt Coulumb y de vuelta?

—Ésta es la página de la firma. La piedra angular. Mira, aquí. Ésta es su firma y la de Alaxic, y la de los testigos. Si destruimos esto, el contrato empieza a desarmarse.

El Rey de Rojo debía de haberse despertado temprano esa mañana, si es que alguna vez dormía. Mientras bebía su café, sintió cómo moría Qet, Señor de los Mares, y cómo las serpientes chupaban la médula de sus huesos.

—Sabía lo que estaba pasando y ha tratado de detenerlo. —Caleb tendió a Kopil en el suelo junto al escritorio, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Esto no cambia nada —dijo Temoc. Rodeó el escritorio y se dirigió a ellos—. No tenemos tiempo. Debemos empezar.

—Lo cambia todo. Si rompemos este contrato, el Rey de Rojo podría despertar. RKC podría liberarse de Heartstone. La junta...

—Esta hechicería pagana será inútil contra las serpientes, así como lo sería tu jefe si despierta. Además, me vería y trataría de matarme. No tenemos una causa en común.

—Ahora la tenéis. —Caleb le quitó la página de la firma a Teo y la sostuvo a la altura de los ojos de su padre para que pudiera leer los trazos en tinta—. Si despierta, se dará cuenta de que no eres parte del plan de Mal, de que has arriesgado tu vida para detenerla. Tienes la oportunidad de hacer las paces con él y de evitar que culpe de esta locura a cada quechal religioso en la ciudad.

—Lo que he hecho hoy no cambiará nada ante sus ojos. Somos viejos enemigos.

La fotografía en el marco de plata estaba en el escritorio: dos hombres sonriendo, sus ojos de un oscuro tono sepia. Caleb recordó la voz de Kopil: «Todos creemos estar de nuestro propio lado, hasta que llega el momento de declarar la guerra».

—Tal vez no le gustes, pero pelearé a tu lado. —Caleb buscó en el escritorio y encontró un abridor de cartas, tres plumas y una taza de café que se había secado hacía mucho. No había nada que pudiera disolver contratos—. Teo, ¿sabes cómo romper una de estas cosas?

—Por lo general, están protegidos por un montón de hechicería, pero parece que Kopil ya se deshizo de eso. Rómpelo. Si eso no funciona, prueba con fuego. A ver, déjame...

—No —dijo Temoc.

Los zapatos de Teo rasparon el suelo y Caleb alzó la mirada para ver si había tropezado.

Temoc estaba detrás de ella, apretándole la garganta con el pliegue de su codo. Los ojos de Teo gritaban y arañaba los brazos de Temoc, su rostro. Tenía la boca abierta, tratando de respirar. Su sombrero cayó al suelo. Echó la cabeza hacia atrás, pero Temoc la apretó con más fuerza.

Teo puso los ojos en blanco y se cerraron, y su cuerpo colgó flácido de los brazos de Temoc.

Caleb saltó sobre su padre.

Éste se dio la vuelta más rápidamente de lo que los ojos de Caleb podían seguirlo y un puño se movió en un medio círculo borroso.

La oscuridad consumió al mundo.

Temoc miró hacia abajo, a su hijo caído, y sacudió la cabeza. Era un chico valiente: había cargado a su padre a costas, había llegado vacilante hasta la edad adulta sin más que la mano de una madre para guiarlo.

Era débil, pero vivía en un tiempo de debilidad. Las Guerras de los Dioses despellejaron el mundo y lo colgaron en una cruz. Los grandes cayeron y los cobardes prosperaron. No era de extrañar que la generación de Caleb cayera en la desesperación y las transgresiones. No era de extrañar que los hijos de las Guerras bebieran y fornicaran, apostaran y bailaran, y se preguntaran, después de largos días que se confundían con las noches en medio de la embriaguez, por qué sus vidas parecían carecer de significado.

Del cinturón de Temoc colgaba un cuchillo de obsidiana. En setenta años, sólo lo había usado dos veces. A los diez años, en su iniciación al sacerdocio, había tallado los símbolos de los dioses en su pecho con sus manos manchadas de sangre por las heridas causadas por sus maestros; y la segunda vez había sido la noche en que se alzaron las barricadas en el Skittersill y se arrodilló frente a su hijo para trazar con el cuchillo los mismos símbolos en la carne de Caleb.

Temoc nunca se había preguntado su propósito en la vida. Su propósito era la punta de ese cuchillo.

Bajó a su hijo al suelo junto a Teo y se volvió para mirar al Rey de Rojo. El cráneo redondo de Kopil relucía. Seis décadas atrás, muchas carcajadas habían salido de esa boca sonriente mientras él disgregaba a los sacerdotes quechales y derrotaba a sus dioses. Había ensartado a Temoc en una espina de hielo y lo había dejado retorciéndose hasta morir.

Temoc puso un pie sobre el cráneo y lo oprimió, pero el hueso no cedió.

Pisó con fuerza. El hueso rebotó contra el suelo, pero no se astilló ni se rompió. Aunque rugió y saltó sobre el cráneo con ambos pies, éste resonó como

un trozo de hierro y trastabilló hacia atrás. Las sombras en el rostro de Kopil se burlaban de él.

Arriba, la luna rompió el círculo del sol. Después ya habría tiempo suficiente para vengarse. Tenía que salvar el mundo.

Temoc levantó a la amiga de su hijo, la chica que nunca había conocido el tacto de un hombre, la doncella de altar, la ofrenda que había expresado su disposición a morir, y la colocó sobre el escritorio.

Agachó la cabeza, sacó su cuchillo y empezó a entonar su cántico.

Mal y la luna abrieron la boca y respiraron fuego. La luna creció y se oscureció mientras consumía el cuerpo del sol. Mal también devoraba las llamas y se transformaba.

La tierra se llenó de sombras. Mal practicó su hechicería con las mentes dormidas de las serpientes y, desde sus profundos sueños, éstas le susurraban. Conocían su nombre. Llegó el eclipse y las estrellas las llamaban a la batalla.

—Venid —murmuró, sosteniendo las riendas de las serpientes—. Éste es vuestro momento. Levantaos y sed mis armas.

La tierra tembló. Los edificios se estremecieron y las pirámides se agitaron. Llegó un segundo temblor, más fuerte que el primero.

—Despertad —les ordenó—. El sol muere. Las estrellas nos rodean como buitres hambrientos y se alimentan de la luz que sangra de su corteza. Mientras él se oscurece, ellas brillan. Ascended.

La quietud se posó en la superficie de la tierra, y los ojos de Mal se abrieron de golpe. Bajo la corteza terrestre, las serpientes se agitaron, se estiraron y despertaron.

Balam se rio durante el primer terremoto. Otros manifestantes gritaron, aquellos que estaban más atrás entre la multitud en la avenida Sansilva, frente a la Coraza de Protección: novatos ante las dificultades de la ciudad. Los amos y los alcaides de Dresediel Lex usaban su poder para amedrentar a la resistencia. Sacudían la tierra y quemaban el cielo para propagar el miedo, pero rara vez mataban. Los manifestantes reincidentes sólo temblaban ante las garras de los couatls y los

relámpagos. O bien no le temían a nada, ya que las armas de la hechicería se movían más rápido de lo que podían detectar los ojos u oídos humanos, y temerlos significaba vivir con miedo constante.

Balam no le temía a nada. Las décadas de correr por acantilados y manifestarse habían quemado el miedo de su cuerpo y lo habían expulsado de éste.

Y si éste no era un plan de los alcaides y la tierra estaba temblando por sí sola, era normal, pues Dresediel Lex era una ciudad a la orilla del océano y a veces la tierra temblaba bajo su peso. La multitud lo enfrentó como una ola: kilómetros de pieles sudorosas con el olor de la carne, el cuero y la ira.

—¿Es lo mejor que podéis hacer?! —les gritó al cielo y a la pirámide protegida detrás de su escudo.

Cuando llegó el segundo terremoto, ya no se rio.

Ni la roca de fondo ni la tierra detuvieron a las serpientes. Deslizándose hacia arriba, cavaron túneles que se iban derrumbando a su paso. La tierra se movió. En los rascacielos se rompieron las ventanas, las torres se mecieron y agacharon la cabeza. Sólo las pirámides permanecían firmes: estaban construidas para durar más que el mundo.

Sansilva dividía Dresediel Lex en dos partes, de este a oeste. Los visitantes extranjeros muchas veces se preguntaban por qué los antiguos quechales habían construido un camino tan amplio que atravesaba el centro de la ciudad. Pocos cargamentos pasaban por Sansilva y sólo algunos trabajadores. Los sacerdotes solían vivir alrededor de sus templos.

Se lo preguntaban, pero su premisa era falsa. El camino no había sido construido para el tráfico humano.

El segundo terremoto empezó como el primero, sacudiendo el terreno, con hombres y mujeres que gritaban alarmados y llenos de pánico, pero, en vez de disminuir, éste fue creciendo en intensidad. Balam y sus camaradas tropezaban entre ellos. El temblor los sacudía y los arrojaba de un lado a otro como la espuma, lo cual no era de extrañar. Pero, de repente, Balam oyó por encima de

los gritos una nota distinta, una cascada de crujidos agudos que provenía de todas partes a la vez, y que pasaba rozando su coronilla.

En medio de los empujones y los bruscos aspavientos, al principio no pudo identificar la fuente del sonido. Cuando empezaron los gritos, lo vio: los cristales rotos llovían de los rascacielos y de las pirámides que los rodeaban. Las ventanas rotas caían de las torres que temblaban. Las cuchillas transparentes que se precipitaban y lanzaban destellos provocados por el sol moribundo. Al caer, cortaban la carne. Los gritos se detenían en seco antes de que otros ocuparan su lugar. Los cuerpos aplastaban a Balam por todas partes: eran diez mil personas que se abrían paso a la fuerza hacia el centro de la avenida Sansilva, huyendo de los cristales y la sangre.

Esto no era obra de los alcaides. Ellos no destruirían los edificios que habían jurado defender. Los bienes raíces eran sagrados para ellos. Por encima de la gente, los couatls volaban en círculos, agitando con rapidez las alas y abriendo sus mandíbulas rugientes debido al pánico.

Los couatls no le temían a nada, ni al fuego, ni a la muerte, ni al movimiento de la tierra. Un simple terremoto no los haría gritar. Pero si no eran los alcaides y no era un terremoto, ¿qué estaba pasando?

Los gemidos y los gritos cambiaron de ritmo y de tono, más agudos, abiertos y cada vez más altos. Un viento caliente sopló sobre el rostro de Balam y la multitud se convulsionó otra vez, empujándolo nuevamente, pero no hacia el centro del camino, sino hacia delante, hacia el letal borde azul de la Coraza de Protección.

Se dio la vuelta, luchando contra la marea de gente y vio un gran fuego.

El asfalto brillaba como trozos de carbón. Mal se agitaba en llamas y estaba hambrienta. Luchaba contra el peso de un sueño de piedra. El aire se derretía y se convertía en plasma. Abajo, los manifestantes huían y gritaban.

En los viejos tiempos, los tejados solían estar repletos de espectadores que se arriesgaban con tal de ver el espectáculo.

Los manifestantes que huían pensaban que los terremotos y las llamas eran una venganza de los hechiceros, pero pronto lo entenderían.

En el mundo había misterios más dignos de su miedo que la hechicería humana.

El asfalto se abultó, se onduló y estalló. Una lengua ardiente y bifurcada salió del flujo de asfalto fundido y retrocedió hasta un hocico chato a noventa metros de distancia. Dos ojos de llamas blancas ardían en medio de una inmensa cabeza en forma de flecha. Aquel tenía colmillos del tamaño de un árbol, y mil años de sacrificios se reflejaban en los diamantes que forraban su garganta, rostros quechales atrapados en agonía. Rugió como un volcán.

Su hermana también se liberó y juntas ascendieron vigorosas, fuertes y hambrientas, clamando destrucción.

La ciudad se sacudió. Los ancianos temblaron mientras las pesadillas salían como gusanos de la madera podrida de su memoria. Los locos empezaron a gritar oraciones en alto quechal, aunque no entendían las palabras que surgían de sus labios. En las salas de pacientes en coma de los hospitales, aquellos que llevaban años en silencio abrieron la boca para hablar:

—Benditas sean ellas.

En el Skittersill, un edificio en llamas se derrumbó alrededor de una niña de tres años y ella salió ilesa. La montura de un alcaide cayó del cielo, muerta; el compañero del alcaide se apresuró a salvarlo de un aterrizaje sangriento.

Desde Fisherman's Vale hasta Monicola, desde la autopista de la costa del Pax hasta Stonewood, los tzimets explotaron y se convirtieron en vapor. En la fuente del hotel Monicola, la bestia de agua y hielo negro se despedazó. Los demonios que tenían el tamaño de los insectos explotaron como ampollas, huyendo ante la llegada de monstruos más grandes.

En la infancia de Balam, cuando su abuela yacía embriagada por la cerveza de maíz, durante las frías y secas tardes de invierno, ella le había contado historias de viejos dioses y héroes, pero, aparte de esto, no conocía signos sagrados, ni más cánticos que los que se repetían antes de un juego de ullamal. Pero reconoció las espirales con capucha de cobra que se erguían sobre Sansilva, las escamas del tamaño de una casa y pulidas como el agua, si el agua ardiera, y más

altas que una pirámide, lo suficientemente largas como para tragarse al sol o encenderlo de nuevo con los chorros de lava que expulsaban las lenguas bífidas que entraban y salían de sus bocas. Brillando en todos los colores y ninguno a la vez, con un centro blanco como el alabastro, Aquel y Achal eran más grandes que las diosas, más feroces que los demonios; eran las primeras hijas del mundo.

Casi se queda pasmado por el impacto y el asombro y, de haberlo hecho, habría estado perdido. La multitud las vio y, sin importar lo que entendieron de la situación, ya fuese que reconocieran a las serpientes o que pensarán que eran terrores nacidos de la hechicería o demonios sueltos, sabían que tenían que huir. Desesperados, tropezaron para huir de las serpientes por callejones y hacia los edificios que se balanceaban, a pesar de la lluvia de cristales. Pero la mayoría corrió por el camino fácil, por la avenida Sansilva, y su marea empujó a Balam hacia la Coraza de Protección y hacia la eternidad.

Balam forcejó en contra de la multitud, con la ayuda de los músculos que había construido durante todas esas décadas de correr por acantilados y otras décadas más de enseñar a otros corredores. Una estatua de piedra se encontraba a quince metros río arriba, alguna diosa iskari con túnica y capucha que representaba un respiro de la multitud humana. Pero los quince metros bien podrían haber sido kilómetros. Empujó entre los espacios que había entre la gente, golpeó a varios hombres en el estómago, se liberó de dedos que lo arañaban y se impulsó hacia la estatua.

Una onda de calor pasó sobre él, desbordando caudales de sudor en sus brazos: el calor de la mirada de las serpientes o de su aliento distante.

Le dolían las piernas. Un codo le dio un golpe encima del ojo y le arrancó un poco de piel. La sangre corría por su rostro. Gruñó y luchó con más fuerza, adentro y hacia abajo, aferrándose a los adoquines con los pies, desesperado por no perder la poca tracción que lo ataba a la tierra y lo mantenía a salvo de ser golpeado y aplastado por pies y piernas temblorosos.

A su alrededor morían hombres y mujeres. Huían de las serpientes como las hormigas huyen del rayo de una lupa. Aquellos que eran demasiado lentos morían aplastados o quemados.

El aire apestaba a pánico y a sudor agrio.

Tres metros más. Una eternidad. No sería capaz de atravesar esa distancia. Podía contar sus heridas y sus debilidades: un dedo roto cuando una mujer, a la que empujaba para pasar, se movió a la izquierda en vez de la derecha, la sangre en sus ojos, la espalda torcida por correr demasiado durante su juventud, cuando pasaba el tiempo saltando sobre los tejados. Cuarenta años de grasa.

Maldita multitud. Malditos los alcaldes que volaban en círculos por encima de la devastación. Tal vez no lo lograra, pero, durante un momento más, volaría.

Menos de dos metros. Dejó de aferrarse al suelo, pero en vez de permitir que la marea lo arrastrara hacia delante, se sostuvo de los hombros de quienes lo empujaban y se impulsó hacia arriba, sobre ellos, sobre sus cuerpos, sobre el bosque de brazos y cabezas, con el último salto de un corredor de acantilados...

Demasiado corto. Aterrizó poco antes del espacio abierto alrededor de la fuente; su cuerpo cayó sobre las personas que estaban debajo de él en el suelo, pero otros surgieron encima de él y de los demás, arrastrándolo otra vez. Rugió con frustración, estirando la mano hacia la efigie de piedra de la diosa iskari para sofocar sus promesas de victoria.

Una mano se cerró alrededor de la suya: una mano de acero, delgada pero impecable, que era una roca contra la marea.

Balam tiró con una fuerza que podría arrancar piedras y la mano tiró en respuesta, y con una voltereta, terminó jadeando a la sombra de la estatua, junto a su salvadora: una mujer que ni siquiera era quechal, con el cabello rubio recogido en trenzas enredadas y una cicatriz en la sien. Sus ojos eran grandes y estaban llenos de terror, y respiraba como un caballo después de una carrera. Él también. Balam maldijo y escupió.

—Gracias.

Ella asintió.

—Balam —dijo él y se tocó el pecho. No podía levantar la mano para ofrecérsela.

—Sam —respondió la mujer. A su alrededor, el mundo seguía llegando a su fin.

Mal se agitaba y giraba, atrapada en las serpientes como una astilla en un

tornado.

—Deteneos —dijo en alto quechal, y luego en bajo quechal—. Deteneos.

Las serpientes oscilaron, más brillantes que el sol moribundo. Mal flotaba al nivel de sus redondos ojos de cristal, del tamaño de una casa. El calor quemaba su piel. El sudor corría por su frente: sudor de sacrificio, sudor de una mujer atada que miraba el cuchillo. Las escamas de las serpientes silbaron, sisearon y se agrietaron mientras el aire trataba de enfriarlas y no lo lograba.

Las serpientes la esperaron y en el rostro de Mal se dibujó una sonrisa. Luego, las serpientes se retorcieron y su sonrisa desapareció.

El olor de un sacrificio se alzó desde la pirámide del 667 de Sansilva. Las serpientes lo olieron y ella también.

Temoc. No quedaba otro sacerdote capaz de hacer una ofrenda. Alaxic había matado a los demás, uno por uno, con el paso de las décadas, con veneno, cuchillos y hechicería. Temoc debería haber sido el último. De algún modo, había logrado escapar y había llegado hasta el altar con una víctima.

Pero no importaba. Ella lo quemaría desde su sitio de poder.

Voló por Sansilva hacia la pirámide, hacia el sacrificio y la victoria. Las serpientes se deslizaron detrás de ella.

Mar era la palabra perfecta para describir al mundo: agitado, en movimiento, meciéndose de un lado a otro. Un mar y Caleb flotaban en él debajo de una mujer que expulsaba cuchillos al reír y besaba con acero. Su dolor flotó hacia un sol como un anillo ardiente en los cielos: un sol vacío, un sol santificado.

Caleb siguió el dolor hacia la luz.

Parpadeó y vio el arco gris de la cúpula de cristal. Le palpitaba el cráneo, al igual que la mano, las costillas y el resto del cuerpo.

Un olor a incienso invadía el aire.

—Qet, Señor de los Mares, Exchilti, Formador del Sol, Séptima Piedra, receptora de ofrendas. Las Serpientes Gemelas se entregaron cuando su padre, el sol, murió. Sí, se entregaron, alimentaron a las serpientes con su sangre y la carne de su corazón. Inocentemente, las amamantaron, y nosotros entregamos inocencia en su memoria.

Pronunciaba las palabras en alto quechal, en el vocativo de alguien que se dirige a lo divino, con las conjugaciones y las declinaciones de un sacerdote. La voz pertenecía a Temoc.

En ese momento lo recordó: el golpe en su cabeza, el brazo de Temoc alrededor del cuello de Teo, la ira y el miedo en su mirada mientras perdía el conocimiento.

Su visión se aclaró.

Temoc estaba inclinado sobre el altar, de espaldas a Caleb. Las sombras fluían como seda sobre su piel, envolviendo su cuerpo de pies a cabeza en una oscuridad semejante a las vestimentas sacerdotales.

Montículos de incienso de copal ardían en la cabeza y los pies del altar. En una de sus grandes manos, Temoc sostenía un cuchillo curvo con hoja de obsidiana.

La sangre caía de la punta del cuchillo y de la boca de la gárgola a un costado del altar.

El mundo de Caleb se detuvo y perdió todo el color.

—¡Suéltame!

Teo. Seguía viva. Por los dioses. Temoc la estaba sangrando antes del sacrificio.

—Cada tiempo entrega algo de sí mismo —cantó Temoc—. A nosotros, los afortunados, se nos llama a entregar nuestros corazones.

Caleb se levantó. Su padre se mecía con fervor sacerdotal. Teo estaba acostada con los brazos y las piernas extendidas sobre el altar; sus manos y sus pies estaban atados con grilletes de obsidiana. Ella forcejeaba para liberarse y gritaba obscenidades. La sangre corría de su muñeca izquierda por unos surcos en el cristal y caía de la boca del altar a una taza de café.

Caleb buscó un arma, pero no encontró ninguna. El Rey de Rojo prefería la magia profunda de antes del inicio de los tiempos en lugar de espadas y todas esas cosas. Tampoco había nada útil en la maraña de objetos tirados por la oficina. Había pocos libros que fueran lo suficientemente grandes como para causar algún daño. Sillas que eran demasiado pesadas como para levantarlas y arrojarlas. Temoc había arrojado residuos del escritorio de Kopil al suelo para

hacer espacio para Teo: papeles, una taza de café y la fotografía de Kopil con su difunto amante.

La fotografía en el pesado marco de plata. Caleb lo sopesó, para comprobar su peso y el filo de sus esquinas.

Teo detuvo por un instante su interminable diatriba para respirar. Su cabeza se movió hacia un lado y vio a Caleb. Sus pupilas se ensancharon.

Caleb blandió el marco con ambas manos y golpeó con todas sus fuerzas la cabeza de su padre con él.

—Tenemos que irnos —dijo Sam.

Balam se sacudió para volver al mundo real.

—¿Ir adónde?

—A cualquier lugar. A la pirámide que está allí, a la izquierda. Esas cosas ya están viniendo. —Se asomó sobre el borde de la fuente y se agachó otra vez—. Por aquí.

—Las serpientes.

—¿De qué otra cosa crees que podría estar hablando?

—Moriremos. No podemos abrirnos paso entre una multitud así.

—Se dirigen a RKC. Estamos en su camino. O nos movemos o nos derretimos.

—Nos movemos y morimos.

—Yo me voy.

Él sacudió la cabeza.

—Espera.

—No.

—¡Espera! —Puso toda su ira y su autoridad de entrenador en ese grito. Ella se detuvo a medio levantarse—. Cuando estén más cerca, la multitud disminuirá. Entonces nos moveremos. Y esperaremos.

Ella volvió a ponerse en cuclillas. El aire a su alrededor estaba muy caliente.

Temoc se tambaleó; Caleb lo golpeó otra vez, con más fuerza, y el sacerdote cayó de rodillas.

Caleb saltó sobre su padre, tumbado junto al altar.

—¡Caleb! —El grito de Teo era ronco.

Temoc le había roto la camisa y había trazado una cruz de carbón sobre la base de su esternón para dirigir el cuchillo. Pequeños regueros de lágrimas se deslizaban desde el borde de sus ojos y la sangre fluía desde dos cortes hechos con precisión en su muñeca izquierda.

—Lo siento. —Tiró del grillete que sostenía su mano izquierda—. Lo siento mucho. —Las cicatrices resplandecían en su brazo. La obsidiana se dobló como un hule. Caleb estiró la mano hacia su lado derecho.

Un brazo tan fuerte como un poste de hierro lo agarró de la cintura y lo arrojó. Golpeó el suelo, se deslizó y se puso de pie con dificultad.

La sangre fluía de un corte profundo en la cabeza de Temoc, sobre su oreja y por el cuello, y pequeños riachuelos carmesíes se le escurrían por la barbilla.

—Caleb —dijo mientras se arrodillaba para buscar su cuchillo—, no te interpongas en mi camino.

—¿Por qué estás haciendo esto? ¡Teníamos un plan!

—Tu plan no funcionará.

—¡Ni siquiera lo has intentado!

—No necesito intentarlo. Aquel y Achal tienen hambre de vida. Sólo hay una manera de alimentarlas. Y sin duda esto es mejor de lo que creía posible. El corazón de una doncella de altar ofrecido por un alto sacerdote en la cima de Quechaltan, como en la antigüedad.

Había aflojado el grillete derecho de Teo lo suficiente como para que ella liberara ambas manos. La sangre brotaba de su muñeca. Ella apretó la vena con la palma de la mano y tiró de los grilletes que ataban sus pies, pero éstos no cedieron.

—¿Qué habrías hecho si Teo no hubiera venido? ¿Matarme?

—Incluso si hubiéramos bloqueado su paso, no se habría quedado atrás. Es ideal para un sacrificio. Intenciones nobles y sangre noble también, si es que no confundo sus facciones. Inmaculada, nunca contaminada por las manos de un hombre. Espíritu fuerte, corazón fuerte. Seguro que presintió mi plan y sabía su destino.

Teo se desplomó hacia un lado. Su brazo y su cabeza colgaban por el borde del altar, y sus dedos estirados acariciaban el suelo.

Caleb corrió hacia el altar y Temoc lo arrojó de nuevo. Al caer, Caleb enterró los dedos en la sombra de su padre y ésta se rasgó. Una fuerza fría le recorrió el cuerpo. Giró en el aire y aterrizó de pie. La oscuridad se aferraba a él como un halo y sus cicatrices brillaban desde el interior.

Una luz resplandeciente se alzó desde el sur.

—¿Lo ves? —dijo Temoc—, las serpientes han ascendido y huelen su comida. Nos queda poco tiempo. Salvaré nuestra ciudad, con tu ayuda o sin ella. Cogeré su corazón.

—Yo te detendré.

Caleb corrió hacia delante mientras Temoc blandía el mango de la daga en dirección al lugar donde la sien de su hijo se encontraba hacía unos instantes.

Caleb se agachó, agarró la pierna de Temoc y la empujó hacia arriba, pero éste usó su peso en contra del ataque de Caleb y no cayó. Le dio un rodillazo a su hijo en las costillas, dispersando las sombras y derribándolo.

El mundo daba vueltas mientras Caleb se ponía de pie. Trató de alzar los puños, pero no podía mover el brazo derecho.

—No quiero que pierdas —dijo Temoc con tristeza—. Para ser un joven sin entrenamiento has ofrecido una buena pelea. Has mostrado valor. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias. —Caleb jadeó y oyó que algo se rasgaba.

—Pero no puedo dejarte ganar. Espero que lo entiendas.

—No estaba... —«Exhala, inhala. Con calma»—. No estaba tratando de ganar.

La cúpula se oscureció. Le llegó un olor a ozono y a las profundidades del infierno.

—Sólo tenía que distraerte lo suficiente como para que Teo rompiera el contrato de Heartstone.

Temoc parpadeó. Una fría ráfaga de viento sopló sobre ellos. En alguna parte, unas cortinas de terciopelo se movieron.

Teo estaba sentada en el altar, sosteniendo un pedazo de pergamino roto y

manchado de sangre, con una mitad en la mano derecha y la otra entre los dientes. Salían pequeñas chispas de los glifos plateados arrancados en pedazos. La camisa le colgaba de los hombros. La sangre se filtraba entre los dedos con los que sostenía su herida. Escupió el pedazo de pergamino y éste cayó lentamente al suelo, aterrizando con la firma hacia arriba.

Las llamas del incienso se atenuaron y, por último, se apagaron, y con ellas todo rastro de luz y vida en la habitación.

La oscuridad del espacio profundo los devoró a todos. No había pirámide, ni cúpula, sólo vacío, y en el centro de éste, inmenso, a horcajadas en las cáscaras de estrellas moribundas, estaba el Rey de Rojo. Sus ojos resplandecían como el nacimiento del mundo.

Kopil sonrió.

—Temoc —le dijo—. Cuánto tiempo sin verte.

Mientras Mal avanzaba, el cielo se volvía en su contra.

Los alcaides se arremolinaban a su alrededor, montados sobre sus couatls, como serpentinas negras que atacaban con sus arcos de relámpago, sus lanzas de plata y sus redes de hilo verde. El batir de las alas y los truenos invadían el aire. Un lazo dorado atrapó el cuello de Aquel y la serpiente siseó con frustración.

Claro que los alcaides habían acudido. Perritos falderos del Rey de Rojo y sus hermanos, asesinos y sirvientes que no cuestionaban a quien servían, que permitían que los moldearan y los convirtieran en armas para ser usadas contra su propia gente. Los alcaides habían quemado a sus padres durante el Levantamiento, habían desatado el fuego sobre la multitud que gritaba. No habían matado a Mal durante su sacrificio y ahora se daban cuenta de su error.

Ella sonrió: sus dientes eran tan puntiagudos como los colmillos de las serpientes.

«Dejad que vengan.»

Aquel vibró tan brillante como el sol y arrojó una ola de plasma contra el alcaide que la había atrapado. El lazo dorado se rompió y el alcaide que lo había arrojado cayó en pedazos humeantes hasta el suelo.

Mal se rio, pero en medio de su regocijo una red de color esmeralda enganchó sus extremidades y su mente. El mundo se colapsó y se convirtió en una proyección dentro de una cáscara de nuez en la que ella colgaba suspendida, atada, la emperatriz del espacio. Vivió y murió en la red; vivió y murió otra vez, convirtiéndose en recién nacida con cada aliento, creciendo, llegando a la madurez cada vez que llenaba sus pulmones de aire, menguando al llegar a una edad frágil, con brazos y piernas delgados como la cuerda de un mástil, con la piel tensa y seca, muriendo para inhalar y nacer de nuevo.

No. Era más que esto. Era ira al morir y venganza al nacer otra vez. Los

alcaides no la atarían.

Un fuego se desprendió de Mal y ella quedó libre. Lanzas en llamas caían de todas las direcciones, haciendo agujeros en las pirámides, reduciendo a los alcaides a cenizas. Ella sintió cada muerte. Ella era Dresediel Lex. Era quechal. Ellos eran sus hijos, a pesar de la forma retorcida y deforme que habían adoptado. Ella lloró y siguió adelante.

Más alcaides se alzaron contra ella. Mal rompió las alas de sus monturas y ellos cayeron. Algunos se abalanzaron a centímetros de la multitud, atrapando refugiados y poniéndolos a salvo; a ellos no los derribó. Su bondad la complacía.

Se acercó a la Coraza de Protección y la señaló. Delgadas cuerdas de fuego se deslizaron desde Aquel y Achal, rodearon el escudo azul y apretaron. La lógica de la coraza, su hechicería y sus mecanismos luchaban contra el poder de las serpientes, el peso de la historia y la ira más antigua que los mismos dioses. Al principio, creyó que la coraza resistiría, pero luego empezó a agrietarse.

Caleb cerró los ojos ante la oscuridad que los rodeaba y fue capaz de ver al Rey de Rojo, que vestía la medianoche como un halo. La piel de Temoc sangraba luz. A su alrededor, y entre ellos, el espacio se retorcía e iluminaba sueños febriles, cuchillos y ganchos, garras, cadenas y redes de hierro, tentáculos con púas y geometrías espantosas.

—No me detendrás —dijo Temoc—. Los dioses vivieron antes que tú, y cuando mueras, ellos perdurarán.

—Morí hace ochenta años. —La voz de Kopil no tenía rastro alguno de humor—. Al menos tus dioses y yo tenemos eso en común.

Una espada salió de la oscuridad hacia la garganta de Temoc, pero perdió su filo y se convirtió en vapor.

De la espalda de Temoc surgieron unas alas, y los ganchos y las cadenas brillaron con su fe. Una luz blanca giraba en espiral en el espacio entre ellos.

—Interesante —señaló el Rey de Rojo inclinando la cabeza—. No estás muerto.

—Esta pirámide fue nuestra durante miles de años. —Las cadenas envolvieron las ropas de Kopil—. Tú la has pervertido, pero aún me responde.

—Las lanzas cayeron para perforar al hechicero, las garras para rasgar y los dientes para desgarrar.

El Rey de Rojo chasqueó los dedos.

Las lanzas y las garras y los dientes se detuvieron. Las profundidades del tiempo resonaron.

Kopil dio un paso hacia delante y con el pie golpeó tres veces el cristal. El fuego ardía en las cuencas de sus ojos y el zumbido se hizo más profundo.

A Temoc le brillaba el sudor con un tono alabastro.

—La pirámide era tuya —afirmó Kopil—, pero ahora es mía.

Unas espirales blancas parpadearon, se encendieron y ardieron con un tono rojizo en mitad de la noche.

La oscuridad abrió tres mil ojos, y una boca con colmillos se abrió debajo de sus pies. La boca siempre había estado ahí, royendo la médula del mundo sin que la vieran. Estaban parados sobre sus dientes.

Caleb abrió los ojos de golpe y cayó, temblando.

Un grito de frustración partió las sombras y un frío viento como de cadáver sopló sobre su rostro.

La luz regresó y la cúpula se veía vacía, salvo por Caleb, el Rey de Rojo y Teo, que estaba petrificada encima del altar.

Caleb corrió hacia ella. El pecho de su amiga se alzaba y bajaba con rapidez, y su respiración era superficial. Sus ojos se movían tras los párpados cerrados. Caleb se quitó la chaqueta y la apretó contra el corte en el brazo de Teo. Había sangre por todos lados. Sangre en el altar y en el suelo donde ella había tomado el contrato.

Si él no la hubiera liberado, el grillete habría seguido presionando la vena. Si no la hubiera liberado, habría muerto a manos de su padre.

—Caleb.

Era la voz del Rey de Rojo.

Caleb se dio la vuelta.

—Cúrala.

Unas estrellas rojas lo miraban desde un cráneo en blanco.

—No puedo.

—Sí puedes. Ella te ha salvado. Haz algo.

—Está demasiado débil. Ha perdido mucha sangre. Si la toco con hechicería, podría drenarla.

—Entonces, cúrame a mí.

—¿Qué?

—Trata de curarme. Hazme lo que le harías a ella.

—Usted no parece estar herido.

—No hay tiempo para explicaciones. Hazlo.

Las sombras fluyeron desde el Rey de Rojo y se sumergieron a través de la piel de Caleb. Su ritmo cardíaco se desaceleró y sus manos se congelaron. La hechicería de Kopil trabajaba dentro de él. Sus cortes, moretones y huesos rotos ansiaban ser curados, pero él lo rechazó. La presión se acumuló, hasta que sus cicatrices estuvieron listas para reventar su carne.

Levantó la chaqueta del brazo de Teo y le tocó la herida, su luz fluyó hacia ella, mientras que su dolor regresó a él. Las heridas de Teo se cerraron, se atenuaron y desaparecieron. Su respiración se hizo más profunda, sus ojos parpadearon y despertó.

—Hola —dijo él, y se dejó caer sobre la piedra.

—Hola —respondió ella—. Tenemos que dejar de encontrarnos así.

Un calor infernal oprimía a Balam contra el suelo, y la calle a su alrededor flotaba con un tono plateado, como un espejismo. Las serpientes ahora estaban muy cerca, alzándose por detrás de la estatua a una distancia menor de lo que mide un estadio. Sus espirales raspaban el asfalto y el hormigón.

Sansilva aún no estaba vacía. Gran parte de la multitud había escapado, pero los que se habían quedado estaban frenéticos y eran infranqueables: hombres y mujeres atascaban las aceras y los espacios abiertos, tropezando y peleando unos con otros debido a su terror. Aun así, él logró divisar el principio de un camino a través de ellos, una escapatoria sobre cristales rotos que llevaba a la seguridad de una pirámide bancaria. Incierto y cambiante, pero un camino al fin y al cabo. Si esperaban, tal vez se abriera otro; o tal vez no.

Sam esperó en posición de corredora. Balam pensó que lo hacía más por

preocupación que por la certeza de que él pudiera determinar el momento adecuado para marcharse.

No tenía sentido agotar su paciencia. Balam se puso de pie y corrieron como uno solo.

Caleb no podía levantarse por su propio pie, así que Teo y el Rey de Rojo lo ayudaron.

—¿Qué está pasando? —dijo Kopil—. ¿Por qué Heartstone se ha puesto en nuestra contra? ¿Por qué la Estación Bay está destruida? ¿Por qué la ciudad es un tumulto? —Sacó una pipa del bolsillo de su túnica y la encendió con la punta del dedo índice.

—¿Mi padre...?

—Ha escapado. Ha usado algún truco, algún medio de escape construido aquí cuando este lugar seguía siendo un templo. —Kopil dio una larga calada al tabaco y exhaló el humo—. Ha pasado los últimos treinta años corriendo y escondiéndose. Es muy hábil en ese aspecto. Pero ahora decidme sin demora qué ha ocurrido.

—¿Recuerda a Malina Kekapania?

—De Heartstone. Tu novia.

—Sí. —De todas las cosas que podía recordar, Kopil no había olvidado este detalle—. Ella atacó la Estación Bay, mató a Qet y despertó a Aquel y Achal. Quiere sacar a los hechiceros de Dresediel Lex. Alaxic lo planeó desde un principio.

Kopil volvió a fumar y a exhalar el humo. Las luces rojas de las cuencas de sus ojos parpadearon.

—Le arrancaré la satisfacción del alma.

—Demasiado tarde. Está muerto, según creo.

—En ese caso, me conformaré con su discípula.

—Mal tiene a Aquel y Achal detrás de ella. ¿Puede derrotarlas?

Kopil sacudió la cabeza.

—Nuestro plan era preservar su sueño.

—Ha matado dioses.

—Tú —dijo fríamente— no entiendes a las serpientes. Cuanta más hambre tienen, más arden. Cualquier hechicería que use en su contra les quitará energía y aumentará su hambre. Sólo un sacrificio puede aplacarlas, pero no pienso darles un sacrificio.

Los ojos de Kopil fulguraban. La cúpula que estaba sobre ellos vaciló y se volvió transparente. Unas furiosas grietas anaranjadas estaban partiendo la curvatura azul de la Coraza de Protección que se encontraba arriba y alrededor de la pirámide; al sur y al este, por la avenida Sansilva, se alzaban dos columnas de luz distorsionadas que eran más altas que un rascacielos.

Un anillo de sol ardía alrededor de la sombra de la luna. Debajo, la ciudad yacía destruida. Pequeñas figuras humanas corrían para ponerse a salvo.

Kopil fumó de su pipa.

Nada podía detener a las serpientes salvo un sacrificio. Caleb podría haber permitido que Temoc lo hiciera: fingir que estaba inconsciente hasta que el cuchillo bajara.

Teo le sostuvo la mano y él sintió las ganas de vomitar que le provocaban sus pensamientos.

Las grietas en el centro de la Coraza de Protección aumentaron de tamaño y el sol se filtró a través de ésta.

—¿Así que eso es todo? —preguntó Teo—. ¿Ella gana?

—No —dijo Kopil.

Un viento se alzó en la cima de la pirámide, un viento que llevaba a cuestras el aroma de mil años de arena muerta. El Rey de Rojo se alzó hasta su altura completa. La superficie de su cráneo brillaba. Una de sus manos sostenía un cuchillo curvo de relámpagos y la otra crujía con llamas negras.

—La señorita Kekapania tiene a las Serpientes Gemelas esclavizadas, no tendrán dirección, así que tal vez se las pueda contener.

—Lo matará.

—Morí hace mucho tiempo. Tengo la fuerza de RKC a mi disposición, mi propia hechicería, la de la junta directiva y a los millones que viven en esta ciudad. Nos ha debilitado, pero seguimos siendo fuertes.

—La última vez que alguien usó las serpientes como un arma, éstas partieron

el continente por la mitad.

—En las Guerras de los Dioses, yo desgarré el tiempo y el espacio en pedazos. Hice una grieta en el mundo. —El Rey de Rojo se acercó al borde de la pirámide. El aire ondeaba mientras él se movía, con su poder presionando contra la piel de la realidad—. Ya veremos cuál de los dos es más aterrador.

Caleb tiró de la manga de Kopil, pero él no pareció notarlo.

—Si pelea contra ella, sin importar quién gane, la ciudad perderá. Sé que está enfadado. Pero ésta no es la manera.

—¿Tienes una alternativa?

«Un sacrificio», pensó Caleb.

—Sí, la tengo.

La coraza se partió en fragmentos matemáticos. Cada astilla giratoria reflejaba la ciudad destruida y ardiente, y el viento frío del eclipse sopló entre las grietas, agitando el cabello de Caleb y la camisa de Teo. La túnica de Kopil ondeaba como unas alas.

Balam oyó cómo se partía la coraza, o, más bien dicho, lo sintió, como si cada articulación de su cuerpo hubiese crujido a la vez. Siguió avanzando a pesar del dolor, ignorando todo salvo su camino, hasta que Sam gritó detrás de él:

—¡Alto!

Se volvió hacia atrás, hacia arriba, hacia todas partes a la vez, y vio un arco azul, de noventa metros de lado, que giraba y rebanaba las pirámides que se encontraban frente a ellos, como si los cientos de años de piedra y acero nunca hubieran existido. El azul desapareció en un instante pero, al caer, arrasó con diez pisos de la pirámide y las plantas de arriba se vencieron, crujieron y se colapsaron bajo la lluvia de acero, chispas y metal retorcido.

Sam lo cogió del brazo otra vez y tiró de él. Balam la siguió y corrió de vuelta hacia el fuego.

Mal se rio mientras la Coraza de Protección se destruía, y las serpientes se rieron con ella. Ahora entendía la locura de Allessandre. La cordura era el espacio que había entre la percepción y el deseo, y ese espacio se había cerrado. El poder de

las serpientes le pertenecía: milenios de sacrificios solidificados en voluntad y fuego. ¿Qué podía imaginar que no pudiera crear? ¿Qué podía odiar que no pudiera destruir?

En la cima de la pirámide había una figura de rojo.

Recordó el sabor de los dientes de Kopil cuando intercambiaron el beso del traidor.

¿Cómo debía destruirlo? ¿Despacio o deprisa? ¿Una simple ola de plasma o desmembramiento? ¿O tal vez debería partir su cuerpo átomo por átomo?

Mientras contemplaba sus posibilidades, un peso la golpeó desde atrás.

—Deme almas. Todas las almas que le sobren.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de nada. Necesito que me las entregue libremente. Sin compromiso, sin contratos, sin consideraciones.

—La hechicería no funciona así. No puedo darte algo sin recibir algo a cambio.

—Mire. —Se quitó la chaqueta y se enrolló las mangas. Las cicatrices en sus brazos brillaban—. Así es como he ayudado a Teo. Yo no tengo hechicería propia, pero puedo usar los poderes de otros y pagar el precio yo mismo. Los antiguos sacerdotes ostentaban el poder de los dioses con estas cicatrices y hacían milagros con ellas. Mi padre aún lo hace. Quizá yo pueda hacer lo mismo: darles poder a las serpientes sin pedir nada a cambio.

—Te matarás.

—Tal vez.

—Yo no soy un dios.

—Y yo no soy un sacerdote. Pero es lo más parecido que tenemos.

Mal se dio la vuelta en busca de su adversario, pero los cielos parecían vacíos. Volvió a oír aleteos como de cuero y unas garras le arañaron la espalda; ella respondió con un chorro de fuego. De reojo intuyó una mancha incolora. Se dio la vuelta, pero ya no vio nada.

Conjuró un torbellino que levantó varios cientos de kilos de arena de una

construcción cercana y que después la rodeó.

Una figura voló a través del polvo: un couatl, con una mujer agachada sobre su espalda, de estatura mediana, con hombros anchos, brazos gruesos y el rostro liso de un alcaide.

Mal la reconoció un instante antes de que la capa de la mujer se acoplara al polvo en el aire y desapareciera otra vez.

—Hola, Cuatro.

Las luces en las cuencas de los ojos de Kopil se atenuaron.

—Entonces ¿cómo se hace esto? Nunca antes he tenido a un sacerdote.

—Deme su bendición y su poder. Yo seguiré a partir de ahí.

El Rey de Rojo levantó una mano esquelética y colocó la palma sobre la frente de Caleb. Los huesos en sus dedos temblaron.

Caleb se disolvió en un haz de luz.

Mal envió olas de lava en todas las direcciones y ató el cielo con relámpagos; Cuatro y su couatl remontaron las olas y las esquivaron para ponerse a salvo. Las serpientes atacaron, pero sus bocas llenas de colmillos se cerraron sobre el aire.

Cuatro siguió atacando con lanzas, garras y flechas: con discos y redes de desesperación. Los ataques no herían a Mal, pero rompían su concentración.

Mal cubrió el cielo sobre ella con fuego y oyó cómo el couatl hacía un giro pronunciado y aleteaba hacia el océano. No estaba muerto, pero al menos lo había herido. Su mirada regresó a la pirámide. Una fuente de luz danzaba en su cima.

No se percató del silbido del aire por encima de ella, pero sí se dio cuenta cuando unas manos se cerraron alrededor de su cuello.

Balam y Sam corrieron alrededor del cadáver quemado de un couatl caído, a través de los pocos fragmentos de camino que quedaban intactos. La Coraza de Protección destruida había excavado trincheras a varios metros de Sansilva y el estacionamiento de la pirámide. Buscaron un camino entre el laberinto. El acero

caía a su alrededor, junto con los cristales, los cables derretidos y los pedazos de piedra.

Sam resbaló y se detuvo: el asfalto frente a ellos se había partido después de que los pedazos de la coraza cayeran sobre él. Lo que antes parecía un camino recto en realidad era el borde de una profunda trinchera.

Detrás de ellos se elevaban las serpientes.

—¡Podemos regresar! —gritó Balam.

Sam no lo escuchó. Estaba observando la cima de la pirámide.

Varias almas inundaron a Caleb, una lluvia de experiencias y recuerdos fragmentarios: el beso de un amante junto al ring en la cima de la victoria, el sudor de un trabajador del muelle después de una larga noche de trabajo, el destello del cuchillo en movimiento de un carnicero y el brillo en un vaso de whisky mientras un camarero servía un trago.

Cuando jugaba al póquer, ya había sentido cómo otras almas colapsaban en la suya, pero pocas a la vez. No pudo contar cuántas se le unieron en esos pocos segundos acelerados. Muchas vidas lo llenaron y casi hacían explotar su piel.

El mundo brilló y vibró. Dresediel Lex era un tapiz de vida, deudas, derechos de propiedad, dedicación, fe, inversiones. Las luces multicolores se anudaban alrededor de la sombra que revoloteaba del espíritu de Kopil. La sombra de Teo era más larga y tenía menos ataduras: su galería, su apartamento, Sam.

Él.

—Caleb —dijo Teo, y él se preguntó qué fue lo que ella vio cuando se volvió para mirarlo.

—Estoy aquí. —Debajo de su voz podía oír otras voces: el coro que ahora vivía dentro de él.

Ella dio un paso hacia delante, lo abrazó con fuerza y dijo:

—Ve con todo.

—Ése es el plan.

Ella lo soltó.

—Y regresa.

Él le dio la espalda y miró primero a Kopil, después a las serpientes.

Seguidamente, dio un paso hacia fuera de la cima de la pirámide, hacia el vacío.

—Tenemos que salir de aquí. —Balam la cogió del hombro, pero ella sacudió la cabeza y señaló al cielo.

—Creo que tenemos que ver esto.

Mal golpeó a Cuatro con sus dedos con punta de diamante, pero la alcaide la apretó con más fuerza. Su máscara plateada, lisa y escurridiza estaba presionada contra el oído de Mal.

—No puedo apuñalarte —dijo Cuatro entre dientes—. No puedo cortarte. Pero aun así puedes morir.

Retorció el cuello de Mal, que no se rompió. El poder de las serpientes fluía por su cuerpo. Ella era su receptáculo, o ellas eran el suyo; sus huesos eran de metal y sus nervios de fuego. Pero Mal todavía no perdía el hábito de respirar. Cuando Cuatro le apretó la tráquea, Mal jadeó, buscando aire sin encontrarlo.

Su visión se llenó de manchas y chispas.

Podría quemar a Cuatro hasta convertirla en cenizas, pero al hacerlo también podría quemarse ella misma, y ésa era una manera bastante tonta de morir.

¿Tan tonta como ser estrangulada por una persona que ni siquiera podías ver?

Oh.

Sí.

El mundo se contrajo hasta volverse un túnel largo y delgado. Mal colocó la mano sobre el brazo de Cuatro y tiró.

El cielo llevaba el peso de Caleb. Las cicatrices en sus tobillos y en las plantas de sus pies se despertaron para sostenerse en el aire, y avanzó.

Mal tiró, pero no de Cuatro, sino de la hechicería que doblaba la luz en el aire a su alrededor. El efecto de invisibilidad requería poder, y ese poder provenía de algún lado. La fuente más probable era la propia Cuatro.

Mal bebió profundamente.

Su visión se redujo a una sola mancha gris. Era demasiado tarde.

No.

Cuatro aflojó la sujeción de su mano y también sus piernas cedieron. Mal oyó cómo su adversaria gemía.

Un aire tan dulce como el vino le llenó los pulmones.

Atrapó a la alcaide del brazo antes de que ésta cayera.

La chaqueta de Cuatro echó humo en la mano de Mal. Sin esfuerzo aparente, subió a la alcaide, la sostuvo de la garganta con una mano y le mostró los dientes. Cuatro forcejeó con debilidad. Su carne ardió, se chamuscó y humeó. El rostro detrás de su máscara era redondo, con ojos grandes: un rostro quechal.

Qué lástima.

—Suéltala, Mal.

Ella alzó la mirada y parpadeó ante una ola de luz.

Mal había cambiado.

Su piel cobriza era de piedra derretida, su cabello un campo de llamas de color ébano. Sus ojos eran de un azabache radiante. A su lado flotaba la bolsa de cuero que contenía el corazón de Qet, Señor de los Mares.

— Suéltala.

Ella se encogió de hombros y soltó a Cuatro.

La alcaide cayó por los aires, pero Caleb no se movió para ayudarla; después de unos cuantos segundos de agitación, su couatl llegó, la tomó entre sus garras y voló con ella hasta ponerla a salvo.

Caleb miró a Mal a los ojos.

—Me has atrapado —dijo ella por fin.

—Pareces sorprendida.

—Sorprendida y feliz. —Las bocas de las serpientes se movían junto con la suya. Caleb vio los rostros en los diamantes que cubrían sus gargantas: rostros quechales pintados, perforados, tatuados, simples, agonizantes, eufóricos o tan sólo atentos—. Pensaba que tal vez estarías muerto.

—No lo estoy.

—Esperaba que fuera cierto —respondió ella, e inclinó la cabeza hacia un lado. Las serpientes imitaron su movimiento—. Te veo diferente. Has adquirido

un halo y tus cicatrices están vivas.

—Tú también tienes algo diferente.

—Sí. —Ella rio—. Supongo que sí.

—No tienes que hacer esto.

—Soy una flecha en pleno vuelo.

—Las flechas no tienen elección. La gente sí.

—¿Qué elección? —Ella sonrió de manera triste y distante—. Tomé mis decisiones hace veinte años, cuando murieron mis padres. O hace sesenta años, durante la Liberación. O antes de eso. El mundo está sumido en pesadillas y alguien tiene que despertarlo.

—Existen otras maneras.

—No para mí. —Mal se acercó. Las serpientes se movieron para flanquearlo. Tres bocas se movían en conjunto. ¿Quién hablaba y quién era la marioneta?—. No tienes que pelear contra mí.

—Sí, tengo que hacerlo.

—Lo siento. —Ella estiró la mano para tocar el rostro de Caleb. El calor de su contacto le abrasaba la mejilla, hacía hervir su piel. Debería haber retrocedido, pero no lo hizo.

Quería cogerla entre sus brazos, convertirse en ceniza, besarla con labios derretidos.

—No tienes ninguna oportunidad. Temoc ha detenido su sacrificio.

—Lo sé. He evitado que matara a mi amiga.

—Eres demasiado sentimental. —Sus ojos eran un océano luminoso—. No quiero hacerte daño.

—Yo tampoco quiero lastimarte —respondió él y le entregó su alma.

El corazón es el ancla del espíritu, había dicho Temoc. Aquel y Achal no tenían hambre de carne, sino de almas quechales.

Cuando Caleb apostaba en un juego de póquer, un pedazo de él fluía hacia el juego, hacia la diosa. Cada jugador le entregaba parte de sí mismo y, al final del juego, ella lo dividía entre ellos de acuerdo con sus victorias y sus derrotas.

¿Qué pasaba si la diosa duraba más que el juego? ¿Qué pasaba si se extendía

a lo largo de los siglos, más allá de cualquier propósito que pudiese haber tenido alguna vez?

En vida, empezaría a estar hambrienta.

Tal vez el mito era cierto. Tal vez las serpientes existían antes de que las Gemelas Heroicas las encontraran, grandes bestias que rompieron el mundo con su locura. Tal vez no. Tal vez los quechales arrojaban dos sacrificios al corazón de un volcán y los sacrificios perduraban, y recibían sacrificios a cambio. Se aferraban unos a otros en el calor del momento, de su muerte, y sobrevivían.

Caleb entregó su alma a Mal, y, a través de ella, a las serpientes; su alma y las almas que llevaba consigo, tantas que lo arrastraron en una inundación. No había trato, no había toma y daca. Él entró dentro de Aquel y Achal y se volvió más poderoso.

Sus bocas de diamante, sus dientes relucientes y sus corazones fundidos lo recibieron. Los recibieron a todos. Todos vivían. No, no vivían, *perduraban*, durmiendo a lo largo de los siglos: cada sacrificio, cada víctima, todas atrapadas y convertidas en una misma con las serpientes.

Sintió cómo se encajaba diez mil veces el cuchillo de piedra en su pecho y diez mil veces más, su grito de muerte se alzó sobre los cánticos de los sacerdotes, en alto y bajo quechal, y en idiomas más antiguos. Las almas moribundas se alzaron con sus corazones, soñando los últimos sueños de la sonrisa de una madre, de la risa de un coyote de noche, de una taza de chocolate, de una danza de la victoria, del abrazo de un amante. Los sueños cayeron en la boca de las serpientes, y éstas los engulleron y se convirtieron en ellos. Almas, acrecentándose en almas que se acrecentaban en almas durante milenios.

Cuando el sol murió, las Gemelas Heroicas les entregaron sus corazones a las serpientes y se volvieron una sola con ellas, para salvar al mundo.

Los quechales eran las serpientes.

Las serpientes eran los quechales.

Caleb era mil, cien mil. Era la sonrisa del amante de Kopil en la avenida Sansilva, junto a la pirámide del Sol.

En alguna parte oyó el grito de Mal.

—Ya no puedes sacrificar a más personas. Tienes que sacrificarte a ti mismo.

Muchos pensamientos serpentinos se enredaban y giraban a su alrededor, mentes enlazadas a otras mentes. Aquel y Achal se unieron a las almas que él había cargado y su hambre menguó. Él abrió cuatro ojos del tamaño de una casa y contempló un mundo de cristal.

Mal ardió dentro de él, a su alrededor.

—Quedaos conmigo.

Ella habló a través de su mente, a través de todas sus mentes. Voces en lenguas olvidadas que gritaron al sentir su contacto.

—Los asesinos, los hechiceros y los gobernantes de este mundo os tientan con muerte, saciedad y sueño. Ellos destruirán este planeta y toda la vida en él, a menos que les hagamos frente.

Ella lo llamó y él ansiaba seguirla. Ardía por ella, con ella, a través de ella. Su calor irradiaba a través de su piel, desde su piel; sus relámpagos trazaban arcos entre sus dientes.

Tres mil años de sacrificios quechales vivían en las serpientes. Generaciones muertas despertaron para arder, para derretirse, para moldearse y volver a forjarse. Eran la última defensa del mundo: sus guardianes. La muerte se inclinaba ante sus colmillos.

—Pelead —dijo ella—. No os rindáis. No durmáis. La victoria está cerca. Mirad nuestro triunfo.

La ira de las serpientes floreció cuando ella las llamó y fluyó por canales que ella había preparado. No dormirían. Ella era demasiado fuerte.

Pero Caleb podía usar la fuerza de Mal.

Meses atrás, en su tienda, mientras trazaba dibujos en su piel, ella le había dicho que las batallas de hechicería se libran en muchos frentes, y que el mundo es un argumento y hay muchas maneras de ganar o perder.

No podía pelear contra Mal con sus ganchos agarrados en su mente. Cuando ella tirara, él la seguiría.

Pero podía seguirla del modo que él eligiera.

«Mirad», repitió él como ella, un susurro en las mentes de las serpientes.

Alzándose sobre Dresediel Lex, lo vieron.

La ciudad yacía destruida a su alrededor.

El cristal corría como agua por la avenida Sansilva, y la sangre se derretía y se volvía vapor.

Había almas viejas dentro del fuego, tan antiguas que hablaban en cánticos y rimas. No reconocían Dresediel Lex. Para ellos, era una sombra en una pared, un eco, una historia, un sueño.

Pero las almas nuevas, las que Caleb llevó, lo conocían. Calles bañadas por el sol bajo el calor del verano. Olas rompiendo en la playa fría al amanecer. Rincones oscuros en bares bien iluminados donde un hombre podía beber en paz. Noches de verano cuando los rascacielos brillaban con el eco de la luz de las estrellas.

Tollan, malhumorada y caminando con su whisky al mediodía. Mick, con su escritorio cubierto de recuerdos de glorias pasadas. Shannon, pasando el tiempo jugando a las cartas en el Skittersill y soñando con el día en que pudiera saltar por los tejados otra vez. Kopil, que destruyó dioses para vengar a su amor muerto. Teo, riéndose y bebiendo, bailando en los pasillos y brindando con champán.

Debajo de ellos, en la avenida destruida, vio a Balam y a Sam, que miraban hacia arriba, esperando asustados y esperanzados.

Todos éstos y más. Millones más.

—Hacedlo nuevo —dijo Mal—. Quemadla para limpiarla.

«La ciudad nunca ha estado limpia —respondieron voces viejas y jóvenes—. Y tampoco el mundo. La gente nunca ha estado limpia. Pero vale la pena defenderlos.»

Mal tiró de las mentes de las serpientes con cuerdas de hechicería y las serpientes tiraron en respuesta. Su hechicería se tensó y se rompió.

Ella se encendió como una estrella en el cielo y luego se apagó, pero el suelo se abrió debajo de ellos.

Caleb cayó.

Epílogo

Caleb despertó en una fría sala de hospital, debajo de sábanas de algodón y un techo desconocido.

El mundo era plano y monocromático. Unos vendajes envolvían el lado derecho de su cuerpo. Había una campana y un sobre de pergamino sobre la mesa junto a la cama. Ignoró la campana y cogió el sobre. El dolor lo llamó desde el fondo de un profundo pozo narcotizado.

El sobre tenía su nombre escrito en letra manuscrita y contenía una nota doblada y un amuleto de diente de tiburón.

La nota decía:

Si despiertas, estarás lo suficientemente recuperado como para que empiece el proceso de curación.
Toca la campana.

El resto de tu ropa se quemó, pero el diente sobrevivió. Tal vez te ayude a recordar.

No había firma, salvo la cabeza de la muerte dibujada en tinta carmesí. La nota no decía qué se suponía que debía recordarle el diente.

Tocó la campana.

Tres semanas después, Caleb estaba en la orilla del puerto de Monicola, mirando hacia el oeste. Llevaba un traje negro y una camisa blanca, y caminaba con muletas.

El carrusel giraba. Los niños jugaban al ullamal junto a la orilla del mar. Las enfermeras le dijeron que un humor sombrío cubría toda la ciudad, un miedo palpable, pero que él no podía sentirlo.

No podía sentir gran cosa.

Fatiga de alma, así era como llamaban a su condición en katholic; entre ellos, los médicos usaban un término más largo en telomiri. Cuando el alma se vacía y

se expande demasiadas veces, se recupera poco a poco. Casi estaba muerto cuando lo encontraron, sin alma, con su percepción destrozada. No sabía lo que significaba eso y nadie le había dado una respuesta decente. No del todo dormido, no del todo muerto. Un poco de ambos. El alma de sus ahorros lo había revivido y despertó con vagos recuerdos de fuego, de Mal, de una batalla dentro de las serpientes. Tal vez una parte de él sobrevivió dentro de ellas, dentro del mundo, durmiendo y esperando para despertar de nuevo. Ésta era su vida después de la muerte, esto o el fuego.

Detrás de él, las masas de la ciudad se revolvían en la sombra de edificios destruidos. Las grúas se alzaban. Los equipos de construcción gritaban desde los andamios. Los autobuses aéreos se deslizaban silenciosos sobre la ciudad.

Se quitó el diente de tiburón del cuello y lo sostuvo sobre el agua.

Mal se había ido. Los alcaides no encontraron rastro alguno de su cuerpo. Desde luego que no. El calor de las serpientes la había quemado hasta evaporarla.

El diente apuntaba hacia abajo en el océano verde oscuro. Las olas ondulaban su reflejo y la cicatriz de la quemadura en su mejilla parecía desvanecerse. Se quedó mirando hacia el final del muelle, hacia el horizonte, pero no vio luz, ni siquiera el atardecer.

La Estación Bay yacía inmóvil en la orilla de la bahía. Casi podía oír el latir del corazón restaurado de Qet, Señor de los Mares.

—Adiós, Mal —dijo él.

El amuleto se retorció en su mano y giró, apuntando hacia tierra firme, al sur y al oeste.

Caleb lo tiró al océano y se marchó.

Dos días después, Caleb visitó el bar de Andrej por la tarde. Ya habían terminado las reformas. La baranda de piedra y las puertas que Mal había derretido se reemplazaron sin problema. No se podía decir lo mismo de los azulejos blancos y negros de mármol que el calor de sus llamas había fundido y arremolinado hasta convertirlos en un gris moteado.

La banda tocaba y él trataba de no pensar en la última vez que había visitado

Andrej cerca del atardecer.

Caminó con la ayuda de sus muletas hasta una mesa junto a la baranda reparada. Cuatro le había contado la historia de cómo él sobrevivió: ella había volado en picado sobre su couatl para detener su caída, pero le rompió los huesos en el rescate. Su yeso raspaba contra el suelo. Apoyó sus muletas en la baranda y se sentó lentamente en una silla.

El sol bajó hacia el océano. Los tejados y los rascacielos reflejaban y refractaban la luz rojiza. Los zarcillos iban desde los rascacielos hasta la ciudad: poleas, bloques y aparejos que levantaban vigas de acero y placas de cristal hasta los equipos de reparación en los pisos superiores de los edificios. Si estiraba la cabeza sobre la baranda, Caleb podía ver a los trabajadores de obras viales que volvían a pavimentar la avenida Sansilva.

Una camarera se acercó y él pidió un whisky con agua, y lo saboreó perdido en sus pensamientos.

Teo llegó un poco antes de las cinco y se sentó junto a él con su bebida.

—Hola.

Él bebió un trago de whisky y sintió cómo le quemaba la garganta; se volvió con una sonrisa cansada.

—Hola. ¿Has recibido mi carta?

—La estaba esperando.

—Y has venido.

—Claro que he venido. Te ves... —Caleb se preguntó qué diría ella después. ¿Demacrado? ¿Magullado? ¿Encogido?—. Mejor de lo que te veías en el hospital. ¿Cómo te encuentras?

—Agotado. —Él tocó su yeso, que estaba reposando sobre una silla. Luego se tocó las costillas, y se llevó la mano derecha enguantada a su sien—. Vacío. El alma no se acopla al cuerpo.

—Deberías haber ahorrado más. Tu cuenta con RKC apenas tenía lo suficiente para mantenerte con vida. ¿No podrías haber guardado un poco de tu alma?

—Las serpientes necesitaban a una persona entera, un verdadero sacrificio para darle forma al resto de las almas.

—Ése fuiste tú. La persona entera, sacrificada.

—Sí.

—Entonces ¿con quién estoy hablando ahora?

—Sigo siendo yo. Al menos en mi opinión. El mismo cuerpo, el mismo cerebro, una transfusión de mi propia alma almacenada para reemplazar la que perdí. Los filósofos podrían discutirlo, pero no lo sé.

Teo siguió con la misma línea de interrogación.

—Si tú eras todo lo que necesitaban, ¿por qué no pudiste hacerlo solo? ¿Por qué necesitabas el poder del Rey de Rojo?

—Aquel y Achal tenían hambre. Un alma podría no haberlas saciado. Necesitábamos alimentar a las serpientes lo suficiente como para mantenerlas dormidas durante siglos. Un sacrificio en masa concentrado en una persona.

Ella lo miró a los ojos y él presintió que una pregunta se estaba formando en su mente: «¿Esperabas morir?». Pero no hizo la pregunta, lo cual le evitó tener que contestar.

Con una mueca, señaló las muletas y el yeso.

—Ahora tengo que curarme a la antigua. Al menos estoy recibiendo un pago por enfermedad.

Teo esperó a que él dijera algo más. Cuando no lo hizo, ella llenó el silencio:

—Sam está bien, por cierto. Se quemó el brazo y se torció la rodilla en los terremotos, pero se ha recuperado más rápido que tú.

—Me alegra oírlo.

—Tiene suerte. Ya sabes cómo son los artistas. —Pronunció la palabra como una grosería—. Se merecía algo peor, escapando de la manera en que lo hizo.

—No digas eso.

Una grúa bajó una viga de acero en la pirámide de enfrente y las chispas de la soldadura cayeron en cascada por el costado de la estructura.

—¿Sabes algo de Mal? ¿O de Temoc? —Dudó antes de decir el último nombre.

Caleb bebió un trago y pensó en el amuleto.

—Nadie ha visto a Temoc desde el eclipse, ni yo ni nadie. Pero no desaparecerá para siempre.

—Bien —dijo Teo—. Cuando regrese, alguien se lo hará pagar.

—Buena suerte. Mi padre es resistente a las deudas.

Las chispas caían como estrellas.

—Todo es aburrido sin ti. Voy al Café de la Muerte sola. Un banquero trató de ligar conmigo el otro día. Le dije que ya tenía novia. Tollan se pasa el día preguntando cuándo volverás.

Él revisó su reloj y volvió a guardarlo en el bolsillo de su chaqueta.

—Por eso quería hablar contigo.

—Vas a renunciar.

—Sí.

—¿Y qué harás?

Levantó la pierna de la silla.

—Espera. No quiero tener que hacer esto dos veces.

—¿Dos veces? ¿A quién más esperas?

—A mí —dijo Kopil detrás de ella.

Teo se puso de pie de un salto. El Rey de Rojo se veía igual que siempre: imponente, carmesí, esquelético.

—Buenas tardes, señor —saludó Caleb, y tocó su yeso otra vez—. Disculpe que no me ponga de pie.

Kopil torció un dedo. Una silla cercana se estremeció, cobró vida y se arrastró hacia él con gemidos de acero torturado. Se sentó. Teo balanceó su peso de un pie a otro. Luego se sentó. Caleb se concentró en su bebida.

—He venido a por tu respuesta —dijo el Rey de Rojo.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Teo.

—En cuanto despertó, le ofrecí al señor Altemoc un ascenso: gerente de riesgos de rango superior en Rey de Rojo Consolidado. Ha demostrado su valor en una crisis.

—Eso —afirmó Teo— es quedarse corto.

—Yo no lo creo —respondió Caleb, y alzó una mano ante las objeciones—. Caí en el plan de Mal. Apenas sobreviví y la detuve por suerte.

—Fuiste eficaz y RKC valora la eficacia.

—Lo sé. —Caleb sorbió su whisky—. Por eso espero que acepte ser mi

primer patrocinador.

Kopil parpadeó.

—¿Qué?

Teo se apoyó en la mesa, con una expresión seria en su rostro, y escuchó.

—Las Guerras de los Dioses no han terminado —aseguró Caleb.

—Conozco a varios dioses que no estarían de acuerdo —replicó Kopil— si estuvieran vivos para opinar.

—Las Guerras de los Dioses nunca terminaron en este continente, porque nadie firmó la paz. Los iskari tienen un tratado de paz y también el Imperio Brillante, pero aquí hemos mantenido la guerra en silencio. Los hechiceros han tenido una victoria tras otra, pero los dioses son pacientes. Las ideas no mueren fácilmente. Los verdaderos creyentes transmiten su fe, y su ira, a las nuevas generaciones.

Kopil rascó la superficie de la mesa con uno de sus huesudos dedos. El hierro se oxidó y la piedra se ennegreció con su toque.

—Y cada vez que se levanten, los derrotaremos. Pelearemos hasta que el sol se vuelva cenizas, y entonces pelearemos entre las estrellas.

—No duraremos tanto. —Caleb señaló el norte, más allá de las montañas y los campos de naranjos, hacia el lago Seven Leaf, a mil doscientos kilómetros de distancia—. El tamaño de esta ciudad se duplicó en la última década y se duplicará otra vez en la próxima. La hechicería es lo que ayuda a sobrevivir a Dresediel Lex: proveemos agua, comida y refugio. Pero si uno usa la hechicería para cosechar, la tierra muere. Si uno usa la hechicería para perforar pozos, la tierra misma se hunde. Viajamos cientos de kilómetros hacia el norte para robar agua del lago Seven Leaf, y lo habremos drenado y secado en poco tiempo. ¿Qué es lo siguiente? ¿Guerra con Regis, Shikaw o Kath del Centro? ¿Guerra con Alt Coulumb? ¿Hechiceros contra hechiceros? Si cree que las Guerras de los Dioses fueron malas, sólo espere. Éste no es sólo nuestro problema. Es el problema del mundo.

—Nuestra hechicería mejorará —dijo Kopil.

—No lo hará, no del modo que esperamos, no en mucho tiempo. La hechicería coge a medida que otorga. Uno no puede curar la tierra con algo así,

de igual modo que no pudo destruir a las serpientes. Tan sólo empeora el problema.

—Suenas como un teísta. —Caleb oyó el sonido de una roca rompiéndose en la voz del Rey Inmortal—. O como tu padre.

Las manos de Caleb no temblaron. Miró al Rey de Rojo a los ojos y no apartó la mirada.

—Eso no es lo que quiero decir y usted lo sabe. El modo de vida antiguo se ha ido, pero necesitamos paz con los dioses. Sus poderes no drenan ni destruyen la tierra. Pueden cumplir con su función y dejar que el mundo de la hechicería cumpla con la suya. Una sociedad. Los panteones recuperan el poder y la respetabilidad. La ciudad y el mundo obtienen un nuevo aliciente en su vida. La gente como Mal, mi padre, Alaxic y los verdaderos quechales pierden la autoridad que el miedo y la opresión les proporcionan.

Kopil rascó una segunda trinchera en la piedra.

—No soy un teísta, señor. Pero piense en las serpientes. Hicimos sacrificios para ellas durante trescientos años, tal vez más, porque fue así como siempre concebimos nuestra relación. Nunca intentamos algo distinto. Eso ha cambiado ahora. Yo lo cambié y creo que puedo hacer más. Puedo usar el poder, su poder, para arreglar el mundo, parte por parte.

—Estás proponiendo fundar tu propia compañía.

—No sé cómo llamarlo. Algo entre una compañía y una orden sagrada. Tomaremos almas de compañías como RKC y las usaremos para construir puentes con los dioses. Tal vez incluso podamos usarlas directamente para curar la tierra, reparar los mantos freáticos, detener una guerra.

—Tú no eres un hechicero. Nunca has fundado una compañía. Tienes poca experiencia y casi nada de habilidad.

—Encontraremos hechiceros. Especialistas. Y ellos vendrán a nosotros. La gente entiende este problema, aunque traten de ignorarlo. Cuando les demos la oportunidad de ayudar, lo harán. En cuanto a los negocios, construir relaciones y todo eso, tiene razón, no es mi fuerte. Es por eso por lo que espero que Teo acepte pedir un permiso para ausentarse durante un tiempo y me ayude a

construir este proyecto. —Caleb estaba satisfecho de ver que los ojos de Teo se ensanchaban con sorpresa e interés.

—Tendría que pensarlo —respondió ella con un tono de asombro, por la oferta, esperaba él, no por no estar de acuerdo. Se volvió para observar al Rey de Rojo a su lado y luego de nuevo a Caleb—. Suena... fascinante. Valdría la pena intentarlo.

Kopil entrelazó los dedos. Los huesos encajaron con más huesos.

Caleb estaba sentado, con la ciudad reconstruyéndose detrás de él. Levantándose otra vez.

—Señor, no pido mucho. Sólo ayuda, consejo y apoyo. Los riesgos son demasiado altos como para que me dé la espalda. Sobrevivimos a esta batalla con dificultad, pero siempre habrá otra. No podemos aplastar a todo rebelde que quiera sacrificar a alguien en ese altar. Tenemos que construir un mundo en el que nadie necesite los sacrificios. Un mundo que dure más que las pocas décadas que podemos subsistir a duras penas.

Kopil agachó la cabeza.

—Ayuda. Consejo. Apoyo.

—Y poder. Deme alma, sin prerequisites. Como antes.

Los puntos en llamas miraron a Caleb a los ojos.

—Para sanar el mundo.

—Sí.

—¿Por dónde empezarías?

Le vinieron a la mente gritos bajo las aguas tranquilas.

—El lago Seven Leaf.

La banda tocaba jazz en el crepúsculo. El futuro se desenvolvía como un pergamino, tan largo que se hacía más angosto en un punto en el horizonte. Kopil inhaló por entre los dientes, a pesar de no tener pulmones.

—¿Ya has pensado en un nombre?

—No.

—Elige uno que sea agradable de pronunciar. Rey de Rojo Consolidado fue un error: rígido, impersonal. ¿Qué tal el Grupo Serpientes Gemelas? Es pegadizo y tiene una historia detrás. A la gente le gustan las historias.

—Lo pensaré.

Kopil extendió la mano.

—Haz lo que aseguras que puedes hacer, Caleb Altemoc. Si no tienes éxito, probablemente morirás.

—No llegaremos a eso, señor —respondió Caleb.

La brisa salada del Pax agitó su cabello. La ciudad lo rodeaba: la música de la banda de Andrej, las conversaciones amortiguadas del bar, los gritos de los obreros en la pirámide del otro lado.

Estrechó la mano del Rey de Rojo.

El poder lo golpeó, lo llenó y brilló a través de sus cicatrices. El largo pergamino de la historia comenzó a escribirse.

No sabía lo que estaba haciendo. Pero, a veces, cuando uno no sabe, tiene que aparentar.

Miró a Kopil a los ojos y sonrió.

Agradecimientos

Muchas personas me ofrecieron su ayuda y sus comentarios en las sucesivas versiones de este libro. Entre ellas, y cito alfabéticamente: Alana Abbott, Christopher Ashley, Vladimir Barash, John Chu, Anne Cross, Amy Eastment, Miguel Garcia, Tom y Burki Gladstone, Dan Hammond, David Hartwell, Weronika Janczuk, Kristin Janz, Marlys Jarstfer, Siana La-Forest, Lauren Marino, Sarah Miller, Stephanie Neely, Marco Palmieri, Margaret Ronald y Marshall Weir. La culpa de no seguir sus advertencias y consejos ha sido, como siempre, mía. Gracias a todos mis amigos y a mi familia por su amor, su apoyo y su paciencia.

Y quiero dar las gracias en especial a Steph, mejor amiga, compañera fiel, mi amor. No ha intentado, todavía, destruir el mundo, por lo cual le estoy muy agradecido.

El ascenso de las dos serpientes
Max Gladstone

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Two Serpents Rise*

Diseño de la portada, REVILOX / Oliver Barrón
© de las fotografías de la portada, Shutterstock

© Max Gladstone, 2013
Publicado por primera vez por Tor Books
Derechos de traducción contratados por DBA D4EO Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.
Todos los derechos reservados

© de la traducción, Alejandro Romero, 2019

Publicado de acuerdo con Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-08-21312-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta